

NUESTRA MEMORIA

Año XI · Número 26 · Diciembre 2005

Prochowa Stefani moja żona
Juz dzisiaj 31/10 i de nic wiece
nie wykonac nie pomienitaj zowesze
omnie. To moja żonko a nasza
u Rochana Cusceka wyhoraj jam
w pozadku i po toznie zehy jam
Pan Jerus mta wswiej o piece
gdy oaz ma te kurtki



Nuestra Memoria

Año XI · Nº 26 · Diciembre de 2005



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
SHOÁ

FUNDACIÓN MEMORIA DEL HOLOCAUSTO
Buenos Aires • Argentina



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
SHOÁ

FUNDACIÓN MEMORIA DEL HOLOCAUSTO
Buenos Aires • Argentina

Nuestra Memoria

Coordinación Editorial

Lic. Sima Weingarten
Prof. Abraham Zylberman

Consejo Editorial

Lic. Patricio Brodsky
Dr. Mario Feferbaum
Prof. Abraham Huberman
Prof. Graciela Jinich
Lic. Sima Weingarten
Prof. Abraham Zylberman

Consejo Académico

Dra. Graciela Ben Dror
Dr. Yossi Goldstein
Prof. Avraham Milgram
Dr. Daniel Rafecas
Dr. Leonardo Senkman

Colaboración

Julia Juhasz
Estela Kuschnir

Producción

Lic. Claudio Gustavo Goldman
Adrián Royffer

Diseño e impresión

Marcelo Kohan

ISSN 1667-7382

«**Nuestra Memoria**» es una publicación de la Fundación Memoria del Holocausto. Las colaboraciones firmadas expresan la opinión de sus autores, declinando la institución toda responsabilidad sobre los conceptos y/o contenidos de los mismos. Permitida su reproducción citando la fuente.

Se imprimieron 3.000 ejemplares de esta edición.

Imágenes de tapa: Las maletas descubiertas después de la liberación. Una carta de despedida de la familia, sacada de contrabando del campo, escrita en secreto por un polaco condenado a fusilamiento. De *Auschwitz-Birkenau - Residencia de la muerte*. Museo Estatal Auschwitz. Bialy Kruk.

*Esta publicación ha sido
posible gracias al apoyo del
doctor Mario Feferbaum*

Sumario

- 7** No a los genocidios, sí a la vida
Dr. Mario Feferbaum
- 9** El *deber de memoria*
Lic. Sima Weingarten
- 13** Prueba, memoria y olvido
Dr. Carlo Ginzburg
- 27** La Segunda Guerra Mundial, Shoá y genocidio
Dr. Yehuda Bauer
- 37** La “guerra judía”: Goebbels y las campañas antisemitas del Ministerio de Propaganda nazi
Dr. Jeffrey Herf
- 73** La perduración de la judeofobia. Negacionismo y antisionismo
Lic. Patricio Brodsky
- 97** Situando la *maldad* nazi. Las contrastantes miradas de Gershom Scholem, Hannah Arendt y Victor Klemperer
Prof. Steven A. Aschheim
- 113** Reflexiones sobre el Vaticano, los judíos y América Latina durante la Segunda Guerra Mundial
Prof. Avraham Milgram
- 127** Las comunidades sefaradíes y el Holocausto
Dr. Abraham Haim
- 137** Los romaníes y el Holocausto. Una nueva perspectiva
Dr. Ian Hancock
- 155** La “Noche de los Cristales”: cerrando el cerco...
Prof. Abraham Zylberman
- 161** Viena o los dilemas del pasado. Imágenes de una compleja realidad citadina
Dr. Pedro Germán Cavallero
- 167** Resistir: el caso de Geneviève de Gaulle Anthoinoz
Lic. María Gabriela Vasquez

175 Las víctimas del Holocausto honradas por las Naciones Unidas
Embajador José R. Sanchís Muñoz

181 Efectos persistentes de los traumas sociales en las nuevas generaciones. Cambios en la imagen ética del hombre
Dr. Moisés Kijak

197 Psicología del racismo y el Holocausto
Dr. José Itzigsohn

205 Los cuatro profetas del Apocalipsis
Dr. Arnoldo Liberman

Testimonial

217 “Janek, el partisano”... Mi padre
Arq. Miguel Sztul

Documentación y reseñas bibliográficas

251 La destrucción de los judíos europeos de *Raul Hilberg*
Dr. Daniel Rafecas. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

258 Memoria, voces de sabiduría y esperanza
Historias de sobrevivientes de la Shoá en Argentina.
Arq. Andrea Poretti. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

263 ...Y elegirás la vida de *Adriana Schettini*
Lic. Eduardo Alberto Chernizki. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

266 Oswald Menghin: ciencia y nazismo. El antisemitismo como imperativo moral de *Marcelino Fontan.*
Lic. Eduardo Alberto Chernizki. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

269 Biblioteca y Centro de Documentación del Museo del Holocausto-Shoá

Institucionales

273 La noche de los museos. *Susana Rochwerger*

274 El Museo del Holocausto en la International Task Force-ITF.
Prof. Graciela N. de Jinich

275 Seminarios de capacitación en Israel y los Estados Unidos.
Julia Juhasz Heymann

275 Eventos educativos (Julio-Diciembre 2005). *Prof. Nejama Schneid*

**Dr. Mario
Feferbaum**

Presidente de la
Fundación Memoria
del Holocausto-
Museo de la Shoá,
de Buenos Aires.

No a los genocidios, sí a la vida*

El 25 de enero de este año, el presidente de la Junta Directiva del Congreso Judío Mundial, en un acto público en el Deutschen Theater de Berlín, en una velada conmemorativa del sexagésimo aniversario de la liberación del campo de la muerte denominado “Auschwitz”, reflexionaba que la memoria del Holocausto está encerrada y aislada. Se trata de una suerte de *ghetto* para que los judíos lo recuerden con sus amigos, acompañados de políticos que vienen y hacen uso de la palabra. Es menester –señalaba entre otros conceptos– que todos nosotros nos volvámos estudiantes.

En el caso de la Argentina es poco y nada lo que se sabe, por la sencilla razón que esta temática no está incorporada a la educación común.

Es urgente educar al educador e ir corriendo el velo para describir esa ideología mimetizada en nuestro medio. Nada se comenta respecto de la conducta de ciertos dirigentes que –durante y después de la Segunda Guerra– difundían el nazi-fascismo, llegando al extremo de identificar a los judíos que habitaban nuestro suelo con la estrella de David en las cédulas de identidad. Además, se les prohibía el acceso al país, antes, durante y después de la guerra.

Esto significó asesinarlos por el sólo hecho de ser judíos. Recordemos el caso de los mil niños que los nazis autorizaron a venir a la Argentina y que un decreto legitimó, pero que –con trucos administrativos de la autoridad de ese entonces– terminaron asesinados en campos de exterminio.

Aquí se prohibió el ídish, se cerraron escuelas judías, al igual que diarios comunitarios, y se canceló la faena *kosher* en mataderos municipales. Todo esto está estudiado y escrito por historiadores de nota, pero silenciado para el gran público.

* Discurso pronunciado en ocasión del acto público homónimo realizado el 2 de noviembre de 2005, en el Centro Cultural San Martín, por la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá, la Asociación Cristiana de Jóvenes, el Consejo Nacional Armenio de Sudamérica, el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y la Embajada de Austria.

No se estudia el régimen legal del nazismo, ni la estrecha colaboración intelectual y científica de talentosos profesionales de distintas especialidades con esa lacra humana. Ello incluye la maquinaria mediática, que sometió a pueblos enteros y aún hoy se lleva a cabo de tal manera que devienen indiferentes matanzas y genocidios que se siguen practicando. Más aún: en el presente, un fanático político iraní proclama –con impunidad e indiferencia– el genocidio de los habitantes de Israel.

Como señaló Marcelo Polakoff: “Para que el terror se adueñe de la escena, hace falta alguien dispuesto a llevarlo a cabo”. Pero ello no alcanza. Se necesita imperiosamente de la complicidad de aquellos que pueden evitarlo y nada hacen porque lo que se requiere para que la maldad triunfe, es que la gente común nada haga.

Agradecemos la constancia, la fuerza y el ejemplo de los sobrevivientes del Holocausto, que testimonian con toda la energía que les queda lo pavoroso que tuvieron que soportar y presenciar.

**Lic. Sima
Weingarten**

Secretaria general del
Museo del Holocausto-
Shoá de Buenos Aires.

El deber de memoria

Asistimos en la actualidad a críticas que alertan sobre una supuesta banalización y ritualización de la memoria de la Shoá. Se dice que la erección de memoriales, la construcción de museos y en general la tarea de preservación de la memoria de la Shoá en cualquiera de sus formas –artística, literaria, arquitectónica, conmemorativa– corren el riesgo de devenir en meras formas vacías de todo contenido, destinadas al goce de un acto de recordación sin mayor trascendencia socio-histórica. Y lo que es peor aún: al uso de la memoria como mero ritual sin eficacia, que tiende a diluir los verdaderos actos de homenaje y recordación en dispositivos banales, casi burocráticos, destinados quizás, a lavar las “buenas conciencias” y a la construcción de un aparato de funcionarios que obtienen beneficios de tales prácticas.

Por el contrario, nosotros pensamos que los actos que preservan la memoria, al garantizar la transmisión, resultan un reaseguro contra el olvido y la repetición. Recordar es abrir la posibilidad de evitar la reiteración de hechos históricos, y además, todo acto de memoria –más a menos logrado, mejor o peor planteado– es ya un acto ético que no es sin consecuencias. *Recordar es asegurar la información y obligar a inscribir los hechos acontecidos en el marco histórico de esa época y a la vez, de nuestro tiempo actual.*

El principal peligro reside pues, en el desconocimiento y la falta de información, que imposibilita la conciencia crítica y desmiente en acto lo acontecido, dado que sumen a las nuevas generaciones en la ignorancia. Preferimos todo acto de memoria a la negación por falta de conocimiento. Obviamente aspiramos a una memoria crítica, con ideología, no banal ni frívola, con profundidad conceptual.

Abundan al respecto los ejemplos: Yad Vashem, el Centro de Documentación Judía de París, el Museo de la Herencia Judía, en Nueva York, y cientos de centros, memoriales e instituciones esparcidas por todo el mundo. Los que se resisten a la memoria, alegando que ésta puede devenir en un refugio plañidero y masoquista al servicio de la victimización, y a favor de algunos ejemplos desa-

fortunados, lo que persiguen es inhibir y paralizar el trabajo con la memoria para finalmente abandonar los hechos históricos a su lento e inexorable olvido. *Prefieren diluir la Shoá en la serie de acontecimientos históricos-universales, privándola de su extrema trascendencia y singularidad.* Finalmente no persiguen sino el que nos aboquemos a otras prácticas políticas y a otras convocatorias históricas, para que la causa que nos convoca pierda así su perfil, especificidad y proyección judía.

Sostenemos que la memoria es ya un acto de extrema trascendencia ética, y que recordar supone movilizar categorías conceptuales e ideológicas, más allá del valor formal o del uso contingente que se pueda eventualmente hacer de este acto.

El problema más grave que nos aqueja en la actualidad es el *olvido* y la *desinformación*, base del *negacionismo*, tanto más en cuanto nos distanciamos en el tiempo y una generación de sobrevivientes-testigos, va desapareciendo

El *deber de memoria* se nos impone como un *mandato ético irrenunciable*, dado que no sólo es una obligación que nos liga a las víctimas del pueblo judío, sino que fortalece la conciencia política e ideológica destinada a evitar reiteraciones nefastas, de graves peligros que continúan aún vigentes, tal como lo evidencian, el antisemitismo y el antisionismo fundamentalista, que finalmente coincide con los objetivos de destrucción del pueblo judío, su espíritu y sus valores.

Cuando la crítica hacia los que nos hallamos comprometidos en sostener la memoria y la transmisión proviene de judíos, no podemos dejar de pensar que es una forma encubierta del autoodio, aun más cuando pensadores, intelectuales, estudiosos, y profesionales no-judíos muestran un creciente compromiso con la causa que moviliza la *Shoá*. Recordemos que esta tarea de rescatar la memoria pone en acto el mayor compromiso moral por los derechos humanos, la libertad, el pluralismo cultural, la igualdad de las minorías y los valores democráticos.

Además, creemos que resulta falsa la oposición entre *la historia* –entendida como la práctica teórica de un saber riguroso– y el *deber de memoria*, al que se la confina al lugar de una práctica menor.

Las prácticas museísticas, comprometidas en transmitir la *Shoá* son formas privilegiadas de poner en acto la memoria, facilitando su transmisión. El *deber de memoria* se sostiene en un trabajo serio, histórico y testimonial, que afirma el valor de la verdad, ya sea en forma directa o mediada, tal como se observa en la gran cantidad de espacios culturales, publicaciones, obras de arte, investigaciones que aparecen constantemente, y de las cuales el Museo del Holocausto-*Shoá* y *Nuestra Memoria* son una muestra incontrovertible.

Por otro lado los que descreen del *deber de memoria* casualmente sostienen la no singularidad de la *Shoá*, en el marco de un humanismo genérico de tinte

asimilacionista, y persiguen, de este modo, conciente o inconcientemente, la desvalorización del espíritu judío.

La desinformación, la falta de conciencia y el desconocimiento de los hechos históricos que conforman el período más trágico y doloroso de nuestro pueblo, suele ser el suelo fecundo sobre el cual trabajan los epígonos del nazismo y los fundamentalistas, a quienes les conviene la más efectiva forma de complicidad de las mayorías: *la ignorancia y el olvido*.

**Dr. Carlo
Ginzburg¹**

Profesor de Historia
Europea. Universidad
de Los Angeles,
California (UCLA).

Prueba, memoria y olvido*

I

Al comienzo de su libro *Los hundidos y los salvados*, Primo Levi recuerda la angustiante duda que obsesionaba a los sobrevivientes de Auschwitz: el no ser creídos. Esta incertidumbre se hacía eco de los desafíos lanzados por algunos oficiales de las SS que fueron recopilados por Simon Wiesenthal, entre otros.

Primo Levi lo formuló así:

De cualquier manera que esta guerra termine, ya la hemos ganado: ninguno de ustedes quedará para dar testimonio, y aun si algunos sobreviven, el mundo no les creerá. Quizás habrá sospechas, discusiones, investigaciones de historiadores, pero no habrá certezas porque destruiremos las pruebas, al igual que a ustedes. Y si acaso alguna prueba o alguno de ustedes sobrevive, todo el mundo dirá que los acontecimientos que cuentan son demasiado monstruosos como para que los pueda creer. Se dirá que se trata de exageraciones de la propaganda de los Aliados. Se nos creerá a quienes negaremos todo, no a ustedes. Seremos nosotros quienes dicten la historia de los campos.²

Los hundidos y los salvados apareció en el 1986. Al año siguiente, Primo Levi se suicidaría sin dejar explicaciones. Me abstendré de hacer conjeturas frívolas

* Traducción del francés: **Julia Juhasz**.

¹ Agradezco a Pier Cesare Bori, Saul Friedländer, Stefano Levi della Torre, Emanuela Fronza y Andrea Lollini por sus sugerencias y a Martine van Geertruyden por su revisión de mi texto, que corresponde, a excepción de algunos pequeños cambios, a lo que he leído en Bruselas en el Coloquio sobre Negacionismo, en noviembre de 1998. Este artículo ha sido publicado, en alemán, como: "Beweis, Gedächtnis, Vergessen", en *Memory*, N° 30, 2002. (*Werkstatt Geschichte*), pp. 50-60.

² Levi, Primo. *Les naufragés et les rescapés*. Paris, 1989, pág. 11. Traducción al francés: A. Maugé.

sobre esto, aun cuando es imposible impedir pensar que los últimos años de su existencia coincidieron con el despliegue del discurso negacionista. Pero también debe recordarse la observación que Primo Levi hizo, con su habitual sobriedad, para comentar el texto antes citado: “*Felizmente, las cosas no sucedieron de acuerdo a los temores de las víctimas y las esperanzas de los nazis*”.³

La tentativa de los nazis de borrar o destruir las huellas del genocidio ha fracasado: dejaron tras de sí testigos y pruebas apabullantes de sus crímenes. El propósito de quienes, haciéndose eco del feroz desafío de los SS, han tratado de deshacerse de unos y otros fue analizado y refutado por Pierre Vidal-Naquet en un ensayo que ha hecho historia.⁴

Reconozco que mi primera reacción al leerlo, en el momento de su aparición en *Esprit*, se vio marcada por una mezcla de repugnancia y perplejidad. ¿Era verdaderamente necesaria tan detallada refutación? Pero antes de terminar la lectura comprendí que estaba rotundamente equivocado: hacía falta un gran coraje, moral, político e intelectual, para inclinarse por escribir acerca de las controversias (y las indecencias) de los negacionistas. Fue Pierre Vidal-Naquet quien tuvo tal coraje, y nos ha dado una verdadera lección de método, en el sentido más amplio de la palabra. La reflexión histórica, aun nutrida por la execración moral, debe ser destacada. Un objetivo difícil de alcanzar.

Raul Hilberg —es Vidal-Naquet quien nuevamente lo evoca— ha escrito que los negacionistas han presionado algunas veces a los historiadores de la *Shoá* a dar pruebas más detalladas de sus afirmaciones.⁵

Las abyectas controversias habrían, pues, contribuido —indirectamente y sin quererlo— al progreso del conocimiento histórico. Este es un caso ejemplar de lo que se llama “la heterogénesis de los fines”. Pero esto, evidentemente, posee límites. Un escepticismo radical que —de buena o mala fe— pone en duda toda afirmación y toda prueba se compromete con una regresión sin límites que es, por definición, ajena al debate científico. Se piensa en la observación realizada por Aristóteles en su *Metafísica*: “*Es absolutamente imposible demostrarlo todo: se llegaría hasta el infinito, de tal manera que, aun así, no habría demostración*”.⁶

Aristóteles hacía alusión al principio de contradicción. La existencia de la *Shoá* y las cámaras de gas no son principios, sino hechos que han sido probados de manera definitiva. En el dominio de la investigación —incluida la histórica— la palabra “definitiva” tiene un sentido preciso: el peso de la prueba; el

³ Levi, Primo. *I sommersi e i salvati*. Torino, 1986, pág. 4.

⁴ Vidal-Naquet, Pierre. *Les assassins de la mémoire*. Paris, 1987, pp. 11-92.

⁵ Vidal-Naquet, Pierre. *Réflexions sur le génocide. Les Juifs, la mémoire et le présent*. Vol. III. Paris, 1995, pp. 271-291.

⁶ Aristóteles. *La métaphysique*. Vol. I. Paris, 1953, pág. 197 (1006 a). Nueva edición: J. Tricot. Citado en Agamben, Giorgio. *Quello che resta di Auschwitz. L'archivio e il testimone*. Torino, 1998, pág. 58.

onus probandi es, de allí en más, transferido a los contradictores. Para apelar a un ejemplo clásico, no es la existencia de Napoleón lo que es necesario probar, sino lo contrario.⁷ Si alguien, por motivos repugnantes o simple locura, afirma que las cámaras de gas jamás han existido, es a él, o ella, a quien le corresponde probarlo.

Se habrá comprendido: estoy entre aquellos que piensan que la discusión acerca de la existencia de la *Shoá* no debería ser prohibida porque la verdad histórica jamás debe transformarse en verdad oficial.⁸ Toda contribución científica –incluidas las así llamadas “definitivas”– es, por definición, inacabada y falsificable. Este es uno de los significados de la antigua máxima “*Ars longa, vita brevis*”.

II

Se puede aceptar, con Hilberg, que el negacionismo ha contribuido, de manera indirecta, a precisar los elementos fácticos más o menos importantes. Pero son sobre todo los filósofos quienes percibieron al negacionismo como un verdadero desafío intelectual. Hace algunos años, Hayden White, autor de varias obras muy conocidas acerca de la Teoría de la Historia, declaró que los propósitos de los negacionistas –que sostenía como aborrecibles desde los puntos de vista político y moral– no podían ser considerados “contraverdades” dada la imposibilidad de trazar un límite riguroso entre las narraciones falsas o ficticias y las verdaderas.⁹

Se podría reconocer fácilmente en esta actitud el rechazo radical al positivismo, que inspira desde hace algunos decenios a los investigadores –sobre todo, norteamericanos– tanto en el campo de las ciencias humanas como en el de la literatura. Si todo es –en última instancia– una narración, y toda narración puede ser juzgada como falsa o verdadera –o si se prefiere, “verdadera”–, el único criterio para triar entre diferentes relatos está dado por su respectiva eficacia. No puedo analizar aquí las raíces profundas de esta actitud escéptica tan difundida hoy en día, basada en una noción de retórica que no solamente ignora la idea de prueba, sino que se opone a ella. Una retórica que no se ubica bajo el signo de Aristóteles, sino el de Nietzsche.

Desearía solamente observar que la respuesta escéptica con respecto a la negación del genocidio suscitó un cierto malestar en los medios académicos nor-

⁷ Milner, Jean Claude. *Ordre et raisons de langue*. Paris, 1982, pp. 318-328. Citado en Vidal-Naquet, Pierre. *Oublier nos crimes? L'amnésie nationale: une spécificité française?* Paris, 1994, pág. 222. Dirigido por D. Nicolaïdis.

⁸ Vidal-Naquet, P. *Réflexions...*, op. cit.

⁹ Ginzburg, Carlo. “Just one witness”, en Friedländer, Saul. *Probing the limits of representation. Nazism and the “Final Solution”*. Cambridge, 1992, pp. 82-96 y 350-355.

teamericanos: se tuvo la impresión que un límite había sido franqueado y que no se podía encontrar la paz en la partición –en el fondo tan cómoda– entre el rechazo a los propósitos negacionistas a nivel político y moral y –en conclusión– su no admisión a nivel intelectual. No eran los enunciados negacionistas los que perturbaban, sino –más bien– la debilidad de algunas respuestas a ellos.

Durante los últimos años nos hemos cuestionado varias veces a este respecto. Pienso en el coloquio de Los Angeles organizado por Saul Friedländer con el título “Tanteando los límites de la representación”, pero también en los numerosos encuentros que tuvieron lugar, desde Chicago a Berlín, sobre la noción de la prueba. Estos son pequeños síntomas que podrían anunciar un cambio de clima intelectual.

Un libro que acaba de aparecer, *Quello che resta di Auschwitz (Lo que queda de Auschwitz)*, del filósofo italiano Giorgio Agamben, muestra de una manera muy nítida lo que se pone en juego en estas discusiones. Agamben parte de una observación de Primo Levi acerca de los “musulmanes”, los prisioneros de los campos que eran insensibles a todo, ya cercanos a la muerte. Esos “hundidos”, aquellos que “no tuvieron la posibilidad de brindar su testimonio”, son –según Levi– los “testigos integrales”.¹⁰

Agamben, quien definió esta afirmación como “la paradoja de Levi”, la comenta formulando dos proposiciones formalmente contradictorias: “1) el musulmán es el no-hombre, quien jamás podrá testimoniar; 2) aquél que no puede testimoniar es el verdadero testigo, el testigo absoluto”.¹¹

Esta interpretación implica una deformación considerable del pensamiento de Primo Levi. El “testigo absoluto” de Agamben no se corresponde con el “testigo integral” de Levi, estando la noción del “absoluto” tan alejada cuanto le es posible del espíritu de este último.

Pero la metamorfosis de “testigo integral” a “testigo absoluto” relaciona al “musulmán” de Auschwitz con una aproximación a un lenguaje profundamente marcado por el pensamiento de Heidegger, de quien Agamben fue alumno.

“La autoridad del testigo –dijo Agamben– no está ligada a una verdad factual, a la conformidad entre dichos y hechos, entre memoria y acontecimientos.” Se relaciona con cualquier cosa que “es intrínseca al lenguaje como tal”, “a la relación inmemorial entre lo que se puede decir y lo que no, entre lo externo y lo interno del lenguaje”.¹² De ahí la conclusión de Agamben: “Al definir el testimonio únicamente a través del ‘musulmán’, la paradoja de Levi contiene la **única refutación posible** de todo argumento negacionista”.¹³

¹⁰ Levi, P. *I sommersi...*, op. cit., pág. 64.

¹¹ Agamben, G. *Quello...*, op. cit., pp. 140-141.

¹² *Ibid.*, pág. 147.

¹³ *Ibid.*, pág. 153. El destacado es propio.

Dicho de otra manera, sería **únicamente** a través de una característica intrínseca del lenguaje –el testimonio– que se podrían refutar los “argumentos” (o pseudo tales) de los negacionistas.

Pero el lenguaje puede expresar tanto la verdad como la mentira. Una refutación sacada de la naturaleza intrínseca del lenguaje jamás podrá refutar la mentira del negacionismo.

Tal como lo he resaltado anteriormente, la aproximación de Agamben –sin dejar de adjudicarse el pensamiento de Primo Levi– nada tiene en común con éste. Primo Levi, lejos de definir “*el testimonio únicamente a través del ‘musulmán’*”, afirma –por el contrario– que son las excepciones (los “*salvados*”) quienes testimonian por la norma (los “*hundidos*”, los “*musulmanes*”). Se trata, pues, de un testimonio parcial, imperfecto.

Incluso Primo Levi –quien decía de sí mismo: “mi voz es débil, y aun un poco profana”– lo sabía mejor que nadie.¹⁴ Pero estaba convencido de que entre el lenguaje y aquello que –a falta de algo mejor– debe llamarse “realidad” hay una analogía: el lenguaje puede hablar de la realidad.

Esta convicción no es compartida por la tradición filosófica a la cual se vincula Giorgio Agamben. El temor, desde el costado referencial del lenguaje, le ha dictado esta propuesta sorprendente: que la refutación de los argumentos de los negacionistas puede desarrollarse **únicamente** dentro del dominio lingüístico. Su definición del testigo –que “*no está ligado a una verdad factual, a la conformidad entre dichos y hechos, entre memoria y acontecimientos*”– permite a los negacionistas el dominio de la “*verdad factual*”, tanto como el de la “*conformidad entre dichos y hechos, entre memoria y acontecimientos*”. Conclusión irrisoria, y sin embargo, resultado inevitable a causa del movimiento que la precedió.

III

El desafío lanzado por el genocidio nazi a nuestras categorías analíticas y a nuestras capacidades de comprensión ha sido resaltado varias veces. No es nueva la incapacidad de pensar en Auschwitz de una manera adecuada. Lo que sí es nuevo es la utilización de Auschwitz como pretexto en una reflexión que conduce a otra parte.

Se trata, a mi criterio, de un índice de la presencia debilitada de la *Shoá* –a pesar del ruido mediático, y posiblemente a causa de él– en el mundo de hoy en día. Esta “presencia debilitada” no es del todo resultado del negacionismo; por el contrario, es el negacionismo en sí mismo al cual es necesario –si no se le quiere dar una importancia que no merece– reemplazar en un contexto más amplio.

He evocado la palabra “memoria”. “*La historia completa del Reich milenario*

¹⁴ Levi, Primo. *Il sistema periodico*. Torino, 1975, pág. 229.

puede ser releída como una guerra contra la memoria”, escribió Primo Levi.¹⁵ La derrota póstuma de los nazis en un dominio en el cual se jugaba la relación entre pasado y futuro explica por qué sus tardíos secuaces se encarnizaron en desvalorizar, con diversas motivaciones, los testimonios de los sobrevivientes de los campos, tanto víctimas como verdugos. Inversamente, todos aquellos que trataban de comprender la *Shoá* tuvieron la sensación de que algo irremplazable iría a desvanecerse con la desaparición, ya consumada o futura, de estos individuos. Por ello los múltiples esfuerzos para recoger sus recuerdos directos o indirectos.

Todo esto ha reactivado la reflexión sobre las relaciones entre historia y memoria, que fuera iniciada en 1925 por Maurice Halbwachs, el gran sociólogo asesinado en Buchenwald, en 1945. En su libro *Los marcos sociales de la memoria*, Halbwachs presenta hasta qué punto la memoria individual es penetrada por elementos colectivos, sociales.¹⁶ Esta aproximación invertía de una manera casi paradójica la representación tradicional de las entidades colectivas —en primerísimo lugar, los Estados nacionales— bajo una forma individual, antropomorfa, normalmente —por razones que no puedo abordar aquí— femenina.

Las imágenes de Mariana, Germania, Italia exhibidas en los parlamentos y los tribunales, en estampillas postales y caricaturas han contribuido poderosamente a la idea de una memoria que será compartida por todos los miembros de la comunidad nacional.¹⁷

Un texto de Renan, extraído de su célebre conferencia “¿Qué es una nación?”, pronunciada en la Sorbona, en 1882, ilustra de una manera muy nítida esta fusión entre lo individual y lo colectivo:

*He aquí que la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y, también, que todos hayan olvidado varias cosas. Ningún ciudadano francés sabe si es burgundio, alano, taifal, visigodo. Todo ciudadano francés debe haberse olvidado de Saint-Barthélémy, las masacres del Sur en el siglo XIII.*¹⁸

Esta observación se relacionaba con una actitud más amplia del papel principal del olvido. Allí, Renan pronunciaba unas palabras que se agregaban a lo

¹⁵ Levi, P. *I sommersi...*, op. cit. Citado en Todorov, Tzvetan. *Les abus de la mémoire*. Paris, 1995, pág. 10.

¹⁶ Halbwachs, Maurice. *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris, 1925. Nueva edición: 1952.

¹⁷ *Marianne und Germania, 1789-1889*. Berlin, 1996. Catálogo editado por M.-L. von Plessen; Warner, M. *Monuments and maidens. The allegory of the female form*. London, 1985; Schade, S.; Wagner, M.; Weigel, S. (Hg.) *Allegorien und geschlechterdifferenz*. Köln, 1994; Ginzburg, C. “Shared memories, private recollections”, en *History & memory*, N° 9. *Passing into History: Nazism and the Holocaust beyond memory. In honor of Saul Friedländer on his sixty-fifth birthday*. Fall 1997, pp. 353-363.

¹⁸ Renan, Ernest. “Qu’est-ce qu’une nation?”, en *Oeuvres complètes*. Vol. I. Paris, 1947, pp. 887-906, en especial pág. 892. Edición: H. Psychari.

que Nietzsche venía de escribir recientemente en su inactual consideración *Sobre la utilidad y los peligros de la historia para la vida*:

*El olvido y –diría aun– el error histórico son un factor esencial de la creación de una nación, y es así que el progreso de los estudios históricos es frecuentemente un peligro para la nacionalidad.*¹⁹

Al reimprimir, algunos años después, su conferencia “¿Qué es una nación?”, Renan declaró que ella era “**su** profesión de fe, en lo que respecta a las cosas humanas”.²⁰ En este mensaje político de sesgo profético, Renan rechazaba toda definición geográfica, lingüística o racial de la nación (aun si su actitud hacia la idea de raza era, como se ha notado muchas veces, pasablemente ambigua).²¹ La nación era, por el contrario, un fenómeno puramente ideal, el resultado de una voluntad libre. Estas consideraciones eran tácita y típicamente limitadas al continente europeo, donde la nación –resaltaba Renan– jugaba un rol fundamental:

*Una especie de equilibrio se establece por mucho tiempo. Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia serán –aún por cientos de años y pese a las aventuras por las que habrán de pasar– individualidades históricas, piezas esenciales de un tablero cuyos casilleros cambian constantemente de importancia y grandeza, pero jamás se fusionan totalmente.*²²

Pero antes de terminar su conferencia, Renan atraviesa el horizonte histórico que venía de trazar: “*Las naciones no son algo eterno. Ellas han tenido comienzo, tendrán fin. Probablemente, la confederación europea las reemplazará. Pero ésta no es la regla del siglo en que vivimos*”.²³

Renan ha sido un buen profeta. Pero la Europa plurinacional que está haciendo bajo nuestros ojos ha cambiado los enunciados del problema que Renan había formulado. “*Todo ciudadano francés –escribió– debe haber olvidado a Saint Barthélémy, a las masacres del Sur en el siglo XIII.*” Hoy en día, en Francia, un primer ministro protestante lanza una política de “lengua abierta” a las lenguas –incluido el occitano– antaño aplastadas por el francés. ¿Es actual, todavía, la invitación al olvido lanzada por Renan?

El texto que acabo de citar, extraído de “¿Qué es una nación?”, ha sido am-

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 891. Sobre algunas convergencias entre Renan y Nietzsche ver la Introducción de Campioni, G. a Renan, Ernest. *Dialoghi filosofici*. Pisa, 1992, pág. 47.

²⁰ Renan, Ernest. Prefacio a *Discours et conférences*, 1887. Ver *Oeuvres...*, op. cit., pág. 719.

²¹ Pozzi, R. “Alle origini del razzismo contemporaneo. Il caso di Ernest Renan”, en *Rivista di storia contemporanea*. N° XIV, 1985, pp. 497-520; Olender, M. *Les langues du Paradis*. Paris, 1989, pp. 75-111.

²² Renan, E. “Qu’est-ce...”, op. cit., pág. 888.

²³ *Ibíd.*, pág. 905.

pliamente analizado por Benedict Anderson en su *Imagined communities* (*Comunidades imaginadas*), un libro que ha renovado la aproximación histórica al nacionalismo. Anderson ha señalado que el “olvido” del cual hablaba Renan postulaba –a través de los maestros y la escuela– la imposición previa de una “memoria” histórica fundada en la existencia de una nación francesa desde su mítico acto de fundación: el Tratado de Verdun, en 843.

Una historia familiar, con sus luchas fratricidas, debía ser –antes que nada– construida e inmediatamente borrada en la unanimidad de la concordia nacional, que era –según la celebre frase– “renovada en el plebiscito cotidiano”.

Benedict resalta –una vez más– que Renan silenciaba las masacres de la Comuna porque eran demasiado recientes, demasiado ardientes para ser englobadas en su estrategia reaseguradora de una memoria obligatoria y un olvido también obligatorio.²⁴

Imaginemos a alguien que, parafraseando a Renan, dijese hoy en día: “Todo ciudadano europeo debe haber olvidado Auschwitz, Treblinka”. El significado de estas palabras sería evidente: el olvido de la *Shoá* como condición para construir una identidad común europea sería –tal como lo ha dicho Marek Edelman en un contexto absolutamente diferente– “una victoria póstuma de Hitler”, quien también tenía –por supuesto– su propia idea para Europa.

¿Es realmente absurdo el propósito hipotético que acabo de formular? No lo creo.²⁵ El fin de la Guerra Fría, que ha impuesto una aceleración inusitada al proceso de construcción de Europa, también ha destruido el pacto tácito erigido sobre el consenso antifascista que desde hacía medio siglo había dirigido la memoria de la Segunda Guerra Mundial. Nadie sabe qué será lo que ocupe el lugar de esta versión del pasado. Entre las posibles salidas me parece que está el olvido de la *Shoá*, como una variación dentro de una gama que va desde la pura y simple negación a la marginación, la banalización. Cada una de éstas ya ha dado pruebas de su valor, pero la “zona gris” que rodea al negacionismo, en el sentido estricto de la palabra, es –a mi criterio– mucho más admitida y peligrosa que aquél.

IV

La posibilidad del olvido evoca enseguida su antídoto: la memoria. Pero esta oposición es, tal vez, demasiado simple. Hace algunos años, en su introducción

²⁴ Anderson, Benedict. *Imagined communities*. London, 1991, pág. 199. Sobre Renan y el tema del “olvido activo” ver Déotte, Jean Louis. *Oubliez! Les ruines, l'Europe, le Musée*. Paris, 1994.

²⁵ Una hipótesis parecida a ésta ha sido formulada, al mismo tiempo y de manera independiente, por Mufti, A. R. “Auerbach in Istanbul: Edward Said, secular criticism, and the question of minority culture”, en *Critical Inquiry*. 25:1, Autumn 1998, pp. 95-125, en especial pág. 123.

al coloquio de Royaumont sobre los “Usos del olvido”, Yosef Yerushalmi resaltó –con razón– que la memoria, siendo forzosamente selectiva, está –por así decirlo– entretejida de olvido. Al final de su propuesta, Yerushalmi planteó una pregunta que le había surgido a partir de un artículo aparecido en *Le Monde*, en la víspera del juicio a Klaus Barbie: “¿Es posible que el antónimo de ‘olvido’ no sea ‘memoria’, sino ‘justicia’?”.²⁶

Se trataba, desde luego, de una cuestión retórica a la cual yo estaría dispues- to a adherir con una respuesta positiva. Pero la palabra “justicia” es ambigua. Puede referirse –literalmente– a la esfera de la ley. Se sabe cómo sucedieron las cosas en ese sentido: algunos responsables del genocidio han sido condenados a muerte; otros, tales como los “*hombres comunes*” de quienes nos ha hablado Christopher Browning, han recibido sentencias irrisorias; y otros incluso han expirado apaciblemente en sus lechos. Nadie osaría decir que “se ha hecho justicia”. Pero, ¿es posible hacerla? Tal como lo ha destacado Hannah Arendt en ocasión del proceso contra Eichmann, se pone en cuestión la idea misma de justicia cuando hay que abordar crímenes desmesurados.²⁷

Si –tal como su referencia en el juicio a Barbie parecía sugerirlo– Yerushalmi oponía al olvido la justicia de los tribunales, es necesario concluir que es el olvido el que ha ganado.

V

Pero la observación de Yerushalmi podría significar también otra cosa. La pala- bra “justicia” podría estar relacionada a un entorno que no sería jurídico, sino más bien moral. Allí encontramos un gran tema que querría evocar de manera indirecta, apoyándome en algunos textos de Emile Benveniste, extraídos de su *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. El propósito de esta breve di- gresión será fácilmente deducido.

“*Ha sido necesaria una larga historia para que las nociones de Derecho y jus- ticia se acerquen*”, escribió Benveniste al final de un capítulo sobre la noción de “medida”. Explica que se trata de “*uno de los grandes cambios acaecidos en las lenguas y las instituciones de los diferentes pueblos indoeuropeos, cuando el Derecho, sobrepasando su aparato técnico, se constituye en nociones morales, cuando ‘díke’ (‘justicia’, en griego) proporciona el adjetivo ‘díkaios’, cuando ‘jus’ y ‘justus’ desembocan en la noción de ‘justitia’*”.²⁸

En el capítulo consagrado “*a los términos que denotan las relaciones de cam-*

²⁶ Yerushalmi, Yosef H. “Refléxions sur l’oubli”, en *Usages de l’oubli*. Paris, 1988, pág. 20.

²⁷ Arendt, Hannah. *Eichmann in Jerusalem*. Harmondsworth, 1977, pp. 292-298.

²⁸ Benveniste, Emile. *Le vocabulaire des institutions indo-éuropéennes*. Vol. II. Paris, 1969, pág. 131.

bio”, Benveniste proyecta una luz fulminante sobre otra faceta de la “*larga historia*”, la que desemboca en la formación de las ideas morales. Al apoyarse en premisas puramente lingüísticas, reconstruye la manera por la cual “*las imágenes de la guerra, del servicio mercenario han precedido y engendrado a aquellas del trabajo y la retribución legal que le es propia*”.²⁹

Benveniste señala que en los textos ligados a la predicación zoroástrica, la palabra “*mizda*” designa tanto la retribución material como “*la recompensa atribuida en la vida futura*”, y agrega al pasar: “*Se destacará este encuentro curioso con el empleo paralelo del griego ‘mishthós’ en los Evangelios*”.³⁰

Podemos agregar que, en la *Biblia de los setenta*, la palabra “*mishthós*” designa tanto una recompensa material –normalmente, el salario del trabajador manual– como una espiritual, así como aparece en *Sabiduría* 5:15: “*Los justos viven eternamente, y su recompensa está en el Señor*”. Este significado se retoma en los *Evangelios* sinópticos; por ejemplo en el comienzo de *Mateo* 6: “*Tenéis a bien no practicar vuestras obras de justicia frente a los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera, no tendréis recompensa (mishthós) cerca de vuestro Padre que está en el Cielo*”. En los versículos siguientes, Jesús ataca a los hipócritas que ofrecen limosna tocando la trompeta “*en las sinagogas y en las calles, a fin de ser loados por los hombres. En verdad se los digo: ellos han recibido su recompensa (ton mishthón)*”.³¹

Aquí y en todas partes de los sinópticos, la noción de “recompensa” o “retribución” tiene el mismo sentido que en el judaísmo antiguo, donde jugaba un rol fundamental. Una obra de referencia protestante, como el *Gran léxico del Nuevo Testamento*, lo percibe –con cierto desconcierto–, admitiendo que el imperio de la idea judaica de retribución se prolonga incluso en los textos de San Pablo, donde ella se incorpora –algunas veces– a la otra idea, tan diferente y aun opuesta, de la gracia.³² Aquí puede ser dejado de lado el rol jugado por estas ideas en la elaboración del Más Allá cristiano.

VI

Todo esto nos permite desempeñar, a un lado de la legal, una justicia que se podría definir más bien como moral, centrada en una noción de retribución puramente simbólica. Digo “moral” con hesitación, porque a la idea, tan densa, de

²⁹ *Ibíd.*, pág. 170. El destacado es propio.

³⁰ *Ibíd.*, pág. 164.

³¹ *Evangile selon Saint Matthieu*. Paris, 1948 (Verbum salutis, I), pág. 98. Traducción: A. Durand S. J.

³² Ver el artículo de Presiker H. en *Theological dictionary of the New Testament*. Vol. IV. G. Kittel, pp. 695-728. Sobre este tema, ver reflexiones muy densas en Horkheimer, Mark; Adorno, Theodor W. *Dialectic of enlightenment*. New York, 1972, pág. 177.

retribución se superponen –como lo hemos visto– moral y religión, Derecho y economía. Desde este punto de vista se podría comparar la retribución con otro “*hecho social total*”, según la famosa definición de Marcel Mauss: el “don”, que es indudablemente otra cosa y se enlaza más bien con la gracia.³³

Los dos formatos de justicia se entrelazan por una relación complementaria, no alternativa; dicho de otra manera, ambos funcionan en niveles diferentes. La diferencia crucial que los separa está ligada a la muerte. Para la justicia de los tribunales, la muerte del criminal implica la extinción del crimen. Para la justicia moral, por el contrario, todo queda abierto hasta el final de los tiempos: la retribución (*místhós*) de los buenos y los malos, mencionada en el final del *Apocalipsis* (22:12), es seguida por la afirmación de Cristo: “*Soy alfa y omega*”.

Es justamente este texto el que más ha contribuido a borrar la distinción entre las dos justicias, la imagen del Cristo juez que pronuncia el Juicio Final habiendo absorbido la idea de retribución simbólica, que nada tiene de propiamente legal ni de específicamente cristiana.

La frase de Schiller –retomada por Hegel– “*Die weltgeschichte ist das weltgericht*” destaca el núcleo cristiano de toda historia universal: la historia del mundo es –al mismo tiempo– el Juicio Final y el tribunal del mundo.³⁴ ¿Podría la desaparición de la idea de “retribución simbólica” haber suprimido una categoría intelectual que nos permitiría articular, de una manera admisible, nuestra relación con el pasado?

VII

Una retribución simbólica en absoluto puede cambiar lo sucedido. Las injusticias, los crímenes quedan como eran. Somos nosotros los acongojados, quienes sentimos la necesidad de pagar nuestras deudas simbólicas con respecto al pasado. Con certeza, es necesario tratar de comprender este pasado. Pero, a pesar de algunas raras excepciones, la historia crítica no está preocupada por los objetivos referidos por la historia tradicional. La transmisión de la memoria colectiva reposa más bien sobre lo que podemos denominar, según Nietzsche, la “historia monumental”.

La memoria del genocidio nazi –escribe Stefano Levi della Torre en su bello ensayo *Olvido y memoria de la Shoá*– debe ser monumental porque la memoria, siendo selectiva, “*funciona gracias a los ‘monumentos’, polos de referencia alrededor de los cuales se renuevan las tramas discontinuas del recuerdo, di-*

³³ Mauss, Marcel. *Essai sur le don*. 1925. Reimpreso en *Sociologie et anthropologie*, con Introducción de Lévi-Strauss, Claude. Paris, 1950.

³⁴ Ginzburg, Carlo. *Le juge et l'historien. Considérations en marge du procès Sofri*. Lagrasse, 1997, pág. 18.

*recto o transmitido; donde los acontecimientos devienen ‘experiencia’, es decir que son interiorizados e incorporados como elementos de la visión del mundo, como cultura’.*³⁵

Lo que acabo de decir podría ayudarnos a identificar –en el impulso hacia una retribución simbólica respecto del pasado– un gesto monumental en el sentido estricto –incluso literal– de la palabra. En efecto, yo también me siento molesto, como Levi della Torre, por la idea de un “monumento al genocidio”, que sería comparable a los consagrados normalmente a los santos y los mártires. Pero en este sentido, el siglo XX, al finalizar, nos ha reservado una sorpresa: los “monumentos antimonumentales”, que han inaugurado una nueva tradición. Pienso en el de Washington consagrado a los soldados fallecidos en Vietnam; en el dedicado a las hogueras de libros perpetradas por los nazis, que ha sido emplazado frente a la *Staatsbibliothek* de Berlín, en Unter den Linden; en el *Memorial*, de Serge Klarsfeld.³⁶

La naturaleza casi inmaterial de este último es compartida, a su manera, por los otros: los nombres inscriptos sobre un mármol negro en Washington; los estantes de libros vacíos, introducidos en el suelo bajo vidrio, en Berlín. Estos son monumentos huecos, minimalistas, que se limitan –a veces y contra toda retórica– a registrar la marca imprescriptible e inmaterial dejada por cada individuo: su nombre.

La gran carnicería de la Primera Guerra Mundial había sido conmemorada por la invención de un mito colectivo, aquél del “soldado desconocido”. Hoy se tiene el sentimiento de que son los nombres de los muertos, sin excepción, lo que se debe salvar del olvido. Este esfuerzo ha sido inspirado tal vez por el horror extremo de los campos nazis, donde todo –comenzando por la designación de los prisioneros con números impresos en su carne– señalaba la transformación de seres humanos en ganado, en cosas.

En el fondo del ser humano está la necesidad de ser reconocido: “*Der mensch ist anerkennen*”, según la definición de Hegel.³⁷ El reconocimiento, incluido el póstumo, es el propósito de toda retribución simbólica. Este gesto de afirmación se opone, evidentemente, a lo que se denomina “negacionismo”, evitando caer

³⁵ Levi della Torre, Stefano. *Mosaico. Attualità e inattualità degli ebrei*. Torino, 1994, pp. 51-78, en particular pp. 68-71.

³⁶ Ver el notable ensayo de Laqueur, T. “The sound of voices intoning names”, en *The London Review of Books*, 5/6/97. En la misma perspectiva ver también el discurso pronunciado por Saul Friedländer cuando recibió el “Geschwister-Scholl-Preis” (Friedländer, Saul; Reemtsma, Jean Philippe. *Gebt der erinnerung namen*. München, 1999, pp. 27-37, del cual tuve conocimiento luego de haber escrito mi texto.

³⁷ Hegel, *XX*, pág. 206, l:26, citado por Kojève, A. *Introduction à la lecture de Hegel*. Paris, 1962, pág. 467. Editado por R. Queneau, 2ª edición. La importancia de este tema me ha sido señalada de una manera independiente por Vittorio Foa.

en la trampa de una polémica estereotipada, cuyas coordenadas serían dictadas por la secta siniestra que es el objeto de este encuentro. Las pruebas, a pesar de ser abrumadoras (como en el tema que nos concierne), jamás son suficientes para proteger la memoria de los acontecimientos de la pérdida de significación que los amenaza.

**Dr. Yehuda
Bauer**

Consejero Académico
de Yad Vashem,
Jerusalem

La Segunda Guerra Mundial, Shoá y genocidio*

Raramente nos hacemos la pregunta “¿Por qué estalló la Segunda Guerra Mundial?”. Usualmente, la transformamos en: “¿Cómo ocurrió?”, “¿Qué preparativos se hicieron?”, “¿Quién hizo qué cosa y cuándo?”. Es claro que la Alemania nazi inició el conflicto. ¿Por qué su liderazgo hizo eso, contra los deseos de la población alemana?

El peso de la documentación parece indicarme que la conducción fue puramente ideológica. El movimiento nazi llegó al poder comprometido con la expansión y la conquista, basado en una ideología racista. Viendo a la guerra como el estado natural de una sociedad humana saludable, esta rebelión contra el legado de un Iluminismo del cual ellos mismos formaban parte fue –si se puede utilizar el término– una separación ilegítima.

En función de prepararse para la guerra, los nazis usaron la recuperación económica, primero, para rearmarse. Sobornaron a las masas alemanas con financiación deficitaria, y como eso los condujo al borde del derrumbamiento financiero, salieron de esa situación –principalmente– robando la propiedad judía, como Goetz Aly ha mostrado recientemente.

Enfrentados con grandes obstáculos económicos, su única manera de superarlos era una radicalización creciente, corriendo hacia la guerra y la conquista. Su única manera de evitar un derrumbe económico total –una vez empezada la guerra– era ocupar cada vez más países, explotándolos implacablemente, y –de hecho– financiar su guerra robándoles todos los recursos posibles. El primer blanco de esta política fueron los judíos.

El genocidio había estado implícito, no explícito. Era parte de la ideología; en cualquier caso, fue uno de sus principales resultados. Primero, robaron, y luego, asesinaron a los judíos –y no a ciclistas proverbiales o a hombres con lentes y mujeres de cabello rojo– debido a su genocida ideología antijudía.¹

* Conferencia brindada en la Universidad de Tel Aviv, 15/6/05.

Traducción del inglés: **Lic. Patricio A. Brodsky**.

¹ Cuando Bauer dice: “ciclistas proverbiales, o a hombres con lentes y mujeres de cabello

¿Por qué se dedicaron a la expansión? ¿Pudieron depender de la conquista la recuperación económica y social alemanas? Muy poco. Hacia 1936/38, la economía había salido de la crisis, el desempleo había dado un respiro, la estabilidad social había sido lograda en parte y la guerra no era de manera alguna esencial.

Alemania no necesitó de una guerra para sostener un crecimiento sólido. No necesitó ocupar Europa Oriental para conseguir granos o materias primas. Como era productora de artículos manufacturados, fácil y lucrativamente pudo producir para intercambiarlos por cosas que necesitaba. Por cierto que no necesitaba tierra alguna

Alemania, hoy, es un país más pequeño que en 1937, con una población más grande. No sólo no necesita explotar a persona superflua alguna, sino que necesita la inmigración constante de otros para mantener su nivel de vida.

El hambre de tierra era un postulado ideológico; la expansión, una quimera; la guerra, materialmente inútil. Repito: desde una perspectiva alemana racional, una guerra vana.

El antisemitismo fue, obviamente, un componente de la ideología que produjo la guerra, con sus 35 millones de víctimas, resultando en la destrucción de la mayoría de Europa. ¿Cuán central fue? Pienso que existe un consenso entre muchos –si no la mayoría– de los historiadores en que efectivamente tuvo un lugar central, alimentado sobre el carácter cuasi religioso del nacionalsocialismo, que prometía la redención y un *Reich* de mil años que sería llevado a cabo por el Divino Mesías, quien se había vuelto de carne y sangre: Adolf Hitler.

La lucha por la felicidad eterna sería dirigida contra Satán y sus servidores, y Satán fue el poder detrás del cual estaba el judío estereotípico; de hecho, era él mismo. Esto fue fácilmente comprendido por las masas alemanas, como si se derivara de una distorsión de la cristiandad, y en particular de su producto: el antisemitismo cristiano, que nunca ha sido genocida, pero conformó la base de la variedad nazi.

Según lo entiendo, el deseo de trasladar a los judíos desde Alemania en los treinta, los planes de expulsión hacia Nisko, Madagascar y el Artico soviético, y hasta el genocidio mismo formaron parte de los deseos de exorcizar al Diablo del pueblo elegido del seno de los pueblos nórdicos de raza aria.

Los métodos, los momentos, los escenarios en los cuales estas políticas fueron desarrollados fueron determinados por consideraciones pragmáticas. El objetivo, sin embargo, fue totalmente no pragmático y –como digo– puramente ideológico. De esta forma, la existencia de *ghettos* –por ejemplo, en Bialystok y

rojo” refiere indirectamente a un cuento que relata acerca de una conversación entre dos personas. Dice así: “Un antisemita afirma que hay que matar a todos los judíos. La réplica del otro es: ‘Sí, a los judíos y a un ciclista’. ‘¿Por qué a un ciclista?’, pregunta el primero. ‘¿Y por qué a los judíos?’, le responde”. (*Nota del traductor.*)

Lodz– fue de suma importancia para la maquinaria de guerra alemana y fue apoyada por oficiales nazis locales. Contrariando toda la lógica capitalista moderna de costo-beneficio, los *ghettos* fueron aniquilados por órdenes emitidas desde el comando en Berlín, de acuerdo con los objetivos ideológicos. Hay muchos ejemplos de esto.

Este carácter no pragmático del genocidio de los judíos –erróneamente llamado ‘*Holocaust*’ en inglés– es uno de los elementos que lo diferencian de otros genocidios. Otros elementos –como he tratado de mostrar en otros lados– fueron la totalidad, que es el deseo de aniquilar a cada persona singular del grupo señalado (obviamente, no hubiera quedado ningún Satán si el proyecto nazi para el pueblo elegido hubiera tenido éxito); la universalidad –esto es, la idea, desarrollada en etapas, de que los judíos de todas partes deberían ser tratados del mismo modo que en la Europa nazificada–; y el hecho que nuevos métodos y usos de los modernos medios tecnológicos eran producidos dentro de una civilizada y culta sociedad del centro de Europa, con el objetivo de realizar ese genocidio.

De este modo, el gaseamiento e incineración de judíos no sólo fue un modo pragmáticamente más eficiente que asesinarlos por fusilamiento en zanjas –como en las zonas soviéticas ocupadas por los nazis–, sino que había un simbólico paralelismo con los exorcismos practicados en los “autos de fe”,² en la Península Ibérica, cientos de años antes. En ambos casos, las personificaciones de Satán fueron exorcizadas por el fuego.

El antisemitismo y los deseos de conquistar y gobernar no sólo Europa, sino –finalmente y con aliados– el mundo entero, fueron los dos pilares mutuamente complementarios del proyecto nazi. Complementarios porque el Bien nazi sólo podía triunfar si el Satán judío era derrotado y aniquilado. De esta manera, el antisemitismo fue una de las principales causas para la muerte de incontables víctimas no judías en la Segunda Guerra Mundial y la devastación de gran parte de Europa.

Está claro para todos, pienso, que la *Shoá* fue un genocidio, y como tal, no sólo puede, sino que debe ser comparado con otros. Sólo entonces podremos decir si fue diferente y hasta qué punto lo fue. Si la *Shoá* fuese única, atemporal –como la mirada oficial políticamente correcta israelí la ve–, nunca ocurriría de nuevo y a cualquiera. Se tornaría, entonces, no pertinente para el presente y el futuro, y seguramente podríamos relegarla a las observancias anuales de la liturgia, los monumentos conmemorativos y la gran cantidad de gastados clichés, como nuestros políticos están habituados a hacer.

² El auto de fe era una “manifestación pública de la Inquisición en busca de ejemplaridad, desde humillaciones menores hasta la ejecución, que se practicaba a los condenados por herejía y apostasía”. Enciclopedia online *Wikipedia*, en http://es.wikipedia.org/wiki/Auto_de_fe (29/8/05). (*Nota del traductor*)

Pero la *Shoá* no fue única, sino inaudita, y puede –porque ya ha ocurrido en gran magnitud– volverse un precedente. Puede pasar de nuevo, a los judíos o a otros; perpetrado por cualquiera, incluyendo a los judíos; no exactamente de la misma forma, pero –seguro– si no, de formas paralelas y muy similares.

¿Cuál es, entonces, la categoría general de genocidio a la que la *Shoá* pertenece?

Tenemos, por supuesto, la muy problemática definición de “genocidio” de la Convención de 1948, que fue ratificada por la mayoría de los gobiernos del mundo. Esta definición –como todos usted saben–habla del intento de eliminar, en parte o en todo, a un grupo étnico, nacional, racial, o religioso como tal, y lista cinco maneras en que los perpetradores lo hacen: la matanza de miembros del grupo; causar serio daño físico o mental al grupo; la creación de condiciones de vida que limiten la existencia del grupo; la prevención de nacimientos de miembros del grupo señalado; y el secuestro de niños del grupo indicado.

No está claro si se tienen que cumplir todas estas condiciones, o sólo una o dos, para que el asesinato masivo sea considerado genocidio. No está claramente delimitado cuándo una masacre se vuelve genocidio. Es más bien un sinsentido hablar del secuestro de niños o el impedimento de nacimientos cuando todos los miembros del grupo son los estigmatizados, como fue el caso de la *Shoá*. También es difícil de ver al hecho de empujar a personas hacia las cámaras de gas como la creación de condiciones de vida desfavorables. Y en la *Shoá* no hubo ciertos miembros del grupo que eran señalados, sino todos ellos.

El caso de Ruanda es igualmente problemático. Hutus y tutsis no son grupos étnicos: hablan el mismo idioma, tienen la misma cultura y son miembros de las mismas denominaciones religiosas. Las diferencias eran originalmente de clase y fueron exacerbadas por los misioneros europeos y los colonialistas, que introdujeron una terminología básicamente racista.

Hablando estrictamente, la descripción de la tragedia ruandesa como un genocidio podría criticarse. Pero por supuesto que lo fue. Las cosas están claras, la que está equivocada es la definición.

No existe una investigación histórica que hable de genocidios anteriores al siglo XX, aunque está absolutamente claro que el trato a los aborígenes americanos, a todo lo largo del continente, lo fue. También éste fue el caso de la destrucción de Cartago o de la hambruna irlandesa provocada intencionalmente. Pero necesitamos herramientas analíticas más afiladas que las que nos fueron proporcionadas por la Convención de 1948 para poder llamar “genocidio” a una matanza cuando la vemos.

La razón de por qué esta convención es tan problemática es que fue producto de negociaciones entre Occidente y el bloque soviético, y no el resultado de una discusión académica. A exigencia soviética, el asesinato en masa por razones políticas que hoy llamamos “politicidio” fue excluido, obviamente porque la Unión Soviética podría haber sido acusada de genocidio.

Los grupos religiosos fueron incluidos, aunque hay una diferencia básica entre ellos y los étnicos. Las lealtades religiosas –al menos teóricamente, si bien no siempre en la práctica– son cuestión de opción. Los judíos europeos y aquellos que vivían amenazados de muerte en países musulmanes en el período pre-moderno podían convertirse y –con esa acción– salvar sus vidas, aunque –de todas formas– uno tiene que agregar “no siempre”. Pero si usted nace judío, alemán, ruso, árabe o chino está ligado a su etnicidad porque –después de nacer– es demasiado tarde para escoger a sus padres. No es lógico incluir a los grupos religiosos y no a los políticos en las definiciones de “genocidio”, aunque sí lo es limitar el concepto sólo a grupos étnicos y usar, entonces, otras definiciones para los otros tipos de destrucción en masa.

Finalmente, este juego alrededor de las definiciones –tan estimado por los académicos– es un total y verdadero sinsentido, excepto por el hecho que estamos forzados por la definición de la convención. Muchos años atrás, Yoram Dinstein, antiguo presidente de esta augusta institución, declaró en una discusión que no hay puntos en disputa porque ésa es la única definición válida y aceptada por la legislación internacional.

Nunca he favorecido esa mirada legalista, que –a mi entender– está totalmente alejada de la realidad histórica. Nuestras definiciones son abstracciones de la realidad, y ésta es mucho más compleja de lo que nuestras definiciones pueden serlo. En lugar de intentar encajar la realidad en la abstracción, debemos hacer el movimiento inverso, adaptando nuestras definiciones a la realidad.

La realidad es que los humanos son los únicos mamíferos que se matan los unos a los otros en enormes cantidades. Es bastante obvio que se debe a que sus cualidades psicológicas lo hacen posible. La prueba de esto yace en todas nuestras leyes, que hacen ilegal el asesinato. Si no hubiese una tendencia homicida, sería innecesario tener leyes contra ello, y quizás tendríamos nueve mandamientos, en lugar de diez. La razón para esta inclinación, o instinto básico, es –según algunos psicólogos– el deseo de defender a los más cercanos y, principalmente, el espacio necesario para mantenerlos a resguardo de la competencia, invasión u otro peligro real o imaginario.

En ese caso, se erige la pregunta de si existe alguna forma de detener las masacres y genocidios. En vista de ello, las perspectivas no son halagüeñas. El sociólogo norteamericano Rudolph J. Rummel estima el número de víctimas civiles de los gobiernos y movimientos políticos en los primeros 87 años del siglo XX (las fechas fueron escogidas arbitrariamente) en 169 millones, como contraste con los 34 millones de soldados que murieron durante el mismo período, que incluye las dos guerras mundiales; o sea, murieron cuatro veces más civiles que soldados. Y 38 de los 169 millones de civiles murieron en genocidios –como fueran definidos por la Convención–; de éstos, cerca de seis millones, en la Shoá. Rummel llama “democidio” al asesinato de civiles o de pue-

blos, y esto incluye todas las masacres, incluyendo los genocidios definidos por la Convención.

Sin embargo, así como uno puede decir que el asesinato en masa ha estado con nosotros desde tiempo inmemorial –y probablemente antes–, lo mismo cabe afirmar respecto de su contrario; a saber: el autosacrificio por otros.

El anhelo de muerte y el anhelo de vida –este último, circunscrito por Freud a lo que parece ser un énfasis demasiado fuerte en la pulsión sexual–, al parecer, forman parte de nuestra constitución básica. En el mundo real, así como en el imaginario de la literatura que lo refleja, ambos tienen una existencia paralela. “Justos entre las Naciones” rescataron a judíos, y eso incluye comunidades enteras, incluso comunidades étnicas enteras; turcos y kurdos “justos” rescataron a armenios durante ese genocidio; hutus “justos” rescataron a tutsis en Ruanda; norteamericanos “justos” rescataron a aborígenes o nativos. A menudo, tales actividades involucraron realmente correr el mismo riesgo por un extraño. Es éste otro polo de nuestro ser mental e instintivo, el de quienes transformaron las acciones contra el genocidio en una posibilidad real, aunque difícil y quizá remota.

No hay duda alguna de que vivimos en un pequeño planeta que está amenazado por la autodestrucción humana, la cual se ha hecho posible por los adelantos tecnológicos. Tales amenazas no sólo incluyen los genocidios, sino las pujas de poder entre naciones provistas de armas de destrucción masiva, desastres ecológicos creados por la interferencia humana en la naturaleza y epidemias contra las cuales no hay cura conocida. Por consiguiente, los genocidios no son el único problema mayor que los humanos hemos creado para nosotros. Y claro, uno siempre tiene que recordar que la raza humana empezó su meteórico crecimiento hace un millón o un millón y medio de años y que su presencia en el planeta está limitada temporalmente. Tarde o temprano desapareceremos, después de haber recorrido –por así decirlo– nuestro camino. Y con nosotros, nuestras culturas, nuestros logros y fracasos, nuestro Dios o dioses, nuestras creencias, nuestras esperanzas y nuestras vanidades. Pero a lo que tenemos que aspirar –pienso– es a que esta desaparición ocurra más tarde que temprano.

Los adelantos tecnológicos se han registrado no sólo en el armamento. En los Estados Unidos, los científicos sociales han desarrollado modelos sociológicos y politológicos basados en un número grande de variables que hacen posible hacer valoraciones realistas del riesgo de desarrollo de genocidios. Hoy en día es posible identificar los lugares en el mundo en los cuales se desarrollarán asesinatos en masa, a menos que hagamos algo por impedirlos. Esto ha llevado al desarrollo de un modelo de advertencia temprana que nos permite predecir –con una exactitud aproximada– que entre tres y seis meses las amenazas se convertirán en destrucción en masa de vidas humanas.

No sólo se necesitaron tales predicciones en los casos de Ruanda y Darfur,

sino también el estrecho conocimiento de lo que allí acontecía, y fue voluntad política, no una advertencia temprana, lo que se necesitó para prevenir esos genocidios. Pero los gobiernos de los Estados Unidos y el Reino Unido, como así también la ONU, hoy tienen tales medios a su disposición.

Basado en ello, un grupo de académicos se dirigió al gobierno sueco y le propuso una importante conferencia política que no discutiría el genocidio, sino lo que llamamos “amenazas de genocidio”, como una introducción a propuestas para su prevención.

El uso del término “amenazas de genocidio” era una táctica: enfocarse en las limitaciones de la Convención del Genocidio sin disminuir las perspectivas de usarla para prevenirlos. La conferencia, llamada “Foro de Estocolmo”, se realizó el 27 de enero de 2004 y asistieron representantes de 55 gobiernos (y un observador del Vaticano; ellos siempre sólo observan).

En el discurso de apertura, que fue reconocido y aprobado por el gobierno sueco, definí lo siguiente como el tema del foro: los genocidios según la definición de la Convención, politocidios, la limpieza étnica cuando el propósito es eliminar a un grupo como tal y las ideologías del genocidio global que predicaban una propaganda asesina y prácticas de asesinato en masa; esto es, el islamismo radical. Nadie lo objetó, pero no sé cuántos entendieron lo que el gobierno sueco y el grupo de académicos que planearon la conferencia realmente querían decir.

Una declaración maravillosa, aprobada por aclamación, ahora adorna cestos de basura de ministerios de Relaciones Exteriores por todo el globo. Pero el trabajo práctico fue hecho: las opciones de la acción política para prevenir o detener las amenazas de genocidio –como nosotros lo definimos– fueron discutidas, y gran cantidad de ellas fue preparada para su uso por los grupos de presión.

Kofi Annan, que asistió, fue impulsado a nombrar un consejero especial para prevención del genocidio, que ha empezado su trabajo. No salvamos al mundo, y ninguna paz mundial está a la vista, pero quizá dimos un pequeño paso hacia la reducción de los peligros.

Como ve, no creo en las utopías. Retomando la famosa cita de *lord Acton*, las utopías siempre matan, y las utopías radicales –como el comunismo, el nacionalismo, el extremismo religioso y similares– matan radicalmente.

Por lo tanto, tampoco creo en un mundo bueno, ni en la venida de un Mesías terrenal o celestial para rescatarnos de nosotros mismos. Pienso y espero que, con mucha suerte y trabajo muy duro, posiblemente podremos hacer del mundo en el que vivimos uno un poquito mejor de lo que es ahora.

¿Cuáles son las opciones? Ellas están demostradas, no en los eruditos ensayos –aunque debemos considerarlos como un trasfondo necesario–, sino en los terribles dilemas que enfrenta el mundo ante los genocidios presentes y futuros. Prácticamente, esto significa que tenemos que discutir Darfur –que es claramente un genocidio– de acuerdo a la Convención, y tenemos que debatir su re-

lación con los genocidios que lo precedieron y aquellos que lo seguirán, como perpetuando su legado.

Darfur es una región en el oeste de Sudán, de un tamaño aproximado al de Francia, con quizá 4.000.000 habitantes. En su mayoría, éstos son negros, agricultores y están divididos en cuatro tribus principales y algunas otras menores. Una minoría importante tienen ganado vacuno, y se ve a sí misma como árabe. Casi todos son musulmanes, al menos formalmente. Esta área es semiárida, adyacente al desierto del Sahara, y se está desertificando lentamente. Ello conduce a crecientes disputas por las mejores tierras arables y el agua, y los ganaderos –cuyas tierras ya no soportan a su ganado– están tratando de expulsar a los agricultores, quienes están jaqueados por las sequías y, lentamente, ven desaparecer su medio de vida.

El gobierno, en Jartum, es islámico radical, y ahora se ha visto más o menos forzado a arribar a un acuerdo con los negros cristianos y las tribus animistas del Sur, después de una guerra civil que ha durado cerca de veinte años, durante la cual los árabes del Norte trataron de aniquilar a sus enemigos. Cerca de dos millones de vidas se perdieron en lo que –otra vez– fue indudablemente un conflicto genocida. Resta ver si la paz firmada entre el Norte y el Sur se sostendrá.

En cierto sentido, la rebelión de las tribus negras de Darfur contra la creciente opresión del gobierno sudanés, que apoya a los pastores árabes, es una continuación de esa guerra civil.

La respuesta de Sudán a las demandas de una mayor autonomía y más ayuda a Darfur fue la organización, por parte del gobierno, de las milicias “*Janjaweed*”, que –desde 2003– han estado destruyendo aldeas negras, asesinando hombres en masa y violando a mujeres sistemáticamente. Probablemente han ocurrido unas 400.000 muertes, no sólo por matanzas directas, sino también por la agonía en masa en campos de refugiados en Darfur y la vecina Chad; unos 2,5 millones de personas han sido desplazadas y vegetan allí.

El año pasado no se realizó sembrado alguno, ni tampoco se hará después de la actual estación de lluvias. Las agencias de ayuda humanitaria son incapaces de manejar este desastre, y por consiguiente, estamos presenciando un genocidio continuo por la muerte de los más débiles; a saber, los niños pequeños.

Las grandes potencias han sido incapaces de tratar con esto. China, que posee las concesiones de aceite en el sur de Sudán, no quiere enfrentarse con el gobierno y ha declarado abiertamente que vetará cualquier resolución que pueda obligar al desarme de *Janjaweed* y estorbar los planes sudaneses de bombardear las aldeas negras. El Congreso norteamericano aprobó una resolución que declara a la situación como “genocidio”, pero la ONU y otros poderes no han estado de acuerdo. El paralelo con Ruanda es obvio. La Unión Africana envió una pequeña fuerza militar a Darfur, con el objeto de supervisar una tregua que nadie guarda; no tiene mandato alguno para proteger a los civiles.

¿Qué se puede hacer? Ante la inacción de la ONU y aunque los esfuerzos por lograr revertirla deben continuar, ha habido una apelación a la intervención indirecta de la OTAN, ya que la presencia de blancos cristianos y europeos en un país musulmán sería bastante intolerada. La idea es obligar a la renuente Unión Africana a enviar fuerzas significativas a Darfur con el mandato de proteger a los civiles, las cuales contarían con entrenamiento, abastecimiento, equipo militar y transporte de la OTAN. Este es el tipo de acción propuesto en los escritos y ensayos producidos por académicos y otros grupos de presión. No es para prevenir el genocidio, porque éste ya está aconteciendo, sino para detenerlo de una vez.

A los fines preventivos, los académicos ahora están trabajando en lo que llamamos una “caja de herramientas”; es decir, una serie de medidas graduales, de tipo no militar, a los efectos de ser empleadas en situaciones en las cuales hay amenaza de genocidio, antes de que éste acontezca.

No es una cuestión de lógica, sino de presión en el mundo político. Descubrimos que los académicos tienen mucho más impacto que el que ellos piensan. La idea general es crear uniones de grupos de presión que traigan propuestas prácticas, con campañas en los medios de comunicación y acciones similares, y trabajaremos junto a políticos que simpaticen con esta propuesta. Se sorprenderán de oír que hay algunos. ¿Esta idea tendrá éxito? No tengo ni la menor idea. Todo lo que sé es que debemos intentarlo.

¿Por qué? ¿Y por qué en especial los judíos, fundamentalmente los israelíes? Porque el Holocausto fue la forma más extrema de una enfermedad que atormenta a la raza humana; esto es, el peligro de su mera existencia (no es el único riesgo, por supuesto, pero es uno muy serio). Por lo tanto, el Holocausto se ha tornado, generalmente, un paradigma para las amenazas de genocidio.

Los judíos son, hoy, por primera vez desde 1945, amenazados nueva y abiertamente por una ideología genocida, la del islamismo radical. Estas proclamas criminales deben ser tomadas más en serio de que lo que lo fueron los nazis, desafortunadamente, más de dos generaciones atrás.

El estrecho pensamiento judío sectario que necesita aislar la memoria de la Shoá de otros genocidios está intelectualmente equivocado y es moralmente inaceptable y políticamente estúpido. Por el contrario, la conexión directa entre la guerra, la Shoá y los actuales eventos y amenazas genocidas debe ser enfatizada.

La Shoá no tuvo antecedentes. Pero ella fue un precedente, y continúa siéndolo. Debemos hacer todo lo que podemos para detener esto.

**Dr. Jeffrey
Herf**

Investigador del Centro
de Estudios Avanzados
del Holocausto
del Museo Memorial del
Holocausto de los
Estados Unidos y
profesor de Historia en
la Universidad de
Maryland.

La “guerra judía”: Goebbels y las campañas antisemitas del Ministerio de Propaganda nazi*

I

En *La guerra contra los judíos. 1933-1945*, de 1975, Lucy Dawidowicz escribió que los historiadores de aquel período necesitaban prestar atención a una segunda guerra sostenida por el régimen nazi.¹ Reclamó la incorporación de lo que pronto fue conocido genéricamente como “Holocausto” en la historia general del período.

En las siguientes dos décadas, con algunas excepciones, emergieron dos corrientes de especialistas, una enfocada en el discurso político-bélico convencional –Pearl Harbor, Stalingrado, el “Día D”– y otra, en el Holocausto: la Conferencia de Wannsee, Varsovia y otros ghettos, los campos de exterminio.

En la década de 1990, de la obra de Christopher Browning, Richard Breitman, Omer Bartov, Gerhard Weinberg, Philippe Burrin y, más recientemente, Ian Kershaw ha emergido una corriente que busca integrar las dos guerras en tiempo y lugar.² Más aún, la poderosa frase de Dawidowicz “*la guerra contra los ju-*

* Herf, Jeffrey. “The Jewish war”, en *Holocaust and Genocide Studies*. Vol. 19, N^o 1, Spring 2005. Oxford University Press, pp. 51-80. Traducción del inglés: Lic. **Patricio A. Brodsky**.

¹ Dawidowicz, Lucy S. *The war against the Jews. 1933-1945*. New York, Holt, Rinehart and Winston, 1975.

² Por ejemplo: Browning, Christopher R. *The path to genocide. Essays on launching the Final Solution*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992; Browning, Christopher R., con aportes de Matthäus, Jürgen. *The origins of the Final Solution. The evolution of Nazi Jewish policy. September 1939-March 1942*. Lincoln & Jerusalem, University of Nebraska Press & Yad Vashem, 2004; Breitman, Richard. *Architect of genocide. Himmler and the Final Solution*. New York, Knopf, 1991; Burrin, Philippe. *Hitler and the Jews. The genesis of the Holocaust*. London, Arnold, 1994. Edición en francés: 1989; Kershaw, Ian. *Hitler. 1936-1945. Nemesis*. New York, Norton, 2000; Weinberg, Gerhard L. *A world at arms. A global history of World War II*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994; Goldhagen, Daniel. *Hitler's willing executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*. New York, Knopf, 1996. Este es, probablemente, el trabajo norteamericano sobre el Holocausto más ampliamente difundido luego del de Dawidowicz. Está centrado en la tesis de la existencia de un extendido antisemitismo entre los alemanes, sin establecer relaciones entre el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial o la interpretación de la guerra antisemita.

díos” continúa evocando específicamente el asesinato en masa de la judería europea como un evento diferente de la Segunda Guerra Mundial.

Uno de los propósitos de este ensayo es otorgar una renovada atención y ofrecer una mirada mucho más detallada sobre los significados más abarcadores de aquella frase, como así también los sentidos que el referido término de “*la guerra judía*” (*Der jüdische Krieg*) poseía para Hitler y la propaganda de guerra nazi.

Exploré cómo los líderes y propagandistas nazis tradujeron tardíamente en un discurso político el concepto ideológico fundamental.³ Entre 1939 y 1945, Hitler mismo, su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, y docenas de otros oficiales y propagandistas nazis presentaron la guerra como una conflagración entre la Alemania nazi y la conspiración judía internacional entonces existente.

Esta idea fue repetida en numerosas y detalladas minutas secretas referentes a diversos temas y cómo la prensa debía cubrir, interpretar y revelar los eventos. Estas eran despachadas diaria y semanalmente a periodistas y editores de varios miles de periódicos y revistas por Otto Dietrich, director de la Oficina de Prensa del *Reich*, y su personal.

El papel de Dietrich en el discurso político permanente de la guerra fue mucho más importante de lo que generalmente se reconoce tanto en la percepción académica como en la popular. A diferencia de Goebbels, cuya celebridad fue muy superior, Dietrich trabajó en las oficinas de Hitler a diario. Cada mañana, luego de hablar con Hitler, elaboraba instrucciones para su personal en Berlín, que transmitía las directivas a la prensa.⁴

Como las apariciones en público de Hitler se volvieron menos frecuentes, Goebbels dio pasos en dirección a brindar argumentos en los principales discursos, en las publicaciones más prominentes y en las transmisiones de la radio nacional. Otras figuras principales, como Hermann Göring y Robert Ley, también aportaron ideas, como también autores mucho menos conocidos, en artículos y editoriales del diario nazi *Völkischer Beobachter*. La “guerra judía” era un tema importante en docenas de ensayos de propaganda, folletos y libros de pseudoeruditos, todos trabajos que emergían del Ministerio de Propaganda e “institutos de investigación” antisemitas. Los carteles y “periódicos de pared” en lugares públicos integraron texto y llamativas imágenes con el propósito de alcanzar su objetivo.

A pesar de los millones de palabras e imágenes de apoyo, la traducción de la ideología antisemita nazi en el discurso político nazi de la Segunda Guerra

³ Esta investigación produjo como resultado un libro sobre el antisemitismo y la propaganda de guerra nazi, a ser publicado por Harvard University Press.

⁴ Acerca de Dietrich y las conferencias de prensa diarias ver Hardy, Alexander. *Hitler's secret weapon. The managed press and propaganda machine of Nazi Germany*. New York, Vintage, 1967. El autor fue uno de los fiscales en el juicio por crímenes de guerra y contra la humanidad entablado contra Dietrich en Núremberg, luego de la guerra.

Mundial, como “la guerra judía”, el significado de la frase “*la guerra contra los judíos*” aún tiene que entrar completamente en el campo de estudios históricos de la era nazi. Tenemos que examinar la traducción de la ideología en el discurso político y la interpretación del antisemitismo simultáneamente como una cuestión de odios y una estructura explicativa.

Un segundo propósito de este ensayo es ahondar nuestra comprensión del papel de la teoría conspirativa del nazismo durante la Segunda Guerra Mundial. En *Warrant for genocide. The myth of the Jewish world-conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*,⁵ de 1967, Norman Cohn examinó los orígenes de la creencia nazi en la existencia de una conspiración judía internacional, como así también las implicaciones de genocidas en esa convicción.⁶

Más recientemente, Saul Friedländer desarrolló la tesis del “*antisemitismo redentivo*” para describir la ideología y las políticas nazis en las décadas de 1920 y 1930, dirigiendo una renovada atención tanto hacia la importancia de la creencia en una conspiración judía internacional como hacia la idea del impacto político en la “era de persecución”, desde 1933 hasta 1939.⁷

El distinguido historiador de arte británico E. H. Gombrich fue el primero en examinar la conexión entre la teoría conspirativa y la propaganda de guerra nazi. En una conferencia dictada en 1969, Gombrich se refirió a su experiencia en la *BBC* supervisando transmisiones de radio alemanas en tiempos de guerra, para observar que “*lo que es característico de la propaganda nazi no es tanto la mentira, sino –más bien– la imposición de una mirada paranoica sobre los acontecimientos mundiales*”.⁸ En ese esfuerzo, la propaganda nazi creó un mundo mítico, “*transformando el universo político en un conflicto de personas y personificaciones*” en el cual una Alemania poderosa luchaba virilmente contra malvados intrigantes; sobre todos, los judíos.

La noción de “los judíos” estableció la lógica de este mito originario en los relatos de las batallas políticas dentro de Alemania y, luego, en el plano internacional. Era, Gombrich continuaba, “*esta gigantesca manía persecutoria, este mito paranoico que (...) (fue sostenido) por el conjunto de las múltiples instancias de propaganda alemana*”.⁹

Gombrich argumentó que, para los nazis, “*la guerra era sólo una guerra con-*

⁵ Publicado en castellano como *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid, Alianza Editorial, 1983.

⁶ Cohn, Norman. *Warrant for genocide. The myth of the Jewish world-conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*. New York, Harper and Row, 1967.

⁷ Friedländer, Saul. *Nazi Germany and the Jews*. Vol. 1: *The years of persecution. 1933-1939*. New York, Harper Collins, 1997, pp. 99-101 especialmente.

⁸ Gombrich, E. H. *Myth and reality in German war-time broadcasts*. London, Athlone, 1970, pág. 18.

⁹ *Ibid.*, pp. 20-21.

tra el Demonio, el judío”, quien era el poder real detrás de los Estados soberanos de Estados Unidos, el Reino Unido, y la Unión Soviética. Este mito era “autoconformador”: una vez que la persona quedaba atrapada en él, se le volvía realidad, “*ya que si usted lucha con todos, todos lucharemos con usted, y mientras menos misericordia muestre, mayor es el compromiso de su parte a luchar hasta el fin*”.¹⁰

Una impresionante cantidad de especialistas han sido pioneros, con trabajos acerca de la propaganda nazi. En estudios publicados durante las décadas de 1960 y 1970, Jay Baird, Ernest Bramsted, Erich Goldhagen, E. H. Gombrich, Jürgen Hagemann y Robert Herzstein presentaron temas claves, estructuras institucionales, cauces de influencia y modelos de difusión.¹¹

En un importante estudio sobre el impacto de la propaganda antisemita nazi, David Bankier concluyó que la habilidad de la propaganda nazi “*para penetrar en la población alemana ha sido exagerada*”, pero también que fue efectiva en promover la indiferencia y la hostilidad hacia los judíos “*porque extensos sectores de la sociedad alemana eran propensos al antisemitismo*”.¹²

A pesar de que algunos alemanes pudieron haber sido escépticos acerca de los mensajes que emanaban del Ministerio de Propaganda, no tenían acceso a interpretaciones alternativas de los eventos.¹³

Más recientemente, Yehuda Bauer y Robert Gellately han examinado la recepción de los mensajes del régimen entre las élites y las no élites alemanas,

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 22-23.

¹¹ El primer trabajo fue hecho durante la guerra: Sington, Derrick; Weidenfeld, Arthur. *The Goebbels experiment. A study of the Nazi propaganda machine*. New Haven, CT, Yale University Press, 1943. Para los trabajos de posguerra ver Bramsted, Ernest. *Goebbels and National Socialist propaganda. 1925-1945*. East Lansing, Michigan State University Press, 1965; Gombrich, E. H., op. cit.; Baird, Jay W. *The mythical world of Nazi war propaganda. 1939-1945*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1974; Herzstein, Robert Edwin. *The war that Hitler won. The most infamous propaganda campaign in history*. New York, Putnam, 1978; Hagemann, Jürgen. *Die Presselenkung im Dritten Reich*. Bonn, Bouvier, 1970; Goldhagen, Erich. “Obsession and realpolitik in the Final Solution”, en *Patterns of prejudice*. 12:1, 1978, pp. 1-16; Aronsfeld, Caesar C. “Perish Judah! Extermination propaganda”, *Patterns of prejudice*. 12:5, 1978, pp. 17-26; Aronsfeld, Caesar C. *The text of the Holocaust. A study of the Nazis' extermination propaganda. 1919-1945*. Marblehead, MA, Micah, 1985.

¹² Bankier, David. *The Germans and the Final Solution. Public opinion under Nazism*. Oxford, Blackwell, 1992, pp. 154-155; Kershaw, Ian. *The “Hitler myth”. Image and reality in the Third Reich*. Oxford, Clarendon, 1987.

¹³ Como una joven mujer, la prominente especialista en opinión pública alemana Elizabeth Noelle-Neumann trabajó en el Ministerio de Propaganda. Posteriormente publicó un estudio clásico de opinión pública enfocado en un “espiral de silencio”, en el cual la gente era reuente a hablar públicamente por miedo al ostracismo. El estudio se centraba en la formación de la opinión pública en las sociedades democráticas. La tesis básica refería a “espirales de palabra” y “espirales de silencio” aplicados con mayor fuerza aún en condiciones de dictadura totalitaria, en la cual el gobierno posee el monopolio de los medios. Noelle-Neumann, Elizabeth. *The spiral of silence. Public opinion, our social skin*. Chicago, University of Chicago Press, 1993. 1ª edición: 1984.

para comprender lo que Bauer llamó la creación de un “*consenso*”, hacia fines de la década de 1930, entre las élites políticas que incluyó un antisemitismo radical.¹⁴

Claudia Koonz ha sostenido que mucha de la propaganda nazi durante la década de 1930 construyó consenso sólo con modestas e intermitentes apelaciones a temas explícitamente antisemitas.¹⁵ La figura emergente de esta especialista es la de una minoría radical nazi operando en una sociedad con un consenso antisemita menos radical, pero amplio. Un consenso general lo suficientemente amplio como para tornar indiferentes a los individuos ante los rumores y la diversidad de claros indicios que señalaban que estaba teniendo lugar un asesinato en masa. Es más, el consenso en el apoyo a Hitler dependía más de sus presuntos éxitos de 1939: la recuperación económica, la restauración del orgullo nacional y la política exterior.

Un tercer propósito es mostrar cómo el aparato de propaganda nazi “modernizó” las amplias teorías conspirativas, abarcando personas y eventos. El antisemitismo nazi se volvió una forma de crear comunión entre eventos con sentido y sin sentido.

En las últimas décadas, historiadores del pensamiento han dedicado gran atención a los discursos políticos que utilizamos en nuestras reconstrucciones del pasado. Centramos nuestra atención en la translación –por los propios actores históricos– de la ideología en un discurso político cotidiano y semanal.

Este fenómeno es un importante y aún no examinado aspecto de la historia de la cultura política. Las ideologías políticas no son meras afirmaciones de principios. Su validez para sus creyentes y potenciales seguidores también se asienta en su habilidad para ofrecer explicaciones plausibles acerca de qué es lo que está ocurriendo en el mundo.

La propaganda nazi, repetitiva como fue, en lo central no consistió en interminables repeticiones de citas de *Mein Kampf*. Además de crear un mito cercano a la infalibilidad de Hitler y sus textos básicos, el régimen continuamente trajo el odio en una estructura interpretativa.

A través del prisma del antisemitismo radical, los nazis explicaban cuál creían que era la paradoja central de la Segunda Guerra Mundial; a saber, la emergencia, profundidad y persistencia de la alianza entre la Unión Soviética y las democracias occidentales.

El presidente Franklin Roosevelt y el primer ministro Winston Churchill han

¹⁴ Gellately, Robert. *Backing Hitler. Consent and coercion in Nazi Germany*. Oxford, Oxford University Press, 2000; Bauer, Yehuda. *Rethinking the Holocaust*. New Haven, CT, Yale University Press, 2001.

¹⁵ Koonz, Claudia. *The Nazi conscience*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004. 1ª edición: 2003.

decidido hacer un pacto con el mal menor, el régimen de Stalin, con el objeto de vencer a lo que veían como el mayor de los males, la Alemania de Hitler. Para los propagandistas nazis –sin embargo– sólo la judería internacional podía lograr que tan extraños aliados se juntaran.

De esta manera, la propaganda nazi fue simultáneamente un cínico y utilitario instrumento político, tanto como una estructura interpretativa fanática y en la cual creían profundamente.¹⁶

La proyección de la agresión y criminalidad de la Alemania nazi hacia el enemigo justificaba un tipo (preventivo) de respuesta alemana; la profundidad de la lealtad con el régimen era forjada por ligazones de complicidad en el crimen; buscaba minar el apoyo al esfuerzo de guerra en Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética presentando la Segunda Guerra Mundial como una guerra emprendida por y para los judíos; e intentó destruir la coalición antinazi denunciando que sus miembros eran títeres de los judíos.

En cuarto lugar, apoyo la revisión de algunos puntos de vista tradicionales acerca de la naturaleza del lenguaje en el régimen nazi.

El sentido común sostiene que Hitler y otros asesinos de masas no revelaron públicamente los crímenes que tenían intenciones de cometer o que estaban cometiendo; más bien, los ocultaban tras una nube de mentiras y eufemismos burocráticos. Por lo tanto, trabajar en los archivos de memorandos secretos o en los diarios personales de los principales líderes, tales como Heinrich Himmler o Goebbels, podría revelar detalles de los asesinatos en masa que los nazis mantenían ocultos de la mirada pública.

Como erudito he indicado la importancia de tal investigación; como historiador de las ideas y la cultura, especializado en cultura política alemana, necesito destacar la importancia de los registros públicos del nazismo. Pues, en medio de las mentiras y en ausencia de nombres propios y lugares específicos, líderes y propagandistas nazis hablaron en público ante millones de personas en una forma tan directa, rotunda y perversamente honesta acerca de sus intenciones hacia los judíos que tanto oficiales y periodistas de aquel tiempo como los historiadores ya han reconocido.

No sólo los nazis pretendían decir sus planes para la judería europea, sino

¹⁶ La propaganda antisemita del régimen nazi fue “una mezcla compleja y singular de cálculo racional y fanatismo irracional”. (Goldhagen, E., op. cit., pág. 1.) Para una mirada sobre la reciente discusión acerca de la simultaneidad de motivaciones ideológicas y utilitarias en el Holocausto ver Herbert, Ulrich. “Extermination policy. New answers and questions about the history of the ‘Holocaust’ in German historiography”, en Herbert, Ulrich. *National Socialist extermination policies. Contemporary German perspectives and controversies*. New York, Berghahn, 2000, pp. 1-54; Bankier, David. “The uses of anti-semitism in Nazi wartime propaganda”, en Berenbaum, Michael; Peck, Abraham J. (eds.). *The Holocaust and history. The known, the unknown, the disputed, and the reexamined*. Bloomington, Indiana University Press, 1998, pp. 41-55.

que anunciaban sus intenciones en escritos y en la radio, llegando a cientos de miles de lectores o millones de oyentes.

En discursos públicos hablaban con los eufemismos que se volvieron tan conocidos en los análisis del lenguaje del totalitarismo de la posguerra.¹⁷

El famoso escritor George Orwell escribió que el lenguaje y la propaganda de las dictaduras totalitarias están formados por “*eufemismos, cuestiones mendaces y puras vaguedades oscuras*”. Argumentó que, en los esfuerzos por “*defender lo indefendible*”, los regímenes totalitarios sustituyen abstracciones imparciales por simples nombres propios y verbos viscerales.¹⁸

El lenguaje burocrático de los memorandos internos de la Oficina Principal de Seguridad del *Reich*, la agencia del régimen nazi que implementó el genocidio, ha utilizado ampliamente –según nuestro conocimiento– las actualmente infames abstracciones “Solución Final” (*Endlösung*), “tratamiento especial” (*Sonderbehandlung*) o “reasantamiento en el Este” (*Aussiedlung nach den Osten*).¹⁹

Más recientemente, Berel Lang se ha referido a “*la evidente disparidad entre la connotación normal de la palabra y su significado*” en el vocabulario nazi y a “*reglas del lenguaje’ explícitamente designadas para encubrir el sentido literal*”.²⁰

Continúa diciendo que el lenguaje del eufemismo y el engaño se usó no sólo en comunicaciones internas entre oficiales o en mensajes destinados a engañar a los judíos, sino “*también en los dirigidos hacia el mundo exterior (...). Las órdenes para los más amplios y secretos planes de asesinato, bajo la égida general de la Solución Final, fueron casi siempre dictadas en términos difusos y abstractos*”.²¹

¹⁷ Este no es sólo un asunto de especialistas post-facto, sino también respecto a la masiva “falla de inteligencia” actual de la Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos (OSS), que falló en entender o centrar su atención en el asesinato masivo de judíos. Esto fue de lo más sorprendente considerando que la División de Investigación y Análisis de la OSS fue integrada por algunos de los más brillantes intelectuales de la izquierda alemana refugiados durante ese período, incluyendo a Franz Neumann, Herbert Marcuse y Carl Schorske. El examen de las relaciones entre la teoría social de la izquierda y la falla de inteligencia de la OSS va más allá del alcance de este ensayo, pero abre fascinantes posibilidades para investigaciones futuras. Los trabajos de Richard Breitman sobre la inteligencia en tiempos de guerra ofrecen importantes ideas sobre este punto.

¹⁸ Los textos clásicos son Orwell, George. “Politics and the English language”, en Orwell, Sonia; Angus, Ian (eds.). *The collected essays, journalism, and letters of George Orwell*. Vol. 4: *In front of your nose. 1945-1950*. New York, Harcourt, Brace and Janovich, 1968, pp. 127-140; y por supuesto, el libro de Orwell 1984.

¹⁹ Ver “Endlösung der Judenfrage” y “Sonderbehandlung”, en Schmitz-Bering, Cornelia. *Vokabular des National-Sozialismus*. Berlin, De Gruyter, 1998, pp. 174-176 y 584-587. También Lang, Berel. *Act and idea in the Nazi genocide*. Chicago, University of Chicago Press, 1990.

²⁰ Lang, B., op. cit., pág. 88. Señala los infames eufemismos para “asesinato”, tales como *Entsprechend behandelt* (“tratar apropiadamente”), *Aussiedlung* (“evacuación” o “reasantamiento”), *Befriedigungsaktion* (“pacificación especial”) o *Ausschaltung* (“remoción”).

²¹ *Ibid.*, pp. 92-93.

Claro, el lenguaje de eufemismos y mentiras fue un aspecto crucial del Holocausto, pero no fue la manera predominante en la cual los líderes nazis trataban sus políticas hacia los judíos.

El trabajo de Caesar Aronsfeld sobre “*el texto del Holocausto*” presentó el lenguaje no eufemístico del régimen nazi, pero no logró quebrar el saber convencional.

En una visión que no desarrolló totalmente, Hannah Arendt –en *Los orígenes de totalitarismo*– también indicó otra manera de pensar el idioma nazi. Escribió que “para no sobrestimar la importancia de las mentiras de la propaganda, uno debe recordar los mucho más numerosos casos en que Hitler fue completamente sincero y brutalmente inequívoco en la definición de los verdaderos objetivos del movimiento”. Pero estas aseveraciones, continuó, “*simplemente no fueron reconocidas por un público desprevenido para tal lógica*”.²²

Tiempo después, no obstante, Arendt misma dirigió su intuición hacia lo periférico, dado que también se centró cada vez más acerca del rol de la lógica burocrática y la “*banalidad del mal*”. Esto indica la persistencia de la imagen de un régimen que hablaba públicamente en código, reemplazando un discurso claro con eufemismos, y daba pequeños indicios de sus intenciones.²³

Quiero reformar el problema del eufemismo y la claridad en el discurso público nazi. De hecho, el lenguaje público del régimen nazi a menudo fue una cruda declaración de sus intenciones criminales, siempre asociadas con proyecciones de sus propias políticas de asesinato en masa a la “*judería internacional*”.

Dos importantes verbos y sustantivos eran el centro de este idioma de asesinato en masa. Ninguno de ellos, en ningún contexto, es un eufemismo. Estos eran los verbos “*vernichten*” y “*ausrotten*”, que son sinónimos de “*aniquilar*”, “*exterminar*”, “*destruir completamente*” y “*matar*”, y los sustantivos “*Vernichtung*” y “*Ausrottung*”, cuyo significado es “*aniquilación*”, “*exterminio*”, “*destrucción total*” y “*asesinato*”.

Si tomamos su significado del diccionario y lo ponemos en el contexto de los discursos, párrafos y frases en que fueron proferidos, el significado de estos términos era inequívoco. Cuando Hitler y otros líderes y propagandistas nazis los profirieron, invariablemente lo hicieron en el contexto de proyectar sus verdaderas intenciones y planes de “*exterminar*” (*ausrotten*) o “*aniquilar*” (*vernichten*) a la “*judería internacional*” no al régimen nazi, ni al partido nazi, ni a los ejércitos alemanes, sino al pueblo alemán en su conjunto.

²² Arendt, Hannah. *The origins of totalitarianism*. New York, Meridian, 1958, pág. 343. 1ª edición: 1951.

²³ Para evidencia de lo contrario ver Aronsfeld, C., “Perish...”, op. cit.; Aronsfeld, C., *The text...*, op. cit.

Cuando los nazis imputaban una política de *Vernichtung* o *Ausrottung* al nombre propio colectivo “judería internacional”, el claro significado de las palabras —en ese contexto— era que los judíos estaban siguiendo una política de asesinato en masa del pueblo alemán en su conjunto.

Confiemos o no en las definiciones del diccionario, en el significado de las palabras, en las frases individuales y párrafos o en el contexto en que los textos aparecían, el texto escrito y los discursos ofrecidos son una poderosa evidencia del significado no eufemístico y no metafórico de estas palabras. Cuando imputaban tales intenciones a los judíos y hablaban de sus propias intenciones, la evidencia no apoya la opinión de que los líderes nazis estaban hablando eufemísticamente. El significado de sus palabras, para aquellos que los tomaron en serio, era directo. Los nazis dijeron lo que quisieron decir, y su significado era el que dijeron.²⁴

II

Hitler, el principal propagandista y tomador de decisiones nazi, mostró su voluntad, en muchas oportunidades, a través de declaraciones públicas que informaban a otros líderes nazis qué significaba “trabajar para el *Führer*”, y otras veces, mediante más explícitas conversaciones privadas con ellos.²⁵

En su discurso ante el mitin partidario de Núremberg, en septiembre de 1937, Hitler imputó a la “*judería*” la intención de “*exterminar a la intelectualidad nacional alemana*”.²⁶

Durante el mitin de 1938 acusó al “*enemigo judío mundial*” de intentar la “*aniquilación de los Estados arios*”.²⁷

En su discurso ante el *Reichstag* del 30 de enero de 1939 pronunció su infame profecía: “*Si la judería financiera internacional, dentro y fuera de Europa,*

²⁴ Sobre el problema de la falencia de los adversarios del nazismo para tomar en serio la ideología nacionalsocialista ver el ensayo clásico de Bracher, Karl Dietrich. “The role of Hitler. Perspectives of Interpretation”, en Laqueur, Walter (ed.). *Fascism. A reader's guide. Analyses, interpretations, bibliography*. Berkeley, University of California Press, 1976.

²⁵ Para una importante colección de transcripciones de discursos y ensayos antisemitas nazis emitidos por la radio alemana desde principios de la década de 1930 hasta las declaraciones en los juicios de Núremberg ver Roller, Walter; Höschel, Susanne (eds.). *Judenverfolgung und jüdisches Leben unter den Bedingungen der nationalsozialistischen Gewaltherrschaft*. Vol. 1: *Tondokumente und Rundfunksendungen. 1930-1946*. Postdam, Verlag für Berlin-Brandenburg, 1996. Sobre “trabajar para el *Führer*” ver Kershaw, I. *Hitler...*, op. cit. Para un valioso estudio de las manifestaciones antisemitas de Hitler y sus decisiones de implementar políticas antisemitas ver Longerich, Peter. *The unwritten order. Hitler's role in the Final Solution*. Stroud, Reino Unido, Tempus, 2001.

²⁶ “13.9.1937. Adolf Hitler. Ansprache auf dem Reichsparteitag der NSDAP in Nürnberg”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 98.

²⁷ “6.9.1938. Adolf Hitler. Ansprache auf dem Reichsparteitag der NSDAP in Nürnberg”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 113.

tuviera éxito en sumergir a las naciones –una vez más– en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la Tierra mediante la victoria de la judería, ¡sino la aniquilación (Vernichtung) de la raza judía de Europa!”.²⁸

Repitió la “profecía”, exceptuando la palabra “Vernichtung”, el 30 de enero de 1941, cuando dijo que el rol de los judíos en Europa había finalizado.²⁹

En un discurso en el Palacio de los Deportes, el 30 de septiembre de 1942, dijo (con el acompañamiento de aplausos) que serían los judíos y no el “pueblo ario” quienes serían “exterminados” (ausgerottet).³⁰

Unas pocas semanas más tarde (el 8 de noviembre de 1942), en el Löwenbräukeller de Munich, repitió que el resultado de la guerra no será la “exterminación (Ausrottung) de las razas europeas, sino –más bien– la exterminación de la judería de Europa”.³¹

El 1º de enero de 1944, cuando cerca de cinco millones de judíos ya habían sido asesinados, Hitler –en su discurso radial anual (desde su cuartel general del este de Prusia)– imputó al “bolchevismo” intentar una guerra de “exterminio completo” (völlige Ausrottung) de la nación alemana.³²

Cada uno de estos discursos fue noticia de primera plana en el periódico oficial del gobierno, el *Völkischer Beobachter*, y otros diarios importantes, fue transmitido por la radio nacional y reproducido en panfletos. Algunos fueron extractados en miles de posters, que cada semana eran colocados en lugares públicos de las ciudades alemanas.

Aunque Hitler expresó estas amenazas en complejas frases, con estructuras verbales pasivas y sujetos impersonales, estaba claro que estaba diciendo que si estallara una guerra en Europa, estaba planeando un exterminio –esto es, el asesinato– de los judíos de Europa.

Nada irónico había en sus amenazas. De hecho, su “sofisticación” –ya sea inspirada en el marxismo, el liberalismo o el conservadorismo– es una barrera para la comprensión de que el significado literal de las palabras era su significado real. La publicación –en 1996, por historiadores alemanes que trabajaron con los archivos de la radio alemana *Deutschen Rundfunkarchiv*, en Frankfurt am Main– de transcripciones de unos 160 discursos antisemitas de líderes nazis

²⁸ Domarus, Max (ed.). *Reden und Proklamationen. 1932-1945*. 2 vols. Wiesbaden, Löwit, 1973, pág. 1058.

²⁹ “30.1.1941. Adolf Hitler. Kundgebung im Berliner Sportpalast zum 8. Jahrestag der nationalsozialistischen Machtergreifung”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pp. 165-166.

³⁰ “30.9.1942. Adolf Hitler. Ansprache auf einer Kundgebung im Berliner Sportpalast zur Eröffnung des Kriegswinterwerks”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pp. 216-217.

³¹ “8.11.1942. Adolf Hitler. Ansprache im Münchener Löwenbräukeller anlässlich einer Gedenkfeier zum Marsch auf die Feldherrnhalle 1923”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 219.

³² “30.1.1944. Adolf Hitler. Rundfunkansprache zum Jahrestag der nationalsozialistischen Machtergreifung”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 239.

transmitidos por la radio nacional ofrece alemana ofrece ejemplos contundentes de su franqueza verbal.

Durante los años de la guerra, Hitler se retiró gradualmente de la vista pública. Por el contrario, Goebbels se volvió —en forma creciente— la voz y el rostro claves del régimen.

En discursos y ensayos en vivo en la radio alemana y publicados en la prensa, Goebbels también utilizó las palabras *Vernichtung* y *Ausrottung* para describir lo que la “judería” intentaba hacerle al pueblo alemán, pero también para lo que el régimen nazi iba a hacer y ya estaba haciendo.

Algunas de estas amenazas aparecieron en cuatro discursos específicamente dedicados a los judíos y la guerra: el editorial “¡Los judíos son culpables!”, en *Das Reich*, el 16 de noviembre de 1941; el discurso “Corazón de bronce” a la *Deutschen Akademie* en el mitin de la Universidad Friedrich Wilhelm, en Berlín, el 1º de diciembre de 1941; el discurso “¿Queréis una guerra total?”, brindado en el *Berlin Sportpalast* el 18 de febrero de 1943; y el ensayo “La guerra y los judíos”, del 9 de mayo de 1943, publicado en *Das Reich* y entonces leído por la radio alemana.³³ Repitió estas proyecciones, amenazas y aseveraciones, como una política permanente, en muchas otras numerosas ocasiones, como también en discursos relacionados con otros temas, como la “cuestión judía”.

Antes de volver sobre algunos de estos textos, debemos tener presente que Hitler y Goebbels no estaban solos. El régimen —a veces descrito por los historiadores alemanes como una “policracia”— estaba atravesado por disputas internas y rivalidades, hablando con una única voz pública cuando se refería a los judíos y a la naturaleza de la Segunda Guerra Mundial. Cientos de declaraciones públicas antisemitas fueron transmitidas por la radio alemana expresando este consenso.

En un discurso en el *Berlin Sportpalast*, el 4 de octubre de 1942, Hermann Göring —sucesor designado por Hitler, director del Plan Cuatrienal, jefe de la *Luftwaffe* y habitualmente considerado como la segunda figura más poderosa del régimen nazi— dijo entre aplausos: “*Si perdemos la guerra, ustedes (los alemanes) serán aniquilados (vernichtet) (...). Esto no es la Segunda Guerra Mundial, es una gran guerra de razas. Se trata de si el ario alemán sobrevivirá o si el judío gobernará el mundo, y por eso estamos luchando en el extranjero*”.³⁴

³³ Goebbels, Joseph. “Die Juden sind Schuld!”, en *Das Eherne Herz. Reden und Aufsätze aus den Jahren 1941-42*. Munich, Zentralverlag der NSDAP, 1943, pp. 85-91; Goebbels, Joseph. *Das Eherne Herz. Reden vor der Deutschen Akademie*. Munich, Zentralverlag der NSDAP, 1942; Goebbels, Joseph. “Nr. 17. 18.2.43-Berlin, Sportpalast-Kundgebung des Gaues Berlin der NSDAP”, en *Reden. 1939-1945*. Vol. 2. Munich, Wilhelm Heyne Verlag, 1972, pp. 172-208; Goebbels, Joseph. “Der Krieg und die Juden”, en *Der Steile Aufstieg. Reden und Aufsätze aus den Jahren 1942/43*. Munich, Zentralverlag der NSDAP, Franz Eher, 1944, pp. 263-270.

³⁴ “4.10.1942. Hermann Göring. Ansprache auf einer Feier zum Erntedankfest im Berliner Sportpalast”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 217.

Mientras que nadie describiría a Hitler, Goebbels o Göring como sutiles pensadores, sus evocaciones del “exterminio” de los alemanes y la “aniquilación” de los judíos eran obras maestras de tortuosidad, comparadas con las terminantes aserciones del líder del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley.

En diciembre de 1939, Ley advirtió –en la Lodz ocupada por los alemanes– que si Inglaterra ganaba la guerra, “*el pueblo alemán, hombres, mujeres y niños, serían exterminados (ausgerottet) (...). El judío estaría chapoteando en la sangre. Se construirían piras fúnebres, en las que los judíos nos quemarían*”. Los judíos harían esto en nombre de Dios, pero “*nosotros queremos evitar esto. Más bien deben ser los judíos quienes se frían, más bien son ellos quienes deben ser quemados, quienes deben ser hambreados, quienes deben ser exterminados*”.³⁵

Estas palabras provocaron fuertes aplausos y gritos de “¡Sieg Heil!”. Ley lo repitió en muchos de sus discursos durante 1941 y 1942.³⁶

Hablando ante trabajadores alemanes y holandeses en Amsterdam, el 10 de mayo de 1942, Ley dijo “sin pelos en la lengua”:

*Camaradas, créanme. No estoy pintando un cuadro demasiado siniestro. Es un asunto amargo para mí, amargamente serio. El judío es un peligro para la humanidad. Si no tenemos éxito en la tarea de exterminarlo (ihn auszurotten), entonces habremos perdido la guerra. No es suficiente trasladarlos a otra parte (ihn irgend wohin zu bringen). Eso sería como pretender encerrar a un piojo en una celda con llave. (Risas.) Ellos encontrarían una forma de escaparse y venir nuevamente a generarnos comezón. (Risas.) Ustedes tienen que aniquilarlos (vernichten), tienen que exterminarlos (por lo que) ellos le han hecho a la humanidad. (Interrumpido por continuos aplausos.)*³⁷

En Amsterdam, Ley llegó tan lejos como para afirmar públicamente que la migración masiva de judíos de un lugar a otro no bastaría. La transcripción de la radio no sólo indica que Ley quiso decir lo que dijo sino, además, que el público lo entendió y estaba de acuerdo. El punto es que Hitler impuso el tono público y que muchos otros de los líderes del régimen hablaron aun más francamente.

En la formulación de Caesar Aronsfeld, el “*texto del Holocausto*”, aunque privado de detalles cruciales, era más franco que los eufemismos de memorando

³⁵ “Ende 1939. Robert Ley. Ansprache vor deutschen Arbeitern in Lodz”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 158.

³⁶ “3.9.1941. Robert Ley. Ansprache in Troisdorf anlässlich der erstmaligen Verleihung von Kriegsverdienstkreuzen an Frauen”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 189; “6.2.1942. Robert Ley. Schulungsappell der politischen und wirtschaftlichen Unterführer des Hauses Siemens im Berliner Sportpalast”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pp. 206-207.

³⁷ “10.5.1942. Robert Ley. Ansprache auf einer gemeinsamen Kundgebung der NSDAP und der NSB in Heerlen”, en Roller, W.; Höschel, S., op. cit., pág. 210.

confidencial a menudo citados. Maestros de la tortuosidad y de una negación creíble, los líderes nazis –no obstante– eran tan claros en su política general como vagos en los detalles de su aplicación. Los lectores y oyentes podían recibir sus afirmaciones con los prejuicios racionalistas de una era cínica, pero aquellos que los tomaron al pie de la letra entendieron la conexión entre la palabra y el hecho.

La propaganda antisemita en la Alemania nazi era penetrante, pero no se bombardeaba con ella a lectores y oyentes en forma cotidiana. Más bien, el régimen lanzó una serie de campañas.

El examen de titulares y noticias de primera plana que contienen temas antisemitas en el periódico *Völkischer Beobachter* entre 1939 y 1945 ofrece un indicador para medir esta maratónica carrera de vallas que aparecía como respuesta a desarrollos particulares de la guerra.

En este período completo, sólo el cuatro por ciento (84 de 2.100) de las historias de primera página expresaban denuncias antisemitas frecuentes: los judíos empezaron la Segunda Guerra Mundial; planearon exterminar a los alemanes; Churchill, Stalin y –sobre todo– Roosevelt eran herramientas del poder judío; la alianza de las democracias y la Unión Soviética era la evidencia de una conspiración judía mundial.

Hubo dos titulares de este tipo en 1939, ninguno en 1940, diecisiete en 1941, cuatro en 1942, cincuenta en 1943, diez en 1944 y dos en la primavera de 1945.

La mayoría de las historias de primera página se pueden agrupar en cuatro períodos: julio-agosto de 1941 (siete), abril-julio de 1943 (veintiséis), octubre-noviembre de 1943 (trece) y mayo-junio de 1944 (nueve); veintiséis aparecieron en otros momentos, durante la guerra y el Holocausto.

Debe tenerse presente que tales artículos eran publicados por unos medios de comunicación completamente controlados. Sus contenidos podrían aparecer en los discursos por Hitler o –más probablemente– Goebbels, en artículos de los principales periódicos y revistas y en carteles pegados en lugares públicos prominentes, como estaciones del tren y correos.

Claro está que los medios de comunicación no publicaron artículo alguno sobre la "Solución Final". Sin embargo, un lector de la prensa o un oyente de la radio sabía que el régimen nazi había declarado a los judíos "culpables" de la guerra y todo el sufrimiento por ella causado, y que se estaba implementando la profecía de Hitler de la preguerra: que exterminaría a los judíos si una nueva guerra mundial estallaba.³⁸

³⁸ El importante papel que los noticieros cinematográficos jugaron en el despliegue del discurso político nazi durante la guerra va más allá del alcance de este ensayo. Películas antisemitas nazis famosas, en particular *Jüd Süß* (*El judío Süß*) y *Der Ewige Jude* (*El judío errante*), eran más importantes como armazón ideológico y emocional para ahondar el odio hacia los judíos que por su contribución a un discurso político de eventos continuos.

Como la periodización –más arriba mencionada– de las campañas lo indica, éstas estallaron en cuatro oportunidades: cuando el curso de la guerra estaba a favor del régimen (julio-agosto de 1941) y cuando el curso se volcó en su contra, en la primavera de 1943.

Luego de la afirmación de Roosevelt y Churchill, en Casablanca, de su objetivo de lograr una rendición incondicional y la capitulación del Sexto Ejército Alemán en Stalingrado, en enero de 1943, la Oficina de Prensa del *Reich* dio directivas para intensificar el foco en el antisemitismo.

Afirmaron que los “comisarios judíos” fueron responsables del asesinato de oficiales del ejército polaco en Katyn y aprovecharon para lanzar el mensaje de que la Segunda Guerra Mundial era una “guerra judía” contra Alemania.

En forma análoga, la invasión a Normandía, de junio de 1944, y las semanas anteriores a ella provocaron diez encabezados antisemitas, en mayo y junio. Estos presentaban la invasión como una prueba adicional de que la conspiración judía internacional estaba dirigiendo la guerra y de que Roosevelt y Churchill eran víctimas de Stalin, en un “complot judeobolchevique” para dominar Europa.³⁹

III

Las historias de los titulares del *Völkischer Beobachter* eran sólo una parte de las campañas coordinadas del Ministerio de Propaganda. En Berlín, todas las mañanas durante la guerra, Goebbels sostuvo una conferencia de prensa en la que brindaba un monólogo sobre los eventos del día y daba instrucciones acerca de cómo la prensa y la radio debían presentar las noticias a las audiencias locales y extranjeras.⁴⁰

Poco más tarde, el jefe de la Oficina de Prensa del *Reich*, Otto Dietrich, o uno de sus funcionarios daba una “conferencia de prensa”. En ellas, Dietrich –o aún más a menudo, alguien de su equipo– transmitía a varios cientos de periodistas y editores las *Presseanweisungen* (directivas de prensa), también llamadas las *Parole des Tages* (Lema del día), en forma oral y escrita.⁴¹ Ellos transmitían las órdenes a editores y publicistas, quienes trabajaban en los más de 3.000 periódicos del país.⁴²

³⁹ Para un ejemplo ver “Der grosse Entschluss des Führers. Wie jüdische-bolschewistische Weltverschwörung vereitelt wurde. Invasion-der Weg zum Ziel Moskaus”, en *Völkischer Beobachter*. Münchener Ausgabe, 22/6/44, pág. 1.

⁴⁰ Sobre las diarias conferencias de prensa ver más abajo y también Reuth, Ralf. *Goebbels. Eine Biographie*. Munich, Piper, 1995; Bramsted, Ernest K. *Goebbels and National Socialist propaganda. 1925-1945*. East Velrag Lansing, Michigan State University Press, 1965.

⁴¹ Por las *Presseanweisungen* de 1939-1945 ver “Sammlung Oberheitmann” *ZSg 109. Zeitgeschichtliche Sammlung, Bundesarchiv Koblenz*. Un examen detallado de las directivas forma parte de un trabajo en progreso del cual este artículo es un adelanto.

⁴² Sobre Dietrich ver el material presentado por la Fiscalía en “The Ministries case”, en *Trials*

Estas directivas eran entregadas con el máximo secreto y debían ser destruidas o devueltas luego que las estudiaran. La revelación de sus contenidos podía acarrear severos castigos. La coordinación de la prensa alemana fue —de esta manera— un diario (para las revistas, semanal) ejercicio de control directo y detallado.

La discusión de las propias directivas va más allá del objetivo de este ensayo. Es suficiente decir que ellas proveen abundante evidencia de que los propagandistas del régimen tomaban seriamente sus discursos políticos referidos a la conspiración judía internacional. Por el contrario, los memos marcados como secretos no ofrecen evidencia de que sus autores en Berlín fuesen cínicos sobre su propia propaganda. Por ejemplo, en la directiva de prensa del 13 de agosto de 1943, Dietrich expresó la seriedad con que asumía la tesis de la conspiración judía (a pesar de las quejas acerca de la falta de entusiasmo de algunos editores por la última campaña de prensa):

*El lema del día del jefe de Prensa del Reich, del 9 de agosto de 1943, claramente se centró otra vez en el hecho que el bolchevismo y el capitalismo son componentes de la misma estafa judía mundial, sólo que opera bajo diferentes nombres, a pesar de que en el tratamiento de los temas bolcheviques, los periódicos repetidamente sucumben a la ilusión de que el capitalismo y el bolchevismo son dos perspectivas diferentes y antagónicas. En particular, la agitación comunista recibe un estímulo permanente porque la prensa toma las declaraciones bolcheviques seriamente, como si el bolchevismo realmente necesitara destruir al capitalismo. En realidad, estos dos sistemas judíos están trabajando mano a mano, uno junto al otro. Ahora, la prensa alemana finalmente debe poner fin a esta falsa y peligrosa tendencia que sabotea nuestra línea política. Los editores que violen esta palabra del día serán considerados personalmente responsables por ello.*⁴³

Numerosas declaraciones similares, en documentos internos del Ministerio de Propaganda, atestiguan la convicción ideológica con que las afirmaciones subyacentes eran pensadas para una audiencia de masas. La evidencia de la omnipresencia de una creencia fanática entre los líderes y propagandistas es muy convincente.

El siguiente examen de las declaraciones públicas de Goebbels desde los años anteriores a la guerra hasta 1945 remarca la continuidad y la consistencia de su

of war criminals before the Nuremberg Military Tribunals. Vol. XII: Nuremberg, October 1946-April 1949. Washington DC, United States Government Printing Office, 1949, pp. 198-199. Por las *Presseanweisungen* de 1939-1945 ver the "*Sammlung ...*" *op. cit.*

⁴³ Dietrich, Otto. *Parole des Tages*. August 13, 1943, citado en Sünderman, Helmut. *Tagesparolen. Deutsche Presseanweisungen 1939-1945. Hitlers Propaganda und Kriegführung*. Leoni Am Starnberger. Druffel-Verlag, 1973, pp. 255-256.

propio fanatismo. Si uno estudia los treinta y pico de volúmenes de sus diarios o los cientos de editoriales que ha escrito y discursos que ha brindado, uno se encuentra con el carácter inquebrantable de su –en palabras de Foucault– “*discurso delirante*”.⁴⁴

El discurso político de Goebbels responde a eventos permanentes colocados en una estructura preestablecida de una teoría conspirativa que –por definición– era inmune a la refutación. Si fuerzas ocultas estaban detrás de los acontecimientos, entonces allí no hay manera de desengañar a Hitler o Goebbels de la idea que una poderosa conspiración internacional de los judíos fue la fuerza conductora de la historia del mundo. Ya dentro del discurso delirante, todo puede ser lógicamente adaptado dentro de un plan aparentemente coherente, libre de las contingencias y las confusiones de explicaciones alternativas.⁴⁵ Parte de su éxito yace en la repetición de temas básicos que aparentemente explicarían eventos nuevos.

El discurso político antisemita del régimen quedó firmemente establecido antes que Hitler comenzara la Segunda Guerra Mundial.

Durante el mitin en Nüremberg de 1935, llamado el *Parteitag gegen den Bolschewismus* (Congreso del Partido contra el Bolchevismo), el discurso de Goebbels hizo hincapié exactamente en el enlace entre el anticomunismo nazi y el antisemitismo nazi. La imprenta del partido reprodujo el discurso en forma de panfleto, bajo el título *El comunismo sin máscara*.⁴⁶

Goebbels describió al bolchevismo como la “*declaración de guerra*” (*Kampfansage*) judía en contra de la cultura.⁴⁷ El bolchevismo fue un intento deliberado de ocasionar “*la destrucción absoluta*” (*die absolute Vernichtung*) de los logros de Occidente (*Abendlandes*), en provecho de una “*camarilla internacional de conspiradores desarraigados y nómades*”,⁴⁸ una pequeña camarilla judía que domina la Unión Soviética.⁴⁹

⁴⁴ Foucault, Michel. *Madness and civilization. A history of insanity in the age of reason*. New York, Random House, 1965.

⁴⁵ La inmunidad a la refutación de las teorías conspirativas mediante realidades discordantes es un tema familiar. Ver el estudio clásico de Hofstadter, Richard. *The paranoid style in American politics and other essays*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996. 1ª edición: 1965. Sobre la paranoia, los jacobinos y la Revolución Francesa ver el importante debate en Furet, Francois. *Interpreting the French Revolution*. New York, Cambridge University Press, 1981.

⁴⁶ Goebbels, Joseph. “Rede des Reichsministers Dr. Goebbels auf dem Nürnberger Parteitag am 13. September 1935 gegen den Bolschewismus”, en Friedrichs, Axel (ed.). *Dokumente der Deutschen Politik. Deutschlands Weg zur Freiheit 1935*. Vol. 3, de 4 volúmenes. Berlin, Junker and Dunnhaupt, 1939, pp. 3-20. También Goebbels, Joseph. *Kommunismus ohne Maske*. Munich, Zentralverlag der NSDAP, 1935.

⁴⁷ Goebbels, J. *Kommunismus...*, op. cit., pág. 4.

⁴⁸ *Ibíd.*, pp. 4-5.

⁴⁹ *Ibíd.*, pág. 5.

La misión del nacionalsocialismo será prevenir la “*bolchevización del mundo*”.⁵⁰ De hecho, “*la internacional bolchevique*” es “*una internacional judía*”.⁵¹

La “judería internacional” fue un sujeto históricamente existente, que representó una amenaza a Europa y Occidente. El bolchevismo fue una amenaza porque sirvió a los intereses de la judería internacional, que –desde el punto de vista de Hitler y Goebbels– aportó los fundamentos raciales sobre los cuales reposaban la teoría y la práctica comunistas.

El antibolchevismo del liderazgo nazi fue consecuencia de su antisemitismo. Erradicar al bolchevismo a través de atacarlo y a sus supuestas raíces en los judíos. Hitler tuvo que salvar Alemania y Europa estableciendo un “dique”, o bastión, contra la propagación del bolchevismo.⁵²

El nacionalsocialismo, lejos de ser un partido o un Estado con designios agresivos hacia los demás, fue más bien un esfuerzo defensivo para salvar no sólo a Alemania, sino también a la cultura europea y occidental de la destrucción a manos de una amenaza previamente existente, pero ahora –al menos, parcialmente– derrotada.

El discurso de Goebbels al Congreso del Partido, de 1936, “*Weltgefahr des Bolschewismus*” (“El peligro mundial del bolchevismo”), repitió los fundamentos del de 1935.⁵³ Los judíos habían amenazado a Europa con *Vernichtung*.⁵⁴ El nacionalsocialismo ha de conducir la batalla contra el “judeobolchevismo” porque la burguesía europea se ha tornado incapaz de hacerlo.⁵⁵

La tarea de los nazis fue convencer a Alemania del “*peligroso parasitismo de esta raza*” y abrir los ojos cerrados del mundo a la naturaleza de la judería y del bolchevismo. De ahí que el régimen nazi nunca se cansó de afirmar públicamente que “*los judíos son culpables, los judíos son culpables*”.⁵⁶

La culpa, en el contexto de las reuniones partidarias en Nüremberg, radica en la presunta relación entre los judíos y el comunismo. Estos elementos “anti-orientales” de la ideología y la propaganda nazi merecen tanta atención como los ataques contra la modernidad occidental, que han recibido mayor atención en la historia cultural e intelectual del nazismo.⁵⁷

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 6.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 14-15.

⁵² Goebbels, J. “Rede...” pág. 19.

⁵³ Goebbels, Joseph. “Rede des Reichsministers Dr. Goebbels auf dem Parteikongress in Nurnberg über die Weltgefahr des Bolschewismus, vom 10. September 1936”, en Friedrichs, Axel (ed.). *Dokumente der Deutschen Politik. Band 4 Deutschlands Aufstieg zur Grossmacht*. Berlin, Junker and Dunnhaupt, 1937, pp. 53-77.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 54.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 55.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 58.

⁵⁷ Por ejemplo: Mosse, George. *The crisis of German ideology*. New York, Grosset and Dunlap, 1964; Stern, Fritz. *The politics of cultural despair*. New York, Anchor Doubleday, 1965; Herf,

La presentación que hizo Goebbels de la Alemania nazi como defensora de Occidente contra el judeobolchevismo proveniente de Oriente continuó como un elemento central de la propaganda durante la guerra.

Desde 1933 hasta la década de 1940, Goebbels publicó artículos en el *Völkischer Beobachter* con cierta regularidad. En 1940 fundó un periódico semanal político y cultural dirigido hacia un público intelectual en Alemania y el exterior. *Das Reich*, publicado desde el 26 de mayo de 1940, hasta el 15 de abril de 1945, tuvo una tirada que creció desde 500.000 en octubre de 1940 hasta 800.000 en 1941 y más de 1.400.000 hacia 1944.⁵⁸ En 1940 Goebbels publicó sólo cuatro de sus treinta y dos editoriales. No obstante, desde comienzos de 1941, escribió la mayoría de los editoriales cada semana hasta el fin de la guerra. Él mismo u otros los leían cada viernes por la tarde en la radio nacional.⁵⁹ *Das Reich* se tornó el periódico más importante leído por la élite política e intelectual de orientación política nazi. La radio alemana, películas de cine, y la prensa gráfica difundieron sus temáticas a un público mayor.

Goebbels frecuentemente incluyó temáticas antisemitas en los editoriales. De los 218 que incluyeron condenas contra los judíos, tres se enfocaron exclusivamente en ellos: “Mimesis”, del 20 de julio de 1941; “¡Los judíos son culpables!”, del 16 de noviembre de 1941; y “La guerra y los judíos”, del 9 de mayo de 1943.⁶⁰

Estos editoriales estructuraban argumentos claves, que podían ser insertos en otros escritos, ya sea la temática sobre Inglaterra, los Estados Unidos, la Unión Soviética, el bombardeo aliado a ciudades alemanas, la necesidad de la unidad nacional en la “guerra total”, la alianza entre las “plutocracias” occidentales (un término nazi de uso frecuente para referirse a las democracias occidentales) y el “bolchevismo judío”, o los orígenes de la guerra y su continuación, su intensificación y su resultado eventual.

Jeffrey. *Reactionary modernism. Technology, culture and politics in Weimar and the Third Reich*. New York, Cambridge University Press, 1984.

⁵⁸ Heider, Angelika. “Das Reich”, en Benz, Wolfgang; Graml, Herman; Weiß, Herman (eds.). *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*. Stuttgart, DTV, 1997, pág. 663; Kessemeier, Carin. *Der Leitartikler Goebbels in den NS-Organen ‘Der Angriff’ und ‘Das Reich’*. Munster, Westf., Verlag C.J. Fahle, 1967, pp. 136-137. Acerca de la creación de *Das Reich* ver también Reuth, R. G., *op. cit.* pp. 447-449; Baird, J., *op. cit.*, pág. 25.

⁵⁹ Kessemeier, C., *op. cit.*, pp. 141-142.

⁶⁰ Goebbels, Joseph. “Mimikry, 20 Juli 1941”, en *Die Zeit ohne Beispiel. Reden und Aufsätze aus den Jahren 1939/40/41*. Munich, Zentralverlag der NSDAP, Franz Ever, 1941, pp. 526-531; Goebbels, J. “Die Juden sind Schuld!”, *op. cit.*, pp. 85-91; Goebbels, J. “Der Krieg...”, *op. cit.*, pp. 263-270; Goebbels, J. *Der Steile Aufstieg...*, *op. cit.* Para un listado completo de los títulos de los editoriales de Goebbels en *Das Reich* ver Kessemeier, C., *op. cit.*, pp. 319-337.

Los lectores de *Das Reich* y los radioescuchas regulares de los discursos de Goebbels recibían un consistente discurso político de eventos, en los cuales el antisemitismo radical jugaba un rol central.

Entre agosto de 1939 y junio de 1941, el período de vigencia del pacto Hitler-Stalin, Goebbels y la máquina de propaganda nazi amainaron los ataques sobre el "bolchevismo judío". No obstante, la propaganda antisemita continuó, ahora dirigida hacia Gran Bretaña, Estados Unidos y los judíos, "*los hombres tras bambalinas*" (*Hintermänner*).⁶¹

Si —como los nazis sostenían— estaban defendiendo a Europa contra la amenaza bolchevique, su interés debería ser que la mayoría de los pueblos del Reino Unido y los Estados Unidos al menos se mantuviesen neutrales y que la mayoría apoyara el gran servicio a Occidente del nazismo.

Sin embargo, Roosevelt —con la consiguiente ocupación alemana de Bohemia y Moravia, en marzo de 1939 (el nuevo Estado-títere de Eslovaquia no fue ocupado hasta 1944)— y el primer ministro británico, Neville Chamberlain, advirtieron contra la nueva expansión alemana.

El mensaje desde el Ministerio de Propaganda fue que el antinazismo norteamericano y británico no se debía al expansionismo y el belicismo alemanes, sino a la influencia judía en los gobiernos de las "plutocracias".

Roosevelt veía la dominación nazi del continente europeo y las amenazas de invadir Gran Bretaña y atacar barcos en el Atlántico como desafíos abiertos a la seguridad nacional de los Estados Unidos. Si Gran Bretaña y su Armada cayeran a manos de la Alemania de Hitler, la amenaza a los Estados Unidos —creía— se agravaría.

A pesar de que Roosevelt se horrorizó por la persecución antijudía por parte de los nazis, nunca presentó la intervención norteamericana en la guerra europea como una respuesta dirigida, principalmente, a oponerse al asalto de Hitler contra los judíos.⁶² A pesar de ello, los artículos y discursos de Goebbels de 1939-41 descartan la idea que la resistencia norteamericana se basaba en el interés nacional.

⁶¹ Goebbels, J. *Die Zeit...*, op. cit.

⁶² Sobre las percepciones de Roosevelt de la Alemania nazi como una amenaza para los Estados Unidos ver Dallek, Robert. *Franklin Delano Roosevelt and American foreign relations. 1932-1945*. New York, Oxford University Press, 1979; Friedländer, Saul. *Prelude to downfall. Hitler and the United States. 1939-1941*. New York, Knopf, 1967; Kimball, Warren F. *Forged in war. Roosevelt, Churchill and the Second World War*. New York, William and Morrow, 1997; Kimball, Warren F. (ed.). *Churchill and Roosevelt. The complete correspondence I. Alliance emerging*. Princeton, Princeton University Press, 1984. Para un estudio abarcativo de la mirada sobre los Estados Unidos en la Alemania nazi ver Grassert, Phillip. *Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda und Volksmeinung. 1933-1945*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1997. Para el punto de vista geopolítico de los Estados Unidos en la mirada de Hitler ver Weinberg, Gerhard. *Germany, Hitler and World War II. Essays in modern German and world history*. New York, Cambridge University Press, 1995.

En lugar de eso, afirmaba que –en realidad– fue la influencia de los judíos, combinada con lo que denunciaba como el imperialismo económico norteamericano, lo que condujo a los Estados Unidos y Gran Bretaña a enfrentarse con la Alemania nazi.

En “¿Qué es lo que Norteamérica realmente quiere?”, un ensayo aparecido en el *Völkischer Beobachter* el 21 de enero de 1939, Goebbels escribió que el odio y las mentiras acerca de la Alemania nazi estaban siendo difundidas en “casi toda la prensa norteamericana, sobre todo en las partes que están dominadas por los judíos”.⁶³ Estos fueron los “inspiradores y beneficiarios de esta caza de brujas”.⁶⁴ Ellos controlan “la prensa de New York” y “casi toda la prensa (...), radio (...) y cine” en los Estados Unidos, al servicio de la “caza de brujas” antialemana.⁶⁵

El régimen nazi –continuó– entiende que el pueblo norteamericano tiene “absolutamente nada que ver con” esta campaña. En realidad, la Norteamérica no judía se ha vuelto “víctima” de los judíos.⁶⁶

Dado que la Alemania nazi nada tiene contra el pueblo norteamericano como un todo, el camino obvio hacia las buenas relaciones entre el Tercer Reich y los Estados Unidos pasa por que la mayoría gentil rechace las incitaciones “judías” de oponerse a las políticas nazis.

“¿Qué es lo que Norteamérica realmente quiere?” muestra la naturaleza dual del antisemitismo, ya sea un postulado ideológico o una herramienta política. La vieja afirmación acerca de la influencia judía sobre Roosevelt. Esta última afirmación buscaba –de hecho– convertir esta creencia en una herramienta política para minar el apoyo hacia la ayuda de Roosevelt a Gran Bretaña y evitar el respaldo a una posible intervención contra la Alemania nazi.

Poniendo la influencia judía sobre la política exterior norteamericana en el centro del debate, Goebbels buscaba explotar y profundizar el antisemitismo existente en los Estados Unidos, con la esperanza que la mayoría gentil creyera que la influencia judía sobre Roosevelt era responsable de cualquier guerra potencial entre Alemania y Estados Unidos.

Mientras Roosevelt se enfocaba en la amenaza que la expansión y la agresión nazis representaban para los Estados Unidos y otros Estados de Europa, Goebbels necesitaba colocar “la cuestión judía” en el centro de la discusión, con el objetivo de fomentar la oposición a Roosevelt en la política interna norteamericana.⁶⁷

⁶³ Goebbels, Joseph. “Was will eigentlich Amerika?”, en *Die Zeit...*, op. cit., pág. 24.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 26.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 27.

⁶⁶ *Idem.*

⁶⁷ Con respecto a miembros del gobierno norteamericano que, durante la Segunda Guerra Mundial, pudieron interpretarla, dentro de los Estados Unidos, como una guerra para salvar a los

Debido a la extensión del antisemitismo en la vida norteamericana, tal política encontró algunos ecos de simpatía. Cuatro encuestas conducidas por la *Opinion Research Corporation* (Corporación de Investigación de la Opinión) entre 1939 y 1941 hallaron que cerca de un tercio de la población norteamericana respondió “sí” cuando se le preguntó si a “los judíos de este país les agradecería obtener que los Estados Unidos se involucre en la guerra europea”.

A la luz de los alcances del antisemitismo norteamericano autóctono, Goebbels intentó presentar la Segunda Guerra Mundial como una guerra a favor o en contra de los judíos, combinando la convicción nazi con tácticas políticas plausibles.⁶⁸

Los propagandistas nazis interpretaban las críticas oficiales británicas o norteamericanas de las políticas antijudías nazis como una evidencia de que la “judería internacional” conspiraba contra el Tercer Reich.⁶⁹ De hecho, la profundamente estudiada reticencia retórica de la administración Roosevelt para explayarse sobre los asuntos judíos no evitó que Goebbels afirmara que eran los judíos quienes conducían a los Estados Unidos hacia la guerra.⁷⁰ Posturas ideológicamente emparentadas con el nazismo fueron adaptadas para ofrecer una explicación aparente de la política exterior norteamericana.

La “profecía” de Hitler del 30 de enero de 1939 conformó el corazón del discurso político nazi de la Segunda Guerra Mundial. Un sujeto histórico llamado “judería internacional” ha desatado la Segunda Guerra Mundial, con la intención de provocar la “bolchevización” del mundo. Esto falló. En cambio, la Alemania nazi debió tomar represalias por esta agresión y aniquiló a los judíos. Debieron hacer una “guerra” contra los judíos en respuesta a la “guerra” que los ju-

judíos y, de esa manera, socavaron el apoyo público a los esfuerzos de guerra ver Novick, Peter. *The Holocaust in American life*. Boston, Houghton-Mifflin, 1999; Friedländer, S. *Prelude...*, op. cit.

⁶⁸ Acerca de los alcances del antisemitismo en los Estados Unidos en las décadas de 1930 y 1940 ver Stember, Charles Herbert et al. *Jews in the mind of America*. New York, Basic Books, 1966, pp. 114-115.

⁶⁹ Esta mezcla de antisemitismo y antinorteamericanismo se evidencia en gran cantidad de panfletos y libros publicados por los nazis. Diebow, Hans. *Die Juden in den USA*. Berlin, Zentralverlag der NSDAP, 1941; Siebert, Theodor. *Das amerikanische Rätsel, Die Kriegspolitik der USA in der Ära Roosevelt*. Berlin, Zentralverlag der NSDAP, 1941; Leers, Johan von. *Kräfte hinter Roosevelt*. Berlin, Theodor Fritsch Verlag, 1941; Schadewalt, Hans. *Was will Roosevelt?* Dusseldorf, Völkischer Verlag, 1941; Osthold, P.; Wagenführ, R. *Roosevelt zwischen Spekulation und Wirklichkeit*. Berlin, Verlag E.S. Mittler & son, 1943. Para un análisis de éstos y otros textos ver Grassert, P., op. cit.; Diner, *Feindbild Amerika: über die Beständigkeit eines Ressentiments*.

⁷⁰ Respecto de la controversia sobre lo que Estados Unidos y Gran Bretaña hicieron o no para salvar a los judíos de Europa ver Wyman, David S. *The abandonment of the Jews*. New York, New Press, 1984; Dallek, R., op. cit.; Wasserstein, Bernard. *Britain and the Jews of Europe. 1939-1945*. London & New York, Leicester University Press, 1999. 2ª edición.

díos comenzaron.⁷¹ Esta lógica invertida de represalias autojustificadas constituyó el centro de la propaganda antisemita nazi entre 1939 y 1945. En el uso de esta propaganda, Goebbels expresó sus propias creencias y ofreció un ejemplo de lo que Ian Kershaw ha descrito como “trabajar para el Führer”.⁷²

En violación de los acuerdos de Munich, Alemania invadió y ocupó la mayor parte de Checoslovaquia, el 14 de marzo de 1939. Ahora, los planes de Hitler para la expansión eran innegables. Gran Bretaña y Francia declararon su disposición a defender Polonia si Alemania la invadía. Pero el 1º de abril, en un ensayo titulado “¿Quién desea la guerra?”, Goebbels brindó una explicación opuesta del origen de una nueva guerra.⁷³

El ensayo contenía una profunda integración de elementos utilitarios e ideológicos del antisemitismo, que caracterizaron la propaganda de guerra alemana. Escribió que todas las críticas a las políticas nazis provenientes desde Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética se debían al poder judío. Los judíos están “interesados en una guerra”. Asesores judíos rodean a Roosevelt.⁷⁴ Ellos son:

*El poder anónimo que se yergue detrás de todo (...). Los judíos son culpables. Si en una hora oscura, una guerra sacudiera nuevamente a Europa, el clamor debe llegar a todos los confines de la tierra: ¡los judíos son culpables! Necesitan la guerra y están haciendo todo lo posible para empujar a los pueblos a la guerra. Creen que no serán víctimas, sino beneficiarios de tal guerra. Este es el motivo por el cual han lanzado esta entusiasmada “casa de brujas” infernal contra Alemania e Italia y claman por una alianza de combate de Estados democráticos en contra de Estados autoritarios.*⁷⁵

El elemento de proyección –por ejemplo, acusar a los judíos de querer una

⁷¹ Los alcances de esta lógica especular, fantástica y paranoide -consistente en un mecanismo psicológico inconsciente por el cual se proyectan las propias culpas en otros- llegan hasta nuestros días de la mano de los negadores del Holocausto, los autodenominados “historiadores revisionistas”. En forma particular, la “profecía” hitleriana del 30 de enero de 1939 y la propaganda goebbelsiana alrededor de la “agresión judía” derivada de ella se han materializado en las tesis desplegadas por el historiador conservador Ernst Nolte en su libro *La guerra civil europea 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994. En él, Nolte desarrolla la idea que la guerra de conquista nazi fue una “respuesta” a una previa agresión bolchevique, con lo cual la Shoá -en última instancia- es vista como una acción justificada, parte de una guerra “defensiva” provocada por los propios (judeo)bolcheviques. (Nota del traductor)

⁷² Acerca del concepto “trabajando para el Führer” ver Kershaw, I. *Hitler...*, op. cit.

⁷³ Goebbels, Joseph. “Wer will den Krieg, 1. April 1939”, en *Die Zeit...*, op. cit., pp. 90-96.

⁷⁴ *Ibíd.*, pp. 93-94.

⁷⁵ *Ibíd.*, pág. 94.

guerra en el preciso momento en que la Alemania nazi estaba lanzando una— permaneció como un elemento perenne de la propaganda nazi.⁷⁶

Mientras que la resistencia británica, desde el verano (boreal) de 1940 hasta comienzos de 1941, frustró los planes de Hitler de obtener una rápida victoria, Goebbels intensificó sus ataques sobre Winston Churchill en *Das Reich*.

En "El objeto de la risa del mundo" (6 de febrero de 1941), Goebbels trazó paralelos entre los ingleses y los judíos. Los primeros no son tan inteligentes como se asume a menudo. Muchos alemanes han cometido el error de exagerar la habilidad de los judíos en Alemania. Los ingleses son "*los judíos entre los arios*"; deben colapsar bajo fuertes golpes.⁷⁷

En "En Gran Bretaña gobiernan los agitadores" (30 de marzo de 1941), Goebbels imputó intenciones homicidas a los enemigos de la Alemania nazi, al igual que lo había hecho antes y lo volvería a hacer después. Si Churchill pudiera, "*exterminaría a Alemania (Deutschland ausrotten), destruiría a nuestro pueblo (unser Volk vernichten) y dejaría a nuestro país hecho hollín y cenizas*".⁷⁸

Para los nazis, la emergencia y persistencia de la coalición anti-Hitler conformada por la Unión Soviética y las democracias occidentales constituyó uno de los enigmas centrales de la Segunda Guerra Mundial, al igual que la prueba más enfática de la existencia de una conspiración judía internacional.

La cuidadosa respuesta de Goebbels al discurso de Churchill, emitido por la BBC el 22 de junio de 1941 (el día que Alemania invadió la Unión Soviética), es reveladora.

El primer ministro británico dijo que "*no tenemos sino un sólo objetivo y un único e irrevocable propósito. Estamos resueltos a destruir a Hitler y cualquier vestigio del régimen nazi*".⁷⁹ En consecuencia, Churchill ofreció una alianza con la Unión Soviética en una causa común contra el Tercer Reich. Al declarar que "*el peligro de Rusia es nuestro peligro*", Churchill se centró en la amenaza que representaba la Alemania nazi para el Reino Unido y los Estados Unidos y defendió el hecho de hacer alianza con la Unión Soviética basado en los intereses nacionales británicos y en un compartido antagonismo con la Alemania de Hitler.

Ineficaces, las desunidas respuestas a la agresión nazi por parte de la mayo-

⁷⁶ Kershaw, I. *Hitler...*, op. cit.; Weinberg, G., op. cit.

⁷⁷ Goebbels, Joseph. "Im Gelächter der Welt, 16 February 1941", en *Die Zeit...*, op. cit., pp. 394-395. El Ministerio de Propaganda publicó varios panfletos y libros desarrollando la temática de la afinidad electiva entre los puritanos ingleses y los judíos. Ver, por ejemplo, Myer-Christian, Wolf. *Die englisch-jüdische Allianz. Werden und Wirken der kapitalistischen Weltherrschaft*. Berlin & Leipzig, Nibelungen-Verlag, 1942. 3ª edición.

⁷⁸ Goebbels, Joseph. "Britannia Rules the Waves, 30 March 1941", en *Die Zeit...*, op. cit., pp. 441-445 (la cita, en pág. 444).

⁷⁹ Churchill, Winston. *The Second World War*. Vol. 3, pp. 371-373.

ría de las potencias europeas en los años previos a la guerra y también durante el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin (1939/41) han facilitado a Hitler desencadenar la guerra. El discurso de Churchill propuso que Occidente y la Unión Soviética necesitaban superar sus divisiones y crear una alianza –cada uno debe aliarse con “el mal menor”– si la Alemania nazi iba a ser vencida.

En “Die alte Front” (*Völkischer Beobachter*, 26 de junio de 1941), Goebbels refutó los argumentos de Churchill para la coalición anti-Hitler, basándose en la ya conocida teoría conspirativa.⁸⁰ Mientras los neófitos políticos fueron sorprendidos por la “conspiración Moscú-Londres contra el Reich, llevada a cabo entre la plutocracia y el bolchevismo”, ésta confirmaba las enormes sospechas nazis.⁸¹ Supuestamente, tanto Gran Bretaña como la Unión Soviética buscaron una guerra larga: la primera, para mantener a Europa débil y dividida; la segunda, para prepararla para el bolchevismo.⁸²

Ahora, la “cuidadosamente intrincada red de mentiras de los viejos enemigos fue apartada. Miles de evidencias que señalan el hecho de una cooperación secreta entre Moscú y Londres” fueron confirmadas cuando “uno de los acusados” –esto es, Churchill– lo admitió en su discurso en la BBC.⁸³

La misma alianza entre plutocracia y comunismo que se opuso a los nazis durante la era de Weimar, en Alemania, se ha reconstituido internacionalmente en la alianza británico-soviética de junio de 1941. Pero, así como los nazis han triunfado sobre sus enemigos internos, también vencerían a esta nueva forma del “viejo frente”.⁸⁴

La teoría conspirativa ofrece una explicación simple para el más improbable de los desarrollos. Churchill, uno de los líderes anticomunistas de Europa, ha dirigido a la democrática y capitalista Gran Bretaña a una alianza con la dictadura comunista de Stalin basándose en odios, temores e intereses comunes frente a la agresión de la Alemania nazi.

La explicación conspirativa de Goebbels presenta a la Alemania nazi como una víctima inocente en el mismo momento en que estaba invadiendo la Unión Soviética. Si bien la teoría conspirativa envalentonó al núcleo ideológico, promovió el desarrollo de errores estratégicos guiados ideológicamente, como dedicarse sólo al antisemitismo.

En los siguientes cuatro años, la ideología, la política y la propaganda nazis –que habían servido para incrementar el poder de Hitler hasta 1941– profundizaron la solidaridad de la coalición anti-Hitler, al tiempo que contribuyeron a la

⁸⁰ Goebbels, Joseph. “Die alte Front, 26 Juni 1941”, en *Die Zeit...*, op. cit., pp. 508-513.

⁸¹ *Ibíd.*, pág. 508.

⁸² *Ibíd.*, pág. 511.

⁸³ *Ibíd.*, pág. 512.

⁸⁴ *Ibíd.*, pp. 512-513.

pérdida del contacto con la realidad del régimen.⁸⁵ La teoría conspirativa le dio al liderazgo nazi la convicción de que había visto debajo de la superficie corrientes y realidades más profundas, que ya habían logrado dominar internamente. Así, procesaban toda nueva información en el marco de una narrativa preestablecida, haciendo variaciones en temas conocidos en base a los sucesos en curso.

Con la “Operación Barbarroja”, Goebbels y sus propagandistas renovaron su ofensiva contra el “judeobolchevismo”.

En un artículo para *Das Reich*, el 20 de julio de 1941 –un mes después de la invasión a la Unión Soviética–, Goebbels retornó a una temática conocida con “Mimesis”.⁸⁶ Los judíos –escribió– fueron maestros en la adaptación a su entorno “*sin perder su esencia. Ellos practican la mimesis*”.⁸⁷ Uno debe convertirse en “*un experimentado especialista en judíos*” para desenmascararlos. Si los nazis no hubieran llegado al poder en Alemania, “*nuestro país habría estado listo para el bolchevismo, la más diabólica infección que los judíos pueden traer*”.⁸⁸ Si la Unión Soviética expande su poder,

*el resultado sería la dominación de la judería sobre el mundo (...). Después de que los estratos dirigentes de la judería internacional tuvieron que advertir que era imposible provocar la bolchevización de cada país de Europa por la vía de la agitación (política), decidieron esperar por la gran oportunidad de una guerra cercana; entonces, optaron por que la guerra durara todo lo posible. Lo hicieron para atacar (y bolchevizar) a una Europa exhausta al final de la guerra (...). Las tácticas del bolchevismo moscovita han estado dirigidas hacia ese objetivo desde el comienzo de esta guerra.*⁸⁹

Los soviéticos habían intentado mantener a los “*líderes judíos*” tras bambalinas y convencer a los alemanes de que

los judíos bolcheviques en Moscú y los plutócratas judíos en Londres y Washington eran enemigos mortales. De hecho, (la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos) estuvieron muy cerca de lograr el estrangulamiento con el cual deseaban exprimarnos cada vez más con más fuerza. Detrás de todo están los mismos judíos, en ambas partes, ya sea

⁸⁵ La brecha entre la ideología nazi y los poderes políticos convencionales fue un tema clave de Hillgrüber, Andreas. *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung. 1940-1941*. Munich, Vernard and Graefe, 1965.

⁸⁶ Goebbels, J. “Mimikry...”, op. cit., pp. 526-531.

⁸⁷ *Ibíd.*, pág. 526.

⁸⁸ *Ibíd.*, pág. 527.

⁸⁹ *Ibíd.*, pp. 527-528.

abiertamente o camuflados, quienes establecen el tono y también la línea. Cuando rezan en Moscú y viajan hacia Londres para cantar La Internacional,⁹⁰ están haciendo lo que han hecho por generaciones (...). Se adaptan a las respectivas condiciones y situaciones y lo hacen lenta y naturalmente, paso a paso, de modo que los pueblos no se tornen suspicaces y recelosos. Naturalmente, están muy enojados con nosotros porque los desenmascaramos.⁹¹

Fue durante estas semanas y meses que el asesinato masivo de la judería europea comenzó, encabezado por los *Einsatzgruppen* asesinos, tras las líneas del Ejército Alemán en Polonia y la Unión Soviética.

Si bien Goebbels no formó parte del círculo íntimo de tomadores de decisión que implementaron el Holocausto, su diario íntimo da fuertes indicios de que estaba al tanto.

En “Mimesis” escribió que *“el golpe debe ser dado sin compasión ni demora. El enemigo del mundo (Weltfeind) está colapsando, y Europa tendrá su paz”*. Estas palabras de justificación e incitación aludían a la terrible política dirigida contra los judíos, pero —como ocurriría todo el tiempo— omitían cualquier detalle sobre los asesinatos en curso.⁹²

En reuniones con Hitler, el 19 de agosto de 1941, y Reinhard Heydrich, el 24 de septiembre de 1941, Goebbels se interiorizó más acerca de la determinación del primero de hacer realidad la “profecía” y del plan del segundo de deportar a los judíos hacia el Este.⁹³

Nuevamente se refirió al “asunto judío”, en público, en noviembre y diciembre de 1941, primero en *Das Reich* y en la radio, y luego, en una conferencia en una prestigiosa reunión de académicos y oficiales del gobierno en la *Deutsche Akademie* de Berlín.

“*Die Juden sind Schuld!*” fue publicado el 16 de noviembre de 1941, en un número de *Das Reich*. Fue una de las contribuciones más importantes de Goebbels

⁹⁰ *La Internacional* es, sin dudas, la más famosa canción del proletariado organizado. Es el himno oficial de los partidos comunistas y socialistas de todo el mundo. La letra original, en francés, es de Eugène Pottier y fue compuesta en 1871, con musicalización de Pierre Degeyter. Este himno fue popularizado en los congresos de 1886 y 1889, de la Segunda Internacional. Su letra ha sido traducida a múltiples idiomas del mundo. Entre 1917 y 1944 fue el himno nacional de la Unión Soviética. (Enciclopedia On-Line *Wikipedia*: http://es.wikipedia.org/wiki/La_Internacional.) (Nota del traductor)

⁹¹ Goebbels, J. “Mimikry...”, op. cit., pág. 528.

⁹² *Ibid.*, pág. 531.

⁹³ Ver los registros de los diarios del 19 de agosto y 24 de septiembre de 1941 en Fröhlich, Elke (ed.). *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Teil II, Diktate 1941-1945, Band I, Juli–September 1941*. Munich, K. G. Saur, 1996, pp. 268 y 480-481. Breitman, Richard. *Official secrets. What the Nazis planned, what the British and Americans knew*. New York, Hill and Wang, 1998, pág. 68.

al Holocausto, repitiendo afirmaciones pasadas y sentando el marco para posteriores ataques.⁹⁴

Por aquel entonces –de acuerdo a la mayoría de los historiadores de la toma de decisiones durante el Holocausto–, Hitler le había ordenado a Himmler expandir los fusilamientos en masa de judíos en el frente oriental a un programa de asesinato de todos los judíos europeos.⁹⁵

El texto marcaría la primera vez que un líder del régimen nazi anunció públicamente que la “exterminación” (*Vernichtung*) de la judería europea estaba teniendo lugar.

Goebbels prescindió del “si... entonces...”, el subjuntivo condicional de la famosa profecía hitleriana, reemplazándolo por un simple presente continuo para referirse a la acción en curso.

Tres semanas antes del ataque japonés sobre Pearl Harbor, Goebbels dijo que “*la culpabilidad histórica de la judería mundial por el estallido y la expansión de esta guerra ha quedado tan ampliamente demostrada que no hay necesidad de desperdiciar más palabras. Ellos deseaban su guerra, y ahora la tienen*”.⁹⁶

En el pasado, Hitler había sostenido que los judíos eran los responsables por las pérdidas alemanas de la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles, la hiperinflación de los años de la posguerra y la Gran Depresión. En otoño de 1941, Goebbels dijo que la “*judería internacional*” estaba continuando su ofensiva contra una Alemania victimizada. Pero ahora, Alemania estaba por devolver el golpe. Sería, finalmente, emprender una guerra contra los judíos en respuesta a la que éstos habían lanzado en su contra. Si bien Goebbels nunca mencionó la “Solución Final”, repetidamente usó verbos como “exterminar”, “aniquilar”, “destruir” y “asesinar” para referirse a la política nazi vigente para los judíos como un frente de la guerra total de autodefensa nacional:

Al desencadenar esta guerra, la judería mundial juzgó completamente mal las fuerzas a su disposición. Ahora están sufriendo un proceso gradual de aniquilación que habían intentado para nosotros y que habrían desatado sin dudar si hubiesen tenido el poder para hacerlo. Ahora están pereciendo como resultado de su propia ley: ojo por ojo y diente por diente. En esta histórica disputa, cada judío es nuestro enemigo, ya sea que vegete en un ghetto polaco, o a duras penas sobreviva su parasitaria existencia en Berlín o Hamburgo, o sople las trompetas de guerra en

⁹⁴ Goebbels, J. “Die Juden sind Schuld!”, op. cit., pp. 85-91.

⁹⁵ Breitman argumenta –en *Architect of genocide*, op. cit.– que las decisiones cruciales han sido tomadas en la primavera (boreal) de 1941, mientras que Browning dice –en *The path to genocide*, op. cit.– que las dos principales decisiones que condujeron al genocidio a lo ancho del continente fueron tomadas a comienzos del otoño de 1941. Ver también Browning, Ch. *The origins...*, op. cit.

⁹⁶ Goebbels, J. “Die Juden sind Schuld!”, op. cit.

*Nueva York o Washington. Debido a su nacimiento y raza, todos los judíos integran una conspiración internacional contra la Alemania nacionalsocialista. Desean su derrota y aniquilación y hacen todo lo que pueden para ayudar a provocarlas.*⁹⁷

Concluyó “*Die Juden sind Schuld!*” con una acusación de diez puntos. Los judíos han comenzado la guerra y quieren destruir al *Reich* y el pueblo alemanes. Todos los judíos, sin excepción, eran “*enemigos declarados*” del pueblo alemán. La muerte de cada soldado alemán “*fue anotada en la cuenta de culpabilidad (Schuldkonto) de los judíos. Esto es, sobre sus conciencias, y deberán –por lo tanto– pagar por ella*”. Como los judíos tenían la culpa por empezar la guerra, el trato que los alemanes les impartían no era una injusticia. “*Tienen más de lo que merecen.*” De esta forma, “*la política del gobierno será, finalmente, darles lo que se merecen*”.⁹⁸

Publicadas en *Das Reich* y transmitidas por radio, estas aseveraciones ilustran que el lenguaje público de la Alemania nazi fue cualquier cosa menos “ordinarias” o “banal”. Pese a que pudieron haber sido ciudadanos u oficiales alemanes comunes, las declaraciones que escucharon de Goebbels fueron extraordinarias.

Salvo confirmar detalles de fecha y lugar, Goebbels les dijo a sus lectores y oyentes, en un alemán perfectamente entendible, que su gobierno estaba asesinando a los judíos de Europa. El que tales afirmaciones se convirtieran en ordinarias por la repetición es –en sí misma– una evidencia de cuán extraordinario era el discurso nazi.

Muchos alemanes, ciertamente, hallaron formas de explicar tales aseveraciones; pero, al menos para aquellos más de 6 millones que se habían afiliado al partido nazi en el otoño de 1941 y que –naturalmente– prestaban cuidadosa atención a las palabras de sus líderes, Goebbels hablaba un lenguaje que entendían.⁹⁹

El 1º de diciembre de 1941, Goebbels dio una conferencia de dos horas a diplomáticos, funcionarios de gobierno, miembros del partido, oficiales de la *Wehrmacht*, periodistas, industriales y miembros de la *Deutsche Akademie* reunidos en el Aula Magna de la Universidad Friedrich Wilhelm de Berlín. Fue publicado en forma de panfleto como *El corazón de hierro*.¹⁰⁰

Llamó “*un necesario golpe preventivo*” a la invasión de la Unión Soviética.

⁹⁷ *Ibíd.*, pág. 88.

⁹⁸ *Ibíd.*, pág. 91.

⁹⁹ Sobre la membresía del partido nazi ver Kater, Michael. “Figure 1. Growth of Nazi party membership. 1919-1945”, en *The Nazi party. A social profile of members and leaders. 1919-1945*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1983, pág. 263.

¹⁰⁰ Goebbels, J. *Das Eherne...*, op. cit. Sobre el agrado de Goebbels con la recepción que tuvo este discurso ver los registros de su diario personal de los días 2 y 3 de diciembre de 1941 en Fröhlich, Elke (ed.). *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Teil II, Diktate 1941-1945, Band I, Oktober-Dezember 1941*. Munich, K. G. Saur, 1996, pp. 416 y 420.

Si los soviéticos hubiesen atacado primero, el Ejército Rojo *"habría tenido, como primera tarea, exterminar la intelectualidad nacional y el liderazgo espiritual de la nación"*.¹⁰¹ La invasión alemana fue, por lo tanto, una defensa de la cultura y la civilización.

Gran Bretaña y los Estados Unidos han traicionado a Europa, abandonándola a merced del bolchevismo.¹⁰² Los judíos han lanzado y expandido la guerra, pero han equivocado sus cálculos.

Delante de esta audiencia de élite, Goebbels afirmó –sin rodeos– que la profecía de Hitler estaba siendo implementada. Los judíos estaban sufriendo *"un proceso gradual de exterminación"*.¹⁰³

Usó el sustantivo *"Vernichtung"* para decir que la Unión Soviética habría asesinado masivamente a alemanes; el exterminio de judíos podía ser "gradual", pero esta sofisticada audiencia sabía lo que significaba la realización de la profecía de Hitler.

A lo largo de los años se ha dicho mucho sobre el uso del eufemismo, la indefinición burocrática y aun la banalidad en el discurso nazi. Pero en público, Goebbels fue directo con respecto a la política de homicidio sistemático.

Los alemanes no podían retroceder después de esta confrontación. Estaba en el corazón de la guerra que Alemania ya estaba desencadenando.

"Una de las primeras y más importantes tareas del próximo período", dijo Goebbels ante el auditorio, era *"la definitiva y final (endgültig) solución de la cuestión judía"*.¹⁰⁴ Le recordó a cualquier escéptico que si Alemania iba a perder, sus enemigos estaban unidos *"en la firme voluntad de que Alemania debía ser subyugada, exterminada, asesinada y borrada del mapa"*.¹⁰⁵ Los alemanes deben encolumnarse detrás de Hitler y el régimen nazi.

Evocando esta pesadilla, Goebbels oscureció la naturaleza de la "Solución Final", al exponer el intento de destruir al adversario como el objetivo de los enemigos de Alemania.

El discurso de Goebbels en la *Deutsche Akademie* había brindado suficientes indicios de los asesinatos masivos en marcha para comprometer a las élites educadas –y posteriormente, a círculos más amplios– con el régimen, si bien todavía permanecía lo suficientemente difuso como para proveer una "hoja de parra" para una desmentida creíble. Esa tarde, Goebbels escribió en su diario que estaba *"extraordinariamente satisfecho"* con la recepción de sus palabras por parte de la *"intelectualidad berlinesa"*.¹⁰⁶

¹⁰¹ *Ibíd.*, pág. 23.

¹⁰² *Ibíd.*, pág. 25.

¹⁰³ *Ibíd.*, pp. 34-35.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, pág. 37.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, pág. 41.

¹⁰⁶ Ver el escrito del diario del 2 de diciembre de 1941 en Fröhlich, E. *Die Tagebücher...*, op. cit., *Oktober-Dezember 1941*, pág. 417.

En su diario, el 12 de diciembre –cinco días después del ataque japonés en Pearl Harbor y la entrada de los Estados Unidos en la guerra–, Goebbels describió el discurso de Hitler ante la reunión de líderes nazis de ese día en Berlín.¹⁰⁷

Allí, Hitler había dicho a su público que, como la guerra mundial ya estaba ocurriendo, “*el exterminio de la judería debe ser su necesaria consecuencia*”. Debido a la muerte de “160.000” alemanes en el frente oriental, “*el generador de este sangriento conflicto deberá pagar con su propia vida*”.¹⁰⁸

Cuanto más se prolongara la guerra y más alemanes muriesen, más judíos merecerían ser castigados. De este modo, Hitler le dio a la “Solución Final” una relación causal e inherente –y no contingente o accidental– con la Segunda Guerra Mundial. Como el número de soldados alemanes muertos se incrementaba –y más tarde, el de civiles alemanes durante los bombardeos aliados–, el liderazgo nazi se concentró en las supuestas conexiones entre una conspiración judía internacional, la coalición anti-Hitler de la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos, la muerte y el sufrimiento del pueblo alemán, y la resultante necesidad de hacer realidad la profecía de Hitler.

Por cada familia que perdió a un ser querido durante la guerra, Goebbels y el Ministerio de Propaganda apuntó con un dedo acusador a los culpables fácilmente identificables y ofreció una razón personal e íntima para “*tomar represalias*”. En este sentido, para millones de alemanes, la abstracta consigna “*los judíos son culpables*” asumía un significado emocional directo. El discurso político de Goebbels ayudó a profundizar el odio hacia los judíos, mientras crecía la devastación sufrida por Alemania a manos de los Aliados.

Al tiempo que continuaba el genocidio de los judíos, la propaganda nazi hablaba de su creciente poder y del sufrimiento que estaban infligiendo a los alemanes.

Mientras los Aliados cambiaban el rumbo de la guerra, Goebbels y el Ministerio de Propaganda incrementaban sus afirmaciones que de “*los judíos son culpables*”.

Estos temas aparecieron en el discurso de Goebbels más conocido de la guerra, “¿Queréis una guerra total?,” de tres horas de duración, brindado en el *Berlin Sportpalast*, el 18 de febrero de 1943, y transmitido por la radio alemana.¹⁰⁹

Inmediatamente después de la derrota alemana en Stalingrado, Goebbels

¹⁰⁷ Kershaw, I. *Hitler...*, op. cit., pág. 448-449.

¹⁰⁸ Ver el registro del diario del 13 de diciembre de 1941 en Fröhlich, E. *Die Tagebücher...*, op. cit., *Oktober-Dezember 1941*, pp. 498-499. Sobre esto ver Gerlach, Christian. “Die Wannsee Konferenz, das Schicksal der Deutschen Juden und Hitlers Politische Grundsatzentscheidung, Alle Juden Europas zu Ermordern”, en *Werkstatt Geschichte*. Nº 18. 1997, pp. 7-44; “The Wannsee Conference, the fate of German Jews and Hitler’s decision in principle to exterminate all European Jews”, en *Journal of Modern History*. Nº 70. 1998, pp. 759-812.

¹⁰⁹ Goebbels, Joseph. *Reden. 1939-1945. Band 2*. Munich, Wilhelm Heyne Verlag, 1972; Goebbels, Joseph. “Nr. 17. 18.2.43...”, op. cit., pp. 172-208. También Moltmann, Günter. “Goebbels Rede zum Totalen Krieg am 18. February 1943”, en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 1964.

planteó la amenaza de una Europa abandonada al bolchevismo por Gran Bretaña y los Estados Unidos. "La judería ha penetrado intelectual y políticamente, con mucha profundidad, en los Estados anglosajones", de modo que éstos han perdido su voluntad o deseo de resistir al comunismo o aun de reconocer que la amenaza existe.¹¹⁰

Desde el comienzo, los nazis han señalado que *"la conexión entre la plutocracia internacional y el bolchevismo internacional no era una contradicción. Más bien, tuvo un significado profundo y causal. La superficialmente civilizada judería de Europa Occidental y la judería de los ghettos del Este ya han puesto sus manos sobre nuestro país. Ese es el motivo de que Europa esté en peligro"*.¹¹¹

Así como la prensa judía, en la Alemania de Weimar, había amortiguado y paralizado la lucha contra el comunismo, la judería está provocando una similar "parálisis intelectual y cultural en las democracias europeas occidentales".

Pero la guerra no sólo era para salvar a la civilización europea u occidental de la amenaza judeobolchevique, ya era por la supervivencia de Alemania.¹¹² Los alemanes debían responder desencadenando una guerra total. Goebbels se condujo, y a su audiencia, a un estado de frenesí, y ante su pregunta retórica "¿Queréis una guerra total?", la audiencia bramó: "Sí".

"La guerra y los judíos", publicado en *Das Reich* el 9 de mayo de 1943, fue el tercero de los ensayos en tiempo de guerra de Goebbels dedicado exclusivamente a los judíos.¹¹³

Expresaba exasperación cuando había gente que todavía era demasiado ingenua para entender de qué trataba la guerra y qué rol jugaba en ella la cuestión judía. La "raza judía" y sus "ayudantes" estaban emprendiendo una guerra contra "la humanidad aria, al igual que contra la cultura y la civilización occidentales".

*La judería necesita esta guerra. Dondequiera que miren en el campo enemigo, ya sea en el lado plutócrata o en el bolchevique, uno ve a los judíos trabajando como inspiradores y agitadores detrás de aquellos exponentes que están en primer plano (...). (Los judíos) organizaron la economía de guerra del enemigo y desarrollaron los programas de aniquilación y exterminio dirigidos a los poderes del Eje. Es de entre sus filas que son reclutados los agitadores sanguinarios, enfurecidos y buscadores de revancha, los salvajes políticos en Inglaterra y los Estados Unidos y los terroristas comisarios de la GPU¹¹⁴ en la Unión Soviética. Por lo tanto, conforman el pegamento que mantiene unida a la coalición enemiga.*¹¹⁵

¹¹⁰ Moltmann, G., op. cit., pág. 181.

¹¹¹ Idem.

¹¹² Ibíd., pág. 195.

¹¹³ Goebbels, J. "Der Krieg... ", op. cit., pp. 263-270.

¹¹⁴ Policía secreta del estalinismo.

¹¹⁵ Goebbels, J. "Der Krieg... ", op. cit., pp. 263-264.

Las “amenazas de revancha del Antiguo Testamento con los cuales llenan sus periódicos y transmisiones de radio” no son “mera literatura política. Si tuvieran el poder de hacerlo, cumplirían estos deseos hasta el último punto”. Los judíos han comenzado una “guerra racial” que no tiene “otro objetivo más que la aniquilación y el exterminio de nuestro pueblo. Nos erguimos como el único escollo contra la judería en su camino hacia la dominación mundial. Si los poderes del Eje perdieran esta lucha, entonces el dique que podría rescatar a Europa del peligro judeobolchevique ya no existiría”.¹¹⁶

O Alemania y sus aliados ganaban la guerra, o “incontables millones de personas de nuestro propio país y de otras naciones europeas (...) quedarían indefensas ante el odio y la voluntad de exterminio (Vernichtungswillen) de esta diabólica raza”.¹¹⁷

Por lo tanto, en mayo de 1943, Goebbels les aseguró a sus miles de lectores y millones de oyentes:

*Estamos avanzando. La concreción de la profecía del Führer, de la cual la judería mundial se rió en 1939, cuando la pronunció, se encuentra en el final de nuestro curso de acción. Incluso en Alemania, los judíos se rieron cuando los enfrentamos por primera vez. Para ellos, la risa ya es cosa del pasado. Escogieron desencadenar una guerra en nuestra contra. Pero la judería ahora comprende que la guerra se ha vuelto en su contra. Cuando la judería concibió el plan de exterminio total del pueblo alemán, escribió su propia sentencia de muerte. En este caso, como en otros, la historia mundial también será una corte mundial.*¹¹⁸

Goebbels continuó elaborando este discurso político central hasta el fin de la guerra.

El 28 de febrero de 1945, con los ejércitos aliados muy cerca, Goebbels habló a la Nación por radio para reforzar la moral, denunciar al enemigo y explicar por qué la Alemania nazi estaba sufriendo tan serios reveses.¹¹⁹

No estamos avergonzados (...). (Nuestro revés) fue posible sólo porque el Occidente europeo y los Estados Unidos conducidos con plutocracia apoyaron a los militares soviéticos en (nuestros) flancos y ataron (las) manos con las cuales –aún hoy– estamos tratando de derrotar al bolchevismo. Los planes de los plutócratas de odio y venganza bañados de sangre contra el Reich y el pueblo alemán de ningún modo son inferiores a

¹¹⁶ *Ibíd.*, pág. 264.

¹¹⁷ *Ibíd.*, pp. 269-270.

¹¹⁸ *Ibíd.*, pág. 270.

¹¹⁹ Goebbels, Joseph. “Nr. 30, 28.2.45–Rundfunkansprache”, en Heiber, *Goebbels Reden*, Vol. 2. Munich, Wilhelm Heyne Verlag, 1972, pp. 429-446.

*los de los soviéticos (...). Será la eterna vergüenza y desgracia de este siglo que en el momento de su mayor amenaza desde el Este, Europa fue vergonzosamente dejada plantada y abandonada por los países occidentales. En efecto, estas naciones se hundieron tanto que incluso alentaron la tormenta desde el interior de Asia y, al mismo tiempo, trataron de quebrar el último dique de protección que podía haber sido roto. De todas maneras, no esperábamos más. A lo largo de años de un trabajo sistemático de desintegración y subversión internacional, la judería envenenó tanto a la opinión pública de esos países que ya no es capaz de pensar –ni qué hablar– por sí misma.*¹²⁰

Incluso en los meses finales, Goebbels halló en el antisemitismo la explicación para la inminente derrota de la Alemania nazi, abandonada –uno podría decir “apuñalada por la espalda”– por un Occidente que había sucumbido a la dominación judía.

Para el nazi fanático, la Segunda Guerra Mundial terminó como la primera, con una noble Alemania traicionada –quizás esta vez no desde adentro, sino, en todo caso, desde afuera– a manos de las “plutocracias” occidentales dominadas por los judíos. Si a los judíos no se les hubiese permitido ejercer su dominio sobre las políticas de Londres y Washington, la Alemania nazi podría haber ganado la guerra.

En febrero de 1945, Goebbels seguía sosteniendo que los judíos eran responsables de la inminente derrota del Tercer *Reich*. Y como lo han mostrado los cronistas de las marchas de la muerte de la primavera (boreal) de 1945, la generalizada participación popular en la venganza de Alemania contra sus implacable y pronto victorioso “enemigo” continuó hasta el mismo final.¹²¹

IV

Historiadores sociales e intelectuales han documentado el hecho que tras la derrota en Stalingrado, en febrero de 1943, la desilusión y la desradicalización se extendieron en partes de la sociedad alemana.¹²² Hitler había dejado de ser un genio infalible. La raza superior no ganaría la guerra. La conspiración judía in-

¹²⁰ *Ibíd.*, pág. 433.

¹²¹ Sobre las marchas de la muerte ver Gellately, R., *op. cit.*; Goldhagen, D., *op. cit.*

¹²² Sobre la desilusión y la desradicalización en las opiniones populares y de las elites ver Broszat, Martin; Henke, Klaus Dietmar; Woller, Hans (eds.). *Von Stalingrad zur Währungsreform. Sozialgeschichte des Umbruch in Deutschland*. Munich, R. Oldenbourg, 1988; Muller, Jerry Z. *The other God that failed. Hans Freyer and the deradicalization of German conservatism*. Princeton, Princeton University Press, 1987; Henke, Klaus Dietmar. “Die Trennung vom Nationalsozialismus. Selbsterstörung, politische Säuberung, ‘Entnazifizierung’, Strafverfolgung”, en Woller, Hans (ed.). *Politische Säuberung in Europa*. Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1991, pp. 21-83; y Kershaw, I. *Hitler...*, *op. cit.*, caps. 12-17.

ternacional nunca existió más allá de la imaginación de los líderes nazis. El ejército fue derrotado claramente en el campo de batalla. No había una segunda puñalada por la espalda.

Sin embargo, para el nazi fanático y sus líderes propagandistas, la derrota inminente reforzó su convicción que la conspiración judía internacional efectivamente existía. En la alianza entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos, estaba a punto de ganar la Segunda Guerra Mundial.

No es una sorpresa que Victor Klemperer, quien estaba entre los oyentes más perspicaces y perceptivos de Goebbels en Alemania, escribiera en su diario, poco después del “Día D”, que *“a pesar de lo mucho que me resistí a ello, el judío está –en todos los aspectos– en el centro del (lenguaje del Tercer Reich) y en el de su mirada completa de la época”*.¹²³

Mi intención ha sido dar una renovada atención a los principales temas del discurso político antisemita nazi y animar a repensar el significado de la ya famosa frase *“la guerra contra los judíos”*.

El discurso político antisemita en los artículos y discursos de Goebbels, los cuales reflejaban los deseos de Hitler y eran repetidos en otros órganos de propaganda nazi, se enfocaba en el siguiente eje central: la Alemania nazi no combatió dos guerras separadas, una contra las naciones-estado de la coalición anti-Hitler y una segunda y separada “guerra” contra los judíos. Mejor dicho, en sus imaginaciones, la Segunda Guerra Mundial y la “Solución Final” fueron diferentes aspectos de una guerra entablada entre la Alemania nazi, o la “humanidad aria”, de un lado, y una conspiración judía internacional, del otro.

Mientras que la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos lucharon la guerra para defender sus intereses nacionales, el liderazgo nazi creyó –y así lo declaró públicamente del principio al fin– que la Segunda Guerra Mundial había sido desencadenada por la judería internacional contra la Alemania nazi.¹²⁴ La propaganda nazi presentó las amenazas del régimen de exterminar a los judíos como parte de una política de represalia masiva dirigida contra quienes habían emprendido la guerra contra Alemania.

Durante los años de la guerra, como había ocurrido desde la campaña que derribó la República de Weimar, el antisemitismo nazi fue –simultáneamente– un instrumento político eficaz y un poderoso y sencillo marco interpretativo para sus adherentes, con el cual daban sentido (o sinsentido) al curso de los acontecimientos.

¹²³ Klemperer, Victor. *I will bear witness. 1942-1945*. New York, Knopf, 2000, pág. 335. Traducción: Martin Chalmers; Klemperer, Victor. *Tagebücher 1944*. Berlin, Aufbau Verlag, 1995, pág. 85 y 353.

¹²⁴ Arendt, Hannah. *The origins of totalitarianism*. New York, Harcourt, Brace, 1951.

Los detalles de la “Solución Final” permanecían envueltos en el secreto. Uno de los principales logros del Ministerio de Propaganda fue imponer una censura que evitó que la información llegase al público alemán. Sin embargo, Goebbels –públicamente y ante millones de oyentes y miles de lectores– exponía repetida y apasionadamente los argumentos para el asesinato masivo y anunciaba que “ya” estaba implementándose la profecía de Hitler.

Lo hizo al comienzo de la guerra, en 1939; luego de la invasión de la Unión Soviética, en junio de 1941; durante los meses de euforia de 1941 y comienzos de 1942; cuando cambió el rumbo, en la primavera y el verano (boreales) de 1943; y cuando la derrota amenazaba, en 1944 y 1945.

Millones de alemanes que leyeron periódicos o escucharon radio entre 1939 y 1945 escucharon a Goebbels usar verbos explícitos como “*ausrotten*” y “*vernichten*” refiriéndose a “exterminación”, “aniquilación” y “asesinato”, en relación con el “cumplimiento” de las infames profecías de Hitler.

La proyección paranoica en el núcleo del antisemitismo nazi encontró en la muerte y los sufrimientos de la guerra millones de razones para que los alemanes profundizaran su antisemitismo asesino.

Concentrarse en lo que Hannah Arendt, hace mucho tiempo, llamó el “*mentiroso mundo de la consistencia*” de la ideología totalitaria y la propaganda del nazismo sigue siendo indispensable para comprender el Holocausto y su conexión con la Segunda Guerra Mundial.

**Lic. Patricio
Brodsky**

Sociólogo, docente e
investigador del
Museo de la Shoá de
Buenos Aires.

La perduración de la judeofobia

Negacionismo y antisionismo

Han pasado nada más que sesenta años (dos generaciones) desde el fin de la Shoá y ya la mayoría de las víctimas y los testigos del horror han muerto. Junto con este hecho biológico ocurre un fenómeno social: los anticuerpos de la sociedad parecen haberse vuelto resistentes a la judeofobia, y ésta —una vez más— tiende a reaparecer metamorfoseada, pero con el mismo hedor a muerte. Esta vez aparece investida, por un lado, de un ropaje pseudocientificista (negacionismo de la Shoá) y, por otro, de una postura política (antisionismo o antiisraelismo). Nuestra tarea, como investigadores de la tragedia europea, nos obliga a hacerle frente a esta nueva/vieja amenaza, que hoy resurge con nuevos bríos.

El establecimiento de “sitios de la memoria” (*lieux de la memoire*, según el concepto desarrollado por Pierre Nora) es la instauración de espacios de rememoración colectiva, de producción y reproducción de la memoria histórica. Estos pueden ser un museo, un memorial o, simplemente, una fecha conmemorativa (con cierta ritualidad).

En este sentido, Europa —la misma que dio la espalda a sus judíos antes y durante la Shoá— estableció como día recordatorio de la caída nazi el 27 de enero,¹ fecha de la “liberación”² de Auschwitz. Este es un intento de crear una memoria histórica de resistencia antinazi, si bien —en relación a los judíos— Europa se caracterizó —salvo honrosas excepciones— por una pasmosa indiferencia, cuando no un apoyo desembozado.

¹ La fecha de conmemoración que han elegido las comunidades judías del mundo es el 27 del mes del calendario judío *nisán*, que coincide con el 19 de abril de 1943, primer día del Levantamiento del Ghetto de Varsovia, la rebelión armada judía antinazi más recordada, y se recuerda como *Iom HaShoá* (El Día de la Shoá), destacando el heroísmo, la valentía y la soledad de los judíos durante su genocidio.

² Entrecomillo la palabra “liberación” pues acuerdo con el sobreviviente de dicho campo Jack Fuchs, quien en un artículo publicado a principios de este año en el diario *Página/12* de la Argentina señaló que no hubo tal liberación pues ésta hubiese implicado la realización de una acción militar encaminada a ese fin. Más bien, lo que ocurrió fue que, en su avance, las tropas aliadas “tropezaron” con los campos, se los encontraron a su paso.

Pero las conmemoraciones de la Shoá son elaboraciones tardías, pues la memoria es una construcción histórica. En efecto, durante los primeros quince años luego de finalizada la Shoá, ésta permaneció “oculta” ante la conciencia de Occidente, en parte porque los sobrevivientes necesitaban superar el trauma, en parte porque la inmensa mayoría del resto del mundo no tenía apuro en que le recordaran su abandono de los judíos.

Necesitó transcurrir casi una generación para que apareciera la necesidad de visualizar la Shoá como parte de la historia de Occidente:

Como realidad histórica, el Holocausto no pudo ser digerido por la opinión pública. A diferencia del Gulag, en menor o mayor grado, directa o indirectamente, todo Occidente estaba implicado en él: como víctima, verdugo, cómplice, colaboracionista, testigo y –en menor medida– como oponente. Hacía falta la aparición de generaciones nuevas que no tuvieran relación directa con él, para quienes no fuese historia viva.³

Pero en los años '60 todo comenzó a cambiar. La articulación de dos fenómenos acontecidos en el joven Estado judío de Israel contribuyó enormemente a este cambio de óptica. El primero de esos hechos aconteció a principios de esa década y se trató de la captura en la Argentina y el posterior juicio al llamado “arquitecto de la Solución Final”, el principal responsable de la mayoría de los asesinatos de judíos por toda Europa. Me refiero a Adolf Eichmann. Su juicio revivió el horror, la siniestra “banalidad del mal” (Hannah Arendt) del régimen nazi y su sistema de “taylorismo” de la muerte.

El segundo acontecimiento ocurrió en la segunda mitad de aquella década y consistió en la serie de amenazas de exterminio de judíos proferidas por los líderes del mundo árabe en declaraciones previas a la Guerra de los Seis Días (julio de 1967). Estas intimidaciones revivieron el horror de la Shoá, ante el peligro inminente de un nuevo exterminio.

Los líderes árabes dijeron cosas como las siguientes:

Las fuerzas egipcias tomaron posiciones de acuerdo a los planes pre-determinados. Nuestras fuerzas están completamente preparadas para llevar a cabo una batalla fuera de los límites de Egipto (...). La Guerra Santa restituirá la tierra robada a sus legítimos dueños.⁴

Nuestras fuerzas están –ahora– completamente prontas, no sólo para

³ Des, Mihaly. “Holocaustomanía”, publicado en *Revista de Cultura Lateral*. N° 99, Marzo de 2003. En <http://www.lateral-ed.es/revista/editorial/099holocaustomania.htm>.

⁴ Abd el-Mahsan Mortagi, comandante de las fuerzas terrestres egipcias, a la radio de su país *Saut el-Arab*, 18/5/1967. En AA.VV. *Informe sobre el Medio Oriente*. Buenos Aires, Ediciones OSA, 1968, pág. 326.

*repeler la agresión, sino para iniciar la liberación y echar abajo la existencia agresiva del sionismo en nuestra tierra árabe.*⁵

*La existencia de Israel es un error que debe ser rectificado. Esta es nuestra oportunidad de borrar nuestra vergüenza de 1948. El objetivo evidente es eliminar a Israel del mapa.*⁶

*O nosotros o Israel. No hay otro camino, y no aceptaremos otra solución más que la liberación de Palestina (...). No puedo imaginar que ni un solo israelí quedará vivo una vez que la batalla comience.*⁷

Cuando, hacia principios de los '70, la Shoá se tornó territorio de la memoria histórica, comenzó –en oposición a ella– una especie de contramemoria o de memoria virtual, la de los autodenominados “revisionistas históricos” (negacionistas), o en palabras de Vidal-Naquet: los “asesinos de la memoria”. Nuevamente, esta cultura de la negación se expresará extensamente en el mundo árabe, señalando la presencia de una extendida judeofobia que pretende hacer un “uso político” de la memoria.

En realidad –según Stanton⁸– los genocidios cumplen ocho pasos. El último de ellos es la negación, y la Shoá no es la excepción a esta regla. En efecto, los criminales genocidas no sólo liquidan a sus víctimas, sino que luego intentan destruir su memoria. Así es que hoy, a noventa años del genocidio armenio, el gobierno turco aún niega su política de exterminio.

La principal fuente de judeofobia, hoy, parecería ser el mundo árabe, pero existe una extensa tradición judeofóbica en el mundo árabe. Entre los más célebres simpatizantes nazis islamistas estuvieron el primer comandante de la OLP, Ahmed Shukairi;⁹ los presidentes de Egipto Abdel Nasser y Anwar Sadat, y los fundadores del partido panarabista *Baath*, que gobierna Siria (Bashir al-Assad) y dirigió Irak hasta la invasión de 2002 (Saddam Hussein). Esta agrupación fue la que, después de la guerra, tradujo y difundió en todo el mundo árabe el libro *Mi lucha*, de Adolf Hitler.

Asimismo, ese lugar del mundo se tornó un santuario para los criminales nazis luego de la Shoá. Por ejemplo, Alois Brunner, mano derecha de Adolf Eichmann en su acción genocida, halló refugio en Egipto y, más tarde, Siria.

⁵ Hafez al-Assad, ministro de Guerra sirio, al periódico de su país *Al-Thowra*, 20/5/1967. En AA.VV. *Informe...*, op. cit., pág. 326.

⁶ Gral. Abd el-Rahman Aref, Presidente de Irak, a *Radio Bagdad*, 1º/6/1967. En AA.VV. *Informe...*, op. cit., pág. 328. Con “vergüenza” se refiere a la aplastante derrota de la agresión árabe contra el naciente Estado judío.

⁷ Ahmed Shukairi al periódico jordano *Al-Anwar*, 2/6/1967. En AA.VV. *Informe...*, op. cit., pág. 328.

⁸ Stanton, Gregory. “Eight stages of genocide”, en *Genocide Watch*, 1998. En <http://www.genocidewatch.org/8stages.htm>.

⁹ Shukairi es quien afirmó la tristemente célebre promesa de “arrojar a los judíos al mar”.

Al respecto, Simon Wiesenthal dijo que “en 1954, los egipcios le dieron a Brunner, bajo el nombre de Georg Fischer, una visa de inmigración, y viajó a El Cairo (...). Muchos años después, contó nuevamente a un periodista que se había encontrado, en El Cairo, con un propagandista nazi llamado Johannes van Leers, y en otra ocasión, que había visitado al muftí de Jerusalem, Mohammed Amín al-Husseini.¹⁰ El muftí le había aconsejado ir a Damasco”.¹¹ Y en otra parte dijo que “si está todavía vivo, reside en Siria, donde asesinar a judíos parece no contar como un crimen”.¹²

Asimismo, otro criminal de guerra, Franz Stangl, estuvo refugiado un tiempo en Siria. Wiesenthal dijo que “los sirios consideraban a las personas como Stangl ‘hermanos de espíritu’ y expertos en la lucha contra Israel. Si Stangl se hubiese quedado en Siria, aun hoy estaría seguro, al igual que su colega Alois Brunner”.¹³

Tal vez el más conocido de todos los líderes árabes que se alió a los nazis fue el ya citado muftí de Jerusalem Haj Mohammed Amin al-Husseini, máximo líder religioso y presidente del Consejo Supremo Palestino, del cual –en la década de 1960– surgió la OLP. El muftí viajó a Berlín e intentó dar un golpe de estado pro nazi en Irak. El 21 de noviembre de 1941 fue recibido por Hitler.

De esa reunión se conservan minutas, en las cuales puede leerse:¹⁴

El Führer le hizo, entonces, la siguiente aseveración al muftí, exhortándole a que lo guardara en lo más profundo de su corazón:

1. *El (el Führer) llevaría a cabo la batalla de la destrucción total del imperio judeocomunista en Europa.*
2. *En algún momento no muy distante –pero que hoy es imposible de de-*

¹⁰ Haj Mohammed Amín al-Husseini (1895-1974) fue un político árabe y líder religioso musulmán. Opositor ineludible a la creación de un Estado judío en el territorio del Mandato Británico y sospechado de haber incitado motines antijudíos en Jerusalem (1920), huyó para evitar su encarcelamiento. Retornó luego de una amnistía, siendo nombrado por los británicos como Gran Muftí de Jerusalem, en 1921. Nuevamente huyó hacia El Líbano, siendo luego arrestado por provocar la violencia entre árabes y judíos. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, Husseini viajó a Irak. Luego del frustrado golpe de Estado pro nazi que encabezó en dicho país, en 1941, tuvo que marcharse a Roma. Y más tarde, a Berlín, donde permaneció desde 1942 como invitado del gobierno nazi, manteniendo una estrecha relación con sus principales líderes; entre ellos, Hitler, Himmler, Eichmann, etc. En la Europa ocupada, Husseini emitió propaganda radial nazi y ayudó a reclutar soldados musulmanes. En 1946, el muftí escapó de su arresto domiciliario en las afueras de París, arribando a Egipto, donde vivió hasta comienzos de la década de 1960, cuando se mudó otra vez a El Líbano. Se retiró de la vida pública en 1962, después de desempeñarse como presidente del Congreso Mundial Islámico, que había fundado en 1931.

¹¹ Wiesenthal, Simon. *Justicia, no venganza*. Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta, 1989, pág. 292.

¹² *Río Negro*. <http://www.rionegro.com.ar/arch200304/p19j16.html>.

¹³ Wiesenthal, S., op. cit., pág. 110.

¹⁴ En ellas puede leerse el pedido de Al-Husseini a Hitler de avanzar hacia Medio Oriente para extender la “Solución Final” a los judíos que allí vivían.

terminar exactamente—, el ejército alemán llegaría, en el curso de esta lucha, al flanco sur de Caucasia.

3. *En cuanto esto ocurriera, el Führer, con su autoridad, le daría al mundo árabe la seguridad de que su hora de liberación habría llegado. El objetivo de Alemania sería, entonces, exclusivamente la destrucción de los elementos judíos residentes en la esfera árabe, bajo la protección del poder británico.*¹⁵

Posteriormente, Al-Husseini se dedicó a crear las divisiones de musulmanes de las SS,¹⁶ y fue un asiduo visitante de los campos de exterminio. Cuando fue recibido en el comando de la *Luftwaffe* en Berlín, el muftí declaró su admiración por los nazis por saber tratar con los judíos, y en su discurso, que fue transmitido por radio, declaró: “Arabes: Unanse para luchar por los derechos divinos y maten a judíos donde sea que se encuentren, para salvar vuestro honor”.

Existen ciertos lazos esenciales entre dos ideologías que podríamos definir como “filosofías tanáticas”. Así —guardando muy bien las distancias históricas— podemos hallar ciertas analogías, en especial por su judeofobia criminal (aunque a muy diferente escala). Nos referimos al paganismo “ario-germánico” y al ultrarreligioso fundamentalismo radical islámico.

En ambas ideologías hallamos un pensamiento enajenado, que lleva a sus portadores a despreciar tanto su vida como la de los demás. Por eso denominamos a esta mirada la “cultura del Tánatos”. Para ambas ideologías existe una visión altruista, una épica que valora positivamente el sacrificio en aras de un objetivo superior: en el caso de los nazis será el triunfo absoluto de la “raza aria” y la construcción del “*Reich* de los mil años”; mientras que en el caso de los fundamentalistas islámicos será la muerte en batalla en una *Yihad* (guerra santa) liberadora del *Waqf* (Tierra Santa) ocupado por los infieles, para así poder garantizarse la vida eterna junto a setenta vírgenes (siendo muy irónico, uno podría decir que los asesinos terroristas musulmanes están impulsados por el onanismo) y Alá, en el Paraíso.

El integrista islámico posee elementos que lo colocan, de hecho, como “heredero” natural del nacionalsocialismo.

El principal y más claramente expresado es su antijudaísmo desembozado, el cual —a pesar de tener una motivación original de corte político (el conflicto

¹⁵ *Memoria de un oficial de la Secretaría del Ministerio de Asuntos Exteriores*, documento nazi que recogía el encuentro del muftí con Hitler. En Ministerio de Exteriores de Alemania. *Documentos de política exterior alemana. 1918-1945*. Serie D, Vol. XIII, N° 515. Washington DC, US Govt. Print. Off., 1949. En <http://www.psych.upenn.edu/~fjgil/muftihitler.htm>.

¹⁶ La íntima colaboración entre algunos líderes islámicos y el nazismo llevó a la formación de dos divisiones de musulmanes para las *Waffen SS*: la *Skanberg*, de Albania, y la *Handschar*, de Bosnia, responsables de innumerables asesinatos de serbios y judíos. Asimismo, fueron reclutados voluntarios en Chechenia, Uzbekistán, etc.

árabe-sionista desde fines del siglo XIX)– hoy en día ha asumido formas más modernas, del tipo biológico-racial, que lo emparentan con el nazismo. De hecho, la judeofobia árabe es una mixtura caótica de distintos argumentos anti-semitas. En efecto, el antijudaísmo árabe concentra en sí todas las formas históricas de judeofobia: las religiosas, las pseudocientíficas y las políticas.

En un campo, la palabra del *Führer* conducía a la muerte heroica; en el otro, análogamente, la propia vida es desdeñable ante la palabra de Alá, expresada en las *Fatwas*¹⁷ (meras interpretaciones) de los muftís¹⁸ (especialistas), en una región del mundo en la cual el analfabetismo alcanza al 80%¹⁹ y, por lo tanto, quien interpreta lo hace en nombre de fieles que no están en condiciones, ya no de interpretar, sino siquiera de leer el *Corán*.

Tanto el nazismo como el integrista islámico han construido las miradas más alienadas y cosificadas de los sujetos, tanto de los demás como de sí mismos. De esta manera, para los nazis los arios eran piezas “sacrificables” de una maquinaria bélica, sacrificables por el bien común (de tal forma se regían por criterios de “utilidad-inutilidad” que ello los condujo, finalmente, a montar una industria del exterminio de aquellos sujetos definidos como “nuda vida”).

¹⁷ “Una Fatwa es un pronunciamiento legal en el islam, emitido por un especialista en ley religiosa sobre una cuestión específica. Normalmente, una Fatwa es emitida ante la petición de que un individuo o juez establezca una cuestión donde la *fiqh*, la jurisprudencia islámica, no es clara. Al erudito capaz de emitir una Fatwa se conoce como muftí. Ya que no existe un sacerdocio islámico centralizado, no hay un método unánimemente aceptado para determinar quién puede emitir una Fatwa y quién no, lo que ha llevado a algunos eruditos islámicos a quejarse de que demasiada gente se siente calificada para emitir Fatwas. Tanto en la teoría como en la práctica, diferentes clérigos islámicos pueden emitir Fatwas contradictorias. Lo que ocurre entonces depende de si uno vive en una Nación en la que la ley islámica (Sharia) es la base de la ley civil, o si vive en una Nación en la que la ley islámica no tiene estatus legal. Hay que notar que muchas naciones en las que los musulmanes son la mayoría de la población no reconocen la ley islámica como base de la ley civil. En las naciones basadas en la ley islámica, las Fatwas de los líderes religiosos son debatidas antes de ser emitidas y se deciden por consenso. En tales casos, rara vez son contradictorias y tienen el valor de ley ejecutable. Si dos Fatwas son contradictorias, los órganos de gobierno (que combinan la ley civil y religiosa) llegan a una interpretación acordada, que es considerada como ley. En las naciones que no reconocen la ley islámica, los religiosos musulmanes se enfrentan a menudo con dos Fatwas opuestas. En ese caso, deben seguir la Fatwa del líder de su misma tradición religiosa. Es decir, los musulmanes sunitas, por ejemplo, no seguirían la Fatwa de un clérigo chiíta.” *Enciclopedia Wikipedia*. <http://es.wikipedia.org/wiki/Fatwa> (23/7/05).

¹⁸ “Un muftí es un experto islámico que es un intérprete o exponente de la ley islámica (Sharia), capaz de dictar *fataawa* (plural de ‘Fatwa’).” *Enciclopedia Wikipedia*. <http://en.wikipedia.org/wiki/Mufti> (23/7/05).

¹⁹ “El mundo árabe no lee. Según varios informes, el mundo árabe es meramente analfabeto. El analfabetismo en el mundo árabe no es del 50%, como dicen en los informes. Yo digo que está por encima del 80%. Prácticamente hablando, incluso a aquellos definidos como no analfabetos, porque completaron ocho años de escuela, los considero analfabetos. En este siglo, cualquiera que termine la escuela primaria realmente no sabe leer.” Masalha, Salman. Entrevista con el semanario israelí *Kol Hair*, 31/3/04. En Middle East Media Research Institute. *Informe especial*. N° 688. <http://www.memri.org/bin/espanol/articulos.cgi?Page=subjects&Area=reform&ID=SP68804> (23/7/05).

En la concepción “yihadista”, el *shahid* (“mártir”) se inmola²⁰ (se sacrifica voluntariamente), considerando su cuerpo como un arma, un “instrumento”²¹ de la *Yihad*.

Ambas culturas consideran un valor positivo el “sacrificio” (la inmolación) individual.

En relación a la mirada acerca de “el Otro”, ambas sociedades ubicarán a los judíos como el paradigma del Mal absoluto, ideología que puede apreciarse en su discurso deshumanizador de dicho colectivo social.

El eje de ambas miradas consagra al judaísmo como el Mal absoluto, en una confrontación global por la hegemonía contra las fuerzas del Bien (lugar asumido como propio, primero por los nazis, y hoy, por el integrismo islámico).

El proyecto nazi apuntaba, centralmente, a la construcción de un imperio racialmente “ordenado”, hegemonizado mundialmente en un orden fuertemente estratificado, con una “jerarquía racial” en la cual los judíos no tenían lugar alguno.

El proyecto del integrismo islámico apunta, en lo central, a la construcción de un imperio panislámico (un gran califato como el de Saladino), homogéneo en lo religioso, dominando globalmente, sin un Estado judío (y en algunos casos, sin judíos).

Mientras que la “Solución Final de la Cuestión Judía” ocupó un lugar central en la ideología y la práctica política nazis, hoy en día, la “Solución Final de la Cuestión Israel” es el eje sobre el cual orbitan la ideología y la práctica política no sólo del integrismo islámico, sino –lamentablemente, como puede apreciarse en discursos y escritos– de grandes sectores del islam.

Otra de las características comunes es la aspiración a establecer una hegemonía universal basándose, en el caso de los nazis, en una supuesta “pureza racial” que les otorgaba “derechos naturales” sobre las demás “razas”; mientras que para los integristas islámicos, su aspiración a la hegemonía tiene raíces religiosas: supuestamente la palabra de Alá expresada en el *Corán*.

El fundamento último de ambas concepciones ideológicas es la “pureza” y su supuesta “superioridad” (en un caso, racial; en otro, divina).

Debemos, asimismo, dejar sentado que este proyecto de dominación global, al igual que las formas ideológico-políticas anteriores en el mundo islámico –desde el fascismo “socialista” del partido *Baath* hasta el fascismo-clerical integrista islámico–, tienen una base nacionalista (panárabe) y judeofóbica extrema que lo emparenta con el nazismo. El objetivo de todas estas ideologías ha

²⁰ Es incorrecto referirse a los bombarderos “suicidas”, ya que –en la concepción de los “yihadistas”– el *shahid* comete su acción guiado por un altruismo cuyo objetivo central no será dejar este mundo, sino morir combatiendo por Alá.

²¹ Recordemos que, en la cultura griega, los esclavos eran considerados “*instrumento vocalis*” (literalmente, “herramienta que habla”).

sido la conformación de una única nación islámica (cultural y religiosamente homogénea).

En ambas sociedades (la nazi y la integrista islámica) la pertenencia a la comunidad delimitará la posesión o no de privilegios dentro de sociedades con un alto grado de estratificación. Es menester aclarar que la sociedad islámica es de un carácter más “democrático”, menos elitista que la nazi, ya que uno puede convertirse al islam y pasar a formar parte de la *umma* (comunidad), mientras que la concepción racial nazi clausuraba esta posibilidad definitivamente.

Para los nazis, sólo un ario podía ser ciudadano del *Reich*. Para el islam, sólo los creyentes pertenecerán a la *Umma*, y sólo ellos –de acuerdo a la *Sharia*– tendrán plenos derechos. El resto sufrirá cierta conculcación de derechos y tendrá que cumplir con obligaciones especiales (pago de impuestos adicionales, peores condiciones de existencia, etc.).

Tanto el nazismo como el integrismo islámico han tenido pretensiones de establecer una hegemonía universal. Desde esta óptica, algunos analistas señalan que nos encontramos combatiendo la Cuarta Guerra Mundial.²² En esta oportunidad, la guerra tiene un carácter global y, al igual que la Segunda –contra los nazis– y la Tercera –la Guerra Fría contra el comunismo–, asume la forma de una confrontación entre el totalitarismo (representado por el integrismo islámico) y el antitotalitarismo (representado por las democracias occidentales, en particular por Israel, principal enemigo del integrismo islámico, según los propios dichos de éste).

Sesenta años después de la *Shoá* vemos reaparecer un renovado antisemitismo, el cual involucra –además de a los judíos– a su organización política nacional y a la ideología que la sustenta: el Estado de Israel y el sionismo, respectivamente.

En efecto, una ola renovada de judeofobia inédita en las últimas seis décadas atraviesa la opinión pública internacional. Su origen puede hallarse en cuatro fuentes (y partes integrantes de la misma):

²² “La Cuarta Guerra Mundial la está realizando, en nuestros días, el islam extremista contra los países democráticos de Occidente (Europa, Estados Unidos, Israel) y también contra algunos países islámicos que simpatizan con Occidente (como por ejemplo, la guerra civil en Argelia, que comenzó en 1991 y ya ha causado más de 100.000 muertos, y el reciente asesinato del embajador egipcio en Irak). No es claro cuándo empezó la Cuarta Guerra Mundial, pero podría ser el 15 de mayo de 1948, el día siguiente a la independencia de Israel, cuando Egipto, Siria, Jordania, Irak, Arabia Saudita y El Líbano -rechazando el Plan de Partición de las Naciones Unidas- invadieron Israel con ejércitos mucho más grandes y mejor equipados que las fuerzas del Estado judío, que en ese momento contaba con sólo 600.000 habitantes. A pesar de su desventaja numérica, los judíos lograron rechazar a los árabes y firmar, en 1949, un armisticio. En 1964, los árabes alentaron la creación de la OLP, Organización de Liberación Palestina, cuyo objetivo no era crear un Estado palestino en Gaza (en ese momento, bajo el control egipcio) y Cisjordania (anexada por Jordania), sino la destrucción del Estado judío.” Mandel, David. *Cuarta Guerra Mundial. Islam extremista contra Occidente*. Gentileza de Dori Lustron, directora del sitio de Internet www.porisrael.org.

- a. El antisemitismo de derecha (el neonazismo), en particular desde su forma “científica”: el “revisiónismo histórico” (el negacionismo de la Shoá).
- b. El antisemitismo de izquierda (el “progresismo globalofóbico”), el cual asume dos argumentaciones básicas: la primera es una adaptación del mito del “judío conspirador” (los judíos son los supuestos responsables de manejar el capitalismo, la globalización, las finanzas internacionales, etc.); la segunda es la adaptación del negacionismo y los intentos de banalizar la memoria de la Shoá, por un lado, y de “nazificar” al Estado judío, por el otro.
- c. La comunicación social (el periodismo) y los organismos internacionales (la ONU). En estas instancias, Israel recibe un tratamiento desigual en relación al resto de los países.
- d. La judeofobia del mundo islámico, que subsume –dentro de sí– todas las formas históricas de la odio a los judíos.

Nuestra intención es centrarnos en las formas de judeofobia que tal vez estén más extendidas: la criminalización de Israel y la banalización de la Shoá.

Son notables las similitudes y analogías en los conceptos y los fundamentos ideológicos en los cuales se construye y sustenta la neojudeofobia “antisionista”. Ella se basa en la construcción de una serie de prejuicios, en los cuales se asienta la estructura ideológica, mera “representación de la representación”; construcción falaz cuyo resultado es atterradoramente concreto: el resurgimiento del antisemitismo.

Podemos hallar algunos conceptos-guía que actúan como el sedal que enhebra (y a la vez, es eje) el desarrollo de las formas de la neojudeofobia. Estos conceptos veremos que son, por ejemplo: el “Holocausto palestino” y el “judeonazismo”.

A continuación intentaremos esclarecer este punto, incluyendo algunas citas (de la abrumadora cantidad que fácilmente pueden obtenerse de Internet) en las cuales puede apreciarse el paralelismo en el uso de estos conceptos, independientemente del contexto ideológico.

Para tener una clara idea de esta alianza judeofóbica que nos invade exponemos –a continuación– una serie de ideas centrales, en esta línea de pensamiento de tres fuentes diferentes: izquierda radical, extrema derecha y fundamentalismo islámico.

Negación/banalización de la Shoá

- a. En documentos y discursos del progresismo:

No veo implicaciones antisemitas en el hecho de negar la existencia de las cámaras de gas, o incluso en el de negar el Holocausto. Ni tampoco

co es una implicación antisemita, per se, decir que se está aprovechando el Holocausto (crea uno que ocurrió o no), de forma agresiva, por parte de apologistas de la violencia y la represión israelíes.²³

b. En documentos y discursos del mundo islámico:

El Holocausto se explota para justificar las políticas sionistas y el derecho del Estado enemigo a existir. Existe evidencia e investigaciones científicas que demuestran que el Holocausto es una mentira.²⁴

Se difundieron mentiras de que los judíos estaban siendo asesinados aquí y allá, y el Holocausto. Y por supuesto, son todas mentiras y alegatos infundados. ¡No hay un Chelmno, un Dachau, un Auschwitz! Eran sitios de desinfección (...). Comenzaron a divulgar en su propaganda que fueron perseguidos, asesinados, exterminados (...). Unos comités trabajaron aquí y allá para establecer esta entidad (Israel), esta entidad extranjera, implantada como un cáncer en nuestro país, donde vivieron nuestros padres, donde vivimos y donde nuestros hijos, después de nosotros, vivirán. Ellos siempre se pintaron como víctimas y crearon un Centro para el Heroísmo y el Holocausto. ¿Qué heroísmo? ¿Qué Holocausto? Heroísmo es el de nuestra nación, el Holocausto fue contra nuestro pueblo (...). Nosotros somos las víctimas, pero no lo seremos para siempre.²⁵

Creo que estamos hablando de una inversión. Ellos (los judíos) han ganado material, espiritual, política y económicamente a partir de las charlas sobre los asesinatos nazis (...). Inflan los números de las víctimas todo el tiempo. En otros diez años no sé qué número alcanzarán (...). En mi opinión es una inversión, y como usted sabe, en lo que se refiere a economía e inversiones, los judíos son expertos, aun desde los días del Mercader de Venecia.²⁶

c. En documentos y discursos de la derecha extrema:

Para proteger la sagrada mentira de los seis millones se han utilizado maniobras que parecen casi de ciencia ficción, especialmente para ahogar cualquier intento serio de demostrar su falsedad. Así, cuando en 1995 la

²³ Chomsky, Noam. En el sitio neonazi *Nuevo Orden*. http://www.nuevorden.net/cc_11.html.

²⁴ Ibrahim Alloush al canal de televisión árabe *Al-Jazeera*. En Middle East Media Research Institute, 1º/9/05. <http://memri.org/bin/espanol/articulos.cgi?Page=subjects&Area=antisemitism&ID=SP97605>.

²⁵ Islam Sissalem a la televisión de la Autoridad Nacional Palestina, 29/11/00. En *Jewish Virtual Library*. <http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/spanish/chapter25.pdf>.

²⁶ Hasan al-Agha, autor palestino, en un programa cultural emitido por la televisión oficial palestina, 25/8/97 (durante la vigencia de los acuerdos de paz de Oslo, 1994-2000). En *Malas Noticias*. <http://www.malas-noticias.com.ar/10-1judeofobiapalestina.htm>.

*revista japonesa de economía y negocios Marcopolo publicó un **inocente** comentario señalando que “cada vez eran menos las razones para creer que en la Alemania nazi habría tenido lugar un Holocausto” de judíos y gitanos, el todopoderoso judaísmo mundial movió sus hilos y consiguió que tanto la revista como el periodista fueran sancionados, sin ajustarse a una legislación existente, y que la revista Marcopolo no pueda hacer, **por el resto de su existencia**, cualquier otra referencia sobre el Holocausto.*²⁷

“Nazificación” de Israel

a. En documentos y discursos progresistas:

*Israel se está comportando con los palestinos, siento tener que volverlo a decir, tal como la Alemania nazi se comportó en su tiempo con los judíos. Y no me refiero sólo al gobierno de Israel, presidido por ese militar ultraderechista que es Ariel Sharón, sino también al pueblo de Israel en su conjunto.*²⁸

*Lo que está ocurriendo en Palestina es un crimen que podemos considerar igual a lo que ocurrió en Auschwitz (y) Buchenwald. Incluso si se tienen en cuenta las diferencias de tiempo y lugar, es lo mismo. Desde el punto de vista del ejército (israelí), toda Ramala es un enorme cuartel y ustedes, los palestinos, son los prisioneros acuartelados.*²⁹

*Eso de Auschwitz ha sido evidentemente una comparación forzada a propósito. Una protesta formulada en términos habituales quizá no provocaría la reacción que ha provocado. Claro que no hay cámaras de gas para exterminar a los palestinos, pero la situación en la que se encuentra el pueblo palestino es concentracionaria. Nadie puede salir de sus pueblos. Lo he dicho, y dicho está. Pero si a alguien le molesta mucho eso de Auschwitz, puedo sustituir esa palabra y, en lugar de decir “Auschwitz”, decir crímenes contra la humanidad. No es una cuestión de más víctimas o menos víctimas, no es una cuestión de más trágico o menos trágico. Es el hecho en sí. Lo que está haciendo Israel con los palestinos es un crimen contra la humanidad. Los palestinos son víctimas de crímenes contra la humanidad, cometidos por el gobierno de Israel, con el aplauso de su pueblo.*³⁰

²⁷ “Las pruebas de que el Holocausto judío es una fantasía”, en el sitio neonazi *Resistencia aria*. <http://www.resistenciaaria.org/revisionismo/MENTIRAS.htm>.

²⁸ Caballero, Antonio. “La naturaleza humana”, en *La Semana.com*. <http://semana.terra.com.co/opencms/opencms/semana/articulo.html?id=74630>.

²⁹ Declaraciones de José Saramago durante un viaje a Ramala, Autoridad Nacional Palestina, 25/3/02. En *Terra*. <http://www.terra.com.ar/canales/internacionales/40/40414.html>.

³⁰ Declaraciones de José Saramago en <http://pangea.upc.es/pipermail/infomoc/Week-of-Mon-20020401/001291.html>.

*El Estado de Israel es un Estado criminal, genocida y terrorista, y su misma existencia es un problema para la paz mundial.*³¹

*Nunca podrán alegar los judíos del mundo entero –así como su patrocinador, EE.UU.– que no sabían lo que estaba sucediendo. Se trata de un Holocausto semejante al que padecieron sus antepasados por el hecho de pertenecer a un pueblo. Como hoy padecen ese exterminio los ciudadanos palestinos. El silencio de las personas que sostengan al Estado de Israel los hará cómplices de un sistema de muerte, con terribles consecuencias.*³²

b. En documentos y discursos del mundo islámico:

*Israel, bajo la actual dictadura de Sharon, es un régimen fascista de corte nazi, que sigue los pasos de Napoleón I, Napoleón III, los carlistas de España, Benito Mussolini y Adolfo Hitler.*³³

*Israel y el Shin Bet tienen varios centros de detención equivalentes a los campos de concentración nazis.*³⁴

*No caben dudas de que lo que está ocurriendo en la Sagrada Tierra Palestina (...) reanuda el fenómeno nazi.*³⁵

*“Bajo el pretexto de combatir al terror, que es –en realidad– una legítima resistencia a la criminal y bárbara ocupación militar, Israel está cometiendo crímenes como los nazis contra nuestros civiles”, dijo Mohamed Agha, un oficial local palestino en Khan Younis.*³⁶

Cuando comparamos a los sionistas con los nazis, insultamos a los nazis, a pesar del terror detestable que llevaron a cabo, el cual no podemos sino condenar. Los crímenes perpetrados por los nazis en contra de la humanidad, con todas sus atrocidades, no son más que una diminuta partícula comparada con el terror de los sionistas contra el pueblo palestino. Mientras el desacuerdo prolifera acerca de la veracidad de los cargos sionistas con respecto a los hechos de los nazis, nadie niega los detestables crímenes sionistas, algunos de los cuales ha podido docu-

³¹ Núñez, Eduardo. “El Estado criminal de Israel. Un peligro para la paz del mundo”, en <http://ecuador.indymedia.org/es/2003/07/3114.shtml> el 22/7/2003.

³² García Fajardo, José Carlos. “Holocausto del pueblo palestino”, en la página de la Universidad Complutense de Madrid. http://www.ucm.es/info/solidarios/ccs/articulos/oriente_med/holocausto_del_pueblo_palestino.htm.

³³ LaRouche, Lyndon. Declaración “El demencial fascismo de Ariel Sharon”, 9/12/01. En *Webislam*. http://www.webislam.com/numeros/2001/11_01/demencial_fascismo.htm.

³⁴ En el *website* pro palestino *No pasa nada*. http://www.nopasanada.net/spanish/article_22.html.

³⁵ Hilmi, Nabil Ahmad. “A turning point in the Middle East region”, en *Al-Ahram*, 16/4/02. En el sitio de la Anti-Defamation League. http://www.adl.org/Anti_semitism/arab/media_2q02.pdf.

³⁶ Amayreh, Khaled. “The Axioms of Resistance”, en el semanario egipcio *Al-Ahram*, 30/12/2004. En el sitio de la Anti-Defamation League. http://www.adl.org/Anti_semitism/arab/as_arabmedia_02_2005/Arab_Anti_Semitism-Jan-Feb2005.pdf.

mentar la lente de las cámaras (...). Es imposible realizar una cuenta (completa) de los crímenes del sionismo en (un solo) artículo. Hemos mencionado algunos de sus crímenes, que si hubieran sido atribuidos al nazismo, habrían insultado en gran medida a los nazis.³⁷

c. En documentos y discursos de la extrema derecha:

Es triste ver la similitud casi paralela entre el trato que los nazis dispensaron a los judíos y el que éstos les dan hoy a los palestinos y árabes en general.³⁸

Israel es un pueblo militarizado y genocida que quiere la expulsión de cada palestino: es continua la actitud exterminadora de estos neonazis con caftán, que –a pesar de esta nueva “Hoja de Ruta”– no cejan en su empeño de apoderarse de todo el territorio.³⁹

Apreciamos amargas quejas por parte de algunos críticos de Israel, quienes rechazan el hecho que, ante sus implacables críticas a dicho Estado, en algunas oportunidades se los catalogue como antisemitas. Se preguntan: ¿acaso Israel debe ser inmune a las críticas?

Nuestra respuesta es una negativa rotunda. Criticar a Israel no sólo es lícito, sino deseable. Este Estado, como todo producto humano, es perfectible. No toda crítica a Israel es judeofóbica, pero el límite lo cruzan aquellas posturas que buscan la descalificación absoluta, la deslegitimación del Estado judío a través de acciones cuyos contenidos cumplen con alguna de estas condiciones: a) negación al pueblo judío del derecho a tener su propio Estado; b) utilización de retórica y estereotipos antijudíos; c) calificación de los judíos como nazis; d) juzgamiento de Israel con parámetros distintos a los que se aplican a otras naciones; y e) fundamentación conciente de las críticas en distorsiones de la realidad o, directamente, en falacias.

Cuando se cumple alguna de estas condiciones decimos que nos hallamos en presencia de una acción de discriminación judeofóbica, ya que la característica peculiar que distingue al Estado de Israel del resto de las naciones es su esencia judía. Y si –al mismo tiempo– observamos que Israel es tratado en forma distinta (peor) a la que reciben los demás Estados, es lógico concluir que Israel recibe ese

³⁷ Rantisi, Abdel Aziz, líder de la banda de delincuentes terroristas Hamas. “¿Cuál es peor: sionismo o nazismo?”, en el semanario de Hamas *Al-Risala*, 21/8/03. En Middle East Media Research Institute. <http://www.memri.org/bin/espanol/articulos.cgi?Page=archives&Area=sd&ID=SP55803>.

³⁸ “La falsa democracia hebrea”, en *Dioses de Burja*. http://diosesdeburja.iespana.es/la_falsa_democracia_hebrea.htm.

³⁹ “Libertad para Palestina”, en *Dioses de Burja*. http://diosesdeburja.iespana.es/libertad_para_palestina.htm.

trato debido a su identidad judía. Por lo tanto, nos hallamos en presencia de una acción de discriminación antisemita.

Emanuele Ottolenghi dijo al respecto: “*¿Es necesario evocar la conspiración judía o describir a los judíos como asesinos de Cristo para denunciar las políticas israelíes?*”.⁴⁰

Parecería ser que los intentos de criminalizar al Estado de Israel giran en torno a condonar los crímenes judeofóbicos de toda la historia, en particular los cometidos en Europa durante la Shoá. Es realmente sorprendente el resurgir del antisemitismo en tierras donde, hace nada más que sesenta años, se asesinó a una tercera parte de los judíos del mundo.

Pero Europa siempre ha tenido una relación conflictiva con los judíos. Dice Pilar Rahola: “Europa no se explica sin los judíos, pero tampoco sin el antisemitismo”.

Es muy impresionante ver, hoy en día, cómo el negacionismo de la Shoá, nacido en la derecha fascista, ha asumido formas más “democráticas”, apareciendo por izquierda, como la banalización de la Shoá. En efecto, hoy cualquier cosa es factible de ser comparada con la Shoá, se sobredimensiona la tragedia de otros pueblos, etc.

Así, hallamos declaraciones como las realizadas en 2002 por el Premio Nobel de Literatura José Saramago, quien comparó la ciudad palestina de Ramala con el campo de exterminio de Auschwitz. Al respecto, en enero de este año, el escritor Marcelo Birmajer se refirió –muy lúcidamente–, en una entrevista televisiva, a este problema argumentando que aquel que conoce del tema sabe que la comparación hecha por Saramago es una barbaridad; por lo tanto, no afectará su visión de Ramala ni de Auschwitz. Pero quien no conoce del tema –y dado que los medios hoy están saturando con (mala) información acerca del conflicto israelo-palestino–, podrá interpretar que Auschwitz fue igual que Ramala (una región judía “ocupada” por los nazis, desde la cual el terrorismo judío atentaba permanentemente contra la vecina sociedad alemana, enviando atacantes suicidas que asesinaban a civiles a mansalva, generando –entonces– una réplica del gobierno alemán que incursionaba allí para detener a los líderes terroristas). Esto es no más ni menos que una barbaridad que desvirtúa los acontecimientos históricos.

En el último año y medio murieron 1.500 palestinos y 350 israelíes. En Auschwitz moría esa cantidad en un cuarto de hora. Mientras que aquí mueren en el marco de la guerra, allí no la había, sino que los llevaban por la fuerza a cámaras de gas (...). No estoy en contra del hecho que

⁴⁰ Schvindlerman, Julián. *El otro Eje del Mal. Antinorteamericanismo, antiisraelismo, antisemitismo*. Buenos Aires, Milá, 2004, pág. 27.

Saramago haya dado su opinión, sino de sus palabras en sí. Un intelectual tiene que ser cauto con las comparaciones que hace. Y al decir que Ramallah es Auschwitz, dice que los judíos que sufrieron allí cargaban bombas como los palestinos de Ramallah y que los 25.000 muertos por día que había en Auschwitz son equiparables a los muertos palestinos en Ramallah.⁴¹

Comparar acciones militares limitadas con el exterminio planificado y sistemático de un pueblo entero por el único “delito” de existir es casi un acto de guerra en sí mismo, dado que tiene la manifiesta intencionalidad de destruir la memoria del genocidio judío a través de su banalización

Así como podemos hallar este elemento que emparenta a ciertas posturas de la izquierda radical con el neonazismo, cuando comparamos el nazismo con el integrismo islámico encontramos notables coincidencias.

Los objetivos buscados por los negacionistas son básicamente tres:

- a. Rehabilitar la judeofobia criminalizando a las víctimas; por ejemplo, acusando a los judíos de “extorsionar” a Alemania para obtener réditos económicos;
- b. Rehabilitar al nazismo presentándolo como una alternativa política de aquel momento que, al perder la guerra, fue criminalizado por la “mentira judía”, con la complicidad de los aliados;
- c. Deslegitimar al Estado de Israel presentándolo como el fruto de la extorsión, en razón de la culpa, de los judíos sobre Occidente, presionando con su “leyenda del Holocausto”.

Debo mencionar los cuatro niveles de la NH (negación del Holocausto), en orden de la sofisticación de sus argumentos: 1) el Holocausto nunca ocurrió; 2) las cifras fueron exageradas; 3) no hubo un plan sistemático de exterminio; 4) en cada guerra hay holocaustos, y los judíos carean sólo por el suyo, como si fueran los monopolizadores del dolor.⁴²

En los últimos años se pueden apreciar –por parte de lo que podríamos denominar un “neoantisemitismo”– ingentes y crecientes esfuerzos por destruir la memoria de la Shoá a través de su banalización.

Las técnicas utilizadas por los revisionistas (negacionistas) son variadas. Sus argumentaciones oscilan entre la relativización de las víctimas judías (que no fueron seis millones, que los alemanes también sufrieron, etc.) y la negación de la existencia de tales víctimas. El revisionismo puede ser catalogado como una

⁴¹ Yehoshua, Abraham. “Saramago. La cara más brutal del pensamiento europeo”, entrevista publicada en la página de Hagshamá. <http://www.wzo.org.il/es/recursos/view.asp?id=986>.

⁴² Perednik, Gustavo. “La naturaleza de la judeofobia”, en Masuah. <http://www.masuah.org/judeofobia.htm#Negaci?n%20del%20Holocausto>.

ideología judeofóbica cuyo único efecto es la reivindicación del nazismo, ya que si la memoria del asesinato de judíos pierde vigencia, sus asesinos pueden ser reivindicados. En efecto, “*el verdadero propósito del revisionismo del Holocausto es volver al nacionalsocialismo una alternativa política aceptable*”.⁴³

El psicoanalista José Milmaniene realiza lo que –a mi entender– es un brillante análisis de lo que acontece con los negacionistas del Holocausto:

*El delirio de la barbarie se continúa con el delirio de la negación de la existencia de los campos de exterminio y de los millones de muertos. Ya no se trata de discrepar respecto de la interpretación de los acontecimientos, sino de acordar sobre su irrefutable e incontrovertible existencia. Esto nos lleva a pensar que el nazismo generó y se movió en una zona de goce mortífero que desmiente, en cualquier caso, la aceptación de la realidad tal cual es, para reemplazarla por otro orden, y que cuando esta operación fracasa, reincide en la renegación y el desconocimiento histórico de los hechos que generó.*⁴⁴

De este modo, el negacionismo aparecerá operando como una virtual renegación de los asesinados. La negación de su muerte (negación de la negación) será la afirmación de los crímenes y del antisemitismo (conciente o inconsciente) del negacionista, tornado –así– en cómplice del encubrimiento del crimen.

Junto al negacionismo aparece ahora otra corriente, en este caso banalizada, por la relativización. Esta tendencia tiene un fuerte arraigo en ciertos estratos intelectuales, especialmente europeos, cuyo carácter antisionista los conduce –en su combate político contra Israel– a utilizar consignas banalizadoras de los crímenes nazis, fundamentalmente a través de la realización de comparaciones ahistóricas y forzadas.

El caso más emblemático fueron las ya citadas declaraciones de Saramago, comparando Ramala con Auschwitz y la valla de contención antiterrorista con el muro del Ghetto de Varsovia. Estas declaraciones son banalizadoras de la Shoá, pues apuntan a destruir la memoria histórica del genocidio judío, virtualizándola, relativizándola.

En el fondo, la negación de la Shoá es expresión de la impotencia del antisemita. Vemos en la cita de abajo cómo el “autor” comienza negando la Shoá, pero culmina con una encendida defensa de la política genocida de Hitler.

⁴³ Covington, Harold, líder del Partido Nacional Socialista del Pueblo Blanco de los Estados Unidos de América. En *nizkor.org*. <http://www.nizkor.org/hweb/orgs/american/national-socialist-white-peoples-party/nswpp-on-revisionism.html> (2/5/05).

⁴⁴ Milmaniene, José. *El Holocausto. Una lectura psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós, 1996, pp. 14-15.

En relación al fraude del Holocausto (...) muchas investigaciones francesas han demostrado que fue sólo una fabricación, una mentira, ¡un fraude! Es decir, fue un escenario, un plan cuidadosamente elaborado utilizando fotografías falsas, totalmente desconectadas de la realidad. De hecho, es una película. Acusan a Hitler de nazismo, pero en mis ojos es sólo un “alumno” dentro del mundo de sangre y matanza. ¡Es completamente inocente de todos los cargos relacionados con este falso Holocausto! (...) Todo el asunto, como han comprobado numerosos investigadores franceses e ingleses, no es más que un plan enorme israelí destinado a extorsionar al gobierno alemán, en particular, y a los países europeos, en general. Sin embargo, personalmente y en relación a este cuento imaginario, me quejo ante Hitler y le expreso, desde el fondo de mi corazón: “si tan sólo hubieras cumplido tu objetivo, hermano; si sólo fuera realidad, el mundo podría respirar aliviado, sin su maldad y sus pecados.”⁴⁵

Una tercera fuente de banalización la encontramos en el mundo islámico; en especial, en el mundo árabe (aunque no exclusivamente). El discurso árabe subsumirá –dentro de sí– ambas formas de banalización: el negacionismo y la “nazificación” de los israelíes.

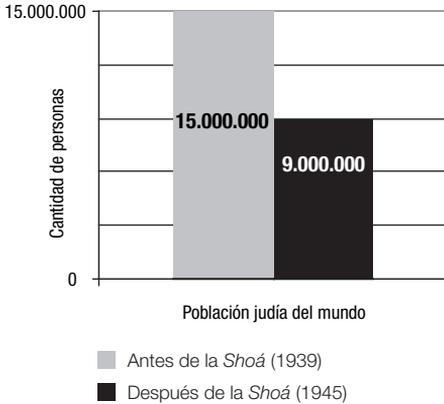
La extendida política de banalización de la *Shoá* nació en la ultraderecha neonazi, y hoy es asumida por la “izquierda”, con su particular formato “saramaguiano”. Los primeros recurren a la negación directa; los segundos, a la dilución del carácter singular del Holocausto a través de su comparación con acciones que no tienen punto de parangón (por ejemplo, asemejar la matanza planificada, sistemática y universal de personas con muertes en combate de terroristas asesinos de civiles, como una comisión de la propia ONU documentó que ocurrió en Jenín, a pesar de la propaganda palestina, o las declaraciones del judeófobo Saramago, comparando Auschwitz –la más importante fábrica de muerte en toda la historia– con Ramala –una ciudad jordana ocupada por Israel durante una guerra defensiva–, etc.).⁴⁶

En los gráficos que siguen realizamos una rápida comparación visual para mostrar –a simple vista– cómo la acusación de “genocida” contra el Estado de Israel es un arma política de tipo göbbelsiano, que no tiene asidero empírico.

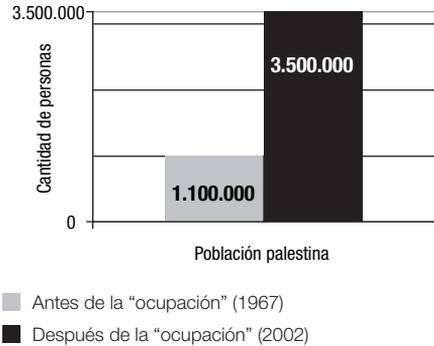
⁴⁵ Mahmoud, Fatma Abdallah. “Maldito por siempre”, en el periódico gubernamental egipcio *Al-Akhbar*, 29/4/02. En Middle East Media Research Institute. <http://memri.org/bin/espanol/articulos.cgi?Page=archives&Area=sd&ID=SP37502>.

⁴⁶ El objetivo buscado por este tipo de comparaciones es debilitar la memoria del genocidio judío para poder justificar la destrucción de Israel y masacrar a los “pérfidos” sionistas. Esto es extremadamente peligroso dado el carácter universalmente pedagógico de la memoria de la *Shoá*.

Comparación de la población judía antes y después de la Shoá



Evolución de la población palestina de la Franja de Gaza y de Cisjordania antes y después de la "ocupación"



De acuerdo a las condenas antiisraelíes, el genocidio⁴⁷ es redefinido como el crecimiento sistemático de una población. Como vemos en el cuadro de la izquierda, la Shoá fue una tragedia en la cual se asesinó a casi un tercio de los judíos del mundo, mientras que el supuesto "genocidio" palestino, apreciado en el cuadro de la derecha, generó condiciones tan favorables para el desarrollo de la población que implicó su triplicación en el lapso de una generación.

Indudablemente, las "biopolíticas" (Foucault) desarrolladas por Israel hacia la población palestina de los territorios de Gaza y Cisjordania, lejos de implicar una "intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso",⁴⁸ más bien implicó todo lo contrario: resultó en un crecimiento exponencial.

⁴⁷ Según la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio y sus conclusiones, adoptadas por la resolución N° 260 (III) A de la Asamblea General de las Naciones Unidas el 9 de diciembre de 1948 (entrada en vigor: 12 de enero de 1951), la definición de genocidio es: "Artículo II: En la presente Convención se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como ser: a) Matanza de miembros del grupo; b) Lesión grave a la integridad física o mental de miembros del grupo; c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) Traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo". En el sitio del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. <http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/0023.pdf>.

⁴⁸ En el sitio del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. <http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/0023.pdf>

Otro elemento a destacar de la “neojudeofobia” lo tenemos en las absurdas acusaciones al Estado de Israel de ser un “Estado nazi”,⁴⁹ a pesar de la explícita obscenidad de los líderes del integrista islámico,⁵⁰ los cuales alaban abiertamente a Hitler y vociferan –a los cuatro vientos– su “voluntad” de exterminar a los judíos:

*Gracias a Hitler, bendita sea su memoria, que en nombre de los palestinos se vengó por anticipado de los criminales más viles en la faz de la tierra. Sin embargo, tenemos una queja contra él porque su venganza no fue suficiente.*⁵¹

*Los judíos son judíos. Ni del laborismo, ni del Likud; los judíos son judíos. No son razonables, ni abogan por la paz. Todos son mentirosos. Son unos asesinos carniceros. Alá, el todopoderoso, nos lo ordenó: “Combátelos” (...). Nuestro pueblo debe unirse en una sola trinchera y debe recibir armas de los líderes palestinos para enfrentar a los judíos (...). No hay que tener misericordia con los judíos, de ninguna manera, en ningún lugar del mundo. Combatirlos, eso debes hacer. Dondequiera que los encuentres, mátalos. Dondequiera que estés, mata a los judíos, y a los norteamericanos junto con ellos. Todos ellos están en una misma trinchera contra los árabes y los musulmanes porque establecieron Israel aquí, en el seno del palpitante corazón del mundo árabe, en Palestina.*⁵²

Como vemos arriba, los hechos se han forzado y desvirtuado de tal manera que hoy ya no se llama “nazis” a los asesinos de judíos, sino a los propios judíos. Justo en el momento en que la memoria histórica de la *Shoá* ha hecho carne en

⁴⁹ Llegamos al absurdo de tener que recordar que esta acusación tiene un marcado carácter anti-semita debido no sólo a que Israel no ha cometido un crimen siquiera equiparable con los perpetrados por los nazis, sino a que –además– en boca de los propios nazis su enemigo principal eran los judíos y el norte de su política estaba orientado por la búsqueda de la aniquilación completa de los mismos. El propio Hitler ha dicho que: “*Cuando realmente estemos en el poder, la destrucción de los judíos será mi mas importante trabajo (...). Entonces, los judíos serán colgados uno tras otro, y continuarán siendo colgados hasta que desaparezcan. Deben permanecer colgados tanto tiempo como sea higiénicamente posible. Apenas un grupo sea descolgado, el próximo tomará su lugar, y así continuará hasta que el último judío de Munich sea exterminado. Exactamente el mismo procedimiento se aplicará en otras ciudades hasta que Alemania quede limpia de judíos*”. Hitler, 1922. En *Statements by Hitler and senior Nazis concerning Jews and Judaism*. <http://www.ess.uwe.ac.uk/genocide/statements.htm>.

⁵⁰ Aun a pesar de la larga tradición de “islamnazismo”, que arranca en los ’30 con el muftí de Jerusalem, Haj Amin Al Husseini, pariente de Yasser Arafat.

⁵¹ Ahmad Ragab, en una columna de opinión de *Al-Akhbar*, 18/4/01. En *The Middle East Media Research Institute*, 20/4/01. <http://memri.org/bin/espanol/articulos.cgi?Page=subjects&Area=antisemitism&ID=SP20801>.

⁵² Dr. Ahmed Abu Halabia, miembro del “Consejo *Fatwa*” nombrado por la Autoridad Nacional Palestina y ex rector de la Universidad Islámica de Gaza. Palabras pronunciadas en la mezquita Zayd bin Sultan Nahyan, de Gaza, el día posterior al linchamiento de dos reservistas israelíes en Ramala y transmitidas en vivo por la televisión palestina, 13/10/00.

la conciencia occidental y el antisemitismo nazi es condenado universalmente, la opinión pública del mundo (que durante la *Shoá* volteó el rostro y quitó la mano a los judíos urgidos, quienes –por la falta de “un lugar en el mundo”– terminaron en las cámaras de gas nazis), agobiada por su propia vergüenza, ha hallado la forma de desligarse de la culpa por su pasiva complicidad en el judeicidio europeo. Y lo ha hecho recurriendo a la criminalización de sus víctimas; una vez más, a la judeofobia (esta vez con una “careta” antiisraelí y antisionista).

En la antigüedad, el problema del antijudío era lo que los judíos hacían (“mataron a Cristo”, “contaminaron las hostias”, “envenenaron las aguas”, “cometieron sacrificios rituales”, “conspiran para la dominación global”, etc.). Luego, para los antisemitas, el problema pasó a ser lo que los judíos eran (“plaga”, “contaminante racial”, “virus”, “enfermedad”, etc.). Finalmente, para los contemporáneos antisionistas, el problema es una combinación de lo que los judíos (hoy devenidos Israel) hacen (“conquistan”, “masacran”, “segregan”, etc.) y lo que son (“colonialistas”, “expansionistas”, “genocidas”, “nazis”, etc.). La esencia es la misma fantasía judeofóbica.

Mientras tanto, en el mundo árabe baten *records* de venta *Los Protocolos de los Sabios de Sión* y *Mi lucha*, junto con toda la basura propagandística de los negacionistas de la *Shoá*.

La judeofobia se ha vuelto socialmente deseable y se llama abiertamente al asesinato de judíos, al tiempo que se desarrolla un culto necrófilo a los asesinos terroristas que se han “inmolado”. A pesar de todo esto, el odio antisemita en Occidente ha llevado al absurdo de adjetivar como “nazis” a sus víctimas propiciatorias (los judíos), banalizando al nazismo y demonizando a Israel y a los judíos.

Esto expresa, una vez más, el odio antijudío del mundo contemporáneo, en el cual todo vale con tal de deslegitimar al Estado judío. Hemos podido apreciar que el negacionismo de la *Shoá* aparece, hoy, como un elemento de judeofobia compartido tanto por la derecha como por la izquierda.

Hacia la derecha, los esfuerzos se dirigen a generar una memoria histórica virtual, desligada de los acontecimientos históricos y en la cual la *Shoá* nunca tuvo lugar. Hacia la izquierda, si bien por ahora –al menos– no se ha llegado a la patológica negación absoluta, se produce una negación relativa, mediante los intentos de banalización y relativización histórica de la importancia y el carácter singular de la *Shoá* a través de su “naturalización”, llamando “Holocausto” a casi cualquier tragedia humana.

Existen pocas cosas en la historia tan duraderas como la identidad judía y tan resistentes a la razón como su Némesis, el antisemitismo. Sesenta años después de que Europa intentara (una vez más) destruir al pueblo judío, los responsables de tamaña destrucción y sus herederos han perdido las inhibiciones que les habían provocado sus propios crímenes y, nuevamente, han comenzado a proyectar sus culpas sobre sus antiguas víctimas, de tal suerte que –por arte de magia–

los asesinos de judíos y sus herederos hoy acusan falsamente al Estado de sus víctimas de cometer los crímenes que los propios acusadores han cometido en el pasado contra los acusados. (Las ex potencias coloniales acusan a Israel de ser colonialista, los cómplices –por acción o pasividad– de los crímenes nazis, acusan a Israel de ser nazi.)

En los años '60, Europa tuvo miedo de volverse amnésica. Se preguntaba qué nos pasaría si olvidáramos a Hitler. No dejaba de repetirse la frase del filósofo norteamericano George Santanaya: “Una civilización que olvida su pasado está condenada a revivirlo”. Así que Europa hizo suyo el deber de la memoria y se precipitó con las mejores intenciones en el arrepentimiento. Ese deber de memoria funcionó tan bien que Europa no sólo se acuerda de Hitler, sino que parece acordarse únicamente de él. Hitler ocupa, solo, la totalidad de la memoria, y ese suceso único que fue la Shoah se convierte en un hecho paradigmático, un patrón a partir del cual se mide toda forma de opresión. Y los judíos, que eran considerados como los grandes beneficiarios de un deber de memoria polarizado en un solo suceso, se han convertido en su víctima. Nos acordamos tan bien de los crímenes de Hitler que, a partir de este modelo, interpretamos la realidad palestino-israelí. Los israelíes se convierten, entonces, en los nazis.⁵³

Hablo de un síntoma que veo en Europa, donde se habla con demasiada facilidad del Holocausto. Pienso que la causa tiene tres raíces. Primero, a los europeos les es cómodo decir que los judíos son nazis porque así se sienten mejor, igualando lo que hicieron. Y más ahora, cuando los judíos no paran de repetirles que no se trataba sólo de Alemania, sino de los estonios, los lituanos, los bosnios y los franceses, que colaboraron. Segundo, los europeos ven el conflicto como un tema colonial, como si se tratase de los conflictos territoriales que tuvieron en sus colonias, siendo que acá se trata de un conflicto entre dos pueblos, como los que había en Europa. Tercero, hay una sensación de que los judíos no se merecen un Estado, sino que se lo regalaron, y por esa razón, hay que juzgar a Israel con una vara diferente. Israel se merece una justicia más grave ya que le regalaron un Estado que no era natural. Es por eso que le digo a Saramago: “Gracias por habernos descubierto la cara más brutal del pensamiento europeo”.⁵⁴

Una vez más, si el nazismo fue una ideología cuyo rasgo particular fue su criminal judeofobia, mal puede ser nazi un judío. Nazis son quienes –por cual-

⁵³ Finkelkraut, Alain. “El nuevo antisemitismo”, entrevista publicada en el diario *La Nación*, 4/1/04. http://buscador.lanacion.com.ar/Nota.asp?nota_id=560675&high=finkelkraut&aplicacion_id=4.

⁵⁴ Yehoshua, A., op. cit.

quier medio– quieren descalificar al Estado de Israel por ser un Estado judío. Nazis son quienes “descubren” (elucubran) supuestas “conspiraciones judías” para el dominio de... (Estados Unidos, la política mundial, la globalización, las finanzas internacionales, la prensa occidental, Hollywood, etc.). Nazis son quienes discriminan al Estado judío reduciéndolo a la categoría de único Estado paria del mundo. Nazis son quienes, ante cualquier circunstancia, someten a Israel a un trato discriminatorio en relación al resto de los Estados del mundo. Los nazis no están en Israel, sino entre sus enemigos.

*Las críticas a Israel se han vuelto muy parecidas al antisemitismo. El neoantisemitismo impide a los judíos expresar su identidad propia, y no juzga a Israel con el mismo rasero que aplica a otros países. Si el antisemitismo de antaño se proponía limpiar al mundo de judíos, el de ahora aspira a limpiar al mundo de la existencia del Estado de Israel.*⁵⁵

Como el antisemitismo abierto y desembozado, al estilo nazi, “cayó en desgracia” –muy a pesar de los negacionistas de la Shoá y luego de la demostrada criminalidad nazi–, tras la Segunda Guerra Mundial, ningún sujeto que pretenda ser aceptado socialmente se asumiría públicamente como nazi. Es más, en los últimos años, merced a una ingente labor de propaganda, la judeofobia halló su forma de expresión políticamente correcta: el antiisraelismo, o su versión más ideológica: el antisionismo.

Como suele ocurrir con las formas del odio antijudío, quien lo sufre no es conciente de ello. Así,

El judeófobo de hoy boicotea a Israel, y sólo a Israel, pero no admite su judeofobia, del mismo modo que no la reconocían los judeófobos preteritos. Un inquisidor del siglo XVI, si se hubiera horrorizado de las matanzas de judíos en 1391, no habría sido capaz de notar que él mismo encarnaba la continuación de aquella cruzada judeofóbica. “¿Cómo puede usted comparar? –espetaría–. Ferrant Martínez masacró inocentes arbitrariamente. Nuestra Inquisición, por el contrario, tiene el noble objeto de proteger la unidad religiosa, y además, otorga a las víctimas la opción de la fe antes de la hoguera”.

Quien durante el siglo XIX se enterara, con estupor, de las torturas inquisitoriales no aceptaría que ese odio tuviera relación con la discriminación e injurias que durante su propia época padecían los descendientes de judíos: “¿Cómo se puede equiparar la brutalidad medieval –exclamaría– con la autodefensa de la sociedad actual, frente a las perniciosas influencias judaicas?”.

⁵⁵ Ahlmark, Per. Citado en Sheleg, Yair. “Un mundo limpio del Estado Judío”, en *Haaretz*, 18/4/02.

*La judeofobia es singular: no sólo porque es el odio más antiguo, universal, profundo, persistente, obsesivo, quimérico y eficaz que haya existido, sino porque quien lo porta, raramente lo asume conscientemente. De entre los españoles de hoy, también pocos proclamarían abiertamente odiarnos, pero la mayoría de ellos guarda –aun en el más cálido de los corazones– un gélido rincón para “el judío de los países”.*⁵⁶

Los efectos de las sostenidas acciones de propaganda, como Göbbels acordaría, finalmente rinden sus frutos: una encuesta⁵⁷ reciente, realizada en doce países europeos, indica que casi el 40% considera que las acciones de violencia antijudía tienen su origen y fundamento en un sentimiento antiisraelí. Más que un mero sentimiento antijudío, como vemos, hoy la judeofobia no puede desligarse del antiisraelismo. Asimismo, hacia fines de 2003, otra encuesta,⁵⁸ realizada a ciudadanos europeos en los quince estados de la Unión Europea, señalaba que el 59% de los consultados consideraba que Israel es el principal peligro para la paz del mundo.

En relación a los efectos de la banalización y la destrucción de la memoria de la Shoá debemos citar, aquí, los resultados de otra encuesta,⁵⁹ realizada en Alemania por la Universidad de Bielefeld durante 2004 y citada en el periódico *Jerusalem Post* el 7 de diciembre de 2004. El informe de esta investigación afirma que el 51% de los alemanes cree que el trato actual de Israel hacia los palestinos es similar al dispensado a los judíos por parte de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, un 68% cree que Israel está emprendiendo una “guerra de exterminio” contra los palestinos. El 82% de los entrevistados dijo estar indignado con la forma en que son tratados los palestinos, mientras que un 45% afirmó no sorprenderle que la gente esté en contra de Israel debido a sus políticas. Finalmente, un 62% dijo estar harto de oír acerca de los crímenes alemanes contra los judíos, y un 68% afirmó estar fastidiado por el hecho que a los alemanes de hoy en día todavía se los culpe por los crímenes nazis contra los judíos.

Los datos de esta encuesta son altamente preocupantes, teniendo en cuenta el hecho que Alemania tal vez sea el país –a excepción de Israel– en el cual se brinde más información sobre la Shoá y la población reciba más educación antinazi. Así y todo, vemos cómo cunde la “desinformación” sobre el conflicto de

⁵⁶ Perednik, Gustavo. “Un país con sambenito”, en *Libertad Digital*, 16/5/05. <http://exteriores.libertaddigital.com/articulo.php/1276230134> (13/9/2005).

⁵⁷ Anti-Defamation League. *Attitudes toward Jews in twelve European countries*. New York, ADL, mayo de 2005. http://www.adl.org/anti_semitism/european_attitudes_may_2005.pdf (20/6/2005).

⁵⁸ http://www.profesionalespcm.org/_php/MuestraArticulo2.php?id=1713.

⁵⁹ Idem.

Medio Oriente y se reproduce la ideología de la banalización de la Shoá y la criminalización del Estado de Israel

Recordemos que Europa, a lo largo de los últimos 2.000 años, siempre ha hallado la excusa ideal para expresar su judeofobia: que los judíos “mataron a Jesús”, que “envenenaron los pozos de agua”, que “apuñalaron las hostias” (el cuerpo de Jesús, reviviendo –así– el mito del deicidio), que “asesinan a gentiles para consumir su sangre”, que “conspiran para la dominación absoluta”, que “son un ‘contaminante’ de la pureza racial” y, finalmente hoy, que “son nazis, genocidas, colonialistas, expansionistas, etc.”

Pero como claramente lo dijo el ex ministro israelí Nathan Sharansky, “el Estado de Israel no puede ser la causa de un fenómeno que lo precede en más de 2.000 años.”

Quisiera terminar este escrito con palabras expresadas por mí en otro artículo:⁶⁰

Si somos capaces de entender que cuando un judío singular sufre un trato diferente, es discriminado por el simple hecho de ser judío, interpretando que nos hallamos ante un repudiable hecho de antisemitismo, entonces no podemos entender el motivo por el cual se toleran las cotidianas acciones de discriminación, el perenne trato discriminatorio y segregacionista cometido contra el Estado judío (Israel), sin que sean consideradas como acciones de discriminación antisemita. Mucho más aún cuando dicho Estado ocupa un lugar central en la identidad judía hegemónica desde hace por lo menos 57 años. En otro escrito decíamos que no toda crítica contra Israel es una acción de antisemitismo, sino que para ser así considerada debe cumplir con cualquiera de los siguientes dos requisitos:

- a. Las críticas a Israel no son correspondidas por críticas similares hacia otros Estados en situaciones análogas.*
- b. Las críticas tienen fundamentos mendaces y se basan en falacias.*

Asimismo, afirmamos que lo que diferencia al Estado de Israel del resto de las naciones es su carácter judío; por lo tanto, si se cumpliera alguna –o ambas– de esas condiciones nos hallaríamos ante una acción de antisemitismo, ya que deberíamos deducir que si la característica particular de Israel es, justamente, su identidad judía, no encontramos otra razón más que dicha identidad para ese trato discriminatorio tan frecuente. La crítica, al igual que la solidaridad, debe ser pareja y fundada (en verdades comprobables y no en falsedades) para ser justa. En tanto no ocurra, estamos ante un repudiable hecho del más crudo y visceral antisemitismo.

⁶⁰ Brodsky, Patricio. *El islam, el “progresismo” y las “nuevas” formas del antisemitismo*. Buenos Aires, Mímeo, 2005.

**Prof. Steven
A. Aschheim**

Profesor del
Departamento de
Historia, Universidad
Hebraica de Jerusalem

Situando la *maldad* nazi

Las contrastantes miradas de
Gershom Scholem, Hannah Arendt y
Victor Klemperer*

Uno bien podría preguntar por qué privilegio a Gershom Scholem (1897-1982), Hannah Arendt (1906-1975) y Victor Klemperer (1881-1960) y sus confrontaciones particulares con el nazismo y la experiencia judía. ¿No es ésta una opción bastante arbitraria? No lo pienso así. En primer lugar, todos ellos fueron pensadores judeoalemanes que –de una forma u otra– lograron tener fama en el mundo post-nazi. Todos llegaron a su madurez intelectual durante los fatales pero creativos años de la República de Weimar y fueron testigos, desde el surgimiento del nazismo hasta su derrota y desaparición, en 1945. Todos, de maneras muy diferentes, reflexionaron profundamente sobre la catástrofe y sus implicancias para alemanes y judíos. Todos llevaron apuntes, no sólo en sus publicaciones académicas, sino en sus crónicas íntimas de aquel tiempo, sus cartas y diarios personales.

La gran ventaja de estos documentos es que no se ven influidos por la percepción retrospectiva. Más bien, habitan el preciso momento en que se desarrollaron los acontecimientos y capturan y exponen en movimiento las reacciones originales de estos pensadores. No sólo nos ilustran acerca de los tiempos turbulentos en que estas fascinantes –aunque testarudas, obstinadas y, a menudo, enfurecidas– personas vivieron, sino también acerca de las distintas maneras en que cada uno concibió, y enfrentó, los cambios y desafíos a su alrededor. Nos proporcionan mapas ideológicos distintivos, puntos de vista en el momento de su concepción, instantáneas de las alternativas definidas y escogidas.¹

Durante las décadas de 1930 y 1940, las diferencias entre estos pensadores ya eran claras: Scholem –uno podría argumentar– era un sionista “primordial”, insistía firmemente en el renacimiento personal y colectivo judío en Palestina; Arendt, aunque idiosincrásicamente era una judía dedicada y una antigua sio-

* Traducción del inglés: Lic. Patricio Brodsky y Lic. Claudio Gustavo Goldman.

¹ Gran parte del material utilizado en este ensayo fue seleccionado de mi trabajo *Scholem, Arendt, Klemperer. Intimate chronicles in turbulent times*. Bloomington, Indiana University Press, 2001.

nista, sospechaba de todos los etiquetados colectivos e ideológicos y era mucho más provisional que Scholem en sus compromisos de grupo; y Klemperer era nada menos que un converso al protestantismo (dos veces), ferviente defensor del *Deutschtum* y la asimilación judeoalemana. Sus últimas localizaciones geográficas (Israel, Estados Unidos y Alemania, respectivamente) reflejaron fielmente sus diversas identidades ideológicas.

Claramente, también las respuestas a sus perspectivas sobre el fenómeno nazi están teñidas por sus situaciones personales durante los años críticos. Scholem había emigrado a Palestina en 1923 y había visto los eventos a distancia y casi completamente a través de su peculiar enfoque sionista. Después de un breve encuentro con las autoridades nazis, Arendt emigró apresuradamente de Alemania en 1933 (primero, a Francia y luego, a Estados Unidos). Klemperer, por su parte, permanecería en el Tercer Reich hasta su final (de hecho, vivió toda su vida en Alemania, y murió en 1960, en la República Democrática Alemana). A diferencia de Scholem y Arendt, sus observaciones sobre el nazismo se derivaron casi exclusivamente de la realidad de su experiencia personal cotidiana.

Comencemos con Scholem. ¿Cómo, contemporáneamente y con posterioridad, pudo ubicar al nazismo y el Holocausto? Debido a la falta de tiempo, forzadamente debemos sacrificar algunos matices y proceder a los problemas centrales: la magistral erudición de Scholem, su muy temprano rechazo –aún siendo estudiante– de la posibilidad de un diálogo judeo-alemán franco y su *aliá* en 1923 (un acto que muy probablemente haya sido juzgado como extraño por la mayoría de sus compañeros judeoalemanes) le han dado cierta estatura moral, incluso algo de reputación de clarividente.

Acerca del eventual destino de alemanes y judíos europeos en manos de los nazis, George Steiner ha escrito recientemente que Scholem poseyó una “*clari-videncia*” única y fue de los pocos que emitió una “*advertencia*”.²

La narrativa sionista de Scholem –recordemos– tuvo una aguda sensibilidad ante las corrientes hostiles a los judíos, a pesar de que no hay registro alguno que hiciera –ni siquiera en forma aproximada– una predicción o advertencia de lo que estaba por venir.

Si bien tempranas cartas³ y diarios⁴ contenían algunas referencias aisladas a los antisemitas, en ninguna parte –ni en su período juvenil ni en el más madu-

² Steiner, George. *Errata. An examined life*. London, Phoenix Books, 1988, pág. 10.

³ Existe una extraordinaria colección de estas cartas en tres volúmenes: Scholem, Gershom. *Briefe I. 1914-1947*. München, C. H. Beck, 1994. Edición: Itta Shedletzky; Scholem, Gershom. *Briefe II. 1948-1970*. München, C. H. Beck, 1995. Edición: Thomas Sparr; Scholem, Gershom. *Briefe III. 1971-1982*. München, C. H. Beck, 1999. Edición: Itta Shedletzky. También hay una colección de alguna de estas cartas en inglés: Scholem, Gershom. *A life in letters*. Cambridge, Harvard University Press, 2002. Edición: Antony Skinner.

⁴ Scholem, Gershom. *Tagebuecher 1. Halbband 1. 1913-1917*. Frankfurt am Main, Juedischer

ro– Scholem nos proporciona un considerado análisis histórico del desarrollo y las particularidades del antisemitismo alemán, ni tampoco –a pesar de su obvio e intenso interés por esos eventos– hizo alguna vez el intento de tratar concreta y sistemáticamente las especificidades de la naturaleza, el origen y la caída del nacionalsocialismo, o de sus atrocidades y su lugar global dentro de la historia alemana.

Tal vez –en principio– la distancia geográfica explique esto de alguna forma. Refiriéndose a la persecución de los judíos austríacos después del *Anschluss*, Scholem escribió a Walter Benjamín, desde Palestina, que tales eventos asumieron un carácter “abstracto”: “*Están demasiado lejos, y nadie tiene noción alguna de cómo podrían llegar a ser*”.⁵

El comportamiento extremadamente no profético de Scholem es más vívidamente claro en el continuo intercambio de correspondencia con su madre, Betty.

En abril de 1933, la tranquilizó diciéndole que incluso la peor de las circunstancias puede cambiar, y poco después le aconsejó “*tomarlo filosóficamente. Quizá vendrán de nuevo tiempos en que los alemanes volk sabrán y comprenderán que los judíos no eran tan peligrosos*”.⁶

El detalle de la lujosa lista de compras (bienes de consumo escasos) que Scholem proporcionó a su madre ante su inminente viaje a Palestina, en 1936, traicionó demasiado su mesura y fue como un pequeño presentimiento acerca de los futuros desarrollos alemanes: “*Si quiere traerme algo especial, aparte del mazapán de chocolate, tiene muchas alternativas: por ejemplo, seis muy buenas camisas con cuellos suaves, talle 41, pero que sean realmente de calidad muy buena, de colores gris azulado y crema. O muy buena tela para un traje azul. O en caso que usted piense que esto no es económico: 2 buenos lazos color rojo oscuro y de cualquier modelo*”.⁷

Virtualmente no hay discusión alguna acerca de la necesidad de dejar Alemania hasta 1939 (!), y –en el futuro se toca el tema– no es iniciativa de Scholem, sino de su madre.

Obviamente, esto no significa que Scholem no estuviese interesado o alarmado por estos eventos. Tempranamente hizo notar la magnitud histórica de esos acontecimientos, pero de una manera tan sumamente general que no alertó más que a los sionistas más sensibilizados.

Verlag, 1995. Edición: Karlfried Gruender y Friedrich Niewoehner, con Herbert Kopp-Obsterbrink.

⁵ “Carta N° 106, 25 de marzo de 1938”, en *The correspondence of Walter Benjamin and Gershom Scholem, 1932-1940*. New York, Schocken Books, 1989, pp. 214-215. Traducción: Gary Smith y Andre Lefevere.

⁶ “Carta 185, 26 de abril de 1933”, en Scholem, Betty; Scholem, Gershom. *Mutter und Sohn im Briefwechsel 1917-1946*. München, C. H. Beck, 1989, pág. 297.

⁷ “Carta 250, 7 de marzo 1936”, en Scholem, B.; Scholem, G., op. cit., pág. 411.

No hay en Scholem, por ejemplo, algo que se compare a la predicción –temprana y misteriosamente exacta– del conde Harry Kessler, quien en su diario, el 10 de enero de 1920, escribió: “Hoy, en París fue ratificado el tratado de paz; la guerra ha terminado. Una era terrible empieza para Europa, como las nubes que crecen antes de una tormenta, y probablemente todavía acabará en una explosión más terrible que la de la Guerra Mundial. En Alemania hay señales continuas de un crecimiento constante del nacionalismo”.⁸

Y fue el muy asimilado Victor Klemperer quien escribió, en diciembre de 1930: “Nadie sabe lo que pasará, pero todos presentimos la llegada de una catástrofe”.⁹

Lo que se necesita, entonces, acentuar son las escasas declaraciones de Scholem que giran en torno de un análisis predictivo y diferenciado de la sociedad alemana y la política o la naturaleza del propio régimen. Antes, durante y después del período nazi, éstas casi siempre estuvieron motivadas y se centraron en su crítica al pensamiento y la conducta de los judíos de clase media dentro de la sociedad alemana, la cual fue formulada mucho tiempo antes del ataque del nazismo.

Siempre era el autoengaño y la naturaleza poco digna de la simbiosis “alemán-judío” a lo que retornaba Scholem. La suya siempre era una crítica moral del comportamiento judío, una acusación sionista a una asimilación acobardada –de carácter ético, no político– y ciertamente inespecífica, un análisis desligado de los perpetradores y la catástrofe. Pero el punto es que él había llegado a esa convicción años antes, y no se relacionaba específicamente con el ascenso nazi al poder.

La judería alemana –escribió a Karl Loewith, en 1968– había vivido una mentira, que en el futuro tenía que resolverse de una manera u otra (ésta –en sí misma– es una fascinante, pero muy refutable respuesta). Pero enfatizaba explícitamente que tal mentira de ninguna manera tenía necesariamente que llevar al exterminio: “ninguno de nosotros pensaba eso”.¹⁰

En ese sentido, Peter Gay le reprochó –implícitamente– a Scholem, ya que de su postura se puede concluir que, dado su autoengaño y su postura asimilacionista, los judíos “merecieron” su destino final.¹¹

Pero la “mentira” que la judería alemana vivía no se conectaba con la “Solu-

⁸ *Berlin in lights. The diaries of count Harry Kessler (1918-1937)*. New York, Grove Press, 1999, pág. 117. Traducción y edición: Charles Kessler, con Introducción de Ian Buruma.

⁹ Ver el registro del 7 de diciembre de 1930 en Scholem, Gershom. *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum*, Vol. 1: “Tagebuecher 1925-1932”. Berlin, Aufbau-Verlag, 1996, pág. 672. Edición: Walter Nowojski y Christian Loeser.

¹⁰ “Carta 137 del 31 de agosto de 1968”, en Scholem, G., *Briefe II...*, op. cit., pp. 213-214. El pasaje citado aparece en la página 214.

¹¹ Gay, Peter. “In Deutschland zu hause”, en *Die Juden im nationalsozialistischen Deutschland/ The Jews in Nazi Germany, 1933-1943*. Tuebingen, J. C. Mohr, 1986, pág. 33. Edición: Arnold Paucker.

ción Final”. Scholem nunca nos dice realmente cuáles eran las conexiones pertinentes. No sólo Scholem no fue más clarividente que otros cuando enfrentó la realidad del infierno por venir. Incluso *post-facto*, en ninguna parte suministró un análisis del fenómeno histórico del nazismo, su llegada al poder, la horrenda marca que dejó; ni siquiera de la dinámica asesina de la Shoá. Sí, posteriormente, acusó a Hannah Arendt de realizar una crítica excesiva de las élites judías.

Debemos recordar la enorme cantidad de energía gastada en amonestar el autosacrificado comportamiento de sus compañeros judeoalemanes, pero —a excepción de Arendt— casi ninguno analizó las visiones y acciones de sus verdugos.

Debido a su posterior alejamiento intelectual y personal —fundamentalmente relacionado, pero no limitado, al “caso Eichmann”—, algunas coincidencias entre Scholem y Arendt tienden a ser olvidadas. Ambos, debemos recordarlo, fueron la quintaescencia de los judíos de Weimar, fascinados por la ruptura y las paradojas de los quiebres y la transmisión entre las tradiciones judía y general.¹²

Es verdad que, a diferencia de Scholem, el despertar político judío de Arendt llegó más bien tarde y se enfocó fuertemente en el antisemitismo (en lugar de centrarse en el renacimiento espiritual judío), pero no por eso era menos real. Su primer trabajo, *Rahel Varnhagen*; los artículos de los años treinta y cuarenta; parte del famoso *Los orígenes del totalitarismo* (e incluso su crítica a las élites judías en su libro sobre Eichmann) fueron —en parte— escritos desde una perspectiva nacional judía y fueron tan radicales como el fulminante enjuiciamiento a la asimilación que hacía Scholem.

También fácilmente se olvida que, en 1941, Scholem la describió como “una mujer maravillosa y una extraordinaria sionista”.¹³

Frente el nazismo, para Scholem y Arendt —comparados con el liberal asimilacionista Klemperer—, la narrativa sionista —con sus dudas acerca del éxito y la dignidad del proyecto de emancipación y su ineludible expectativa de antisemitismo— actuó como un amortiguador ideológico parcial que —al menos— proporcionaba una pizca de inmunización intelectual y psicológica. (Cuando los nazis llegaron al poder, Klemperer —por ejemplo— notó intensamente que a mayor ligazón con Alemania y el germanismo —que él encarnaba en un altísimo grado—, mayor vulnerabilidad y desorientación.)¹⁴

Estos puntos en común no deben ser pasados por alto, pero tampoco las diferencias. Si Scholem localizó al nazismo como el mal absoluto, lo hizo a través

¹² Suchoff, David. “Gershom Scholem, Hannah Arendt and the scandal of Jewish particularity”, *Germanic Review* 72, N° 1. Winter 1997, pp. 57-76.

¹³ “Carta N° 119 a Shalom Spiegel, 17 de julio de 1941”, en Scholem, G., *Briefe I...*, op. cit., pág. 285.

¹⁴ Ver el ahora famoso Klemperer, Victor. *I shall bear witness. The diaries of Victor Klemperer, 1933-1941*. London, Weidenfeld & Nicolson, 1999, pág. 21, registros del 30 de junio de 1933. Compilación y traducción: Martin Chalmers.

de la comparación tangencial de sus implicaciones (esto es, el caso español) o simplemente profundizando en la *Sonderweg* (forma particular) del antisemitismo alemán y el autoengaño de los judíos alemanes. Y si bien ocasionalmente admitió que su modelo sionista no pudo predecir la Shoá, éste continuó a lo largo de su narrativa de las relaciones judeo-gentiles.

Arendt, por otro lado, puso su objetivo explícito en proporcionar una explicación acerca de la naturaleza y las especificidades del nazismo, una que fuera coherente con la inaudita magnitud de mal (y así, el modelo sionista que inicialmente la guió, pronto llegó a su límite y se tornó problemático).

Ya en los años treinta y cuarenta comenzó el proceso de elaboración de su pensamiento. El resultado de estos esfuerzos fue su clásico *Los orígenes del totalitarismo*, de 1951, un libro extraordinariamente idiosincrásico, tan evidentemente equivocado en algunas partes, tan tercamente peculiar en su método histórico (o en la falta del mismo), pero tan naturalmente salpicado por destellos de brillo y originalidad.

Debemos recordar que –hasta entonces y, por lo menos, una década después de ese trabajo– virtualmente no hubo esfuerzo serio alguno por forjar las herramientas teóricas, históricas y conceptuales necesarias para explicar las grandes calamidades del siglo XX. (Hasta el momento, los historiadores encuentran difícil integrar, de forma persuasiva y coherente, estos eventos en el flujo de la historia de este siglo.)

Arendt buscó proporcionar una consideración adecuada a la enormidad de materiales y problemas a los que se enfrentaba. Claro que el término “Holocausto” no había cristalizado todavía, ni aparece en el libro. De hecho, incluso puede ser que el concepto general que guía su trabajo –el totalitarismo– excluya cualquier análisis particular y completo de la “Solución Final”.¹⁵ Más aún, está claro que el trabajo está animado por la convicción que el nazismo y Auschwitz –mucho más que la experiencia soviética– fueron el gran momento transgresor en la historia europea.

Al saber de Auschwitz en 1943, luego relató: “*Realmente fue como si se hubiera abierto un abismo (...). Algo pasó allí que no nos permite reconciliarnos con nosotros mismos. Ninguno de nosotros podrá hacerlo jamás*”.¹⁶ Mientras escribía el libro, en 1947 le escribió a su mentor sionista, Kurt Blumenfeld: “*Es que no puedo superar las fábricas de exterminio*”.¹⁷

¹⁵ Friedländer, Saul. “From Anti-Semitism to extermination. A historiographical study of Nazi policies toward the Jews and an essay in interpretation”, en *Yad Vashem Studies*. Nº 16. 1984, pág. 16.

¹⁶ Arendt, Hannah. “What remains? The language remains. A conversation with Guenter Gaus”, en Arendt, Hannah. *Essays in understanding, 1930-1954*. New York, Harcourt & Brace, 1994, pág. 14. Edición: Jerome Kohn.

¹⁷ Ver la carta de Hannah Arendt del 19 de julio de 1947, en Arendt, Hannah; Blumenfeld,

A diferencia del posterior *Historikerstreit* (el debate, durante los '80, en el cual algunos historiadores alemanes insistían no sólo en la moral –o inmoral– equiparación de la Rusia estalinista y la Alemania nazi, sino que firmemente buscaban colocar el “pecado original” causante de estos sucesos dentro del campo comunista), Arendt –aun cuando su acercamiento al estudio del “totalitarismo” fue, en esencia, metodológicamente comparativo– no buscó relativizar el nacionalsocialismo: implícitamente, el “caso nazi” fue –en realidad– el único que necesitaba ser explicado, él último con el cual otros crímenes fueron comparados.¹⁸

La primera parte del libro situaba a los judíos en el “centro de la tormenta”.¹⁹ Tal enfoque carecía de otras explicaciones, las cuales –simplemente– no tenían idea de cómo tratar esta aparente anomalía. Este énfasis surgió de una sensibilidad indudablemente sionista (aunque los lectores ingenuos pueden haberse confundido por su insistencia en la centralidad absoluta de los judíos en el Estado y la economía modernos, su alianza instintiva con las élites gobernantes y su concomitante alienación de la “sociedad”, implicando esto –de alguna manera– que los judíos tuvieron algo de responsabilidad por su problema, pues –de hecho– sus acciones y funciones no estaban desconectadas de la emergencia del antisemitismo moderno).

Para Arendt, los judíos siempre fueron –o al menos, debieron haber sido– un agente activo de la historia, y no objetos pasivos. Aun más, desde el principio insistió en que el nazismo y la *Shoá* debían ser considerados como algo inédito y radical. El odio a los judíos era requisito, pero no condición suficiente, para el genocidio. “*Ni el destino de la judería europea, ni el establecimiento de fábricas de muerte –escribió en otra parte– pueden ser totalmente explicados y comprendidos en relación con el antisemitismo.*”²⁰

Contra el sentido común sionista, ella afirmó repetidamente que el antisemitismo no era eterno, ni intrínsecamente dado. De hecho, se apartó de su camino para indicar que su crítica sionista a la asimilación de los judíos no implicaba una conexión, causal o de otro tipo, con la novedad absoluta del totalitarismo y los exterminios. “Temo –escribió a su amigo Karl Jaspers, en 1952– que las per-

Kurt. “... in keinem Besitz verwurzelt”. *Die Korrespondenz*. Hamburg, Rotbuch Verlag, 1995, pág. 43. Edición: Ingeborg Nordmann e Iris Pilling.

¹⁸ Friedländer, Saul. “A conflict of memories? The new German debates about the ‘Final Solution’”, en *The Leo Baeck Memorial Lecture*. Nº 31. New York, Leo Baeck Institute, 1987, especialmente pp. 7-10.

¹⁹ Para una discusión más completa ver Aschheim, Steven. “Nazism, culture and *The origins of totalitarianism*. Hannah Arendt and the discourse of Evil”, en Aschheim, Steven. *In times of crisis. Essays on European culture, Germans and Jews*. Madison, University of Wisconsin Press, 2001.

²⁰ Arendt, Hannah. “Social science techniques and the study of concentration camps”, en Arendt, H., op. cit., pág. 235.

sonas buenas vean una conexión que –de hecho– no existe entre (el intento de asimilación) y la erradicación de los judíos. Todo esto fue capaz de crear un odio social hacia los judíos y lo desarrolló, así como creó –por otro lado– una generación de alemanes específicamente sionistas. El verdadero fenómeno totalitario –y antes, el genuino antisemitismo político– apenas tenía algo que ver con todo esto.”²¹

Por supuesto, su insistencia acerca de la novedad radical del nazismo implicó omisiones que fueron tan significativas –y para algunos observadores, inquietantes– como sus explicaciones “positivas”. Ella llamativamente eliminó todos los factores de la historia y la continuidad alemanas de su consideración. No hay indicio alguno de un *Sonderweg* (modo particular), ningún análisis del peso de los desarrollos políticos y sociales particulares de Alemania. De hecho, toda conexión con el rol de la tradición –la cultura misma– es absolutamente descartado.

Ya en 1945 declaró que “*Lutero o Kant o Hegel o Nietzsche (...) no tienen la menor responsabilidad por lo que está pasando en los campos de exterminio*”.²² El nazismo fue el quiebre, no la realización, de la tradición y la cultura; sus fuentes pueden hallarse en la ruptura nihilista, no en la continuidad.

Algunos críticos consideran que esta extraña renuencia a examinar las influencias alemanas directas y a señalar las predisposiciones culturales y las actitudes populares en esa sociedad tiene su fundamento en el hecho que la propia Arendt surgió de –y siguió relacionada con– esas mismas sospechosas tradiciones intelectuales que también fueron apropiadas por el nazismo (y en su lealtad a su ex amante, Martin Heidegger).²³

Ese tipo de argumento *ad hominem* es mejor dejarlo de lado, aun si aceptamos que la negativa de Arendt a tomar en consideración –específicamente– aspectos alemanes de la historia fue demasiado extrema, tal vez incluso equivocada.

Lo que debemos enfatizar aquí es la insistencia de Arendt en que las explicaciones históricas convencionales podrían no dar cuenta de nuevos acontecimientos. Estos eventos radicalmente transgresores requieren nuevas alternativas de pensamiento.

Arendt, como alguna vez comentó Alfred Kazin, vio al totalitarismo “*como una catástrofe de proporciones bíblicas*”,²⁴ y esta ruptura trajo consigo nuevas

²¹ Ver la destacable carta 135 de Arendt, del 7 de septiembre de 1952, en *Hannah Arendt, Karl Jaspers Correspondence, 1926-1969*. New York, Harcourt & Brace Jovanovich, 1992, pp. 196-201. Edición: Lotte Koehler y Hans Saner. Traducción del alemán: Robert y Rita Kimber.

²² Arendt, Hannah. “Approaches to the ‘German problem’”, en Arendt, H., op. cit., pág. 111.

²³ Gellner, Ernst. “From Koenigsberg to Manhattan (or Hannah, Rahel, Martin and Elfriede or Thy Neighbours Gemeinschaft)”, en Gellner, Ernst. *Culture, Identity and Politics*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Wolin, Richard. “Hannah and the magician. An affair to remember”, en *New Republic*, 9/10/95, pp. 27-37.

²⁴ Kazin, Alfred. *New York Jew*. New York, Knopf, 1978, pág. 307.

leyes, que sistemas interpretativos y modelos cognoscitivos más viejos no podían comprender. Claro que muchos de los esquemas de Arendt eran marcadamente inadecuados e imperfectos. Así, su noción de totalitarismo como causa y resultado de la dinámica política del desarraigo y la atomización se basa claramente en un imperfecto –y hasta ahora, casi universalmente rechazado– modelo sociopsicológico de la sociedad de masas derivado de la conservadora teoría social europea.

Pese a todo, creyó que este impulso desintegrador para desafiar tabúes era el mejor para dar cuenta de toda la mentalidad genocida. Más allá de los procesos de atomización, Arendt argumentó que la nueva barbarie fue la “punta de lanza” de una política y una economía burguesa, imperialista de expansión en su beneficio que volvieron superflua no sólo a la Nación–Estado, sino a la propia cultura y tradición. De hecho, Arendt vio la esencia del totalitarismo como ligada a una pérdida de límites burguesa, donde “todo se vuelve posible”. El capital excedente y la ambición política generaron la condición previa para el genocidio: las personas excedentes. (Quizá no ha sido suficientemente destacado que *Los orígenes...* fundió la idiosincrasia de la teoría conservadora de la sociedad de masas con un análisis marxista del imperialismo, que probablemente provenía de su marido, Heinrich Bluecher.)

No hay necesidad de entrar aquí en su análisis más común y aleccionador acerca de la privación general de derechos civiles a las minorías y sus implicancias potencialmente genocidas de acuerdo a lo que llamó una forzada “desestatización, el fenómeno de masa más novedoso de la historia”; o su exposición fenomenológica del impulso trasgresor detrás de los campos, donde la creencia de que “todo es posible” se verificaba; o las concluyentes páginas poéticas acerca de la pluralidad humana y los poderes recuperativos de la natalidad y los orígenes.

El punto no es si sus juicios eran correctos o equilibrados (muchos –quizás, incluso, la mayoría– no lo eran), sino que siguió con determinación el problema que tempranamente identificó en 1945: “*El problema del Mal será la pregunta fundamental de la vida intelectual en Europa, así como la muerte se volvió un problema fundamental después de la última guerra*”.²⁵

Fue ella –ciertamente más que Scholem– quien abrió el camino al “discurso del Mal” de la post-Segunda Guerra Mundial, en el cual “nazismo” y “Auschwitz” se volvieron palabras de un código simbólico, emblemáticas de nuestra concepción cultural de la inhumanidad absoluta. Es más, lo hizo de modo tal que no sólo irritó a Scholem, sino que continúa fastidiando a muchos de nuestros contemporáneos. Pero a pesar del énfasis puesto en la radical novedad de los extremos, no estaba preparada para aislar o conceder el privilegio absoluto a la

²⁵ Arendt, Hannah. “Nightmare and flight”, en Arendt, H., op. cit., pág. 134.

historia y el sufrimiento judíos. Incluso, al analizar los asesinatos, insistió en localizar al sionismo dentro de un contexto más amplio de victimización. “*Virtualmente como todos los otros eventos de nuestro siglo* –escribió en *Los orígenes...–, la solución de la cuestión judía produjo otra categoría de refugiados, los árabes, lo cual hizo aumentar –por esta razón– el número de los que no tienen Estado ni derechos en unas 700.000 a 800.000 personas.*”²⁶

Victor Klemperer, profesor de literatura del romanticismo, nos proporciona un caso que –al menos en lo superficial– está “a años luz” de Arendt o Scholem. Mucho menos venerado como especialista –el único trabajo por el cual recibió algún reconocimiento importante fue *LTI*, un estudio pionero acerca de la naturaleza y las distorsiones del lenguaje nazi (y que –en forma bastante inverosímil– ha sido traducido al inglés)²⁷–, Klemperer se volvió célebre recién en la década de 1990, con la publicación póstuma de sus diarios escritos bajo el Tercer Reich.

Fue un inveterado diarista y cronista: además de los dos monumentales volúmenes de sus diarios nazis²⁸ tenemos sus igualmente locuaces memorias que abarcan los años 1881-1918,²⁹ los diarios de la República de Weimar³⁰ y sus apuntes cotidianos que cubren sus años de posguerra en la RDA hasta 1959.³¹ Todo esto suma miles de páginas impresas. Puede haber –de hecho– algo obsesivo y profundamente egocéntrico en este reflejo grafomaniaco, pero debemos agradecer este impulso.

Hacia 1933, tal escritura de crónicas se había vuelto una rutina cotidiana, un hábito fuertemente establecido. Lo que lo estimuló no fue puro egoísmo, sino también la disciplina y la pulida habilidad de un especialista preclaro, combinadas con una creciente comprensión de que su testimonio y experiencia tendrían una crucial importancia histórica.

Esta es la historia del despliegue del Tercer Reich –escrita no a la distancia, sino desde la vívida experiencia cotidiana– de un sutil y todavía desconcertado

²⁶ Arendt, Hannah. *The origins of totalitarianism*. Cleveland, Meridian Books, 1958, pág. 290. 1ª edición: 1951.

²⁷ Klemperer, Victor. *The language of the Third Reich. LTI-Lingua Tertii Imperii. A philologist's notebook*. London, New York, 2002. 1ª edición: 1946. Traducción: Martin Brady.

²⁸ Klemperer, V., *I shall...*, op. cit.; Klemperer, Victor. *Ich will Zeugnis ablegen zum letzten. Tagebuecher 1933-1945*. Berlin, Aufbau-Verlag, 1995. Edición: Walter Nowowski, con la asistencia de Hadwig Klemperer.

²⁹ Klemperer, Victor. *Curriculum Vitae. Errinerungen 1881-1918*. Berlin, Aufbau-Verlag, 1996.

³⁰ Ver los dos enormes volúmenes cubriendo los turbulentos años de la República de Weimar (1918-1924 y 1925-1932). Klemperer, Victor. *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum*. Berlin, Aufbau-Verlag, 1996. Edición: Walter Nowowski.

³¹ Ver los dos volúmenes (1945-1949 y 1950-1959) de Klemperer, Victor. *So sitze ich denn zwischen allen Stuehlen*. Berlin, Aufbau-Verlag, 1999. Edición: Walter Nowowski, en cooperación con Christian Loeser.

observador y víctima, un judío converso que sobrevivía precariamente en –y debido a– su matrimonio “mixto”.

Muestra gráficamente la vida en el miedo cotidiano, las incertidumbres, las confusiones, el creciente aislamiento, las humillaciones, el empobrecimiento y la expectativa de muerte que caracterizó a esos *Mischehen* (matrimonios “mixtos”), que –de algún modo– aguantaron y sobrevivieron a la pesadilla.

Quiero aquí concentrarme en los conceptos de “identidad” e “ideología” de Klemperer y contrastarlos con los de Scholem y Arendt. Pero primero debo hacer notar en qué grado estos diarios iluminan la vida pública, los acontecimientos de la época y la cambiante atmósfera de esos días, y lo hacen en tiempo real y “desde adentro”. Entre otras cosas, ilustran sobre la molesta cuestión de la opinión pública alemana entre 1933 y 1945.

Klemperer constantemente estaba probando estas cosas. Después de todo, la naturaleza y extensión del apoyo a los nazis y sus políticas y el grado de antisemitismo popular no eran –para él– temas académicos, sino índices de su perspectiva de supervivencia. No surge una respuesta bien definida; la inhumanidad coexiste con chistes críticos del régimen y conmovedoras expresiones de decencia.

Klemperer es particularmente perspicaz en notar las ambivalencias encubiertas, las dificultades de juicio. Así, relata la vacilación de un policía “entre la brusquedad que le habían pedido que mostrara y el respeto y la simpatía”.³² Señala cosas que conoce: “No son nazis y nos tienen cariño, pero el retrato del Führer está colgado en la farmacia”.³³ De la siguiente manera resumió la incertidumbre analítica, en 1940: “Cada uno de nosotros quiere comprender el humor de la gente, y éste depende del último comentario del barbero o el carnicero”.³⁴

Estas notas “desde el interior” también ayudan a clarificar la eterna cuestión acerca de cuán conocidas eran las atrocidades nazis. A pesar de su persecución, aislamiento y encierro en el *Judenhaus* (área de residencia judía), el conocimiento de Klemperer –adquirido a través de rumores, sondeos de su esposa, transmisiones extranjeras– es notable y lanza considerables dudas acerca de las posteriores afirmaciones en el sentido que los alemanes eran bastante ignorantes de lo que estaba ocurriendo. Siempre supo de los campos, de Buchenwald a Theresienstadt. Informa de las deportaciones a Polonia y da detalles del programa de eutanasia. Ya a mediados de marzo de 1942 conocía la existencia de Auschwitz, “el más horrible de los campos”.³⁵

³² Klemperer, V., *I shall...*, op. cit., pág. 152, registro del 5 de abril de 1936.

³³ *Ibid.*, pág. 223, registro del 6 de agosto de 1937.

³⁴ *Ibid.*, pág. 334, registro del 24 de julio de 1940.

³⁵ *Ibid.*, pág. 47, registro del 16 de marzo de 1942.

Aquel abril, bebiendo un vaso de cerveza en un bar local, en Dresde, alguien que había servido en un batallón de la Policía en Rusia le contó a su aria esposa, Eva, de los “*repugnantes asesinatos en masa de judíos en Kiev. Niños pequeños cuyas cabezas eran estrelladas contra la pared; hombres, mujeres y niños amontonados de a miles (...) y las masas de cadáveres enterrados bajo la tierra explotada*”.³⁶

En mayo de 1943 cita un folleto (un artículo de Johann von Leers) que abiertamente llamaba al exterminio de judíos.³⁷

Mucho antes del fin de la guerra, Klemperer reconoció –sagazmente– la especial naturaleza total y metódicamente organizada del crimen, y en octubre de 1944 aventuró una afirmación valoración global del acontecimiento: “*De seis a siete millones de judíos (...) han sido masacrados (más precisamente: fusilados y gaseados)*”.³⁸

Pero volvamos a nuestro enfoque central. Dadas las predilecciones personales e ideológicas de Klemperer –“No me sentía judío, ni siquiera judeoalemán, sino pura y simplemente alemán”,³⁹ su protestantismo, *Deutschtum* (germanismo) extático y antisionismo obsesivo– no es sorprendente el hecho que hubiese ubicado al mal nazi en un marco bastante diferente al de Scholem o Arendt. De hecho, éstos bien podrían haber visto a Klemperer con un desdén que bordea el desprecio.

Hay una duda pequeña sobre lo que habrían pensado de su proclama de mediados de la década de 1930: “Soy alemán por siempre”. Cuando estuvo seguro de que los nazis nunca le concederían esto, disparó: “*Los nazis son no alemanes*”.⁴⁰

Seguramente, la permanencia de su perdurable asimilacionismo y su apasionado germanismo bajo el propio nazismo fue un clásico caso de lo que Scholem y Arendt habrían considerado una ideología desvariada, una extravagante alucinación gravemente desconectada de la realidad.

Pero los historiadores deben ser cautos ante los juicios rápidos, y en el muy breve tiempo del que dispongo quiero poner a Klemperer en su propio contexto histórico y así –por lo menos– hacer a su postura más comprensible y –quizá– aun más defendible.

En el primer lugar, no es cierto que el nazismo no haya dejado mella alguna en su cosmovisión. Al contrario, penetró hasta el centro de su identidad, afectando –de hecho– su autodefinición misma. Sus diarios registran, con densos y fascinantes detalles, su continuo esfuerzo por analizar y comprender las impli-

³⁶ *Ibid.*, pág. 68, registro del 19 de abril de 1942.

³⁷ *Ibid.*, pág. 385, registro del 29 de mayo de 1943. El artículo apareció en el diario *Freiheitskampf*.

³⁸ *Ibid.*, pág. 606, registro del 24 de octubre de 1944.

³⁹ Klemperer, V., *Curriculum...*, op. cit., pág. 248.

⁴⁰ Klemperer, V., *I shall...*, op. cit., pág. 305, registro del 12 de noviembre de 1939.

cancias de los ataques contra su mundo ideológico e inventar nuevas defensas y soluciones para ellos. Es más, sería equivocado retratar al Klemperer pre-1933 como un judío totalmente germanizado y exitosamente asimilado a una sociedad alemana prenazí relativamente libre de tensiones. Una inquietud permanente caracteriza la obra y las transformaciones de las identidades múltiples de Klemperer: es en sus complejidades y ambivalencias, y no en su carácter en blanco y negro, donde reside la fascinación.

Así, a pesar del obstinado “germanismo” de Klemperer –como claramente se expresa en sus diarios de Weimar–, aun entonces su judaísmo residual “era” un factor. A pesar de todo, él se sentía más en casa, más a gusto, con sus amigos judíos (¡si bien de los suyos, en lugar del tipo ortodoxo, sionista u *ostjudisch* –judío polaco–!). ¡Este gran despreciador de todo separatismo judío notó una vez que se sentía más cómodo cuando los “cuerpos extranjeros no judíos” (*nichtjuedische Fremdkoerper*) no estaban presentes!⁴¹ Incluso compartía el prejuicio de que los judíos eran inevitablemente inteligentes (como lo evidencia su conmoción al encontrarse con uno particularmente estúpido).⁴²

De igual modo, todas sus memorias y diarios muestran una aguda conciencia de la omnipresencia del antisemitismo y de su creciente peligro. Representarlo como autonegador y desilusionado sería, así, absurdo. De hecho, ya antes del surgimiento del nazismo estuvo acosado por una especie de crisis de identidad. En 1927 escribió: “*Y ahora, todo en Alemania me empuja hacia los judíos. Pero si me volviese sionista, sería más risible que si me hubiese vuelto católico. Siempre estoy planeando, como un aeroplano, sobre estas cosas y sobre mí. Secundariamente, ésa es la cosa más judía que hay en mí. Y quizá la más alemana. Pero no obstante, el alemán en alguna parte encuentra una unidad de sentimiento. El judío perdura también por encima de sus sentimientos*”.⁴³

En cierto nivel, también, el nazismo –que a veces fue considerado por él como ajeno al espíritu alemán, y en otras oportunidades, su misma encarnación– lo despojó de todos los sentimientos nacionales alemanes y le generó un compromiso más profundo con la Ilustración. De allí su famosa declaración de 1938: “*Definitivamente he cambiado (...). Mi nacionalismo y patriotismo se han ido para siempre. Cada circunspección nacional me parece bárbara. Mi pensamiento es ahora un completo cosmopolitismo voltaireano*”.⁴⁴ Sin embargo y significativamente, Klemperer prologó estas palabras proclamando que “*nadie puede quitarme mi germanismo*”.

¿Cómo podían coexistir ambos pensamientos? Klemperer se representó su

⁴¹ Klemperer, V., *Leben...*, op. cit., Vol. 2, pág. 61, registro del 26 de mayo de 1925.

⁴² *Ibíd.*, Vol. 1, pp. 480-481, registro del 12 de agosto de 1921.

⁴³ *Ibíd.*, Vol. 2, pág. 361, registro del 6 de agosto de 1927.

⁴⁴ Klemperer, V., *I shall...*, op. cit., pp. 260-261, registro del 9 de octubre de 1938.

germanismo de una forma muy selectivamente específica e históricamente condicionada: simplemente la igualó con un tipo de protestantismo ilustrado que no funcionó como una descripción empírica de la realidad, sino como un tipo de ideal regulador. Así fue que el nazismo pudo ser considerado la antítesis del *Deutschtum* (ideal germánico) y no su realización.

Esta estrategia de escindirse, de conferir al germanismo un ideal mental en lugar de un asunto de etnicidad ya estaba presente en 1930, cuando pregonó: “*Aquí, judíos; allí, arios. ¿Y dónde estoy yo? ¿Dónde están los muchos que son ‘espiritual e intelectualmente’ alemanes?*”⁴⁵ La obvia solución scholemiana a este dilema –profundizar el sentimiento propio y el compromiso personal con el judaísmo– fue para él menos que una opción sin entusiasmo (aunque, entre 1933 y 1945, a menudo se permitió salvajes autocríticas, consignando muchos de sus propios autoengaños asimilatorios). Pero en el fondo, en el pensamiento de Klemperer, el judaísmo permanecía inseparablemente ligado a un indefendible separatismo, a la estrechez, a “*la horrible opresión del ghetto*”.⁴⁶

Al evaluar sus elecciones y actitudes es importante que evitemos juicios baratos, *post-facto* e indulgentes (esto es especialmente innecesario dadas las propias preguntas que Klemperer se hace.) Las transparencias, contradicciones y vulnerabilidades son demasiado obvias como para exponerlas. Pero debemos ser cuidadosos porque aun hoy no está claro cuáles debieron haber sido las posturas ideológicas “correctas”.

En varios sentidos, Klemperer –aunque pudo haberlo negado– fue un típico *Bildungs* judeoalemán, intelectualmente caracterizado (como tantos de ellos) por sus tendencias liberales-humanistas, apolíticas e iluministas.⁴⁷ Realista o no, seguía siendo un individualista liberal e iluminista cuyos valores supremos (demasiado a menudo asumió la reconocible apariencia del *Deutschtum*) eran los universales de “cultura” y “humanidad”. Su ligazón con estos valores de ningún modo puede ser viciada o anulada por el hecho que poderes brutales buscaran destruirlos.

En abril de 1942 lo expresó sucintamente: “*Hoy, un judío alemán nada puede escribir sin poner en el centro la tensión germano-judía. ¿Pero debe, por consiguiente, capitular ante las opiniones de los nacionalsocialistas y adoptar su idioma?*”⁴⁸ El insistía con que uno resista adecuadamente el poder y las categorías del inmoral vencedor. Para él, la inmoralidad la constituía no el camino a la asimilación, sino la negativa irracional de adaptarse a ella. Abrazar el judaís-

⁴⁵ Klemperer, V., *Leben...*, op. cit., Vol. 2, pág. 643, registro del 6 de agosto de 1930. El destacado es original.

⁴⁶ Klemperer, V., *I shall...*, op. cit., pág. 60, registro del 5 de abril de 1934.

⁴⁷ Acerca de esta tendencia en general ver Mosse, George L. *German Jews beyond Judaism*. Bloomington, Indiana University Press, 1985.

⁴⁸ Klemperer, V., *Ich will...*, op. cit., Vol. 2, pág. 75, registro del 28 de abril de 1942.

mo, o sustituir un exclusivismo por otro, perpetuaba el problema subyacente, en lugar de resolverlo.

Su persistente creencia en una concepción del *Deutschtum* insuficientemente problematizada y demasiado espiritual, hoy da la impresión de ser extraña; su voluntariosa convicción en el éxito de la asimilación, como casi patética; y su negativa a conceder una digna autenticidad y autonomía a la vida y cultura judías, como desagradable y equivocada. Pero por su negativa a capitular ante la brutalidad y su combate por mantener los valores de “cultura” y “humanidad” merecen nuestro respeto y consideración. Klemperer se aferró a la visión clásica del *Bildung* alemán cuando todo a su alrededor estaba siendo desechado, a su sentido de curiosidad y apertura, a sus ansias por humanizar la experiencia, al deseo de extender los horizontes, más que restringirlos.

De muchas maneras y como una ironía, Klemperer formó parte profundamente de la historia judeoalemana. Fue renuente a admitirlo, y recién lo hizo hacia el final de su vida, en la comunista Alemania Oriental.⁴⁹ El forma parte de esa historia no sólo porque las horribles circunstancias lo condujeron a ello, sino porque incluyó muy agudamente –y de hecho, se inclinó fuertemente hacia– aquellos valores iluministas que llegaron a caracterizar cada rama de la judería alemana y conformaron su identidad.

De hecho, como hemos mostrado, si bien existen importantes diferencias entre Scholem, Arendt y Klemperer, con distancia histórica también podemos descubrir algunas similitudes significativas (las cuales, sin ninguna duda, ellos habrían negado). Quizá no fue sólo un inevitable destino común lo que los unió, sino también una cierta sensibilidad espiritual subyacente.

Todos ellos eran intelectuales judeoalemanes sumamente integrados, criaturas de la tradición *Bildungs*, con su característica inclinación por la cultura y su pasión por las ideas. Todos eran observadores incisivos y analistas sagazmente sensibles a las patologías y los contornos especiales de su tiempo. Ellos personifican las variadas respuestas a ese destino común y los diversos caminos tomados para enfrentarlo. Si bien ninguno fue una figura representativa u “ordinaria”, todos fueron emblemáticos, confrontando los cataclismos públicos de su tiempo y forjando creativas –aunque muy diferentes– respuestas a los dilemas que ningún judío alemán del siglo XX se dio el lujo de evadir.

⁴⁹ Aschheim, Steven. “Comrade Klemperer. Communism, liberalism and jewishness in the DDR. The later diaries, 1945-1959”, en *Journal of Contemporary History*. April 2001.

**Prof. Avraham
Milgram**

Director del Centro de
Investigaciones Históricas
y asesor académico
del Instituto Yad Vashem,
Jerusalem.

Reflexiones sobre el Vaticano, los judíos y América Latina durante la Segunda Guerra Mundial*

La actitud del Vaticano y del papa Pío XII en relación a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial fue objeto de una vasta polémica histórica, iniciada en ocasión de la publicación de la obra de Rolf Hochhuth *El vicario*.¹ Acusado y criticado, el Vaticano decidió publicar su colección de documentos diplomáticos relativa a 1939 a 1944, lo que normalmente se realiza después de 75 años de su emisión.

Las circunstancias coaccionaron al Vaticano a rehabilitar su imagen y a probar, a través de su documentación, cuánto fue hecho en favor de las víctimas.² Los historiadores, utilizando la correspondencia vaticana, llegaron a conclusiones divergentes en cuanto al papel del Papa y sus representantes durante la guerra.³

La investigación histórica, al focalizar intensamente el silencio del Papa y la neutralidad del Vaticano durante el Holocausto, relegó a un segundo plano —e inclusive ignoró— asuntos importantes como el potencial de salvataje ofrecido por los países latinoamericanos.

América Latina —distante de la guerra, profundamente católica, neutral al principio y favorable a los países aliados posteriormente— ofrecía ventajas reales a un Estado como el Vaticano, cuya preocupación por el destino de las víctimas del racismo era esencial para su razón de ser. Este trabajo se propone de-

* Traducción del portugués: **Julia Juhasz**.

Presentado en el XI Congreso Mundial de Estudios Judaicos. Sección Latinoamericana. Jerusalem, 1993.

¹ Hochhuth, Rolf. *O vicario*. São Paulo, Grijalbo, 1968. Traducción e introducción: João Alves dos Santos.

² Actes et Documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale, Blet, Pierre; Graham, Robert A.; Martini, Angelo; Schneider, Burkhard (edit.). Città del Vaticano, Lib. Edit. Vaticana, 1972-1976. (De aquí en adelante, ADSS.)

³ Conway, John S. "Records and documents of the Holy See relating to the Second World War", en *Yad Vashem Studies*. Nº XV. Jerusalem, 1983, pp. 327-347; Morley, John F. *Vatican diplomacy and the Jews during the Holocaust 1939-1943*. New York, Ktav Pub., 1980. Partidario de la línea moderada, Conway sugirió volver a avalar la actuación de Pío XII a la luz

mostrar la naturaleza de esta preocupación: ¿en qué medida el potencial antes mencionado era real o ilusorio?, ¿qué hizo o dejó de hacer el Vaticano en favor de las víctimas?, y finalmente, ¿qué conclusiones nuevas pueden agregarse a la historiografía del Vaticano de aquel período?

Estas cuestiones serán analizadas al focalizarnos en cuatro aspectos referidos al Vaticano y la salvación de los judíos a través de los países latinoamericanos.

De acuerdo al orden que se sigue en este trabajo:

1. La cuestión de las 3.000 visas brasileñas destinadas a los judíos bautizados de Alemania,
2. El proyecto de inmigración de religiosos alemanes a América Latina,
3. El Vaticano y los dirigentes judíos de América del Sur. Imagen y realidad, y
4. Los esfuerzos en favor de los judíos detenidos en los campos de concentración de Vittel, en el nordeste de Francia.

A. La cuestión de las 3.000 visas brasileñas

La tan mentada “Noche de los Cristales”, ocurrida del 9 al 10 de noviembre de 1938, fue el estímulo que empujó a la autoridad papal a tomar una actitud en favor de las víctimas del nazismo.⁴

El Vaticano únicamente se preocupaba por los judíos bautizados, quienes –considerados miembros efectivos de la Iglesia católica– necesitaban urgentemente abandonar el *Reich* alemán.⁵

El 31 de marzo de 1939, dos importantes dirigentes del catolicismo alemán, el arzobispo Faulhaber, de Múnich, y el obispo Berning, de Osnabrucke, apelaron al recientemente electo papa Pío XII solicitándole que obtuviese del Presidente del Brasil una concesión especial de 3.000 visas destinadas a los católicos no arios de Alemania.⁶

de la compleja realidad histórica, mientras que Morley fue categórico y crítico en relación a ese Sumo Pontífice y sus embajadores.

⁴ No era nuevo el hecho que el Vaticano se relacionase con los judíos brasileños como víctimas del nazismo. Este antecedente había sido establecido en los días del papa Pío XI. Al respecto ver Lewy, Guenter. “The role of the Papacy in the Jewish Question”, en *The Papacy and totalitarianism between the two World Wars*. New York, 1974, pág. 64. Edición: Charles F. Delzell.

⁵ El 30 de noviembre de 1938, Pacelli, secretario de Estado del Vaticano y el mismo que luego sería electo como el papa Pío XII, envió una circular-telegrama a dieciocho de sus representantes, siete de los cuales estaban ubicados en países latinoamericanos (Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Colombia, Cuba y Costa Rica), en favor de los judíos conversos. Y el 9 de enero de 1939 recomendó la creación de comités católicos de ayuda a esas personas. Ver *ADSS*, op. cit., Vol. VI, pp. 49-50.

⁶ Los antecedentes de este asunto fueron descritos y analizados en la tesis de Maestría del autor de estas líneas. “Os primeiros contatos entre o Vaticano e o govêrno brasileiro”, en *O Brasil e a questao dos refugiados judeus durante a Segunda Guerra Mundial*. Universidad Hebrea de Jerusalem, 1989, cap. II, it. b).

A pesar de que el Consejo de la Inmigración y la Colonización⁷ se opuso a recibir a esa gente, el presidente Getúlio Vargas y Oswaldo Aranha decidieron no contrariar la voluntad del Papa.⁸

Dicha postergación, además de servir como catalizador de los esfuerzos diplomáticos del Vaticano, suscitó tal optimismo en el éxito de la causa que nada más se hizo en el ámbito de los países latinoamericanos para aumentar su *marketing* de auxilio. Únicamente la Sociedad San Rafael, los patronos de la causa en Alemania, se habían dado cuenta de la necesidad de buscar otra alternativa para el caso que Brasil los decepcionara.⁹

El Vaticano, ingenuamente, gastó toda su munición diplomática en la alternativa brasileña.¹⁰ Sin embargo, este gobierno no demoró mucho más en exponer la primera de una larga serie de dificultades, validando la negación de las visas especiales.

Primeramente, exigieron que los bautizados viniesen provistos de una cantidad de dinero que los mismos obviamente no poseían, ya que habían sido victimizados por la política de arianización del régimen nazi.¹¹ Luego se opusieron a aceptar “familias mixtas”, en las cuales uno de los cónyuges era judío.¹²

Al llegar los primeros inmigrantes, en Brasil surgió la sospecha en cuanto al origen legal de sus certificados de bautismo, etc., etc.¹³

Pero no fue sólo Brasil el que invocó problemas para aceptar a judíos, sean ellos bautizados o no.

El ambiente hostil de los países latinoamericanos hacia estas personas era —a primera vista— más complejo de lo que podía parecer. La correspondencia del Vaticano reflejó esta problemática.

En junio de 1939, el nuncio de Berna, Bernardini, informó al secretario de Estado del Vaticano, Maglione, de las dificultades para obtener visados latino-

⁷ Órgano instituido por las leyes migratorias de 1938, subyugado al Presidente de la República, con la finalidad de orientar, ordenar e instituir la política migratoria brasileña.

⁸ “Nuncio Aluisio Masella a Maglione. Río de Janeiro, 31/7/1939”, en *ADSS*, op. cit., pág. 118.

⁹ “Grosser al nuncio Orsenigo. Hamburgo, 1/9/1939”, en *ADSS*, op. cit., pp. 133-134.

¹⁰ Acuerdo con John Morley, para quien este esfuerzo fue considerado por el Vaticano como el proyecto de ayuda más importante de los dos primeros años de la guerra. Ver Morley, J., op. cit., pág. 22.

¹¹ “Nuncio Masella a Maglione. Río de Janeiro, 28/6/1939”, en *ADSS*, op. cit., pp. 99-100; “Berning a Maglione. Osnabruck, 20/7/1939”, en *ADSS*, op. cit., pp. 108-110.

¹² Brasil insistía con que aquellos que viniesen por intermedio de la concesión del Papa fuesen de religión católica. Según las palabras de Hildebrando Accioly, embajador en Roma, “Brasil no hace problemas en lo que a la raza concierne, únicamente se preocupa por la religión”, en *ADSS*, op. cit., pág. 252.

¹³ “La Embajada de Brasil (Roma) a la Secretaría de Estado del Vaticano. Roma, 4/3/1940”, en *ADSS*, op. cit., pp. 253-254; “Accioly a Maglione. Roma, 30/9/1940”, en *ADSS*, op. cit., pág. 423.

mericanas para los refugiados católicos de origen judío, solicitándole –por lo tanto– que interviniese ante los gobiernos de esos países.¹⁴

El encargado de los asuntos apostólicos en La Paz, Taffi, sin esconder su desdén personal por la inmigración judía a Bolivia, discurrió sobre los problemas y escándalos públicos en los que estaban envueltos altos funcionarios del gobierno, el ministro del Exterior y diversos cónsules, relacionados con esa inmigración.

Taffi, sin discriminar a los judíos de los judíos bautizados, concluyó que –debido a esta publicidad y la gran penetración del elemento judaico en Bolivia– sería prudente esperar otra ocasión para ayudar a los católicos de origen judío.¹⁵

El nuncio de Santiago de Chile, Laghi, describió a Maglione una situación muy similar a la expuesta por Taffi. Haciéndose eco de los argumentos antisemitas locales, dio a entender que dicha época era desfavorable para la venida de más personas de ese origen.¹⁶

El gobierno de Venezuela, por su parte, estaba dispuesto a aceptar a refugiados no arios siempre y cuando perteneciesen a la categoría de agricultores o artesanos.¹⁷

Si bien estas actitudes reflejaban la crisis y el antisemitismo vigentes en los países latinoamericanos, no es de sorprender –en consecuencia– la falta de respuestas al llamado del Vaticano (de enero de 1939) en favor de los judíos conversos.

El período 1939-1940 se caracterizaba, de este modo, por el silencio de la mayoría de los nuncios apostólicos, la actitud hostil de los de La Paz y Santiago, los esfuerzos diplomáticos del Vaticano en favor de los 3.000 judíos bautizados, la oposición creciente a los no arios del Brasil y la objeción –en la mayoría de los países latinoamericanos– a toda inmigración que no fuera destinada al trabajo agrícola o la industria.

En los últimos meses de 1940, la probabilidad de que se le concedieran visas a los católicos no arios se mostraba más remota que nunca. En Berlín, el embajador Ciro de Freitas Vale, un antisemita de convicción, se oponía categóricamente a cualquier concesión,¹⁸ causando malestar en la dirigencia católica alemana por los fracasos y frustraciones. La preocupación de algunos de ellos no

¹⁴ “Bernardini a Maglione. 6/6/1939”, en *ADSS*, op. cit., pp. 95-96.

¹⁵ “Taffi a Maglione. 5/6/1939”, en *ADSS*, op. cit., pp. 92-94.

¹⁶ El nuncio escribió: “La invasión a Chile por un gran número de judíos y católicos no arios produjo un gran problema. Entrando con la excusa de dedicarse a la agricultura, dan un viraje hacia el comercio en los grandes y pequeños centros, apoderándose del mismo a costa de los comerciantes ya existentes”. Ver “Laghi a Maglione. Santiago, 18/1/1940”, en *ADSS*, op. cit., pág. 222.

¹⁷ “Dom Odon de Wurtemberg a Maglione. New York, 14/11/1940”, en *ADSS*, op. cit., pp. 469-470.

¹⁸ *O Brasil...*, op. cit., pp. 80-109; Tucci Carneiro, Maria Luiza. *O Anti-semitismo na era Vargas (1930- 1945)*. São Paulo, Brasiliense, 1988, pp. 327-333.

era tan sólo por las vidas humanas en cuestión, sino también por el buen nombre católico y el prestigio tanto de los obispos alemanes como de los de la Santa Sede. Estos tenían plena conciencia de que las organizaciones judías obtenían visas para los refugiados hebreos, cosa que el Vaticano no llegaba a obtener para los bautizados.¹⁹

En diciembre de 1940, líderes católicos de Alemania sugirieron a Maglione que solicitase visas de otros países de América Latina para salir –de ese modo– del *impasse* creado.²⁰ La respuesta, compuesta por las notas de la Secretaría de Estado del Vaticano, decía “*no ser oportuno solicitar a los países latinoamericanos visas para los católicos no arios porque tal paso estaría signado por el fracaso*”.²¹

Esta opinión, aceptada por Maglione, demuestra –por lo tanto– que:

1. La decisión de no tratar de obtener visas en otros países fue motivada por consideraciones de *raison d'état* (razones de Estado) y de diplomacia internacional, desconsiderando totalmente los aspectos morales, religiosos y humanitarios de la cuestión en sí.
2. La imagen que tenía el Vaticano de sí mismo reflejaba la impotencia, la frustración y el resentimiento por los resultados obtenidos en aquellos países constituidos mayormente por católicos. En las notas de la secretaria antes mencionada constan las siguientes informaciones:
 - a. “Es con gran dificultad que los representantes de la Santa Sede en América Central y Meridional obtuvieron algunas visas en casos especiales”.
 - b. “Se le ha manifestado al nuncio de Guatemala y San Salvador que no era posible hacer excepciones a las leyes vigentes, relativas a la inmigración de los no arios...”
 - c. “En otras repúblicas (Bolivia y Chile) se suspendió toda inmigración a los no arios”.²²
3. El Vaticano recibió pasivamente el veredicto de los países de América Latina que rechazaron a los refugiados con certificados bautismales.

El Vaticano también podría haber respondido, ya sea apelando a su prerrogativa de Estado que pretendía defender a sus protegidos o accionando la autoridad papal en un asunto que hacía referencia a los Principios Universales de la Iglesia.

El Vaticano abdicó de ambas prerrogativas. En total, solamente 1.000 visas

¹⁹ ADSS, op. cit., pp. 500-501 y 524-525.

²⁰ “Menningen, Secretario General de la Sociedad San Rafael, a Maglione. Roma, 2/12/1940”, ADSS, op. cit., pp. 500-501.

²¹ “Notas de la Secretaría de Estado. Roma, 2/1/1941”, en ADSS, op. cit., pp. 525-526.

²² Avni, Haim. *Judíos en América*. Madrid, Mapfre, 1992, pp. 275-276.

fueron liberadas de la cuota especial concedida por el gobierno brasileño al Papa. Se trata de las que estaban en poder del embajador Hildebrando Accioly, en Roma. Las 2.000 restantes fueron congeladas por el embajador en Berlín.

La autoridad del Papa y los esfuerzos diplomáticos del Vaticano no fueron suficientes para salvar a otros 2.000 judíos bautizados de Alemania.

B. El proyecto de inmigración de religiosos alemanes para América Latina

Las agresiones y actos de violencia cometidos en Alemania, en los primeros años de la guerra, contra el clero católico y sus instituciones religiosas, sociales y culturales demostraron la fragilidad e ineficacia de la política de neutralidad del papa Pío XII.

Maglione relató detalladamente a varios nuncios –entre los cuales se encontraban los de Argentina y Brasil– los desastrosos efectos físicos y espirituales causados por el paganismo anticristiano nazi.²³

Como consecuencia de estos hechos se desarticuló la estructura social y económica de la cual dependían decenas y centenares de miembros de la Iglesia católica en Alemania.

El arzobispo Grober, de Friburgo, escribió al Papa a este respecto, agregando que muchos de esos religiosos se encontraban ante la inminencia de abandonar la ética cristiana, en busca de soluciones existenciales fuera del ámbito eclesiástico. Según Grober, la solución era hacerlos emigrar a países católicos, como España, Portugal o América Latina.²⁴

Su salida, según el autor del pedido, estaría coronada por el éxito siempre y cuando fuesen esos países los que solicitasen su llegada, ya que Alemania no permitiría que abandonasen el territorio alemán.

El escenario de este capítulo se parecía al anterior, con la diferencia fundamental que estos religiosos no se encontraban en una situación de vida o muerte como los judíos alemanes, quienes en los últimos meses de 1941 comenzaron a ser deportados a regiones de Europa Oriental.

La situación obligaba a una defensa de los intereses legítimos de la Iglesia católica alemana y sus adeptos, una actitud que el Vaticano en ningún momento tomó en cuenta durante la guerra, ni siquiera para defender a la Iglesia y el clero católicos en Polonia de las tremendas violaciones cometidas por los nazis.

La iniciativa de ayudar a los religiosos católicos y a los judíos conversos de Alemania vino de parte del clero alemán, que creía en el prestigio del Vaticano y en su capacidad diplomática para concretar soluciones propicias.

Este *affaire*, que se inició en los últimos meses de 1941, tuvo una corta duración.

²³ “Vaticano, 18/2/1941”, en *ADSS*, op. cit., Vol. IV, pp. 389-398.

²⁴ “Grober, Arzobispo de Friburgo, al Papa Pío XII”, en *ADSS*, op. cit., Vol. VIII, pp. 238-239.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra no sólo modificó el cuadro de las relaciones diplomáticas entre los países latinoamericanos y las potencias, sino que disminuyó notablemente el potencial de auxilio para los católicos de Alemania.

A semejándose a piezas de un dominó, la mayoría de los países latinoamericanos se alinearon en favor de los Estados Unidos, cortando sus relaciones diplomáticas con Alemania.

Las respuestas negativas a los pedidos de ayuda de Maglione transmitidas por los nuncios de Venezuela,²⁵ Perú²⁶ y los demás países latinoamericanos reflejaron los límites de acción del Vaticano y la “disfunción” de los inmigrantes motivados por razones de índole religiosa, política o racial, judíos o no, en países cuya política interna era concebida como un baluarte infranqueable hasta para las potencias espirituales o militares.²⁷

C. El Vaticano y los liderazgos judíos de América del Sur

En los meses de junio y julio de 1942, el movimiento clandestino polaco y los representantes de las organizaciones judías de Suiza transmitieron al mundo libre informaciones precisas sobre el proceso de asesinato en masa de los judíos en Polonia y los territorios de la Unión Soviética,²⁸ hechos que pasaron a ser, entonces, conocidos en los países aliados.

En la Ciudad del Vaticano, el embajador brasileño, Hildebrando Accioly, tomó la iniciativa de presionar al Papa para que éste tomase una actitud en favor de las víctimas, según consta en el telegrama enviado por el representante norteamericano en la Santa Sede al Departamento de Estado:

En el día de ayer, el embajador de Brasil en la Santa Sede vino a reunirse conmigo para preguntarme si estaría dispuesto a sumarme a una movida conjunta –no colectiva, pero sí simultánea– para persuadir al Papa de condenar –públicamente y con términos específicos– las atrocidades nazis en las regiones ocupadas por los alemanes. El Sr. Accioly me dijo que ya había recibido las instrucciones necesarias de su gobierno para tomar parte en dicha acción y que trataba de obtener la cooperación de los representantes de Gran Bretaña, Polonia, Bélgica, Yugoslavia y de tantos países sudamericanos como fuera posible.²⁹

²⁵ ADSS, op. cit., Vol. VIII, pág. 304, nota al pie N° 4.

²⁶ “Nuncio de Lima Cento a Maglione. Lima, 13/12/1941”, en ADSS, op. cit., Vol. VIII, pp. 381-382.

²⁷ Avni, Haim. “Latin America and the Jewish refugees: Two encounters, 1935 and 1938”, en *The Jewish presence in Latin America*. Boston, 1987, pp. 45-68. Edición: J. Elkin y G. Merx.

²⁸ Laqueur, Walter. *O terrível segredo*. Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1980; Wyman, David S. *Abandonment of the Jews*. New York, Pantheon Books, 1984, pp. 19-61.

²⁹ *Telegrama de Harold Tittmann al Dep. de Estado (30/7/1942)*. Foreign Relations of the United

En un telegrama del 6 de octubre de 1942, el Departamento de Estado fue informado que otros países de América Latina se agregaron a la iniciativa del embajador brasileño. Sin embargo, no había habido unanimidad en el Vaticano en cuanto a la sensatez de la acción del embajador de Brasil; o sea, la Santa Sede aún seguía convencida de que una denuncia abierta sería contraproducente.³⁰

El silencio del Papa, en la época en que los refugiados judíos de la Francia no ocupada eran deportados, coaccionó al nuncio Valeri, de Francia, a justificar esta actitud ante los diplomáticos sudamericanos:

*En varias oportunidades, incluso no me he olvidado de hacer saber, especialmente a diplomáticos sudamericanos, que no es cierto que la Santa Sede guarde silencio ante tan inhumana persecución, ya que muchas veces el Santo Padre ha hecho una muy clara alusión de condena a la misma, mientras que –por otra parte– el peligro de nuevos rigores y de una extensión de las regulaciones draconianas a otras partes de Europa –como por ejemplo, Italia y Hungría– puede inducirlo a una prudente demora y una iluminada reserva.*³¹

El involucramiento de los diplomáticos sudamericanos con lo que sucedía en los territorios conquistados queda entonces confirmado por la documentación mencionada.

Queda aún por ser investigado cuáles eran las delegaciones que estaban involucradas, a qué niveles de compromiso llegaron, qué fue lo transmitido a sus ministerios y en qué medida la conciencia de los hechos influyó o no en la manera de encarar la cuestión judía por parte de esas representaciones y sus gobiernos.

La idea según la cual una actitud crítica y severa por parte del Papa era necesaria para aliviar la situación de las víctimas o influir en los eventos era común tanto a los diplomáticos como Hildebrando Accioly como a los diferentes dirigentes comunitarios judíos de América Latina.

En diciembre de 1942, cuando los planes y los hechos del exterminio del pueblo judío se tornaron públicos,³² fueron enviados varios telegramas desde las comunidades judías de Costa Rica, Bogotá, La Paz, Potosí, Managua y México,³³ solicitando la intervención del Papa en favor del judaísmo europeo.

States, Nº 111. 1942, pp. 772-773, en Friedländer, Saul. *Pío XII y la Alemania nazi. Documentos*. Lisboa, Livraria Moraes, 1967, pp. 112-113.

³⁰ *Ibid.*, pág. 116.

³¹ “Valeri a Maglione. Vichy, 7/8/1942”, en *ADSS*, op. cit., Vol. VIII, pág. 615. Citado por Morley, J., op. cit., pp. 55-56. En inglés.

³² El 1º de diciembre de 1942 fueron enviados telegramas a todas las capitales de los países latinoamericanos, con noticias acerca del asesinato de millares de judíos y planes de exterminar a todos. Ver, por ejemplo, *Nuestro Diario*. Guatemala, 2, 3 y 4/12/1942.

³³ *ADSS*, op. cit., Vol. VIII, pág. 756, nota al pie Nº 1.

La respuesta que podemos encontrar en las notas de la Secretaría de Estado encomendaba a los delegados apostólicos a responder en forma oral que “*la Santa Sede hizo todo lo que pudo...*”³⁴

Este tipo de actitud –que a primera vista parece cínica– es un ejemplo que daba la razón a la polémica originada en la posguerra en cuanto al papel del Vaticano.

Los críticos del Vaticano alegaron que la Santa Sede podría haber hecho más de lo que hizo, mientras que los defensores alegaron que –en las circunstancias surgidas de una guerra total sin escrúpulos morales– cualquier actitud proveniente del Papa sería –en la mejor de las hipótesis– ignorada.³⁵

Cuando el ejército alemán invadió Italia, en 1943, sitiando la Ciudad del Vaticano, ciertos dirigentes judíos sudamericanos se vieron en la obligación de expresar palabras de simpatía y adhesión, en consideración a lo que ellos creían que el Papa había hecho en favor de los judíos.

Una breve cita de estas cartas será suficiente para demostrar hasta qué niveles de alienación, desconocimiento de causa e incapacidad de evaluación de la realidad llegaron aquellos dirigentes.

Samuel Goren, presidente del Comité Representante de la Colectividad Israelita de Chile, transmitió al nuncio el texto que sigue a continuación, publicado en *El Diario Ilustrado* del 3 de octubre:

*En estos trágicos días, nuestra mente evoca la elevada figura del Sumo Pontífice, Su Santidad Pío XII, probado defensor de la causa de los perseguidos y –en especial– de millones de hermanos europeos nuestros que son víctimas inocentes de inhumanas masacres y crueles vejámenes...*³⁶

A veces era suficiente una simple habladuría acerca de una intervención favorable de la Iglesia católica y del Papa en favor de los judíos franceses³⁷ para que la misma causase muestras de agradecimiento por parte de dirigentes comunitarios. Verdaderos disparates, como el de Chile, que alimentaban equivocadamente imágenes del Papa que aludían a hechos jamás realizados.³⁸

La carta firmada por Elías Seroussi, presidente del Comité Central Israelita de Uruguay, y su secretario, Roman Grutfreid, aunque más moderada que la anterior, expresa la misma imagen desvirtuada de Pío XII como un defensor de la causa de los judíos perseguidos:

³⁴ *Ibíd.*, pág. 757.

³⁵ Conway, J. S., *op. cit.*

³⁶ Friedländer, S., *op. cit.*, pp. 107-108. Hay comentarios al respecto en Morley, J., *op. cit.*, pp. 56-57.

³⁷ *ADSS*, *op. cit.*, Vol. VIII, pág. 627, nota al pie N° 4.

³⁸ *ADSS*, *op. cit.*, Vol. IX, pág. 498.

...La comunidad que representamos acompañó siempre con la mayor de las indignaciones la noticia –más o menos digna de fe– acerca de la situación del Vaticano y la augusta persona de Su Santidad, cuando la guerra se aproximó a los confines del Estado Pontificio; y desde lo más íntimo de su corazón, los israelitas de Uruguay solicitan que les sea enviada lo antes posible la noticia que asegure el fin del peligro que amenaza a Su Santidad Pío XII, ardiente defensor de la causa de aquellos que son perseguidos injustamente y a los cuales –con su altísima influencia– había ayudado muchas veces: nuestros infelices hermanos de Europa.³⁹

Y por último, la carta de Salomón Graitzer, presidente del Circulo Israelita de la Paz, transmitida al nuncio:

Por la presente nos cumple manifestarle el profundo y más sincero agradecimiento de todos nuestros connacionales radicados en Bolivia por la generosa contribución de Su Santidad Pío XII y damas de la nobleza italiana para el rescate de nuestros hermanos italianos, capturados por los nazis como rehenes. Quedaríamos sumamente agradecidos a Su Excelencia por transmitir éste, nuestro agradecimiento al Sumo Pontífice y a todas las autoridades católicas por el generoso gesto que han tenido en bien de un grupo de nuestro martirizado pueblo.⁴⁰

Es impresionante la contradicción entre la imagen creada por las dirigencias judías respecto de un Papa humanitario, militante y defensor de los judíos en contraposición con la realidad personificada en la figura impotente de Pío XII, quien nada hizo para salvar a los judíos y poco éxito tuvo en la ayuda tanto a sus adeptos cristianos de origen judío como a los cristianos.

El profesor Haim Avni, en un estudio pionero, remarcó una cantidad de cuestiones a ser investigadas en cuanto a la dirigencia judía durante el Holocausto.⁴¹ Sería menester investigar también la confrontación de estas dirigencias con la realidad del exterminio judío. ¿Quién, cuándo y qué fue informado? ¿Qué es lo que fue entendido? ¿Cuál fue el sentido de sus reacciones?

D. El Vaticano y los esfuerzos en favor de los judíos de Vittel

En 1943, los alemanes decidieron concentrar en campos especiales a aquellos judíos polacos beneficiados con papeles consulares latinoamericanos, a fin de

³⁹ “Montevideo, 14/10/1943”, en *ADSS*, op. cit., Vol. IX, pág. 502.

⁴⁰ “La Paz, 18/11/1943”, en *ADSS*, op. cit., Vol. IX, pág. 567.

⁴¹ Avni, Haim. “Patterns of jewish leadership in Latin America during the Holocaust”, en *Jewish leadership during Nazi era*. City University of New York, 1985, pp. 87-125. Edición: Randolph Braham.

que fueran intercambiados por ciudadanos alemanes confinados en países aliados y neutrales.⁴²

Los intercambios de prisioneros habían sido realizados entre Alemania y Gran Bretaña, en 1943 y 1944, involucrando incluso algunos centenares de judíos.⁴³

La denuncia de la emisión ilegal de centenares de pasaportes sudamericanos –además de causar la dimisión de cónsules diplomáticos⁴⁴ y debilitar drásticamente ese medio de salvación– condujo a los alemanes a dudar de la credibilidad y reconocimiento de dichos documentos, lo cual –en consecuencia– significaría un veredicto de muerte para sus beneficiarios.

Los alemanes estarían dispuestos a participar de esta farsa siempre y cuando hubiese márgenes reales en posibles negociaciones de intercambio. En contraposición, la disminución del valor artificial atribuido a los *untermensch* (gente de poca valía) en caso que los documentos fuesen anulados ocasionaría la muerte certera de sus portadores.

Los países latinoamericanos que estaban en guerra con Alemania mantenían algunos centenares de ciudadanos alemanes detenidos, hecho que valorizó el sentido y el propósito del intercambio⁴⁵ –al menos teóricamente– ya que quedaba aún por saber si esos países también estarían dispuestos a efectuar el intercambio y a aceptar a individuos que ilegalmente se transformarían en ciudadanos.

El recelo se transformó en amenaza cuando los alemanes se dieron cuenta de que países como Paraguay dejaron de reconocer dichos pasaportes. Únicamente la intervención de organizaciones judías, junto a los gobiernos aliados y al Vaticano, fue capaz de revertir la situación.

De acuerdo a lo que ya vimos en otras circunstancias, el Vaticano continuaba gozando de una reputación que era considerada capaz de influir en los países de los cuales dependía la suerte de centenares de prisioneros “latinoamericanos”.⁴⁶

⁴² Nathan Eck fue el primero en investigar esta cuestión. Ver Eck, Nathan. “The rescue of Jews with the aid of passports and citizenship papers of Latin American states”, en *Yad Vashem Studies*. Vol. I, 1957. David Wyman y Bernard Wasserstein escribieron al respecto teniendo en cuenta la perspectiva de las potencias aliadas, mientras que Haim Avni nos aclaró acerca del potencial de salvataje teniendo en cuenta el prisma de los países latinoamericanos. Ver Avni, Haim. “The war and the possibilities of rescue”, en Cohen, Asher; Cochavi, Yehoyakim; Gelber, Yoav (eds.). *The Shoah and the war*. New York, 1992, pp. 373-392. Edición: Peter Lang.

⁴³ Porat, Dina. *An entangled leadership. The Yishuv & the Holocaust, 1942-1945*. Versión en hebreo. Tel Aviv, Am Oved, pp. 281-284; Wasserstein, Bernard. *Britain and the Jews of Europe 1939-1945*. Versión en hebreo. Tel Aviv, Am Oved, pp. 185-191.

⁴⁴ “A. Silberschein comentó al nuncio Bernardini acerca de la dimisión del cónsul peruano J. M. Barreto”, en Yad Vashem Archives, M 20/69. Acerca del cónsul paraguayo ver Yad Vashem Archives, M 20/20 y en los libros antes mencionados.

⁴⁵ Avni, H., op. cit., pp. 384-388; ADSS, op. cit., Vol. X, pág. 246.

⁴⁶ “Carta de A. Silberschain. Ginebra, 7/1/1944”, en Yad Vashem Archives, M 20/20. En los campos de Vittel, Bergen Belsen, Tittmonig, Liebenau y Bolsenberg había judíos con pasaportes latinoamericanos.

Estos países, al responder al llamado del Vaticano, ofrecieron renovadas perspectivas a los esfuerzos de salvataje, ya que Paraguay, Chile, Bolivia, Nicaragua y Costa Rica accedieron a reconocer los pasaportes emitidos. En contraposición, Brasil y Uruguay, al contestar evasivamente, estaban prácticamente adoptando la misma actitud negativa de Perú, Cuba, Guatemala o El Salvador.⁴⁷

Probablemente la actitud positiva de determinados países latinoamericanos se deba más bien a las acciones diplomáticas de las potencias aliadas que a la influencia del Vaticano.⁴⁸ Sin embargo, cuando las negociaciones que convalidaban el hacer efectivo el intercambio de prisioneros llegaron a su auge, en abril de 1944, los alemanes se decidieron por la deportación de los judíos de Vittel a Auschwitz. Ese mes salió el primer transporte, con 163 judíos portadores de pasaportes latinoamericanos, en dirección a Drancy, y de allí, el 29 de abril, a Auschwitz. Un segundo transporte salió de Vittel en mayo, con idéntico destino.

La investigación académica realizada hasta hoy no fue capaz de responder cuáles habrían sido los motivos para que los alemanes desistieran de realizar el intercambio una vez que los documentos latinoamericanos ya habían sido oficialmente reconocidos.

El involucramiento diplomático del Vaticano en este *affaire* fue —en gran parte— producto de la actividad militante y solidaria del nuncio de Berna, Filippo Bernardini, quien insistió vehementemente ante Maglione y los gobiernos de Suiza y España (representantes de los países latinoamericanos en Alemania) en favor de los detenidos en Vittel.⁴⁹

El papel del Vaticano fue secundario no solamente por haber tratado directamente con las instancias nazis, sino debido al descreimiento a priori de cualquier acontecimiento por parte de los miembros de la Secretaría de Estado del Vaticano. Las notas de esta secretaría de abril de 1944 demostraron cabalmente la mentalidad derrotista de sus integrantes, al punto de evitar conscientemente reiterar esfuerzos o iniciativas tomadas por otros. En las notas mencionadas encontramos frases representativas de esta manera de actuar:

- *No creo que sea útil ni oportuno participar a la Nunciatura de Berlín. Nada se obtendrá, y tal vez se agravará la posición de los judíos de Vittel, y quizá también la muy delicada posición del monseñor nuncio...*
- *No me parece oportuno interesar nuevamente a las nunciaturas sudamericanas. Ya se realizó todo lo necesario a este respecto.*⁵⁰

⁴⁷ ADSS, op. cit., Vol. IX, pág. 638, nota al pie; ADSS, op. cit., Vol. X, pp. 232-233.

⁴⁸ Wasserstein, B., op. cit.; Wyman, D. S., op. cit., pp. 277-278.

⁴⁹ ADSS, op. cit., Vol. IX, pp. 637-638; ADSS, op. cit., Vol. X, pp. 238 y 243.

⁵⁰ ADSS, op. cit., Vol. X, pp. 238 y 252.

Eventualmente, los integrantes de la Secretaría de Estado tenían sus razones para pensar de esta manera, ya que sus esfuerzos en favor de las víctimas revelaron sus límites y deficiencias desde el mismo comienzo de la guerra. Sus acciones tuvieron un éxito parcial en lo que respecta a la cuota especial de los 3.000 conversos, y ningún resultado en cuanto a la ayuda a los cristianos alemanes y a los judíos detenidos en el campo de concentración de Vittel.

La crítica al Vaticano durante la guerra no es debido al fracaso en estas acciones humanitarias.

De acuerdo a lo que fue descrito en este trabajo, las chances de éxito estaban más allá de la capacidad de la Santa Sede en un contexto histórico en el cual su influencia era mínima o nula.

La ideología y la práctica nazis, la dinámica de una guerra total, la inexpressión política del Vaticano en cuanto a los parámetros militares y el desfase entre la calidad de la mano de obra disponible (refugiados indeseables) y la búsqueda de buenos inmigrantes (agricultores o técnicos) —en su mayoría proveniente de países latinoamericanos— fueron solamente algunos de los factores más importantes que contribuyeron a la marginalidad del Vaticano en el período de la guerra.

Es interesante notar que la documentación oficial del Vaticano, originalmente publicada para probar cuánto se había realizado en el ámbito humanitario, dejó al descubierto los aspectos negativos de los eclesiásticos involucrados.

Los documentos mencionados en este trabajo denotan la facilidad con la cual Maglione y los demás integrantes de la cúpula del Vaticano aceptaron la apatía y la aversión de varios gobiernos por el destino de los refugiados. Derrotismo, negligencia e indiferencia en cuanto a la manera de tratar los temas analizados caracterizaron las actitudes de los integrantes de la Santa Sede y la de algunos nuncios, con excepciones.

Basta con decir que el Papa y el Estado del Vaticano nunca tomaron iniciativas humanitarias; el involucramiento de la Santa Sede fue producto de iniciativas tomadas por personalidades o instituciones católicas.

El Vaticano, preocupado por su prestigio, creó ilusiones infundadas en cuanto a sus propias capacidades.

El Vaticano podría haber hecho más de lo que hizo, independientemente de los resultados, que irían en función de la compleja realidad política y militar creada por la eclosión de la guerra.

**Dr. Abraham
Haim**

Historiador e
investigador

Las comunidades sefaradíes y el Holocausto*

El doctor Abraham Haim nació en Jerusalem. Es historiador e investigador, comendador de la Orden del Mérito Civil, obtuvo la Maestría de la Universidad Hebrea de Jerusalem en Historia de los Países del Islam, incluida la historia de los judíos de Oriente Medio. En 1985 obtuvo el Doctorado en Historia por la Universidad de Tel Aviv. Habla hebreo, inglés, español, judeo-español, francés, árabe y turco. Ha participado como conferencista en congresos científicos, seminarios y jornadas de estudio. Publicó libros y artículos sobre la historia moderna de Oriente Medio y las comunidades sefaraditas. Fue investigador del Instituto Shiloa de Investigación del Medio Oriente y Africa, catedrático de la Universidad de Tel Aviv, jefe del Departamento de Divulgación Científica del Patrimonio Judeo-Sefaradí del Instituto Ben Tzví de Jerusalem. Actuó como coordinador científico del Instituto Universitario Misgav Yerushalaim. Entre 1983 y 1999 fue director de los cursos de español del Consejo de la Comunidad Sefaradí en Jerusalem. Entre 1989 y 1994 dirigió el Centro de Patrimonio Sefaradí del Ministerio de Educación y Cultura de Israel. A partir de 1983 es profesor en el Colegio de España, Salamanca.

En primer lugar, doy mis más sinceras gracias a los anfitriones, la Fundación Memoria del Holocausto y la Federación Sefaradí de la República Argentina, y a todos ustedes, que se han presentado a este acto.

Soy sefaradí, pero no de origen griego. Mis antepasados no fueron testigos de la *Shoá*. En otras palabras, no tengo contacto directo con la *Shoá*, ni familiares

* **Conferencia** organizada por la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la *Shoá* y la Federación Sefaradí de la República Argentina, Buenos Aires, 21/6/05 y coordinada por el Dr. José Menascé.

o personas que hayan sobrevivido o sido exterminados. Pero soy historiador y me interesa éste como un tema judío mundial de toda la humanidad. En Israel, como ustedes saben, tenemos muchos museos alusivos: no solamente el de Yad Vashem —el nuevo se inauguró hace pocos meses—, también el del Kibutz Lojamei Haguetaot, en el Norte, y el de Yad Mordejai, en el Sur, además —por supuesto— de otros en el mundo.

Hice una visita personal y privada a Auschwitz, y un matrimonio polaco no judío me acompañó. También visité un cementerio de Riga. Me sentía más identificado, pero a pesar de esas visitas, las películas y documentales que hay hoy en día, y los testimonios, mi pregunta no cambia y es la misma que se hacen millones de personas: “¿Cómo ocurrió la Shoá?”. Con toda humildad y modestia digo que no lo entiendo. Leo y entiendo más, conozco más el tema, puedo profundizar en algo, pero no puedo responder.

En el libro *Dvarim (Deuteronomio)*, capítulo 28, *parashá*¹ “*Ki tavó*”, aparecen muchos versículos con maldiciones. A veces me digo: “¿Cómo en la *Torá* se podía pronosticar una situación parecida a esta Shoá del siglo XX?”. Y entre otros versículos, dice la *Torá*: “*Jamás descansarás en estos pueblos; nunca reposará la planta de tu pie; el Señor te volverá ahí asustadizo, ciego y cobarde. Vivirás ‘pendiendo de un hilo’; temblarás día y noche; jamás vivirás seguro. Por la mañana dirás ‘ojalá anocheciese’ y por la tarde, ‘ojalá amaneciese’. Por el pavor que estremecerá tu corazón por el espectáculo que verán tus ojos’.*”

Pasemos al siglo actual. Palabras de un escritor que todos conocen, Arnoldo Liberman, quien escribió: “*Los he visto también en mis fotos interiores, ahí donde se hornean los fantasmas del alma. Desnudos, aterrorizados, contingentes, pueriles, con un interrogante desmesurado en la mirada. Algunos rezando un inútil llamado al milagro; otros, severos, silenciosos, mudos, con los labios apretados, abrazados o desapegados ya; inconvencionales en su impotencia. Ratas, he sentido odio hacia ellos, lo confieso. Eran mis semejantes, la misma cara de rata, el mismo horror en las retinas, la misma fatalidad congelada, el mismo sinsentido en el corazón. He visto las fotos, los cuerpos desnudos, una interminable fila ante la muerte. Los niños en los brazos, el odio del mundo, y he llorado’.*”

Una introducción breve al tema: el Holocausto no es solamente un episodio trágico en la historia del pueblo judío. Pertenece a toda la historia de la humanidad, y toda actitud sistemática de sacralización nos impedirá luchar contundentemente contra el olvido que lo amenaza. Y ése es el papel clave y fundamental de la Fundación Memoria del Holocausto y otras instituciones.

¹ Fracción del *Pentateuco* que se lee semanalmente. (Nota del editor).

El Holocausto no es el asalto a una judería en la España de 1391, ni la expulsión de 1492, ni una persecución en la Rusia zarista del siglo XIX, ni una matanza espontánea y sin explicación, ni un terremoto que arrasó la vida de miles de personas, ni una catástrofe técnica o natural. El concepto rebasa toda posibilidad de acercamiento histórico, social, político y cultural.

El Holocausto es la aniquilación sistemática de colectivos étnicos, sociales y políticos, organizada de forma industrial, planificada y calculada. En hebreo tenemos un versículo que está incluido en los versos de *Lejá Dodí*:² “*Sof maasé vemajshavat tejilá*”. No fue algo improvisado, y por supuesto, se llevó a cabo.

Una exterminación con objetivos pensados y programados, una auténtica maquinaria de matar que respondía a una serie de programaciones y parámetros, significa una concepción inimaginable en la historia de la humanidad, que ya había conocido la Ilustración, el “Siglo de las Luces” y los avances científico-técnicos de principios del siglo XX. Fue la aplicación de esos avances industriales al exterminio de un colectivo.

El trabajo histórico no es la única respuesta para comprender el Holocausto. El propio Elie Wiesel, superviviente de Auschwitz y Premio Nobel de la Paz, lo considera como un misterio irreductible para el cual no se halla explicación, pues es tal su magnitud –y debería ser tal su alcance– que aún debería proponernos muchos interrogantes. Además, escribió que nadie podía imaginar Auschwitz antes de Auschwitz. Desde otra perspectiva, Theodor Adorno afirmó que escribir un poema después de Auschwitz es un signo de barbarie.

Al ver rebasada la humanidad sus propios límites categóricos, el Holocausto, la *Shoá*, es un crimen contra la humanidad, programado, orquestado y planificado por los hombres del siglo XX. También puede proponer problemas de orden metafísico: “¿Existe Dios después del Holocausto?”, “¿Dónde estaba?”, “¿Dónde se halla el límite entre el Bien y el Mal?”, “¿Quién podría negar que el Holocausto es un símbolo del fracaso implacable del pretendido humanismo de la cultura occidental?”, “¿Se puede sobrevivir a un campo de la muerte?”.

Ahora paso al mundo sefardí. Primero: una conclusión clave es que los nazis no distinguían entre un sefardí y un ashkenazí; no había dos categorías de sangre. La Europa sefardí de la época se reducía, principalmente, a Grecia, la comunidad más numerosa; Bulgaria, donde los sefardíes representaban casi el 85% de la población judía; Yugoslavia, con importantes comunidades en Serbia, Bosnia y Croacia; y finalmente, Rumania, con una serie de comunidades sefardíes minoritarias en el ámbito judeorrumano. Además, debemos señalar la importante presencia sefardí en Europa Occidental, especialmente en Francia,

² Poema que se canta al comenzar el servicio de *Shabat*. (Nota del editor)

Bélgica e Italia, lugares de asentamiento de numerosos inmigrantes judíos procedentes del Este de Europa y la propia Turquía.

La vida judía en Grecia era brillante en vísperas de la *Shoá*. Salónica era la comunidad más importante, pero también se destacaban la de Rodas, la isla de Corfú, Atenas, Castoria, Drama, etc.

La pesadilla estaba a punto de comenzar con el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. En 1940, la Italia fascista de Mussolini atacó Grecia, ante la obstinada resistencia del ejército griego, en el que figuraban numerosos sefaradíes. Las tropas italianas se retiraron a Albania, dando paso al ejército alemán, que invadió Grecia el 19 de abril de 1941. Salónica cayó al día siguiente.

La ocupación de Grecia dividió el país en tres zonas, bajo la administración de las potencias del Eje alemán-búlgaro-italiano. Las fuerzas italianas ocuparon la Grecia occidental, incluida Atenas, el Peloponeso y las islas del Dodecaneso. Tracia y Macedonia pasaron a la administración búlgara, y los alemanes se establecieron en la zona central y en Salónica, sin duda la comunidad sefaradí más importante de la época, con más de 56.000 miembros.

Las deportaciones comenzaron el 15 de marzo de 1943, con dieciséis expediciones de unas 3.000 personas cada una, hasta el 9 de mayo, partiendo del *ghetto* Barón Hirsch –habilitado para las deportaciones–, que se llenó y vació de judíos según el ritmo de las partidas. Los últimos transportes incluyeron a los sefaradíes de Salónica, que habían sido destinados a trabajos forzados, y a los empleados de la comunidad judía y sus familias, entre los que se encontraba el rabino Koretz, con su mujer e hijo, cuya deportación se dirigió a Bergen-Belsen.

Al parecer, Koretz fue detenido tras su entrevista con el primer ministro griego, Rallis, a quien había suplicado intervenir ante los alemanes para parar las deportaciones. Rallis les propuso a los alemanes enviar a todos los judíos griegos a Creta, sin conseguirlo.

A partir del 19 de agosto de 1943, el *ghetto* transitorio del barrio Barón Hirsch quedó completamente vacío. La inmensa mayoría de los sefaradíes de Salónica había sido deportada, seleccionada y exterminada. Además, hay que señalar que otros sefaradíes griegos fueron deportados desde otras latitudes, como los aproximadamente 17.000 sefaradíes de Salónica residentes en París, enviados a los campos desde noviembre de 1942.

Para quienes sobrevivieron, recuperar sus negocios y hogares fue imposible. Bajo la protección de las leyes griegas, los ciudadanos locales que ocuparon sus propiedades se negaron a devolverlas a sus legítimos dueños.

Como estoy muy vinculado con España, quiero destacar el papel muy importante que jugó este país en la salvación de comunidades sefarditas.

Hace cien años, en 1905, un médico y senador no judío de España, Angel Pulido Fernández, publicó *Espanoles sin patria y la raza sefaradí*, una obra in-

mena, de más de 650 páginas, dedicada al mundo sefardí. Este libro fue el fruto de unas giras que había llevado a cabo este sabio, visitando las comunidades sefarditas de los Balcanes y otros países de Europa, el norte de África, Marruecos, etc. Con esta obra despertó a la opinión pública española y también a las autoridades de entonces para que otra vez abrieran las puertas de España a los judíos.

Un paso más fue el decreto del general Primo de Rivera, de 1924, por el cual se reconocía como ciudadanos españoles a los sefardíes que así lo reclamaran.

Aunque fueron deportados a Bergen Belsen, más tarde fueron enviados a Barcelona y Casablanca, desde donde la mayoría de ellos partiría hacia Palestina.

En abril de 1943, España abrió una oficina en Atenas, intentando rescatar a los judíos españoles, aclarando que todos los sefardíes que huyeron al Imperio Otomano durante la Inquisición y por la expulsión de 1492 eran considerados ciudadanos españoles con plenos derechos. A pesar de esto, el gobierno alemán informó que no reconocería la ciudadanía española de los sefardíes.

Puedo decir, además, que –a pesar de todo– el general Franco –aliado de Hitler y Mussolini–, por sus propios intereses –no por amar a los sefardíes–, ordenó a los cónsules de España en Europa otorgar la nacionalidad española a cualquier sefardí que la solicitara. Y así se salvaron también ashkenazíes. A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, miles se salvaron gracias a este método.

Las deportaciones se organizaron por todo el territorio griego. En marzo de 1944 fueron trasladados 1.700 judíos de Iannina, y en junio, 2.000 de Corfú. Le siguieron Kavalla, Drama, Castoria, Prevesa, Serres, etc.

La deportación de los judíos de Atenas se organizó a partir de la orden de concentración de diciembre de 1943; unos 1.200 se presentaron, a pesar de que el número era mucho mayor. La mayoría pudo permanecer escondida gracias a la ayuda de parte de la población de la ciudad, la Iglesia Ortodoxa y miembros de la Resistencia.

La valentía del gran rabino Barzilay permitió salvar miles de vidas judías, al prometer a la Gestapo entregar las listas de todos los judíos en el lapso de seis días. En lugar de eso, les dijo a los hebreos que buscaran refugio en las montañas o el campo. El gran rabino fue responsable, junto con el arzobispo de la Iglesia Ortodoxa de Atenas y el jefe de la Policía, de la salvación de numerosas vidas judías. Suerte parecida corrieron las comunidades de Volos y Zakintos. No obstante, fueron organizados dos convoyes de sefardíes de Atenas a Auschwitz, en julio de 1944.

En agosto llegaron los últimos judíos procedentes de Grecia. Se trataba de los sefardíes de Rodas. Prácticamente la totalidad de su población judía, unas 1.200 personas, fue deportada. Desde la isla fueron llevadas al campo de Haidari, en Atenas, y de allí fueron transferidas a Auschwitz.

La isla había caído en manos de los alemanes en septiembre de 1943. A partir de la visita de una delegación del departamento de Eichmann, en junio de 1944, se recluyó a la población judía en antiguos edificios y comenzó a organizarse la deportación.

Debemos señalar que la presencia de los sefaradíes griegos en los campos de la muerte fue muy notoria, y no sólo por el número de gaseados. La mayoría de los testimonios señala cómo los “griegos” formaban un colectivo destacado y dirigente. Recordemos, además, que entre las sublevaciones de los deportados a Auschwitz, una fue dirigida por un *Sonderkommando* de sefaradíes de Salónica, quienes fueron los primeros en destruir hornos crematorios de Auschwitz-Birkenau.

Es difícil concretar el número de hablantes de judeoespañol al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Las cifras rondan entre los 270.000 y los 450.000, establecidos –principalmente– en el sudeste de Europa.

Lo cierto es que el judeoespañol estaba conociendo una época dorada como lengua; la prensa sefaradí llegó a contabilizar más de trescientos diarios, semanarios y mensuarios, en el período 1870-1930. Por ejemplo, Viena fue uno de los centros más destacados de la prensa sefaradí en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

La creación literaria comenzaba a dar sus primeros pasos hacia nuevos estilos y se estaba produciendo el paso de la literatura oral y anónima a la escrita y de autor. Comenzaba la elaboración de una poética de alta calidad, el desarrollo de una rica narrativa y el nacimiento de un teatro sefaradí muy elaborado y pre-ocupado por complejas formas escénicas.

Al igual que sucedió con la otra gran lengua judía, el ídish, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la aniquilación sistemática de la judería europea supuso, para el judeoespañol, un duro golpe y una interrupción casi total de su dinámica. En apenas cinco años, la lengua sefaradí perdió al 90% de sus hablantes, un punto de localización reconocible y a quienes mejor hubiesen podido abrir nuevos caminos hacia la normalización de la lengua: los escritores y creadores literarios.

Los campos de concentración se convirtieron en un auténtico crisol de lenguas. Eran auténticas antecámaras de la muerte, en las cuales el ser humano debía replantearse todo lo que había conocido hasta el momento de descender del tren. Debía olvidar su vida anterior, sus hábitos, sus costumbres, la imagen de sus familias, y otro tanto sucedía con su lengua natal. Debían adaptar su capacidad de aprendizaje a una multitud de nuevos vocablos, producto de un desesperado intercambio de préstamos lingüísticos. Cada uno de estos colectivos era portador de su lengua, y en muchos casos, los hablantes debieron aprender a reutilizarla, a ampliar sus conceptos con otros nuevos e inicialmente ajenos o a recurrir a

una serie de préstamos lingüísticos casuales, pues solamente existían en aquel universo de muerte y destrucción.

Dentro de la vida cotidiana del campo, los deportados aprendían a expresar numerosas lenguas. Un sobreviviente contó en lengua sefardí (traducido al español moderno): “Si hablaba con mi hermano pequeño, lo hacía en judeoespañol; con el jefe del barracón y los soldados de las SS hablaba en alemán; y con otros presos, en ídish o francés. Pero no es que hablara esas lenguas, sino que aprendí algunas palabras básicas”.

A pesar de las terribles condiciones de vida, los sefardíes mantuvieron su tradición cultural, forjada durante siglos. El ejemplo más claro puede verse en la música: muchos deportados podían ganar una cucharada de sopa más si cantaban algo que les gustara a sus guardianes. Obviamente, los sefardíes acudieron a su magnífico repertorio de canciones, coplas y romances, cuyo origen se sitúa en la España medieval.

De entre los cantos que los deportados entonaban en los campos hay que señalar uno que casi llegó a convertirse en un himno para los sefardíes. Se trata de la cantiga lírica *Arboles lloran por lluvias*, cuya letra debió ser muy significativa para ellos. Dicen sus dos estrofas: “*Arboles lloran por lluvias/ y montañas por aires./ Lloran mis ojos/ por ti, querida amante./ Vuelvo y me digo: ‘¿Qué va a ser de mí?’./ En tierras ajenas/ yo me voy a morir*”.

Y cambiaban esta estrofa por: “*En tierras de Polonia/ yo me voy a morir./ Enfrente de mí hay un ángel./ Con sus ojos me mira. /Llorar quiero y no puedo./ Mi corazón suspira./ Vuelvo y me digo: ‘¿Qué va a ser de mí?’./ En tierras ajenas/ yo me voy a morir*”.

Sabemos por la mayoría de los testimonios que, incluso en los campos, los sefardíes se aferraron a su patrimonio lingüístico y cultural. Si hablaban en otras lenguas era por una necesidad imperiosa de sobrevivir, pero la mayoría seguía considerando al judeoespañol como su lengua principal de comunicación.

Dice un testigo: “Mi abuela dijo: ‘Si nos van a matar a todos, por lo menos moriremos hablando nuestra lengua. Es lo único que nos queda y no nos lo van a quitar’.”

Un sabio español no judío, un chico joven que hace pocos años recibió su doctorado por la Universidad de Murcia, se enfoca hoy en el judaísmo español durante el Holocausto. Hizo un trabajo de investigación de campo, entrevistó a muchos sobrevivientes. El libro se llama *Los sefardíes y el Holocausto*, y el autor es Salvador Santapuche.

Al concluir la primera parte de su obra, llega a las siguientes conclusiones:

- El judeoespañol fue una lengua más en el universo de los campos, aunque siguiera siendo un vehículo de comunicación restringido al colectivo sefaradí.
- Su uso quedó limitado a los encuentros ocasionales entre los deportados, si bien siguió siendo la lengua de uso cotidiano entre ellos y la lengua en la cual pensaban y sentían.
- El concepto que los sefaradíes tenían de su propia lengua en los campos llegó a ser un elemento de identidad, que los distinguió de otros colectivos nacionales.
- En contra de lo que muchas veces se ha dicho, consideramos al Holocausto –con su terrible cifra de exterminio del 90% de sus hablantes– como la principal causa de la grave crisis que sufrió esta lengua desde los años '40.

Dentro del sufrimiento de los campos hubo incluso lugar para la creación literaria, especialmente de poesía. Y hay otro investigador, en este caso un judío sefaradí que reside en South Carolina, Estados Unidos, Isaac Jack Lévy, que se dedicó a grabar aquellos poemas, aquella creatividad literaria que se inició y desarrolló en los campos de trabajo forzado o de exterminio.

Del mismo modo, cabe destacar que el Holocausto llegó a convertirse en uno de los principales motivos de la creación literaria de la lengua sefaradí de posguerra, la cual –como sucede con el resto de la literatura sefaradí– todavía no ha sido estudiada en profundidad y permanece desconocida en los ámbitos de la filología española.

Creo que una de las tareas del CIDiCsef, de esta capital, y de FeSeLa, en general, es también dedicarse a este campo para llenar el vacío de este capítulo tan trágico de la historia judía, en general, y la sefaradí, en particular.

Uno de los sobrevivientes, a quien conozco personalmente, se llama Jack Strumza. Ingeniero de profesión, sabía hablar alemán y se salvó de Auschwitz. Publicó sus memorias bajo el título *Elegí la vida. Violinista en Auschwitz*. Tocaba el violín, y este instrumento, la música y el saber hablar alemán lo salvaron.

Nació en Salónica, en 1913, y en Auschwitz se convirtió en el número 121.097. Sus ojos vieron el infierno, sus oídos se llenaron de lamentos interminables y su piel estuvo en contacto con sufrimientos que jamás había pensado. En su cabeza entraron los interrogantes que aún no tienen respuesta, y que yo decía al principio: “¿Por qué?”, “¿Para qué?”.

Hay otro testimonio de un sefaradí sobreviviente, Moshé Haelión, que también publicó sus memorias, en ladino, contando cómo se sentía ante la liberación de Auschwitz cuando entraron los norteamericanos: *“Era un poco después del mediodía cuando, por la puerta del campo, entraron dos o tres tanques. ‘¡Son americanos, son americanos!’, se expandieron voces entre los que estaban agrupados. Lo que se pasó en los momentos que siguieron no tengo suficientes*

palabras para describirlo. Hubo una irrupción espontánea de sentimientos de alegría, que tuvo con ella reacciones diversas que se expresaban de diferentes modos. Lo que pasaba era una corriente enorme de masas de prisioneros que, con un impulso que no se puede frenar, gritaban y movían las manos, corrían hacia los tanques, caminando. Todos deseaban ver a sus liberadores, tocarlos, abrazarlos si era posible, palpar los tanques. En la antena de un tanque vi una banderita de Grecia; después entendí que uno del equipo de tanques era un americano de origen griego”.

Ustedes saben que en Auschwitz hay algunas placas, pero hasta 2003 no había una en judeoespañol, allí donde muchos miles de personas fueron exterminadas. Al final se puso la placa, y uno de los promotores es un sobreviviente de Salónica que reside en Francia: Haïm Vidal Sephiha, fundador, en París III, de la primera cátedra de judeoespañol del mundo.

El inauguró, colocándola en Auschwitz-Birkenau, el 23 de marzo de 2003, la placa en judeoespañol: *“Que este lugar donde los nazis exterminaron a un millón y medio de hombres, mujeres y criaturas, la mayor parte judíos de varios países de Europa, sea para siempre, para la humanidad, un grito de desesperación y unas señales”.*

Hace dos semanas, representantes de 35 miembros de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y de más de un centenar de organizaciones no gubernamentales se reunieron en Córdoba, España, símbolo de convivencia entre culturas, para estudiar cómo combatir “el antisemitismo y otras formas de intolerancia”, como rezaba el lema del encuentro.

El antisemitismo es, probablemente, la forma de intolerancia con más continuidad histórica y que más arraigada está en el mundo, además de ser la que generó las condiciones para que el nacionalsocialismo hitleriano perpetrara el mayor crimen jamás habido: el Holocausto-*Shoá*.

En el antisemitismo confluyen todas las múltiples facetas de la intolerancia: desde el menosprecio y el prejuicio al crimen masivo y sistemático. De ahí que la lucha permanente contra cualquier manifestación antisemita es mucho más que una obligación de todas las sociedades civilizadas. Es, también, el arma más efectiva para combatir, de raíz, todo tipo de intolerancia y –por tanto– para la defensa de la democracia, el respeto al individuo y la libertad.

Sesenta años después de los campos de exterminio nazis hay indicios alarmantes de que el fenómeno vuelve a gozar de una buena coyuntura. Las profanaciones de cementerios, las agresiones físicas y, sobre todo, la proliferación de ataques contra los judíos en los medios de comunicación, en Internet o en manifestaciones políticas han aumentado gravemente en Europa, un continente con especial responsabilidad, y se producen cada vez con mayor fuerza en mu-

chos países de Asia y Africa. El Holocausto lo perpetró la Alemania nazi, pero muchos otros Estados colaboraron activa o pasivamente.

En Córdoba se destacó el deber de la prensa de cuidar que la muy legítima crítica al gobierno israelí no pase a ser un pretexto o una cobertura para manifestaciones antisemitas. El ministro español de Relaciones Exteriores, Dr. Miguel Angel Moratinos, pidió medidas concretas para combatir este fenómeno. España, por su aislamiento durante el franquismo, y otros países tienen todavía un camino por andar en la labor de concientización y educación, sobre todo en las escuelas.

Termino con unas palabras que corresponden a estas tareas de la Fundación Memoria del Holocausto y de otras. Es un artículo publicado por el embajador de Israel en España, Víctor Harel, en el diario *El País*, el más divulgado en España. Dice el embajador:

Los “afortunados” sobrevivientes, con sus números incrustados de por vida en sus brazos, dejaron tras ellos en los crematorios y las cámaras de gas a hijos, padres, familiares; en total, seis millones, un millón y medio de niños. Un tercio del pueblo judío, aniquilado sistemáticamente por haber cometido un único “crimen”: el haber nacido judío.

Se clausuraba así –¿realmente?– el Holocausto, la página más perversa y diabólica de nuestra era, pero nosotros, israelíes y judíos de la Diáspora, prometimos nunca olvidar, siempre recordar.

(...) El antisemitismo es una enfermedad crónica (¿incurable?) europea, y como tal debe preocupar, más que a nadie y en primer lugar, a los propios europeos.

Los remedios adecuados –y los hay– para combatir el cáncer antisemita deben emanar de una obligación básica, de un principio moral europeo y de un compromiso histórico ineludible. Uno de los caminos eficaces reside en la educación, en la difusión de los conocimientos básicos de la Shoá. Educar en el recuerdo, cultivar la memoria y todo lo que ella acarrea, aun cuando sea desagradable. Si no, queda tristemente lo que escribía Pilar Rahola: “El olvido ha sido una opción europea. De la desmemoria nace la ignorancia, de la ignorancia renace el prejuicio y en el prejuicio vuelve a habitar la intolerancia”.

El deber de recordar para nunca olvidar no es sólo del pueblo judío. Para que nunca se repita la barbarie. ¡Nunca más!

**Dr. Ian
Hancock**

Director de los Archivos y
Centro de Documentación
de los Romaníes de la
Universidad de Texas.

Los romaníes y el Holocausto

Una nueva perspectiva*¹

Fue el deseo del todopoderoso Reichsführer Adolf Hitler el hacer desaparecer a los gitanos de la faz de la tierra.

PERCY BROAD.²

Los motivos invocados para justificar la muerte de los gitanos fueron los mismos por los cuales se ordenó el asesinato de los judíos, y los métodos usados con unos fueron idénticos a los que se emplearon con los otros.

MIRIAM NOVITCH.³

El genocidio de los Sinti y Roma fue llevado a cabo con la misma motivación de manía racial, la misma premeditación y el mismo deseo de exterminio sistemático y absoluto que el que orientó el genocidio de los judíos. Familias completas, desde los muy pequeños hasta los muy ancianos, fueron asesinados sistemáticamente dentro de la esfera de influencia exclusiva de los nacionalsocialistas”

ROMAN HERZOG.⁴

Miriam Novitch se refiere, más arriba, a los motivos expresados para justificar el asesinato de los romaníes –o “gitanos”– en el Holocausto, aunque en su pequeño, pero original libro sólo está parcialmente en lo cierto: judíos y romaníes, de hecho, compartieron –con los minusválidos– el estatus de ser señalados para su

*Traducción del inglés: **Lic. Patricio A. Brodsky**.

¹ Copyright: Stone, Dan (ed.). *The historiography of the Holocaust*. New York, Palgrave-Macmillan, 2004, pp. 383-396.

² Broad, Percy. “KZ Auschwitz. Erinnerungen eines SS Mannes”, en *Hefte von Auschwitz*. 9:7-48, 1966, pág. 41. El autor fue oficial de las SS, en la División Política Auschwitz.

³ Novitch, Miriam. *Le genocide des tziganes sous le régime nazi*. Paris, AMIF and the Ghetto Fighters' House in Israel, 1968, pág. 3. La autora integra la Casa de los Combatientes del Ghetto, en Israel.

⁴ Palabras pronunciadas el 16 de marzo de 1997, cuando se desempeñaba como Presidente Federal de Alemania.

eliminación debido a que eran percibidos como una amenaza contaminante de la pureza genética del *Herrenvolk*, o “raza superior”, alemana, pero mientras los judíos eran considerados una amenaza en diversos campos, como el político, el filosófico y el económico, los romaníes sólo eran una amenaza “racial”.

Sin embargo, ninguno de los primeros ensayos sobre el Holocausto lo reconocía en absoluto, o si no, entendían erróneamente que la “criminalidad” asociada a nuestro pueblo era atribuida por los nazis a un mal incurable, de transmisión genética y –por lo tanto– ideológicamente **racial**. En cambio, los escritores sólo se centraron en la etiqueta de “antisocial” resultante de ella y fallaron en conocer la conexión genética hecha por los propios científicos raciales nazis.

En 1950, el ministro del Interior de Württemberg les expresó a los jueces a cargo de demandas de indemnización por crímenes de guerra que debían tener presente que “los gitanos **no** fueron perseguidos, bajo el régimen nacionalsocialista, por razones raciales, sino por sus antecedentes criminales y antisociales”. Veintiún años después, la Convención de Bonn usó esto como justificación para no pagar indemnizaciones a los romaníes, argumentando que su victimización durante el período nazi sólo se debió a razones de seguridad. Nadie se pronunció por cambiar esta posición, a consecuencia de lo cual se ha dañado inconmensurablemente a los sobrevivientes y sus descendientes, si bien, en ese momento, el genealogista francés Montandon observó: “*Todos despreciamos a los gitanos, ¿por qué entonces reprimirse? ¿Quién los vengará? ¿Quién se quejará? ¿Quién atestiguará?*”.⁵

Las últimas dos o tres décadas han visto un gran aumento en las actividades centradas en el Holocausto, el establecimiento de museos y monumentos conmemorativos y la creación de programas educativos. Paralelamente ha surgido un debate cada vez más estridente acerca de cómo será definido el Holocausto y quién califica para ser incluido en él.

El sitio en Internet de la Liga Antidifamación define al “Holocausto” como “la persecución y aniquilación sistemática de más de seis millones de judíos como la principal política de Estado de la Alemania nazi y sus colaboradores entre 1933 y 1945”.

El programa de la “33ª Conferencia Anual de Especialistas en el Holocausto y las Iglesias” lo define como “el esfuerzo nazi por aniquilar a la judería europea”, y en sus páginas no hace mención alguna a los romaníes.

En febrero de 1987, el *US Holocaust Memorial Museum* organizó una conferencia titulada “Otras víctimas”, la cual incluyó un panel sobre los romaníes, pero ni uno de ellos estuvo en la organización o entre los conferencistas. En este momento (verano de 2003) no hay una representación romaní en el Consejo del Holocausto.

⁵ Bernadec, Christian. *L'Holocauste oubié*. Paris, Editions France-Empire, 1979, pág. 44.

En forma análoga, la conferencia internacional “Los roma, una minoría en Europa. Perspectivas históricas, sociales y culturales”, llevada a cabo en la Universidad de Tel Aviv en diciembre de 2002, tampoco tenía romaníes entre sus organizadores o conferencistas.

Sin embargo, sería impensable una conferencia acerca del destino de los judíos en el Holocausto sin participación hebrea. No podemos ser tratados en forma diferente.

Günther Lewy⁶ ha intentado argumentar que no sólo nuestro pueblo **no** fue parte del Holocausto, sino que nuestro destino a manos de los nazis ni siquiera calificó como un conato de acción genocida. Una postura similar ha sido tomada recientemente por Margalit.⁷

Ya en las preguntas y respuestas de una charla que di en 2001,⁸ tras mi afirmación de que los romaníes siempre fueron considerados sólo como una amenaza racial, alguien del público gritó: “¡Y nada más!”. Es esta actitud competitiva –y debo agregar, maliciosamente motivada y defensiva– la que quiero cuestionar y desafiar.

Es poco erudito y profesional, especialmente en el contexto del Holocausto, y no sirve a propósito alguno menospreciar la suerte de los romaníes. En cambio, sólo debe reflejar la maldad de aquellos que intentan hacerlo. Si el Holocausto nos enseña algo, es la preocupación por el tratamiento que reciben seres humanos a manos de otros seres humanos y la vergonzosa insensatez de odiar a otros por ser diferentes.

La relevancia actual de esto quedó clara en un editorial reciente de *The Economist*, que señaló que los romaníes en Europa están “*en el fondo de cada indicador socioeconómico: el más pobre, el más desempleado, el menos educado, el de vida más corta, el más dependiente de la seguridad social, el más encarcelado y el más segregado*”.⁹ Se pierde más energía argumentando contra aquellos que buscan distanciar a los romaníes del Holocausto que en examinar la relación entre éste y la actual condición de los primeros.

En un artículo publicado en 1996 señalé varios de los argumentos que han sido elaborados para menospreciar el *Porrajmos* u Holocausto romaní,¹⁰ enfocando uno por uno. En casi todos los casos, las declaraciones eran sencillamen-

⁶ Lewy, Günther. *The Nazi persecution of the gypsies*. Cambridge, The University Press, 2000.

⁷ Margalit, Gilad. *Germany's gypsies*. Cambridge, The University Press, 2002. Este aspecto “competitivo” es particularmente explícito en una monografía anterior de Gilad Margalit, en la cual afirmó que el “*antigitanismo y el antisemitismo son dos fenómenos muy distintos de odio étnico, diferentes en sus contenidos, dimensiones y apariencia. (...) (El) antigitanismo (...) es sólo una preocupación marginal de la extrema derecha alemana, comparada con la constante, latente y explícita preocupación respecto de los judíos y el judaísmo*”. 1996, pp. 3 y 26.

⁸ En la West Chester University.

⁹ Ledgard, Jonathan. “Europe’s spectral nation”, en *The Economist*, 12/5/01, pp. 29-31.

¹⁰ Hancock, Ian. “Responses to the Porrajmos (the Romani Holocaust)”, in Rosenbaum Alan S.;

te erróneas, como resultado de asumir que una situación había existido o no sin molestarse en verificar los registros históricos.

Varios han escrito que no hubo una “Solución Final de la Cuestión Gitana”; por ejemplo, Breitman escribió que “*cualesquiera que sean sus debilidades, la ‘Solución Final’ se aplica a un grupo único y específico, que se define por descendencia. A los nazis no se los conoce por haber hablado de la ‘Solución Final del problema polaco’, o ‘del problema gitano’*”.¹¹

No obstante, el primer documento nazi referido a “*la introducción de la solución total al problema gitano a nivel nacional o internacional*” fue bosquejado bajo la dirección del secretario de Estado Hans Pfundtner, del Ministerio del Interior del Reich, en marzo de 1936, y la primera referencia específica a “la solución final de la cuestión gitana” fue hecha por Adolf Würth, de la Unidad de Investigación de la Higiene Racial, en septiembre de 1937. La primera declaración oficial del Partido acerca de la *endgültige Lösung der Zigeunerfrage* (“solución final de la cuestión gitana”) fue emitida en marzo de 1938,¹² firmada por Himmler.

Sin entrar en lo que cínicamente ha sido llamado las “Olimpiadas del sufrimiento” –tema sobre el cual ya he expresado mis sentimientos más subjetivos en otras partes–¹³, intentaré resumir los detalles y la secuencia del accionar nazi contra los romaníes para quienes esta información es nueva.

He pagado un precio por mi franqueza y he perdido amigos y el apoyo de algunos, mientras que ciertamente he ganado el de otros. Les propongo a quienes

Charney, Israel (eds.). *Is the Holocaust unique?* New York, Westview Press, 1996, pp. 39-72. Algunos de los comentarios que he recibido incluyen: “los respectivos números totales de víctimas no pueden ser comparados”, “había campos familiares para romaníes”, “el Holocausto fue un castigo divino específicamente dirigido a los judíos”, “‘generalizar’ el Holocausto disminuye su gravedad”, “‘generalizar’ el Holocausto debilita la justificación de la existencia de Israel”, “los métodos nazis para tratar con los romaníes fueron más humanos”, “los romaníes fueron responsables de su propio maltrato”. En idioma romaní, el Holocausto es llamado “*Baro Porrajmos*”, o el “gran devorador” de vida humana.

¹¹ Breitman, Richard. *The architect of genocide. Himmler and the Final Solution*. Hannover & London, University Press of New England, 1991, pág. 20.

¹² *Reichsführer-SS-Dokument S-Kr. 1 Nr. 557/38*. En realidad, las palabras “la Solución Final de la Cuestión Gitana” aparecieron por primera vez en la página inicial del primer número de *The Journal of the Gypsy Lore Society*, en 1888, cuya pregunta era cuál es el origen del pueblo romaní, y su respuesta, el objetivo propuesto para esa nueva organización.

¹³ Hancock, Ian. “Gypsies, Jews and the Holocaust”, en *Shmate. A journal of progressive Jewish thought*. Nº 17, 1987, pp. 6-15; Hancock, Ian. “Uniqueness of the victims. Gypsies, Jews and the Holocaust”, en *Without prejudice: International review of racial discrimination*. Nº 1 (2), 1988, pp. 45-67; Hancock, Ian. “Gypsy history in Germany and neighboring lands. A chronology”, en Crowe, David; Kolsti, John (eds.). *The Gypsies of Eastern Europe*. Armonk, E. C. Sharpe, 1989, pp. 11-30; Hancock, Ian. “The roots of antigypsyism. To the Holocaust and after”, en Colijn, Jan; Hancock, Ian; Sachs Littell, Marcia (eds.). *Confronting the Holocaust. A mandate for the 21st century*. Lanham, University Press of America, 1997, pp. 19-49; Hancock, Ian. “Downplaying the Porrajmos. The trend to minimize the Romani Holocaust”, en *Journal of Genocide Research*. Nº 3 (1), 2000, pp. 56-63 y la nota 8.

se han vuelto en mi contra que hagan una profunda revisión en sus corazones y se pregunten por qué –realmente por qué– lo han hecho, si nada de lo que he escrito ha sido fabricado ni escrito con un propósito malicioso.

Si bien es verdad que toda la retórica ‘minimizante’ se origina en algunos autores judíos, debo apresurarme en aclarar que la mayoría de los argumentos en **apoyo** del caso de los romaníes también nace de especialistas hebreos. De hecho, casi la totalidad de las investigaciones sobre el Holocausto romaní es de judíos. A pesar de los negadores, los hebreos son prácticamente los únicos amigos que tenemos, y lo reconocemos.

Las razones del antigitanismo son complejas, y son el resultado de varios factores diferentes que concurren al mismo tiempo. Lo he explicado más en detalle en otro ensayo,¹⁴ pero –en síntesis– son: a) los primeros romaníes que llegaron a Europa lo hicieron al mismo tiempo de –y debido a– la conquista turcotaomana del imperio cristiano-bizantino, y por consiguiente, también fueron percibidos como una amenaza; b) los romaníes son una población no blanca, no cristiana y extranjera; c) los romaníes nunca han reclamado un territorio geográfico, ni han tenido economía, milicia o gobierno; d) su cultura mantiene un estricto límite social entre los romaníes y el mundo no romaní.

Estas resultaron en métodos excesivamente bárbaros de control desde el mismo momento de su llegada a Europa, a finales del siglo XIII, los cuales incluyeron el asesinato y la tortura, la expulsión y la esclavitud. Sin embargo, la mayor tragedia acontecida a la población romaní europea –aun mayor que los cinco siglos y medio de esclavitud en Rumania– fue el intento por erradicarla, como parte del plan nazi de tener una tierra ‘libre de gitanos’. Si bien no fue la primera resolución gubernamental para exterminar romaníes (el emperador germano Karl VI había emitido tal orden en 1721), fue –por lejos– la más devastadora, destruyendo –finalmente– a más de la mitad de la población romaní en la Europa ocupada por los nazis. Los romaníes fueron la otra –además de los judíos– única población señalada para su exterminio por motivos étnico-raciales, siguiendo las instrucciones de la “Solución Final”.

Cuando los nazis llegaron al poder, en 1933, las leyes alemanas contra los romaníes ya habían estado vigentes por centenares de años. La persecución del pueblo romaní empezó casi ni bien arribaron a las tierras germanoparlantes porque, como forasteros, estaban –sin saberlo– rompiendo las leyes anseáticas, que penaba el no tener casa o trabajo permanente, ni estar en el registro de contribuyentes. También fueron acusados de ser espías de los musulmanes, a quienes pocos alemanes habían visto alguna vez, pero sobre quienes habían oído muchas historias aterradoras. No era ilegal matar a un romaní, y a veces había ‘carcerías de gitanos’, en las cuales los romaníes eran atrapados y asesinados como

¹⁴ “The roots of antigypsism...”, op. cit., pp. 19-49.

animales salvajes. Los bosques eran quemados para obligar a salir a cualquier romaní que pudiera haber estado escondido allí.

Hacia el siglo XIX, especialistas en Alemania y otras partes de Europa escribieron acerca de los romaníes y los judíos como seres inferiores y “*el excremento de la humanidad*”.¹⁵ Incluso Darwin, en 1871, señaló a nuestras dos poblaciones como no “*culturalmente avanzadas*”, como otros pueblos “*asentados territorialmente*”.¹⁶ Esto cristalizó en actitudes específicamente racistas en los escritos de Dohm, Hundt-Radowsky, Knox, Tetzner, Gobineau, Ploetz, Schallmeyer y otros.¹⁷

Hacia 1880, el canciller Von Bismarck reforzó algunas de las leyes discriminatorias estableciendo que los romaníes debían recibir un trato “especialmente severo” si eran aprehendidos.

Alrededor de 1890, en Swabia, se dictó una conferencia sobre “La escoria gitana” (“*Das Zigeunergescheiß*”), en la cual el ejército recibió plena autoridad para limitar el desplazamiento de los romaníes.

En 1899, el inglés Houston Chamberlain, yerno del compositor Richard Wagner, escribió el libro *Los fundamentos del siglo XIX*, en el cual abogaba por la construcción de una “*raza aria nuevamente concebida (...) y (...) especialmente digna*”.¹⁸ Esto fue usado para justificar la promoción de ideas acerca de la superioridad racial germana y para cualquier acción opresiva tomada contra miembros de poblaciones ‘inferiores’.

Ese mismo año fue creada, en Munich, la “Agencia de Información Gitana”, dirigida por Alfred Dillmann, quien comenzó catalogando datos sobre todos los romaníes en tierras germanas. Estos resultados fueron publicados en 1905, en el trabajo de Dillmann *Zigeuner-Buch*,¹⁹ que sentó las bases de lo que le ocurriría a nuestro pueblo en el Holocausto, treinta y cinco años después.

¹⁵ Esta frase, usada por Tetzner, está documentada en Hehemann, Rainer. *Die “Bekämpfung des Zigeunerunwesens” im Wilhelminischen Deutschland und in der Weimarer Republik. 1871-1922*. Frankfurt, Haag & Herschen, 1987, pp. 99, 116 y 127; Wippermann, Wolfgang. *Das Leben in Frankfurt zur NS-Zeit. Die Nationalsozialistische Zigeunerfervolgung*. Frankfurt, Kramer, 1986, pp. 57-58. Nótese que, en Alemania, la población romaní se llama a sí misma *sinti* y que la palabra “*zigeuner*” es el equivalente alemán de “gitano” y debe ser evitada.

¹⁶ Darwin, Charles. *Die Abstammung des Menschen und die Geschlechtliche Zuchwahl*. Stuttgart, Scheitzerbartsche Verlag, 1871, pág. 63.

¹⁷ Dohm, Christian Wilhelm. *On the civic improvement of the Jews*. Stuttgart, 1781; Hundt-Radowsky, Hartwig von. *Der Judenspiegel*. Munich, 1819; Knox, Robert. *The races of men*. London, 1850; Gobineau, Arthur. *L'inégalité des races humaines*. Paris, 1855. Plötz, Alfred. *Grundlinie einer Rassenhygiene. Die Thchtigkeit unsrer Rasse und der Schutz der Schwachen*. Berlin, 1895. Schallmeyer, Wilhelm. “Einführungen in die Rassenhygiene”, en Weichardt, Wilhelm (ed.). *Ergebnisse der Hygiene*. Berlin, 1917. Este último argumenta en favor del apareamiento regulado de hombres y mujeres alemanes de “calidad genética conveniente” y de la eutanasia de los de herencia inferior. (Op. cit., Vol. 2, pág. 455.)

¹⁸ Chamberlain, Houston S. *Die Grundlagen des Neunzehnten Jahrhunderts*. Leipzig, 1899.

¹⁹ Dillmann, Alfred. *Zigeuner-Buch*. Munich, Wildsche, 1905.

Zigeuner-Buch tiene unas 350 páginas, en tres partes. Primero, una introducción que declaraba que los romaníes eran una “*plaga*” y una “*amenaza*” contra la cual la población alemana debía defenderse usando “*cruelles castigos*”, y que advertía de los peligros de mezclar los genes romaníes y alemanes. La segunda parte era un registro de todos los romaníes conocidos, con detalles genealógicos y el prontuario criminal si existía, y la tercera parte era una colección de fotografías de esa gente. Las ideas de Dillmann sobre la “mezcla de razas” después se convirtieron en la parte central de las Leyes de Nüremberg, en la Alemania nazi.

En 1920, un psiquiatra, Karl Binding, y un juez, Alfred Hoche, publicaron el libro *La erradicación de vidas indignas de vivirse*,²⁰ usando una frase que casi sesenta años antes acuñara Richard Liebich en referencia específica a los romaníes,²¹ y –poco después– empleara, otra vez para referirse específicamente a los romaníes, Rudolf Kulemann.²² Entre los tres grupos “*indignos de vida*” estaban los “*enfermos mentales incurables*”, y era a este grupo al que se consideraba que pertenecían los romaníes. La eutanasia y, particularmente, la no reproducción a través de la esterilización eran temas que –en aquel momento– recibían un trato digno de atención en los Estados Unidos; los programas nazis fueron una extensión de las investigaciones norteamericanas.²³ Sólo cuatro meses después de que Hitler se volvió canciller del Tercer Reich fue sancionada una ley que incorporaba la frase “*vidas indignas de vivirse*”.

La percibida “criminalidad” romaní fue vista como una enfermedad de transmisión genética, aunque no se tomaron en cuenta los siglos de exclusión de los romaníes de la sociedad alemana, que hicieron del robo para el sustento una necesidad para sobrevivir. Los “crímenes” enumerados en *Zigeuner-Buch* son casi exclusivamente intrusiones ilegales y robo de comida.

En la década de 1920, la opresión legal de los romaníes en Alemania se intensificó considerablemente, a pesar de que las leyes oficiales de la República de Weimar decían que todos los ciudadanos eran iguales.

En 1920 se les vedó el ingreso a parques y baños públicos, y en 1925 se realizó una conferencia sobre “La cuestión gitana” que resultó en la creación de leyes exigiendo que los romaníes desempleados fueran enviados a campos de trabajo “*por razones de seguridad pública*” y todos los romaníes fuesen registrados por la policía. A partir de 1927, todos –aun los niños– debían llevar tarjetas de identificación, que incluían sus huellas digitales y fotografías.

²⁰ Binding, Karl; Hoche, Alfred. *Die Freigabe der Vernichtung Lebensunwerten Lebens*. Leipzig, Felix Meiner, 1920.

²¹ Liebich, Richard. *Die Zigeuner in ihrem Wesen und ihre Sprache*. Leipzig, Brockhaus, 1863.

²² Kulemann, Rudolf. “Die Zigeuner”, en *Unserer Zeit*. Nº 5 (1), 1869, pp. 843-871.

²³ Un excelente resumen de esto puede encontrarse en Stone, Daniel. *Breeding Superman. Nietzsche, race and eugenics in interwar Britain*. Liverpool, The University Press, 2002.

En 1929, se estableció, en Munich, la Oficina Central para el Combate contra los Gitanos en Alemania, y en 1933, sólo diez días antes de la llegada de los nazis al poder, funcionarios gubernamentales, en Burgenland (Austria), llamaron a la anulación de todos los derechos civiles del pueblo romaní.

En septiembre de 1935, los romaníes quedaron involucrados en las restricciones de las Leyes de Nüremberg para la Protección de la Sangre y el Honor Germanos, que prohibía los matrimonios entre alemanes y “no arios”, específicamente judíos, romaníes y afrodescendientes.

En 1937, la Ley de Ciudadanía Nacional relegó a romaníes y judíos al estatus de ciudadanos de segunda clase, privándolos de sus derechos cívicos. También en 1937, Heinrich Himmler emitió el decreto “La lucha contra la plaga gitana”, que reiteraba que los romaníes de sangre mixta eran los más propensos a involucrarse en la actividad criminal y requería que toda información sobre romaníes fuese enviada desde los departamentos regionales de Policía a la Oficina Central del *Reich*.

En su libro publicado en 1943, los sociólogos daneses Erik Bartels y Gudrun Brun repitieron esta postura, evidentemente ignorantes de que la esterilización de los romaníes ya estaba llevándose a cabo desde hacía una década:

*Los gitanos puros no presentan grandes problemas, si sólo comprendiéramos que su mentalidad no les permite insertarse en una sociedad general ordenada (...). Los gitanos mestizos causan dificultades considerablemente grandes. (...) (nada bueno) sale de la cruce entre un gitano y una persona blanca (...). Alemania actualmente está contemplando la introducción de disposiciones de esterilización para esas familias.*²⁴

Llamar plaga o enfermedad a una población en lugar de reconocerla como parte de la familia humana es una técnica utilizada para deshumanizarla y distanciarla de la sociedad. Tales términos fueron constantemente utilizados en el Tercer *Reich* para referirse a judíos y romaníes, en un esfuerzo por insensibilizar a la población general acerca del incremento en la rudeza en el trato impartido en su contra; después de todo, las plagas y enfermedades necesitan ser erradicadas. De modo perturbador, este idioma aún está entre nosotros: en 1992, el *Badische Zeitung* tituló “¡Una pura enfermedad, estos gitanos!”.²⁵

Entre el 13 y el 18 de junio de 1938 tuvo lugar en toda Alemania “La semana de la limpieza de gitanos” (“*Zigeunerauf-räumungswoche*”, también llamada “*Aktion Arbeitschau Reich*” y “*Bettlerwoche*” en la documentación), la cual —como la “*Kristallnacht*” para el pueblo judío ese mismo año— señaló el co-

²⁴ Bartels, Erik; Brun, Gudrun. *The Gipsies in Denmark*. Copenhagen, Munksgaard, 1943, pág. 5.

²⁵ *Badische Zeitung*, 28/8/92.

mienzo del fin. Se envió un claro mensaje al público en general en relación a ambas poblaciones: no habría penalización para el maltrato de judíos y romaníes, ya que la propia institución que debía salvaguardar la sociedad alemana –la Policía– así lo estaba haciendo abiertamente.

También en 1938 apareció la primera publicación partidaria referida a “La Solución Final de la Cuestión Gitana” (*die endgültige Lösung der Zigeunerfrage*), en un documento fechado el 24 de marzo, y fue repetida en una orden promulgada por Himmler el 8 de diciembre de ese año y anunciada públicamente en el *NS Rechtsspiegel* el 21 de febrero.

Así, en el *Auschwitz memorial book* hallamos que “la resolución final, como fue formulada por Himmler en su ‘Decreto con regulaciones básicas para resolver la cuestión gitana como lo requiere la naturaleza de la raza’, del 8 de diciembre de 1938, significó estaban por comenzar los preparativos para la **exterminación total** de los sinti y los roma”.²⁶

También en 1938, Himmler publicó sus criterios para la evaluación biológica y racial, los cuales determinaron que fuera investigado el origen de cada familia romaní hasta tres generaciones atrás. La motivación racial de los nazis para exterminar a los romaníes es clara a partir del hecho que incluso señalaron a las personas semejantes a los romaníes, sin arriesgarse a que la población germana sea contaminada con sangre romaní. Kenrick escribe:

*En general, una persona con un abuelo judío no se veía afectado por la legislación nazi antijudía, mientras que un octavo de “sangre gitana” era considerada lo suficientemente fuerte como para prevalecer sobre siete octavos de sangre germana; así de peligrosos eran considerados los gitanos.*²⁷

Este era un criterio dos veces más estricto que el que determinaba quién era judío; si hubiesen aplicado éste a los romaníes, casi 20.000 habrían escapado de la muerte.

El 16 de diciembre de 1941, Himmler emitió la orden de capturar romaníes a lo largo de Europa Occidental y deportarlos a Auschwitz-Birkenau para su exterminio.

En 1939, Johannes Behrendt, de la Oficina de Higiene Racial, emitió una breve declaración que decía: “*Todos los gitanos deben ser tratados como hereditariamente enfermos; la única solución es la eliminación. Por lo tanto, el objetivo debe ser la eliminación sin vacilaciones de este elemento defectuoso de la población.*”²⁸

²⁶ State Museum of Auschwitz-Birkenau (SMAB). *Auschwitz memorial book. The Gypsies at Auschwitz-Birkenau*. Munich, K. G. Saur, 1993, pág. xiv. El resaltado es propio.

²⁷ Kenrick, Donald. *Historical dictionary of the Gypsies (Romanies)*. Lanham, The Scarecrow Press, 1998, pp. 74-75.

²⁸ Behrendt, Johannes. “Die Wahrheit über die Zigeuner”, en *NS-Partei Korrespondenz*. N° 10, 1939, pág. 3.

En enero de 1940 se llevó a cabo la primera acción genocida de masas del Holocausto, cuando 250 niños romaníes de Brno fueron asesinados en Buchenwald, donde fueron utilizados como conejillos de India para probar la eficacia de los cristales de gas de cianuro “Zyklon-B”, que más tarde serían utilizados en las cámaras de gas.²⁹

En junio de 1941, Hitler ordenó la exterminación de todos los judíos, romaníes y funcionarios políticos comunistas de toda la Unión Soviética. Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich y principal arquitecto organizacional de la “Solución Final” nazi, ordenó a los *Einsatzkommandos* matar a todos los judíos, romaníes y enfermos mentales, aunque —hasta ahora— no ha sido hallada toda la documentación con los detalles completos relacionados a judíos y romaníes.

Müller-Hill escribe:

*Heydrich, a quien se le encargó la “Solución Final de la Cuestión Judía” el 31 de julio de 1941, poco después de la invasión alemana a la URSS, también incluyó a los gitanos en su “solución final” (...). El oficial superior de las SS y jefe de Policía para el Este, en Riga, Dr. Landgraf, informó al hombre de Rosenberg y comisario del Reich para el Este, Lohse, de la inclusión de los gitanos en la “solución final”. Acto seguido, Lohse dio la orden, el 24 de diciembre de 1941, de que los gitanos debían recibir el mismo tratamiento que los judíos.*³⁰

Posteriormente, Burleigh y Wippermann escribieron:

El 21 de septiembre de 1939 tuvo lugar, en Berlín, una conferencia sobre política racial organizada por Heydrich, en la cual pudo haberse decidido una “Solución Final” de la “Cuestión Gitana”. De acuerdo a las escasas minutas que han sobrevivido, se adoptaron cuatro temas: la concentración de los judíos en ciudades, su relocalización en Polonia, el traslado de 30.000 gitanos a Polonia y la deportación sistemática de judíos hacia los territorios incorporados a Alemania usando trenes de carga. El 17 de octubre de 1939 fue enviada una carta urgente de la Oficina de Seguridad del Reich hacia sus agentes locales, mencionando que la “Cuestión Gitana pronto será regulada en todo el territorio del Reich” (...). En aquel momento, Adolf Eichmann recomendó que la ‘Cuestión Gitana’ sea resuelta simultáneamente con la ‘Cuestión Judía’ (...). El 16 de diciembre de 1942, Himmler firmó la orden despachando a los Sinti y

²⁹ Emil, Proester. *Vrazdní cs. Cikánu v Buchenwaldu*. Documento n° ÚV CSPB-K-135 de los Archivos de Combatientes contra el Fascismo. Prague, 1940.

³⁰ Müller-Hill, Benno. *Murderous science. Elimination by scientific selection of Jews, Gypsies and others. 1933-1945*. Oxford, The University Press, 1988, pp. 58-59.

*Roma alemanes a Auschwitz. La “Solución Final” de la “Cuestión Gitana” había comenzado.*³¹

La orden de Himmler establecía que “*todos los gitanos sean deportados hacia el Zigeunerlager*³² *en el campo de concentración de Auschwitz, debido a su grado de impureza racial*”. El *Memorial Book* para los romaníes que murieron en Auschwitz-Birkenau también dice:

*El decreto de Himmler del 16 de diciembre de 1942 (Auschwitz-Erlass), de acuerdo al cual los gitanos debían ser deportados a Auschwitz-Birkenau tiene el mismo sentido para los gitanos que la conferencia de Wannsee, del 20 de enero de 1942, para los judíos. Este decreto –y el boletín que le siguió, el 29 de enero de 1943– puede, de este modo, ser entendido como una consecuencia lógica de la decisión tomada en Wannsee. Después que había sido decidida que la suerte de los judíos era terminar en la exterminación masiva era natural que el otro grupo de personas racialmente perseguidas, los gitanos, se volvieran víctimas de la misma política, la cual finalmente incluyó hasta soldados de la Wehrmacht.*³³

En un artículo presentado en Washington, en 1987, en una conferencia sobre el destino de las víctimas no judías del Holocausto patrocinado por el *US Holocaust Memorial Council*, la doctora Erika Thurner, del *Institut für Neuere Geschichte und Zeitgeschichte* de la Universidad de Linz, planteó que:

El infame decreto Auschwitz de Heinrich Himmler, del 16 de diciembre de 1942, puede ser visto como la fase terminal de la solución final de la cuestión gitana. El decreto sirvió de base para la exterminación completa. De acuerdo a las instrucciones para su implementación, de 1943, todos los gitanos –independientemente de su mezcla racial– serían destinados a campos de concentración. El campo de concentración para familias gitanas en Auschwitz-Birkenau fue previsto como su destino final (...). Opuesto al hecho que la decisión de buscar una solución final para la cuestión gitana llegó en una fecha posterior a la de la cuestión judía, los primeros pasos para exterminar a los gitanos fueron dados antes de esta decisión política.

³¹ Burleigh, Michael; Wippermann, Wolfgang. *The racial state. Germany. 1933*. Cambridge, The University Press, 1991, pp. 121-125.

³² Campo de gitanos.

³³ SMAB, op. cit., pág. 3, nota 23.

Esta orden parece haber sido el resultado de una decisión directa del propio Hitler.³⁴ Breitman reprodujo el comunicado emitido por el comandante de la Policía de Seguridad, Bruno Streckenbach, luego de una reunión política con Hitler y Heydrich realizada en Pretsch, en junio de 1941: “*El Führer ha ordenado la liquidación de todos los judíos, gitanos y funcionarios políticos comunistas en todo el área de la Unión Soviética*”.³⁵

El oficial de las SS Percy Broad, quien trabajó en la división política en Auschwitz y participó directamente en el asesinato de varios miles de prisioneros, escribió en sus memorias, veinticinco años después, que “*fue la voluntad del todopoderoso Reichsführer Adolf Hitler hacer desaparecer a los gitanos de la faz de la tierra*”.³⁶

El 14 de septiembre de 1942, en un encuentro partidario con Joseph Goebbels, el *Reichsminister* de Justicia, Otto Thierack, anunció que “con respecto a la exterminación de formas de vida antisociales, el doctor Goebbels es de la opinión que judíos y gitanos deben ser –sencillamente– eliminados”.

El ex general de las SS Otto Ohlendorf dijo ante el tribunal militar de posguerra de Núremberg que, en las campañas de asesinato, “no había diferencia entre judíos y gitanos”.

El 4 de agosto de 1944, unos 2.900 romaníes fueron gaseados y cremados en Auschwitz-Birkenau en un solo acto, que es recordado como *Zigeunernacht*.³⁷

No ha sido fácil determinar el porcentaje o el número de romaníes que murieron en el Holocausto.

Bernard Streck señaló que “*cualquier intento de expresar en términos numéricos a las víctimas romaníes (...) no puede ser verificado por medio de listas o ficheros o archivos de los campos. La mayoría de los gitanos murió en el este o el sur de Europa, fusilados por las tropas de ejecución o por miembros de bandas fascistas*”.³⁸

³⁴ Milton, Sybil. “Nazi policies towards Roma and Sinti 1933-1945”, en *Journal of the Gypsy Lore Society*. 5ª serie. Vol. 2 (1), 1992, pp. 1-18.

³⁵ Breitman, R., op. cit., pág. 164.

³⁶ Broad, P., oo. cit., nota 2.

³⁷ Czech, Danuta; Laqueur, Walter. *Auschwitz chronicle. 1939-1945*. New York, Holt, 1979. Un sobreviviente judío de Auschwitz que hoy vive en Los Angeles recordó la *Zigeunernacht* y recientemente reveló que los nazis les dijeron a los hombres romaníes que si accedían a combatir por Alemania en el frente ruso les perdonarían su vida y las de sus familiares. Accedieron, fueron separados de sus mujeres y niños, y los fusilaron. Casi todos los gaseados a continuación fueron mujeres y niños romaníes. El propósito de hacer –como Ulrich König lo clarificó en su *Sinti und Roma unter dem Nationalsozialismus* (Bochum, Brockmeyer Verlag, 1989, pp. 129-133)– que las familias romaníes fuesen erradicadas juntas se volvió completamente inmanejable para los guardias. Para una discusión adicional ver Hancock, I., op. cit., pág. 50, nota 8.

³⁸ Rakelmann, G. A. (ed.). *Loseblattsammlung für Unterricht und Bildungsarbeit*. Freiburg im Breisgau, 1979.

Mucha de la documentación nazi aún debe ser analizada, y –como insinúa Streck– muchos asesinatos no fueron registrados, ya que tuvieron lugar en los campos y bosques donde los romaníes fueron arrestados. No hay datos precisos acerca de la población romaní de preguerra en Europa, aunque el censo oficial del Partido Nazi, de 1939, la estimó en unos dos millones, ciertamente una subrepresentación.

Con relación a los números, König dice:

La cifra de medio millón de Sinti y Roma asesinados entre 1939 y 1945 es demasiado baja para ser sostenida; por ejemplo, en la Unión Soviética, muchos de los muertos romaníes fueron enumerados con rótulos inespecíficos como “Liquidierungsübrigen” (saldo a ser liquidado), “parásitos” y “partisanos” (...). El número definitivo de los muertos Sinti y Roma nunca podrá ser determinado. No conocemos con precisión cuántos fueron encerrados en campos de concentración; no todos los campos de concentración produjeron material estadístico. Por otra parte, los Sinti y Roma –a menudo– eran anotados bajo el encabezado de “saldo a ser liquidado” y no aparecen en las estadísticas de gitanos.³⁹

En los territorios orientales, especialmente en Rusia, los romaníes asesinados –a veces– fueron clasificados en los registros en la categoría “Judíos muertos”. El *Memorial Book* también trata la forma en que los romaníes fueron asesinados:

A diferencia de los judíos –la abrumadora mayoría de los cuales fue asesinada en las cámaras de gas de Birkenau, Belzec, Treblinka y los otros campos de exterminio masivo–, los gitanos, fuera del Reich, fueron masacrados en muchos lugares; a veces, sólo unos pocos; y otras, por centenares. Solo en el Generalgouvernement (los territorios orientales) se conocen 150 lugares de matanzas gitanas. La investigación sobre el Holocausto judío puede cuenta comparar los censos anterior y posterior a la guerra para ayudar a determinar el número de víctimas en los países involucrados. Sin embargo, esto no es posible para los gitanos, ya que sólo rara vez eran incluidos en los censos nacionales. Por consiguiente, es una tarea imposible encontrar el número real de víctimas gitanas en Polonia, Yugoslavia, la Rutenia blanca y Ucrania, los lugares que quizá tuvieron las mayores cantidades de víctimas.⁴⁰

El cálculo realizado, en 1997, por el doctor Sybil Milton, entonces historiador principal del *US Holocaust Memorial Research Institute* (Instituto de Inves-

³⁹ König, U., op. cit., pp. 87-89, nota 33.

⁴⁰ SMAB, op. cit., pág. 2.

tigación del Memorial del Holocausto de EE.UU.), de Washington, estimó el número de vidas romaníes perdidas hasta 1945 en “entre medio millón y un millón y medio”.⁴¹ Significativamente, la misma cifra apareció, otra vez, en noviembre de 2001, en un informe de la *International Organization for Migration* (Organización Internacional para la Migración), una institución creada para localizar y compensar a víctimas romaníes, sobrevivientes del Holocausto. El informe establece que “investigaciones recientes indican que más de 1,5 millones de roma perecieron durante la era nazi”.⁴²

Ciertamente es un hecho que las entrevistas, realizadas en los últimos cuatro años, por personal romaní especializado que ha obtenido testimonios de primera mano de demandantes de toda Europa central y oriental, han aportado sorprendentes revelaciones sobre este tema: el número de sobrevivientes romaníes es muy superior a cualquier estimación previa. Por extrapolación y a partir de los relatos de testigos oculares documentados recientemente, el número de romaníes que perecieron a manos de los nazis también ha sido groseramente subestimado. Eventualmente, estas cifras corregidas encontrarán su lugar en el registro público.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el registro de Alemania con respecto al pueblo romaní ha sido menos que ejemplar. Nadie fue llamado a testificar en nombre de las víctimas romaníes en los Juicios de Núremberg, y nunca se han pagado indemnizaciones por crímenes de guerra a los romaníes como pueblo. Hoy, la actividad neonazi en muchas partes de Europa central y oriental hace de los romaníes su principal blanco de violencia racial.

Kenrick resumió muy bien la situación posterior a 1945:

En los primeros años posteriores al final de la dominación nazi de Europa, la comunidad gitana estuvo desorganizada. Las pequeñas entidades educativas y culturales (romaníes) que existían antes de 1939 habían sido destruidas. La estructura familiar fue rota con la muerte de las personas mayores, los guardianes de las tradiciones. Mientras, en los campos, los gitanos no habían podido mantener sus costumbres –la Romanía– respecto de la preparación de la comida y el lavado de la ropa. Ellos resolvieron los problemas psicológicos no hablando acerca del tiempo en los campos. No podían contar su propia historia ya que sólo un pequeño número de gitanos podía leer o escribir. Pero tampoco éstos tenían voluntad de contar sus historias a otros, y pocos estaban interesados, de todos modos. En los muchos libros escritos describiendo el período nazi

⁴¹ Latham, Judith. “First US conference on Gypsies in the Holocaust”, en *Current Affairs Bulletin*. Nº 3-23928. Washington, Voice of America, 1995.

⁴² Heine, Marie-Agnes. *Roma victims of the Nazi regime may be entitled to compensation*. Geneva, International Organization for Migration-Office of Public Information, 2001, pág. 1.

y la persecución de los judíos, generalmente los gitanos aparecen como una nota al pie o una pequeña sección.⁴³

Martin Clayton ha hecho observaciones similares:

A diferencia de los judíos, cuya experiencia en el Holocausto dio nacimiento a una renovada militancia política y una ráfaga de furiosa creatividad, los gitanos fueron acallados cuando la guerra llegó a su fin. Su circunspección se debió –en gran medida– a la eficiencia de la maquinaria nazi de la muerte. Los más claros, integrados y jóvenes escritores, oradores, actores y soñadores que produjeron los roma de la preguerra fueron enterrados en fosas comunes a través de Europa central y oriental. Hacia el final de la guerra, los roma europeos eran un pueblo decapitado que buscaba a alguien que les ayudara a explicarse lo que había ocurrido. En cambio, fueron recibidos con un muro de silencio y miradas en blanco por parte de las autoridades. Ninguna indemnización, ninguna disculpa, ninguna película u obra de teatro sobre su situación, ninguna tierra nueva para establecerse y defender.⁴⁴

Aún tenemos un largo camino por recorrer tanto para nuestra comprensión del *Porrajmos* como para alcanzar su propio reconocimiento en el aula; el incluir una sección acerca del *Porrajmos* debe ser visto como esencial en todo programa de estudios romaní y del Holocausto. Uno de esos cuadernillos, *Facing History and Ourselves Organization's Holocaust Resource Book*,⁴⁵ enumera sólo cinco páginas en el índice “Sinti y Roma”, pero dieciocho de “Armenios” –quienes no fueron víctimas del Holocausto–, mientras que la pregunta a continuación de la sección sobre los romaníes –que consiste, únicamente, en una cita del libro *Las otras víctimas*, de Ina Friedman–⁴⁶ interroga cuáles son las “*notables diferencias*” en el trato a los romaníes y a los judíos. Nuestra historia debe ser presentada en su propio contexto y no como corolario de la de otro pueblo.

Un argumento que, a veces, se presenta es que los romaníes simplemente no preocupaban a los nazis; hemos sido llamados una “*ocurrencia tardía*” en la política nazi, incluso una mera “*irritación menor*”.⁴⁷ Esto no es justo ni verdadero, y las declaraciones que han sido publicadas sobre los romaníes, de haber

⁴³ Kenrick, D., op. cit., pág. 4.

⁴⁴ Clayton, Martyn. *Roma. A people on the edge*. Braiswick, Felixstowe, 2002, pág. 110.

⁴⁵ *Resource book. Holocaust and human behavior. The facing history and ourselves national foundation*. Brookline, 1994.

⁴⁶ Friedman, Ina. *The other victims. First-person stories of non-Jews persecuted by the Nazis*. Boston, Houghton-Mifflin, 1990.

⁴⁷ Bauer, Yehuda. “Gypsies”, en Gutman, Israel; Berenbaum, Michael (eds.). *Anatomy of the Auschwitz death camp*. Bloomington, Indiana University Press, 1994, pp. 441-455.

sido hechas acerca de los judíos, habrían sido inmediatamente condenadas por antisemitas. A algunas de ellas probablemente se les pueda dar la razón por el hecho que nuestro pueblo era –por lejos– muy inferior en número, era mucho más fácilmente identificado y eliminado, y ya había sido blanco de políticas discriminatorias aun antes de que Hitler llegara al poder. No requería mucho esfuerzo por parte de los nazis para localizar y destruir a una población que no tenía a alguien que se pusiera de su lado.

Haberer agrega:

(Respecto) de la persecución de gitanos debemos señalar que su situación iguala a la de los judíos. Su liquidación fue parte integrante de la agenda nazi para erradicar la “vida sin valor”. Inserto en el Holocausto per se, el genocidio de los Roma en el Este permanece –en su mayor parte– como una historia no contada. De alguna forma, su victimización fue practicada aún más despiadadamente porque no tenían “valor económico” y tradicionalmente fueron considerados como un pueblo con una particular inclinación asocial y criminal (y) más extraño en apariencia, cultura y lenguaje.⁴⁸

Frente a todo esto y volviendo al problema de la motivación racial del exterminio, podemos añadir la conclusión de la historiadora del Holocausto austriaca Erika Thurner, quien escribió

Judíos y gitanos fueron igualmente afectados por las teorías y las medidas raciales de los tiranos nazis. La persecución de los dos grupos se llevó a cabo con la misma intensidad y crueldad radical. El genocidio judío recibió la máxima prioridad en el planeamiento y ejecución, debido al diferente estatus social de los judíos y también por su mayor número. Debido a su cantidad más pequeña, los Roma y Sinti fueron un problema “secundario” para los nazis.⁴⁹

Los Naciones Unidas nada hicieron por ayudar a los romaníes durante o después del Holocausto, ni –lamentablemente– los romaníes fueron mencionados en alguna parte de la documentación del *US War Refugee Board*. Todo esto es más enigmático dado que su situación ya era conocida por el Tribunal de Crímenes de Guerra de Washington en 1946, dado que sus archivos contienen el texto de la reunión entre el ministro de Justicia Otto Thierack y Josef Goebbels, el 14 de septiembre de 1942, quienes llanamente declaran que:

⁴⁸ Haberer, Eric. “The second sweep. Gendarmerie killings of Jews and Gypsies on January 29th, 1942”, en *Journal of Genocide Research*. Nº 3 (2), pp. 207-218.

⁴⁹ Thurner, Erika. *National Socialism and Gypsies in Austria*. Chicago, The University Press, 1998, pág. xvi.

Con relación a la destrucción de la vida asocial, el doctor Goebbels es de la opinión que los siguientes grupos deben ser exterminados: los judíos y los gitanos, incondicionalmente; los polacos que hayan cumplido una condena de 3 a 4 años de servidumbre penal, y los checos y los alemanes condenados a muerte (...). La idea de exterminarlos mediante el trabajo es la mejor.⁵⁰

No obstante, la situación está mejorando gradualmente. En la propia Alemania, el manual y el CD Rom sobre educación acerca del Holocausto preparado para maestros y publicada por la Oficina de Prensa e Información del gobierno federal en 2000 deja en claro que:

La investigación histórica reciente en los Estados Unidos y Alemania no respalda el argumento convencional que los judíos fueron las únicas víctimas del genocidio nazi. En verdad, el asesinato de judíos por los nazis difiere de otros asesinatos nazis de prisioneros políticos y opositores extranjeros porque estaba basado en un fundamento genético del origen de las víctimas y no en su conducta. El régimen nazi aplicó una consecuente y completa política de exterminio basada en la herencia genética sólo contra tres grupos de seres humanos: los discapacitados congénitos, los judíos y los Sinti y Roma (“gitanos”). Los nazis asesinaron multitudes, incluyendo a opositores políticos y religiosos, miembros de la resistencia, las élites de naciones conquistadas y homosexuales, pero siempre basó estos asesinatos en la creencia, acciones y estatus de esas víctimas. El criterio diferente sólo se aplicó al asesinato de los discapacitados, los judíos y los “gitanos”. Los miembros de estos grupos no podían escapar a su destino cambiando su conducta o creencia. Ellos fueron seleccionados sólo por existir.⁵¹

⁵⁰ USGPO. *War Crimes Tribunal File No. 682-PS, Volume 3: Nazi conspiracy and aggression*. Washington, The U.S. Government Printing Office, 1946, pág. 496. El destacado es propio. El entonces fiscal titular del tribunal Benjamín B. Ferencz, fundador del *Pace University's Peace Center* de New York, recomendó que la *U.S. War Refugee Board* no incluyera a los romaníes en sus pagos de compensación a sobrevivientes, los cuales sumaron varios centenares de millones de dólares. “Gitanos” no fue mencionado en su documentación, y hasta la fecha, el señor Ferencz no ha contestado a los varios pedidos de aclaración.

⁵¹ Heye, Uwe-Karsten; Sartorius, Joachim; Bopp, Ulrich (eds.). *Learning from History. The Nazi era and the Holocaust in German education*. Berlin, Press and Information Office of the Federal Government, 2000, pág. 14.

**Prof. Abraham
Zylberman**

Docente de Historia
e Historia judía,
especializado en
estudios de la Shoá.

La “Noche de los Cristales”: cerrando el cerco...

El año 1938 fue decisivo en las condiciones de vida de los judíos alemanes.

Luego de la anexión de Austria, en marzo, la política antijudía comenzó a implementarse allí con mayor brutalidad, dado que en poco tiempo debieron entrar en vigencia normas que en la propia Alemania habían demorado cinco años.

Entre las medidas tomadas encontramos la declaración obligatoria de los bienes de los judíos, paso previo a las confiscaciones masivas (20 de abril); la imposición de agregarse los nombres “Israel”, el varón, o “Sara”, la mujer (18 de agosto); la eliminación de las excepciones que favorecían a los abogados excombatientes (27 de septiembre); el sellado de los pasaportes y documentos de identidad con la letra “J” (7 de octubre). Una semana después, Goering declaró que había llegado el momento de terminar con la “cuestión judía”. Los hebreos debían abandonar Alemania, pero no ponían a su disposición los medios para hacerlo o para poder iniciar una nueva vida en el extranjero.

El mismo día que se impuso el sellado de los pasaportes de los judíos, el gobierno polaco ordenó confidencialmente a sus embajadas no renovar esos documentos a los judíos que estaban en el extranjero por un lapso mayor a cinco años. Más de veinte mil israelitas polacos que vivían en Alemania desde hacía muchos años, escapando de las penurias y miserias existentes en su país natal, se convirtieron en apátridas.

El gobierno polaco negó el permiso de entrada tanto a los judíos germanos como a los de Austria, y entonces, varios millares de desplazados debieron permanecer en Zbaszyn, una “tierra de nadie” cercana a la frontera, bajo un clima riguroso y esperando que esos regímenes acordaran qué hacer con ellos.

Un judío expulsado en la ocasión, Zindl Shmuel Grynspan, declaró como testigo en el juicio a Adolf Eichmann, realizado en Jerusalén, en 1961 después de su captura en la Argentina:

Nací en Polonia, en 1886, y llegué a Alemania desde mi ciudad natal, Radomsk, en 1911. El 27 de octubre de 1938, un jueves por la tarde, vino

un policía y nos dijo que fuéramos a la seccional de la Zona 11 con nuestros pasaportes. Nos dijo que volveríamos de inmediato y que nada debíamos llevar con nosotros. Cuando llegué a la oficina, vi mucha gente. Algunos, parados; otros, sentados; algunos, llorando. Un empleado policial les gritaba que firmaran, la orden de expulsión. Me vi obligado a firmar. Uno de los hombres –creo que se llamaba Guershom– se negó a firmar. Se lo obligó a pararse en un rincón por veinticuatro horas. Nos llevaron al “Salón de Conciertos”, donde habían reunido a personas de diferentes zonas, unas seiscientos en total. Nos quedamos hasta el viernes a la tarde, unas veinticuatro horas. Luego nos llevaron en unidades de la Policía, unas veinte personas por coche, hasta la estación de tren. En el camino escuchamos gritos como “Judíos a Palestina”. Nos transportaron por tren a Zbaszyn, en la frontera polaca, el sábado por la mañana. Vimos convoyes que llegaban desde distintos puntos: Berlín, Colonia, Hamburgo, Düsseldorf, Bremen. En total, éramos unas 12.000 personas. Cuando llegamos a la frontera, nos revisaron buscando dinero. Quien tenía más de diez marcos debía entregar la diferencia. Nos dijeron: “Diez marcos. Más no trajeron a Alemania y más no se llevarán”.¹

Entre esos deportados se encontraba la familia Grynszpan, cuyo hijo Herszel vivía con un tío en París. Su hermano, Mordejai Eliezer, también testigo en el juicio a Eichmann, relató:

Vi a mi hermano Herszel (Herman) por última vez en 1935, cuando viajó de Hannover a Frankfurt para estudiar en la Ieshivá. De allí viajó a Francia, invitado por un tío. Su última carta desde París la recibimos en Zbaszyn. Dos semanas antes del estallido de la guerra nos mudamos a Radomsk, y ya no recibimos cartas de él. Le escribimos, y cuando llegaron los alemanes, enseguida buscaron a los Grynszpan. Ellos sabían de nosotros (...). Cruzamos la frontera en Bialystok y llegamos a Rusia. Fui enrolado en el ejército, y al finalizar la guerra, encontré a mis padres en Astrakán, Rusia. Al regresar a Polonia, después de la guerra, escribí a distintas organizaciones en busca de familiares. Respecto de mi hermano, recibí respuestas negativas. Viajé a París. Busqué por todas partes, les escribí a los medios de prensa, envié mensajes por medio de la radio, pero –hasta hoy– no recibí respuesta alguna.²

El 6 de noviembre, Herszel compró un revólver, aprendió su uso y se dirigió a la embajada alemana. Intentaba buscar una víctima que expiara por el sufrimiento que sus familiares y el resto de los judíos expulsados de Alemania y

¹ Hashoá Vehamishpat. Parashat mishpat Eichmann utkufat hashoá. Jerusalén, 1961, pág. 96. (Traducción del autor.)

² *Ibid.*, pág. 97.

Austria atravesaban en Zbaszyn. Le salió al encuentro el consejero de la embajada, Ernst vom Rath, a quien Grynspan disparó su arma. Dos días más tarde, Vom Rath murió como consecuencia de las heridas recibidas.

En Alemania, el NSDAP (Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes) se organizaba para conmemorar, el 9 de noviembre, el 15º aniversario del *putsch* de Múnich. Esta conmemoración habría de transformarse en manifestaciones "espontáneas" de venganza contra los judíos. Contó Beno Cohen en el juicio a Eichmann:

*El 7 de noviembre de 1938 fue un día histórico. Se difundió la noticia que el consejero de la embajada alemana en París, Ernst vom Rath, fue víctima de los disparos de un joven judío, Herszel Grynspan (...). Pocos años antes, otro joven judío, David Frankfurter, hoy en Israel, había atentado contra el gauleiter Gustloff, entregándose luego a la policía suiza. Dijo entonces que su acto fue en venganza por los ataques contra los judíos y la degradación de su pueblo. Estuvo encarcelado hasta 1944. La noche del 9 de noviembre, cuando se difundió la noticia de la muerte de Vom Rath, fue la más tormentosa y decisiva de toda aquella época. Es conocida como la Kristallnacht. La palabra no refleja toda la gravedad de los hechos. La rotura de los cristales no fue más que un pequeño capítulo de los acontecimientos. Por la noche hubo ataques y fueron destruidas las vidrieras de los comercios judíos.*³

Un documento nazi, el informe que el juez supremo del partido, Walter Buch, redactó tres meses después, ilustra acerca de la génesis de los hechos:

La noche del 9 de noviembre de 1938, el camarada doctor Goebbels reunió a los jefes del Partido en una velada amigable en el viejo hotel de Múnich y les comunicó que en las provincias de Hesse y Magdeburg se habían producido manifestaciones antisemitas, destruido comercios judíos e incendiado sinagogas. Se dio parte de los sucesos al Führer, quien decidió que esas demostraciones no debían ser preparadas ni organizadas por el Partido, pero que –siendo espontáneas– no debían ponerse obstáculos a las mismas.

*Las instrucciones verbales del ministro de Propaganda fueron interpretadas por todos los jefes con exactitud: el Partido no debía aparecer públicamente como instigando las demostraciones, pero –bajo cuerda– debía organizarlas y ejecutarlas. Una gran parte de los camaradas presentes se apresuró a telefonar a sus respectivas provincias en ese sentido.*⁴

³ *Ibíd.*, pág. 101.

⁴ Poliakov, León. *Breviario del odio*. Buenos Aires, 1954, pág. 32.

En la madrugada, un telegrama de la Gestapo fue dirigido a todas las seccionales de la Policía. El mismo, firmado por Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina de Seguridad del *Reich*, especificaba que se esperaban manifestaciones anti-semitas esa misma noche. También ordenaba a las seccionales de Policía contactarse con la dirección política de la provincia y velar por que no peligrara la vida y propiedad de alemanes, impedir el saqueo de negocios y viviendas de judíos después de su asalto y procurar que los extranjeros, incluso judíos, no fuesen molestados. Los comisarios no debían intervenir, sino limitarse a observar.

*Tan pronto se inicien los acontecimientos, los inspectores de Policía procederán a detener a los judíos –preferentemente los judíos ricos–, tanto como lo permitan los calabozos. Debe apresarse, en primer lugar, a los judíos relativamente jóvenes, de sexo masculino y que gocen de buena salud. Después de efectuadas las detenciones deberán ponerse en comunicación con los campos de concentración correspondientes, a fin de que procedan a albergarlos.*⁵

En su testimonio, Cohen continuó relatando que en todas las ciudades se repetían las mismas imágenes: destrucción, irrupción en casas de judíos, destrucción de objetos, captura de los hombres y su traslado a lugares desconocidos, quizá campos de concentración. Los judíos eran detenidos, y si no los encontraban en sus hogares, los buscaban en las calles hasta completar el número que debía ser apresado, el cual –hasta el 20 de noviembre– superó los 30.000. “Cada judío arrestado era informado que si abandonaba Alemania, sería liberado. Esta promesa promovió una afluencia masiva y desordenada hacia las oficinas palestinas, que fueron cerradas por la Policía.”⁶

Otro testigo de los hechos fue el corresponsal de *The New York Times*, quien narró:

Soy el corresponsal de la oficina en Berlín, reportando a The New York Times, en Nueva York. Son las 9.30 aquí, en Berlín, el 10 de noviembre de 1938. He pasado ocho horas y media espantosas, siguiendo a las tropas nazis en lo que podría ser la peor agresión contra los judíos en este hemisferio. Acabo de llegar de una de las más grandes sinagogas de Alemania, que está totalmente en llamas. El ejército inició el fuego antes del amanecer. El incendio deliberado de la sinagoga y el pogrom fue en venganza por el asesinato de un diplomático alemán, Ernst vom Rath, por un muchacho polaco judío, Herszl Grynszpan, de 17 años. Han habido más saqueos e incendio de sinagogas. Muchos judíos asesinados,

⁵ *Ibíd.*, pág. 33.

⁶ *Hashoá...*, op. cit., pág. 101.

*mujeres violadas. El líder de la comunidad judía, el rabino Leo Baeck, me acaba de decir por teléfono: "Después de esto, el futuro es doloroso. No tenemos adónde ir. Nadie nos quiere".*⁷

Al día siguiente, Hermann Goering recibió el siguiente informe de Heydrich:

*Aún no podemos suministrar las cifras completas de las propiedades judías saqueadas. He aquí las ya conocidas: 815 almacenes demolidos, 29 depósitos incendiados. Dada la urgencia, la gran mayoría de los informes que nos han llegado dan datos generales como "destrucción de numerosos negocios" o "destrucción de la mayoría de los almacenes". Unas 111 sinagogas fueron incendiadas y 18, completamente destruidas. Unos 20.000 judíos detenidos, al igual que 7 arios y 3 extranjeros. Unos 36 judíos asesinados y 26 con heridas graves.*⁸

Lo ocurrido la noche del 9 al 10 de noviembre fue tratado con amplitud en la reunión convocada por Goering después de recibir el informe de Heydrich. El jefe del RSHA mencionó la destrucción de 7.500 comercios. Los archivos del campo de Buchenwald señalan que, entre el 10 y 13 de noviembre, ingresaron 10.454 judíos, que sufrieron maltratos, torturas, golpizas y humillaciones, mientras que a través de altoparlantes se proclamaba: "A todo judío que quiera ahorcarse se le ruega hacerlo cuidando tener en la boca un trozo de papel con su nombre, para que sepamos de quién se trata".

El pueblo alemán, testigo del *pogrom*, no se conmovió ante los acontecimientos, manteniendo su actitud de indiferencia. Como escribió Rauschning, en 1939: "*La reacción del pueblo alemán ante los pogroms del otoño de 1938 prueba hasta qué punto Hitler lo envileció en sólo cinco años*".⁹ Y Karl Jaspers agregó: "*Mientras las sinagogas ardían y los judíos eran deportados por primera vez, en noviembre de 1938... los generales miraban; los comandantes de las distintas ciudades podían intervenir... pero nada hicieron*".¹⁰

Algunos magistrados de la Justicia ordinaria abrieron sumarios por asesinatos y violaciones, actos que no habían sido incluidos en las órdenes de la Gestapo. El Partido intervino y llevó los casos a su jurisdicción. El juez supremo, Buch, examinó solamente dieciséis de los 91 sumarios. En trece casos de asesinato suspendió las actuaciones, pues los actores malinterpretaron las órdenes recibidas y "debieron sobreponerse a fuertes inhibiciones psíquicas al cumplir su cometido". ¿Podían ser castigados quienes no hicieron más que obedecer las exigen-

⁷ *Genocidio*, filme de 1981.

⁸ Poliakov, L. *Breviario...*, op. cit., pág. 33.

⁹ *Ibíd.*, pág. 34.

¹⁰ *Idem*.

cias del Partido? Cada participante del *pogrom* aplicó, además de la aparente voluntad del liderazgo partidario, lo que su propia voluntad percibía.

Al *pogrom* le siguieron decisiones legales y administrativas para completar el proceso de “arianización”; es decir, la transferencia de bienes de manos hebreas a arias para impulsar –con mayor fuerza– la emigración de judíos, aislarlos completamente de la población general y anular la relativa autonomía con la cual se manejaba el cuerpo representativo del judaísmo alemán.

Estos objetivos fueron impulsados en una reunión convocada el 12 de noviembre, y en la cual Goering anunció que el *Führer* le había asignado la implementación de esa política hacia los judíos del *Reich*. Allí se decidió, entre otras cosas, que las víctimas pagaran una multa de 1.000 millones de *reichsmarks*... ¡por haber provocado a los alemanes, que no hicieron más que defenderse!

La reacción ante los acontecimientos fue expresada en la prensa occidental y la opinión pública, pero no afectó a Alemania. El presidente Roosevelt convocó al embajador Hugh Wilson en protesta y declaró su profunda conmoción; el embajador alemán, en respuesta, también fue convocado a su patria ante la “interferencia norteamericana en los asuntos internos de Alemania”. La reacción pública logró que los países europeos aceptaran el ingreso de más refugiados, especialmente niños. Pero tampoco era suficiente para responder a las necesidades reales de los judíos.

En la noche del 9 al 10 de noviembre se produjo un giro crucial en la historia de los judíos alemanes. Fue la primera experiencia de violencia antisemita a gran escala y abrió el camino para la completa erradicación de los judíos de la vida alemana. Para éstos, en definitiva, significó un agravamiento extraordinario de sus condiciones; para los jefes nazis, implicó el convencimiento de que –en adelante– estarían permitidas todas las brutalidades y excesos contra los judíos. La “Noche de los Cristales”, con de los Cristales”, con todo su peso de crueldad y agresividad, aún no mostraba la verdadera cara del horror nazi.

**Dr. Pedro
Germán
Cavallero**

Abogado. Coordinador
del National Council
of La Raza (NCLR)
Washington.

Viena o los dilemas del pasado

Imágenes de una compleja realidad
ciudadina

Acaso pocas ciudades europeas presenten contrastes tan difíciles de conciliar como Viena. Los acontecimientos políticos y las manifestaciones sociales y culturales que en ella tuvieron lugar durante el siglo XX la convierten en una metrópolis compleja, con múltiples interrogantes.

La sofisticación de los vieneses ha sido una constante histórica, con sus tradicionales cafés, la afición por los periódicos, una devoción sin límites por la ópera, la sobriedad y elegancia en el vestir y las interminables veladas de *waltz*. Un mundo que inspiró a compositores como Mozart, Beethoven y Schubert. También al padre del psicoanálisis. Sigmund Freud desarrolló en Viena sus estudios –en su momento escandalosos– sobre las neurosis e histerias y el mundo por entonces inexplorado de los sueños.

Por otra parte, esa innegable sofisticación no logró inmunizar a la ciudad contra el avance totalitario de las décadas de 1930 y '40. Entonces, Viena se rindió por completo a los “encantos” del nazismo, y sus habitantes sucumbieron a las manifestaciones antisemitas más grotescas.

Paul Hoffman, periodista norteamericano de origen vienés, equiparaba su ciudad natal con un gigantesco museo al aire libre: “*La capital austríaca exhibe todo aquello que fue hace ya mucho tiempo*”.

Al recorrer la espectacular avenida Ringstrasse –que encierra el casco histórico y enmarca un repertorio interminable de palacios–, a uno lo invade una fuerte sensación de melancolía. Parece que el presente vienés fuera simplemente una ilimitada y eterna reedición del pasado.

El final de la guerra dejó a Viena en ruinas: entre 1943 y 1945, cuarenta mil viviendas fueron destruidas –incluyendo hitos urbanos, como el edificio de la Ópera y la Catedral de San Esteban–, además de causar casi diez mil víctimas. Sin embargo, ese capítulo quedó cerrado hace tiempo, y su geografía urbana ha recuperado su armonía distintiva. En la actualidad, Viena es una de las capitales más atractivas del continente.

Una presencia incómoda

Al preguntarle unos periodistas a Simon Wiesenthal por qué había decidido radicarse en Viena tras la Segunda Guerra Mundial, el legendario “cazador de nazis” respondió cándidamente que una parte de su sociedad era “responsable” de la Shoá. De este modo, su vida entre los vieneses constituía una declaración de alto contenido emocional y político.

Wiesenthal se convirtió en un “recordatorio humano”, rodeándose de quienes estaban empeñados en olvidar. Hasta su muerte, ocurrida en septiembre pasado, a los 96 años, se dedicó a la búsqueda obsesiva de los perpetradores de la Shoá. Hasta el mismo final de su vida resistió las reiteradas invitaciones para emigrar, incluso aquellas llegadas desde Israel. En última instancia, lo sorprendente no resultó su compromiso con dicha empresa, sino que escogiera dar esa batalla en un medio tan poco dispuesto a acompañarlo.

Wiesenthal había nacido en 1908, en Buczacz (hoy, parte del territorio ucraniano). Sobrevivió el exterminio nazi y fue rescatado por los aliados del campo de Mauthausen. Posteriormente fue transferido a un centro de recuperación, en la base aliada de Lidz. Una vez concluida la guerra, echó raíces en Austria, cuando el país empezaba a transitar, de forma errática, la realidad de la posguerra. Detrás quedaban siete años como provincia satélite del Tercer *Reich*; por delante, una década bajo la ocupación de las cuatro potencias aliadas victoriosas.

Con el paso de los años, su enorme capacidad para convocar a la prensa y generar polémicas, anuncios y revelaciones inesperadas (según sus detractores, motivado por un marcado egocentrismo) sacudieron ese impenetrable muro de silencio construido en torno al pasado. Al mismo tiempo, el viejo “cazador de nazis” se convertía en una presencia incómoda, recuperando imágenes de la vida nacional desvanecidas del ideario colectivo.

Uno de los elementos que contribuyó a fomentar en los austríacos esa condición de “víctimas del nacionalsocialismo” (cuando la unión al *Reich* alemán fue apoyada masivamente) surgió de una olvidada declaración política. Emitida sobre fines de 1943, la “Declaración de Moscú” aludía a Austria como una víctima de la opresión alemana. A su vez, condicionaba el tratamiento que los aliados darían al país en la posguerra a los esfuerzos que los mismos austríacos hicieran por “liberarse” del Tercer *Reich*. Según Hoffman, este documento fue posteriormente manipulado y convertido en una especie de salvoconducto que permitiría a Austria reingresar en la comunidad internacional.

Tan pronto concluyó la guerra, las relaciones entre los antiguos aliados (Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, por un lado, y la Unión Soviética, por el otro) se deterioraron de manera irreversible. Al poco tiempo, el mundo de posguerra daba paso a la “Guerra Fría”.

Como consecuencia de su ubicación en las mismas puertas del imperio so-

viético, Austria adquirió un valor geoestratégico crucial en el tablero global. Washington, Londres y París decidieron anclarla políticamente en Occidente. La realidad de una inminente confrontación con la Unión Soviética no dejaba espacio para “otras consideraciones”. Al mismo tiempo, las cuentas pendientes de un conflicto ya superado debían hacerse a un lado. Había nacido la confrontación entre los dos bloques.

Tropezando con el pasado

En la actualidad, uno de los puntos de mayor interés en la ciudad es la *Judenplatz*, en el sector histórico. En 2000, allí se construyó el memorial de la Shoá. Tras largas marchas y contramarchas, éste fue inaugurado oficialmente en un momento político muy delicado para el país: la coalición gobernante se había integrado nada menos que con la participación del Partido de la Libertad como socio minoritario. Esta agrupación política se caracterizaba por una fuerte retórica antieuropeísta y antiinmigrante y estaba integrada por nacionalistas, revisionistas históricos y otras voces del neonazismo local.

Por entonces, su líder –y artífice de la llegada al poder– era el mediático Jorg Haider. Precisamente, Haider construyó su ascenso político sobre el final de la década de 1990, cuando Austria trataba de reparar su dañada imagen internacional en la era post-Waldheim.

Haider surgió, entonces, como un hábil e incansable manipulador de la opinión pública. Oriundo de la región de Carintia, de aspecto atlético y jovial, proyectó su imagen al plano nacional con una seguidilla de comentarios disparatados. La prensa local, y luego los medios del exterior, amplificaron estas declaraciones estridentes sobre la “excelente política laboral del nazismo” o los importantes “servicios prestados” por tantos austríacos a las tropas del Tercer Reich.

Haider también dirigió sus ataques a un conocido dirigente judío local, jugando con palabras y expresiones (“barra de jabón”) que en ese contexto evocaban el genocidio nazi. Curiosamente, la batería de ataques e insultos terminó por posicionarlo como un referente indiscutido de la derecha local. Lejos de marginarlo de la vida política, lo catapultó internacionalmente. Con un Haider fortalecido y su partido sentado cómodamente a la mesa del gabinete nacional, Austria se disponía a rememorar la Shoá.

Mucho se ha escrito acerca del memorial. También sobre el controvertido proceso que transcurrió desde la gestación de la idea hasta la construcción de la obra. La misma corresponde a la artista británica Rachel Whiteread. Consiste en una biblioteca cerrada (su doble puerta de ingreso está sellada), cuyas paredes exteriores exhiben estantes completos de libros invertidos, simbolizando acaso un conocimiento inalcanzable o perdido para siempre.

En cambio, poco se ha analizado la relación existente entre el memorial y la ciudad. Resulta sorprendente para quien recorre la zona cómo esta construcción sólida, maciza, que se interpone en el camino, puede eventualmente ver debilitado su mensaje. Al haber sido levantada en una plaza, encajonada por enormes edificios que se cierran sobre ella, lleva a preguntarnos si acaso el paso del tiempo lo convertirá en un mero accidente urbano cuando sus numerosos críticos y opositores pierdan interés o la misma inclemencia del tiempo lo vuelva menos conspicuo, erosionándolo y volviéndolo una pieza más de la realidad citadina.

En última instancia, Viena es una ciudad en la cual las capas de historia se superponen unas a las otras, cubriendo por igual grandes proezas, sostenidas luchas y también una buena dosis de tragedias e infamias. Quizá la clave radique en desarrollar proyectos educativos que aseguren la perdurabilidad de las enseñanzas dejadas por el siglo XX.

Kreisky y después

Bruno Kreisky fue una de las figuras políticas austríacas más interesantes de la posguerra. De origen judío, procedente de una familia oriunda de Moravia, agnóstico y fuerte exponente del socialismo centroeuropeo.

Desde Viena, gobernó como canciller un país que literalmente vio extinguirse a su población judía. A comienzos de 1938, 170.000 judíos vivían en la capital, integrantes de una comunidad con altos índices de integración y también de conversión al catolicismo. Sobre finales de ese mismo año, la presencia judía en Viena cayó drásticamente a 64.000 personas, como resultado del acelerado proceso de expulsión implementado. Seis años después, al ingresar en la ciudad las tropas rusas –tras arduos combates con los últimos vestigios del Tercer Reich–, entre los sobrevivientes se contaban alrededor de doscientos residentes judíos.

Por todo ello, no deja de ser sorprendente la elección de Kreisky como canciller, cuando las secuelas de la guerra –y la misma experiencia de la *Shoá*– estaban aún tan frescas.

Kreisky se mantuvo en el poder durante trece años, entre 1970 y 1983. Su administración despojó a Viena de esa condición provinciana a que la había reducido su asociación como satélite de la Alemania hitlerista. También debió despojarse de los grises años vividos bajo la ocupación aliada, que habrían de culminar con la recuperación de la soberanía, en 1955.

El “*Kaiser Bruno*” –como lo apodaron sus connacionales– fue el promotor de la Viena actual: una capital cosmopolita, altamente integrada a Europa, conectada al mundo, frecuentada por funcionarios internacionales, hombres de negocios y viajeros y centro predilecto del turismo continental. Su visión quedó plasmada a través de los varios organismos internacionales que aceptaron su propuesta –tras intensos cabildos en los foros mundiales–, radicándose en Viena.

En última instancia, Kreisky buscaba “amarrar” a Austria de manera definitiva a la comunidad internacional. Quería convertir la experiencia del *Anschluss* de 1938 en una aberración histórica, algo que nunca debió haber ocurrido.

Sin embargo, a mediados de los '80, ese sueño sufrió un fuerte cimbronazo. La llegada a la Presidencia del país de Kurt Waldheim (acusado por su participación en la *Wehrmacht* durante la Segunda Guerra Mundial) conmovió todo el sistema político de esa tranquila “nación-isla”. El escándalo en torno al pasado del mandatario austríaco tiñó toda su administración.

A Austria le tomaría tiempo sanear su imagen y reestablecer sus lazos con la comunidad internacional. Finalmente, tras años de zozobra, la normalidad regresó a la vida del país.

Sin embargo, el pasado reciente de los austríacos ha demostrado transitar un sueño muy liviano. Sus caprichosos e imprevisibles giros pueden, en cualquier momento, alterar el ritmo de esta apacible ex capital imperial. Mientras tanto, Viena continúa dirimiendo los dilemas de su propio pasado.

**Lic. María
Gabriela
Vasquez**

Historiadora. Docente
de la Facultad de
Filosofía y Letras,
Universidad Nacional
de Cuyo, Mendoza,
Argentina.

Resistir: el caso de Geneviève de Gaulle Anthonioz

La vida de Geneviève de Gaulle Anthonioz ha sido un ejemplo de resistencia a la opresión y la degradación de las personas. Por su formación, valores e ideales se opuso, desde el primer momento, al nazismo y participó activamente en la Resistencia francesa. Más tarde, fue arrestada y conducida al campo de Ravensbrück, donde también luchó para preservar su humanidad y la de sus compañeras y para evitar ser convertidas en objetos sin valor. Tras la guerra, continuó defendiendo los derechos humanos y combatió con firmeza la pobreza y la exclusión social. Así, toda su vida fue un ejemplo de resistencia activa al totalitarismo y sus expresiones concentracionarias, y también, de oposición a la marginación social. En pocas palabras, esta mujer se dedicó siempre, con pasión, tenacidad y valor, a la defensa de la dignidad humana.

Había nacido en el seno de una familia católica de clase media, el 25 de octubre de 1920, en Saint-Jean de Valérisclé, Francia. Hija mayor de Germaine Gourdon y Xavier de Gaulle y, a la vez, sobrina del general Charles de Gaulle, fue criada en los valores de la solidaridad y la ayuda al prójimo. Su niñez transcurrió en la región minera del Sarre, donde su padre se desempeñaba como ingeniero y fue educada en un internado de monjas.

Dos acontecimientos dolorosos marcaron su vida y templaron y fortalecieron su carácter desde muy temprano. Primero, la muerte de su madre. *“Una niña de cuatro años y medio entraba de golpe en la desdicha”*, escribió más tarde. Luego, la de su hermana menor. *“En 1938, justo después de los ‘acuerdos de Munich’, la que nos abandonó fue mi hermana. No tenía ni diecisiete años.”*¹

Resistir I

En 1939 comenzó sus estudios de Historia en la Universidad de Rennes; sin embargo, éstos se vieron interrumpidos al poco tiempo debido al estallido de

¹ De Gaulle Anthonioz, Geneviève. *La travesía de la noche*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pág. 26.

la Segunda Guerra Mundial y la invasión de Francia por los nazis, al año siguiente.

A pesar de que Geneviève escribió sobre aquellos años difíciles recién en 1998 –es decir, después de más de cincuenta años–, los recuerdos de aquel tiempo continuaban todavía vívidos en su memoria:

*“El 17 de junio de 1940 habíamos escuchado juntos la alocución del mariscal Pétain transmitida por radio; la oímos con indignación y estupor. ¿Cómo aceptar casi sin luchar esa cobarde derrota? Roger [su hermano] tenía diecisiete años, yo diecinueve. Al día siguiente estábamos en las rutas de Bretaña con muchos otros refugiados.”*²

Humillación y furia en el corazón eran los sentimientos de Geneviève –según escribió–, que eran compartidos por muchos otros hombres y mujeres franceses que se unieron a distintos grupos –tras el llamamiento que había hecho su tío Charles desde Londres– para luchar por la liberación del país y resistir con todas sus fuerzas al régimen opresor.

La resistencia era secreta y silenciosa y se disimulaba bajo el aspecto de una vida cotidiana común. Todas las acciones –entre ellas, alojar, guiar, aprovisionar, ocultar y pasar información– eran igualmente peligrosas.³ Geneviève era consciente de tal peligro; sin embargo, consideraba que el camino de la resistencia era el camino del honor, según sus propias palabras.

Esta joven de 20 años trabajó en distintos grupos clandestinos y después se unió a la red “Defensa de Francia”, que publicaba un periódico con el mismo nombre. Ella no sólo escribía artículos, sino que, además, ayudaba a distribuir los escritos afuera de las estaciones del subterráneo.

El 20 de julio de 1943 fue a misa a la Catedral de Notre-Dame y, a la salida, en la calle Bonaparte, la arrestaron y condujeron a las oficinas de la Gestapo, donde fue interrogada.⁴ “(...) personalmente, no fui torturada, sólo arrojada al piso y golpeada a puñetazos y patadas.”⁵ Pero esos golpes en la cabeza y los oídos casi la dejaron sorda.

Posteriormente fue trasladada a la prisión de Fresnes, donde permaneció varios meses. A principios de 1944 fue transferida al campo de Royallieu, cerca de Compiègne, donde se encontró con centenares de mujeres que provenían de

² *Ibíd.*, pp. 38 y 39.

³ Eck, Hélène. “Mujeres del desastre. ¿Ciudadanas por el desastre? Las francesas bajo el Régimen de Vichy (1940-1944)”, en Duby, Georges y Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid, Taurus, 1993. Tomo IX, pág. 245.

⁴ “Sisters in resistance. Their stories. Geneviève de Gaulle”, en www.pbs.org/independentlens/sistersinresistance/gen.html. Septiembre de 2005. Traducción propia.

⁵ De Gaulle Anthonioz, G., op. cit., pág. 64.

todos los rincones de Francia. “*Casi todas arrestadas por resistencia, pero con motivos bastante distintos, unidas en la negativa de aceptar la derrota y el nazismo.*”⁶ En efecto, junto a ella se encontraban mujeres de diferentes edades, formación, ideologías y condiciones sociales que habían formado parte de redes de información, habían alojado aviadores aliados o familias judías o participado en sabotajes o atentados. Estas acciones, que muchas no dudaron en llevar a cabo para luchar contra un régimen que las oprimía y esclavizaba, ponían de manifiesto su valor, coraje y entereza en aquellos tiempos difíciles.

Resistir II

El 2 de febrero de 1944 llegó a Ravensbrück el tren de carga que transportaba a Geneviève junto a otras muchas mujeres cansadas en extremo luego de tres días de viaje, hambrientas y sedientas, y sin saber bien adónde llegaban y qué les esperaba. Seguramente ésta fue la etapa más dura y difícil de su vida, debido a que conoció el costado más oscuro y siniestro de la humanidad. “*Al entrar en el campo, fue como si Dios se hubiera quedado afuera*”, escribió.⁷ En efecto, estas mujeres entraban en el Infierno, en un mundo donde el sufrimiento y la muerte lo cubrían todo.

Los días transcurrían en forma monótona, regidos por las sirenas que iniciaban la jornada laboral y también la concluían. Geneviève trabajó arduamente, de sol a sol, cargando vagones de carbón, y más tarde, lo hizo en un taller de ropa. Ambos trabajos eran penosos, ya que las condiciones eran inhumanas y los golpes y maltratos de las guardias de las SS, constantes.

Ella tenía la certeza de que la destrucción del alma era el programa del campo de concentración. “*(...) destrucción gradual de lo que constituye un ser humano, su dignidad, su relación con los demás, sus derechos más elementales. Somos ‘Stücke’, es decir, pedazos; cualquier guardiana e incluso policías del campo, las jefas de barraca –detenidas como nosotras– pueden insultarnos impunemente, golpearnos, pisotearnos, matarnos, sólo será un gusano menos. Yo vi, sufrí ese avasallamiento.*”⁸

Muchas encontraron una manera de oponerse a ese programa de destrucción y lucharon como pudieron para seguir siendo seres humanos. Fueron pequeños grandes actos en medio de tanto horror y miseria los que les permitieron conservar su dignidad. Así, por ejemplo, la lectura que, aunque estaba prohibida, se llevaba a cabo en silencio y en secreto constituía un acto de rebeldía y resistencia que les permitía, por unos instantes, evadirse y viajar en el tiempo y el espacio.

⁶ *Ibíd.*, pág. 56.

⁷ *Ibíd.*, pág. 20.

⁸ *Ibíd.*, pág. 64.

*“Durante unas horas –escribió Geneviève–, había tenido en mis manos Moby Dick en alemán, una antología de la poesía francesa y Salammbô de Flaubert. Y aquí estoy bajo el cielo de Africa, al pie de la muralla de Cartago. La guerra de Amilcar me parece tan presente como la de hoy. Ya no hay tiempo, ya no hay frontera entre el sueño, o la pesadilla, y la realidad. Puedo salir de mi celda, recorrer las distancias y los siglos.”*⁹

A principios de octubre de 1944, todo empezó a cambiar para Geneviève, aunque no lograba explicarse la razón de tales modificaciones. El comandante de las SS de Ravensbrück, Fritz Suhren, habló con ella, y de inmediato fue trasladada a otra barraca, en la cual gozó de ciertos privilegios. Sin embargo, ella sólo quería estar con sus amigas, no le interesaba tener un catre para ella sola, una toalla y unos zuecos casi nuevos; necesitaba, en cambio, de sus compañeras, de sus cuidados y palabras. En medio de tanta oscuridad y muerte habían nacido amistades inquebrantables, como las que la habían unido a Germaine Tillion y Jacqueline d’Alincourt, dos compatriotas que también habían participado en la Resistencia.

El 25 de octubre era su cumpleaños, el primero que pasaba en Ravensbrück, y pudo celebrarlo junto a sus amigas:

*“En la torta –recordaba–, para la cual cada una aportó un poco de miga de pan aplastada con algunas cucharadas de esa especie de melaza que llaman mermelada, veinticuatro ramitas representaban las velas en una escenografía de hojas recogidas a toda prisa durante el trabajo de remoción de tierras al borde del pantano; un verdadero momento de felicidad.”*¹⁰

En efecto, se trataba de un breve, pero especial, momento de felicidad en medio de tanto sufrimiento, y a la vez, constituía un acto de cuidado, como lo llama Tzvetan Todorov,¹¹ un gesto de atención, contención y solidaridad hacia otra persona que ayudaba a las deportadas a mantener la esperanza y seguir resistiendo.

A fines de octubre se produjo otro cambio: Geneviève fue trasladada a un búnker. No sabía por qué razón había sido aislada y encerrada en una celda, pero estaba convencida de que sería ejecutada en cualquier momento. Sin embargo, los días pasaban –entre recuerdos, llantos, angustias y anhelos– y continuaba preguntándose por qué seguía con vida.

La Navidad estaba cerca; entonces, se preparó para celebrarla: *“dibujé con mi lápiz una especie de imagen. Es mi pesebre. El niño Jesús se apoya en una cruz,*

⁹ *Ibíd.*, pág. 42.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 12 y 13.

¹¹ Todorov, Tzvetan. *Frente al límite*. México, Siglo XXI, 1993.

tiene el dedo levantado para bendecir. Se apoya sobre él una mujer deportada con su uniforme rayado y su pañuelo. Bajo el triángulo marcado con una 'F', dibujé el número de inscripción: es el mío, 27.372".¹²

Y aunque estuvo sola aquel día, sus amigas se hicieron presentes en unos regalitos que le fueron entregados secretamente por la encargada de la limpieza, una anciana Testigo de Jehová. Se trataba de una ramita de pino con una canción francesa de Navidad, unas masitas en forma de estrella, una manzana roja, dos terrones de azúcar, un minúsculo trozo de panceta y una muñequita. Estos sencillos presentes, pero de un valor incalculable para ella, la llenaron de alegría y de fuerzas para seguir resistiendo. En realidad, muchas mujeres lograron sobrevivir a aquella experiencia gracias a estos gestos y cuidados de sus compañeras.

Geneviève estaba débil y su salud se deterioraba día a día. Un médico de las SS la visitó en su celda y le dio unos medicamentos, lo que la sorprendió y confundió mucho. Más tarde, dos personas la interrogaron largo rato sobre sus actividades en la Resistencia y sobre el trato recibido por los nazis. Sus respuestas eran escuetas y trataba de no dar detalles ni tampoco nombres, ya que no sabía de qué se trataba eso. Todo era misterioso y nadie le daba explicaciones.

A los pocos días, le ordenaron prepararse. *“Unos instantes más tarde, abandono mi celda, ¿para siempre? Me da la sensación de haber pasado ahí años enteros, y vivido varias vidas.”¹³* Luego, fue escoltada fuera del campo y conducida a la frontera suiza.

Después supo que esos tratos preferenciales recibidos en Ravensbrück durante los últimos meses se debían a su parentesco con el general De Gaulle y que los nazis la conservaron con vida para utilizarla, eventualmente, como moneda de cambio.

Resistir III

Geneviève –al igual que cada una de las demás deportadas, sin excepción– pasó por una experiencia extrema que marcó su vida para siempre. Finalmente, tras ser liberada, en abril de 1945, se reencontró con su padre y regresó a su Francia natal.

Al año siguiente se casó con Bernard Anthonioz, un joven editor de arte que también había resistido al nazismo, y Charles de Gaulle fue testigo de la boda. Tuvieron cuatro hijos: Michel, en 1947; François, en 1949; Isabelle, al año siguiente, y Philippe, en 1953. Al fin podía disfrutar de momentos de paz y felicidad junto a su familia. Sin embargo, Geneviève seguía siendo una mujer comprometida con los derechos humanos, y todas sus actividades y trabajos posteriores se orientarían en tal sentido.

¹² De Gaulle Anthonioz, G., op. cit., pág. 31.

¹³ *Ibid.*, pág. 69.

Formó parte activa de la Asociación de Deportadas e Internas de la Resistencia desde el primer momento, y llegó a su presidencia en 1958. También siguió de cerca el proceso a los criminales nazis, y ella misma testificó en el juicio contra Klaus Barbie, en 1987. El hecho de revivir aquellos años y aquellas experiencias tan dolorosas y siniestras fue muy fuerte para su corazón y, a la salida del tribunal, sufrió un infarto.

Por otro lado, recién en 1998, a los 77 años, emprendió la tarea de dejar por escrito sus recuerdos de Ravensbrück, en el libro titulado *La travesía de la noche*. Se trataba de una obra breve, que rescataba episodios de su vida, pero que se centraba —especialmente— en los últimos meses que pasó en aquel campo, en una celda aislada de todo y de todos.

A esta lucha contra el totalitarismo se unió, más tarde, el combate contra la miseria y la exclusión social. En 1958, su tío volvió al poder, y junto a su marido comenzaron a trabajar en el Ministerio de Asuntos Culturales. A fines de ese mismo año visitó la villa miseria de Noisy-le-Grand, cerca de París, y quedó profundamente conmovida.

Por ello, al año siguiente, renunció a su puesto en el ministerio para dedicar todas sus fuerzas a combatir la pobreza y defender la dignidad de los más necesitados. Se unió al padre Joseph Wresinski y trabajó arduamente en el movimiento ATD-Cuarto Mundo fundado por él. En 1964, Geneviève llegó a la presidencia de dicha asociación.

En 1988 murió el sacerdote, y esta mujer, junto a tantos otros, continuó su obra. Fue nombrada, por pedido de Jacques Chirac, en el Consejo Económico y Social, y desde allí trabajó por una ley contra la pobreza que reclamaba el derecho fundamental de cada persona a tener techo, cobertura social y educación. Luego de diez años de tratativas, fue votada por el Parlamento francés la ley contra la exclusión. Esa década había sido intensa para Geneviève, y también había tenido su trago amargo, ya que el 14 de julio de 1994 había fallecido su esposo y compañero de lucha.

El año 1998 fue, entonces, crucial en su vida, ya que, por un lado, sus esfuerzos se vieron coronados con la aprobación de la ley contra la exclusión, y por otro, fue la primera mujer en ser condecorada con la Gran Cruz de la Legión de Honor, un merecido reconocimiento a su labor incansable a favor de la dignidad de las personas y la resistencia activa al nazismo y la marginación.

Por aquel tiempo dejó la presidencia de ATD, pero continuó trabajando con la misma pasión, ya que en 2001 apareció su segundo y último libro, titulado *El camino de la esperanza*, que recogía sus experiencias y actividades junto a los más necesitados.

Geneviève de Gaulle Anthonioz murió el 14 de febrero de 2002 y fue enterrada junto a su marido, en Bossey.

Como dije al comienzo, su vida ha sido un ejemplo de lucha contra la opre-

sión y la degradación humanas en sus variadas y extremas manifestaciones. En efecto, esta mujer resistió al totalitarismo nazi desde el primer momento y trabajó arduamente para combatirlo; resistió, también, en Ravensbrück, la cosificación y la destrucción del alma humana por medio de pequeñas pero muy significativas y valiosas acciones que la ayudaron a sobrevivir, a ella y a sus compañeras; y posteriormente, resistió a la marginación y la pobreza. En otras palabras, dedicó su vida a la defensa de la dignidad y los derechos humanos.

Por ello, para terminar, retomo las palabras de su biógrafa, la historiadora Frédérique Neau-Dufour, para quien esta mujer encarnó toda su vida la esperanza y luchó sin respiro para defender lo único válido: el Hombre.¹⁴

¹⁴ Neau-Dufour, Frédérique. "Qui est Geneviève de Gaulle Anthonioz?", en www.autredegaulle.com/index.htm. Septiembre de 2005. Traducción: C. Mercado.

**Embajador
José R.
Sanchís Muñoz**

Diplomático.
Ex Embajador
argentino en Japón y
Director del Instituto
del Servicio Exterior.
Profesor Universitario
de Relaciones
Internacionales y
de Historia.

Las víctimas del Holocausto honradas por las Naciones Unidas

La Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó, en noviembre, por consenso, es decir sin una sola voz discordante en la comunidad internacional de 191 Estados miembros, la Resolución titulada “Recordación del Holocausto”. El texto fue copatrocinado por más de 90 países, inclusive la Argentina, y los copatrocinadores incluyeron a Estados Unidos, Alemania, Rusia, China, Japón, Israel, y los demás países europeos y latinoamericanos, así como muchos africanos y asiáticos.

La Resolución, cuyos considerandos reafirman la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, y los principios fundamentales de la *Carta de las Naciones Unidas*, y recuerdan el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis, establece la fecha del 27 de enero (liberación de Auschwitz) como **“Día Internacional de Conmemoración Anual de las Víctimas del Holocausto”**. Insta a los miembros de las Naciones Unidas y también al Secretario General a elaborar programas educativos para inculcar las enseñanzas del Holocausto, con el fin de prevenir actos de genocidio en el futuro, y rechaza toda negación, parcial o total del Holocausto como hecho histórico.

La Resolución también condena sin reservas toda manifestación de intolerancia religiosa, y la incitación, acoso o violencia contra personas o comunidades sobre la base del origen étnico o las creencias religiosas.

Es la primera vez que la Asamblea General adopta una resolución propuesta por Israel y esto le da un significado especial al homenaje a las víctimas del Holocausto, estimadas en unos seis millones. Tiene además un valor de mucha trascendencia en esta época en que las alternativas de la política internacional, los conflictos regionales, y la supervivencia de prédicas y crímenes de discriminación e intolerancia parecieran haber debilitado en la conciencia universal el sentido de horror por el hecho histórico sin igual del Holocausto, y el firme propósito de que no ocurriera nunca en el futuro un hecho similar.

Con su resolución, y las declaraciones vertidas durante el debate, la comunidad internacional expresó claramente su convicción de que el Holocausto es un

crimen que se extendió, más allá de sus víctimas directas, para afectar a toda la humanidad, y la reflexión sobre las responsabilidades debe ir más allá que el mero repudio a la crueldad nazi.

Uno de los delegados intervinientes, acertadamente, expresó que el Holocausto fue un genocidio diferente, un genocidio en el que la maldad se unió a una estructura altamente organizada, y se convirtió en un crimen de las más colosales proporciones.

La satisfacción por tales expresiones de la comunidad internacional no deben hacernos olvidar que con anterioridad, durante y después del holocausto muchos países y grupos humanos cometieron y cometen atrocidades, formas de genocidio (aunque ahora se use con ligereza de esta palabra, definida taxativamente en el instrumento internacional que la condena) y exterminio de opositores. Lamentablemente también, y como sucede a menudo con instrumentos a los cuales sólo se les rinde un acatamiento formal, un número de países pertenecientes a las Naciones Unidas sigue predicando mensajes de odio, discriminación y amenazas.

Por ello, quienes aman la libertad y creen en la defensa de la dignidad de la persona no deben considerar que la lucha finalizó con el derrumbe del siniestro sistema nazi. Cada generación debe continuar, o a veces emprender un combate que nunca cesa contra los predicadores del odio, y contra quienes disculpan cualquier violación de los derechos humanos si sirve a sus fines.

* * *

Quizá convenga recordar algunos hechos, por desagradables que sean, para que los jóvenes puedan apreciar la magnitud de la masacre.

El sistema represivo nazi era un elemento inherente a su filosofía, negadora de toda garantía legal. Hermann Göring, quien declaró que “la ley y la voluntad del Führer son una sola cosa” fue encargado de la creación de los campos de concentración para los opositores del régimen.

Poco después de la ascensión de Hitler al poder, ya el 22 de marzo de 1933, se abrió el primer campo de concentración en Dachau con 5.000 internados que comprendían a líderes de la oposición social demócrata, comunista, católicos, liberales e independientes, académicos y escritores. Crecientemente fueron incorporándose en esos campos a judíos, comunidad que desde sus principios el nazismo había decidido eliminar, o bien por la deportación, o bien, como pronto se advirtió, por el exterminio. A finales de 1933 ya se habían establecido casi 100 campos de diferentes dimensiones y sólo en el pogromo de 1938, 20.000 judíos alemanes fueron internados por la Gestapo. La persecución contra los judíos fue adquiriendo volumen con la proximidad de la guerra y en 1938, además de otras leyes raciales discriminatorias, se decretó que todos los judíos debían lle-

var como segundo nombre el de Israel si eran hombres o Sara si eran mujeres, obviamente para distinguirlos con facilidad.

Con el estallido de la guerra, por un lado aumentó la demanda de trabajadores y las autoridades nazis recurrieron a los prisiones y campos para incrementar el número de la población laboral. En agosto de 1944 se calcula que había más de siete millones y medio de trabajadores forzados de distinto origen.

Por otro lado, de 1940 a 1942 se establecieron algunos de los principales campos que ya no eran de concentración sino de exterminio, especialmente para cumplir tal propósito con poblaciones de los países ocupados, y particularmente con los judíos. El 7 de octubre de 1939 el *Reichsfürer* Heinrich Himmler fue designado Comisionado del *Reich* para la Consolidación de la Nacionalidad Alemana, a cargo de los centros de exterminio. Göring impartió a su subordinado Heidrych instrucciones para la “Solución Final”, o sea, la eliminación masiva de la comunidad judía, el 31 de julio de 1941, lo que se ratificó en la Conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942. Si bien los principales destinatarios de esa política eran los judíos también se incluían los eslavos, gitanos, muchos prisioneros de guerra y otras categorías.

Bajo el decreto denominado “Noche y niebla”, disposición claramente terrorista, ciudadanos prominentes de países ocupados fueron secretamente secuestrados por la Gestapo y enviados a los campos. Y millones de personas de esas poblaciones marcadas fueron arrancadas de sus hogares, de sus ciudades, y de sus países, para integrar el ominoso contingente de los internados en los campos de la muerte

Los campos estaban bajo la administración de la SS y custodiados por escuadrones especiales de ese tristemente famoso servicio denominados “Unidades de la calavera”. Algunos de esos campos, cuyos nombres han pasado a la memoria de la infamia de la humanidad, eran los de Auschwitz-Birkenau (Oswiecim), Buchenwald, Sobibor, Maidanek, Treblinka, Bergen-Belsen, y Orianenburg. Las condiciones generales eran degradantes y brutales. En muchas ocasiones los prisioneros eran usados para experimentos médicos en los que resultaban mutilados, inválidos o asesinados. Las condiciones de alojamiento, alimentación y trabajos forzados eran tan rigurosas que pocos sobrevivían a un periodo relativamente corto, y las torturas, violaciones y sevicias eran habituales. Se establecieron crematorios para disponer mas rápidamente de los restos. Hacia fines de la guerra, cuando no se contaba con disponibilidad de comida y combustible, miles murieron de inanición y enfermedades.

Estos centros, situados especialmente en territorio polaco, fueron establecidos con el propósito fundamental y explícito del asesinato en masa de grupos humanos determinados, especialmente los judíos. La eliminación de estas poblaciones se explicaba en la psicología nazi como parte de su plan para el desarrollo y supremacía de la “raza aria superior”. Las víctimas eran en su mayoría

transportadas en trenes de carga y aquellos que no eran aptos para pesados trabajos manuales eran asesinados sin demora. Al principio se utilizaban fusilamientos masivos pero luego se generalizó el uso de gas venenoso (en particular el “Zyklon B” producido por la industria alemana) en cámaras usualmente disfrazadas como recintos para baños. Ese proceso de eliminación no distinguía niños, mujeres ni hombres. Los cadáveres eran incinerados en el terreno o en crematorios y previamente se despojaba a las víctimas de equipaje, ropa o calzado y todo objeto de valor incluso las prótesis dentales

El mas notorio de esos campos fue el de Auschwitz, en Cracovia, cuyo comandante, sometido a juicio, confesó que en él se habían eliminado a dos millones y medio de personas aunque luego alegó que “sólo habían sido un millón”. El complejo constaba de 3 campos principales de unos 40 km² y 39 campos suplementarios en Silesia. Los primeros prisioneros arribaron en julio de 1940 y fue evacuado y cerrado al ser liberado el 27 de enero de 1945. En 1946 se fundó el museo del Estado en Oswiecim y se ha convertido en un centro de peregrinaje, recogimiento y homenaje a las víctimas.

* * *

Cabe hacer alguna consideración sobre la actitud del resto del mundo cuando sucedían los horrores descritos y matanzas contra otras poblaciones, pero específicamente en lo que se refiere al hecho del Holocausto.

Ciertamente los nazis buscaron ocultar, incluso de la propia población alemana, los horrores de sus intenciones y prácticas, y procuraron no dejar por escrito, en forma explícita o cruda, referencias a ellos. Utilizaban a menudo en su documentación términos eufemísticos que escondían significados de terribles consecuencias. Muchos colaboraron o aprobaron esas políticas, pero millones de alemanes, y nacionales de otros países ocupados no supieron – u optaron por no querer enterarse– de esos crímenes. Por supuesto cometidos en el contexto de un régimen totalitario que castigaba con la muerte hasta la sospecha de crítica u oposición.

En el resto del mundo, tanto en ambientes judíos como en los que no lo eran, se sabía de las políticas discriminatorias y brutales de los nazis, y se procuraba aunar esfuerzos a favor de los perseguidos y desplazados, pero pocos llegaban a imaginar la magnitud y crueldad del proceso que se desarrollaba. Los primeros informes concretos sobre los campos llegaron al Consejo Mundial Judío de Lausana en agosto de 1942 y provocaban estupor o incredulidad.

Cabe recordar que incluso los militares que los liberaron quedaron atónitos ante lo que vieron. Los países aliados (EE.UU. y Gran Bretaña) celebraron una reunión al respecto en las Bermudas, en abril de 1943, pero no decidieron medidas concretas. Las Cancillerías, incluso de países aliados, mostraban, en algu-

nos casos políticos de ribetes ciertamente no simpatizantes con los padecimientos de las poblaciones judías. Casi ningún país recibió generosamente a los refugiados que huían de Europa, y la Argentina, a pesar de las críticas que se le han formulado, en ocasiones justificadas, recibió un número de refugiados, que, proporcionalmente a su población de entonces, es de los más altos.

El Presidente Roosevelt de los EE.UU. formuló enérgicas amenazas de juicio a los jerarcas nazis, que estos desoyeron. Recién con los juicios de Núremberg después de la guerra, y posteriormente, se reunió una enorme masa documental y de testimonios que hace imposible negar la verdad histórica. Se condenó a los jerarcas nazis, y a sus organizaciones (entre ellas, la SS) así como a militares, médicos, auxiliares y otros cómplices, alemanes, y de otros países, y un número fueron ejecutados, pero para principios de 1951 todos los industriales alemanes condenados por su participación en la construcción y provisión de material para los campos habían salido liberados.

Para compensar el peso terrible de estos asentimientos o despreocupación está la conducta de miles, sino decenas de miles de no-judíos que arriesgaron sus vidas y las de sus familias para proteger, esconder y facilitar la huída de prójimos judíos, muchas veces en forma anónima. Esos ejemplos, de ciudadanos comunes, diplomáticos, religiosos y funcionarios de diversos países, incluso alemanes, prueban que los imperativos morales movieron la conducta de muchos, aún en los climas más siniestros de miedo y odio.

* * *

Sea bienvenida la Resolución de la Asamblea. Pero confiemos en que no quede en sus hermosas palabras. Debe ser útil para que se muestre que no tienen asidero alguno las demenciales expresiones que niegan la existencia o gravedad de la masacre. Y es necesario, como expresa la Resolución, que se eduque a todos los pueblos sin excepción, y a las nuevas generaciones, sobre los peligros del odio, el fanatismo, el racismo y la discriminación, y se ayude así a prevenir en el futuro barbaries como el Holocausto.

Buenos Aires, diciembre de 2005.

**Dr. Moisés
Kijak**

Médico psicoanalista

Efectos persistentes de los traumas sociales en las nuevas generaciones.

Cambios en la imagen ética del hombre*

Mi propósito es hacer una muy breve reseña histórica sobre la aproximación psicoanalítica a las catástrofes sociales y a los efectos permanentes de las mismas en los sobrevivientes y las generaciones siguientes.

Me centraré, especialmente, en el Holocausto o *Shoá*, por ser ésta la mayor catástrofe social ocurrida y la que puede servir, también, para entender otras. Expondré mis ideas respecto de algunas de las consecuencias permanentes del Holocausto en la sociedad en general –y no sólo en los directamente involucrados y sus descendientes– y formularé algunos interrogantes, con la esperanza de encontrar, con ustedes, las respuestas.

Rio de Janeiro, la hermosa ciudad que hospeda el “XLIV Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional”(IPA, tal su sigla en inglés), hace exactamente 75 años recibió generosamente a mi padre. Tenía 22 años y venía de un pequeño pueblo de Polonia, huyendo de la miseria y el creciente antisemitismo. Anhelaba poder trabajar y vivir en libertad, y lograr traer a su numerosa familia, que había quedado en condiciones difíciles de sobrellevar.

Con mucho esfuerzo logró en parte su propósito, pero al invadir los nazis Polonia, gran parte de su familia quedó atrapada. Stoczek, su pueblo natal, está situado a pocos kilómetros de Treblinka, y en este tristemente célebre “campo de muerte”, casi todos los judíos de su pueblo fueron conducidos a las cámaras de gas por los alemanes y sus colaboradores ucranianos. En Treblinka fueron asesinados 731.600 seres humanos: judíos, polacos y gitanos.¹

Triste privilegio para mi padre el saber que las cenizas de su hermana Beyle están mezcladas con las de Mitzi, Paula y Rosa, las hermanas de Sigmund Freud, que hasta allí fueron conducidas desde Theresienstadt.

A pesar de mi corta edad, estaba al tanto de los avatares de la guerra y sus ne-

* Conferencia pronunciada en el “XLIV Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional”, Rio de Janeiro, Julio de 2005.

¹ *Encyclopedia Judaica*. Tomo 15. Israel, Keter, 1972, pág. 1.371.

fastas consecuencias. Al finalizar la misma, acompañé a mis padres en la búsqueda desesperada y sin resultados de familiares sobrevivientes. Lo que más me quedó grabado de aquellos años fueron las frecuentes reuniones con los residentes del pueblo. Cada orador expresaba su penoso sentir, y la mayor parte del tiempo lo ocupaba un desgarrador llanto compartido. Cada uno lloraba a sus familiares y amigos, su pueblito y ese mundo del cual provenían, que se habían perdido para siempre.

Con el transcurso del tiempo se fueron atenuando las expresiones de dolor. La creación del Estado de Israel fue cicatrizando, por lo menos en parte, las profundas heridas. Las reuniones recordatorias pasaron a ser anuales, y un libro de homenaje quedó como único testimonio de lo que durante siglos fuera una comunidad judía.

Siendo ya psicoanalista, me interesé en el estudio de las catástrofes sociales y las consecuencias de las mismas. A ello me llevó el tener bajo tratamiento a sobrevivientes del Holocausto e hijos de los mismos. Por otro lado, viví la conmoción que los asesinatos, desapariciones y torturas habían producido en mi país durante los años de la dictadura. Ambas situaciones me volvieron a acercar a las experiencias de mi infancia y adolescencia.

Los psicoanalistas estudian las catástrofes sociales

*En mi juventud –dice Freud– se apoderó de mí la omnipotente necesidad de comprender algo acerca de los enigmas del mundo en que vivimos y de contribuir, quizás, en algo a su solución.*²

Dentro de estos enigmas, ocupa un lugar prominente su interés por las manifestaciones masivas de la agresividad humana. Sus últimas obras dedicadas a los problemas sociales, *El malestar en la cultura* y *Moisés y el monoteísmo*, las escribió –en gran parte– influido por sus temores respecto del futuro inmediato de la humanidad ante las amenazas provenientes de los regímenes totalitarios.

Pero también expresa su opinión crítica respecto del rol que estaban jugando las naciones y los grupos no directamente involucrados. En el primer Prefacio a la tercera parte de *Moisés y el monoteísmo*, escrito en Viena, Freud dice: “Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos asombrados que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie”.³ Se refería, con gran preocupación, a la indiferencia y complicidad con la que el mundo reaccionaba frente al nazismo.

Con la asunción de Hitler al poder, las sociedades psicoanalíticas en la Europa ocupada dejaron de existir, y sus miembros se exiliaron donde tuvieron suer-

² Freud, Sigmund. *Postscript to the question of lay analysis*. S. E. XX. 1927, pág. 253.

³ Freud, Sigmund. *Moisés y el monoteísmo*. Viena, 1939.

te de ser recibidos, tratando de continuar con su tarea habitual. Es llamativo, sin embargo, que no se ocupasen del fenómeno nazi.

Janine Chasseguet-Smirgel comenta que, buscando un trabajo en *Psychoanalytic Quarterly*, de 1942, le llamó poderosamente la atención que “*nada en esa publicación permitió al lector entender que se estaba en un momento culminante de la Segunda Guerra Mundial, que un nuevo Moloch –Auschwitz– estaba devorando a cientos de niños diariamente (sin mencionar a los adultos), que toda Europa estaba viviendo en un estado de terror, etc.*”.⁴

Al finalizar la guerra, las perturbaciones psíquicas sufridas por las víctimas del nazismo fueron estudiadas por numerosos investigadores, movidos por el horror despertado por la barbarie nazi y la conmiseración por los sobrevivientes. Motivos de orden práctico también se sumaron: había que ayudarlos a readaptarse al mundo de posguerra y era necesario evaluar los daños psíquicos que estos pacientes sufrían, a fin de ser indemnizados.

Esto obligó a un estudio exhaustivo de la sintomatología observable y llevó a una serie de conjeturas sobre la génesis de la misma. Tanto la comprensión teórica como el abordaje técnico fueron apartándose del estrecho marco de las teorías psicoanalíticas habituales, en la búsqueda de otras más adecuadas. De los muchos analistas que han hecho aportaciones importantes, sólo quiero mencionar a W. Niederland, quien describió las características del “síndrome del sobreviviente”.

Por último, un interés científico se sumó a los anteriores. Debido a las situaciones extremas a las que se vieron expuestas las víctimas en los campos de concentración y exterminio, se podían observar aspectos del psiquismo sobre los cuales –hasta ese momento– sólo se podía conjeturar. Henry Krystal es uno de los psicoanalistas que más se ha ocupado de los efectos de la traumatización masiva.

Con el correr de los años, el interés por estos pacientes no decayó, ya que las manifestaciones patológicas no se fueron atenuando. Por otro lado, se fue observando una serie de conductas particulares en los hijos de los sobrevivientes y una especial relación con las víctimas. Judith Kestenberg y Milton Jucoby fueron algunos de los que más impulsaron dicho estudio, y por su iniciativa, el tema sigue ocupando un lugar importante en los congresos psicoanalíticos internacionales.

Paulatinamente, la investigación se extendió a la comprensión de la conducta de los victimarios, tanto de los jefes nazis como de sus seguidores, así como la de los no directamente involucrados.

En 1985, el congreso de la IPA se realizó en Hamburgo. Se habían puesto mu-

⁴ Chasseguet-Smirgel, Janine. “Wrestling with the angel”, en *Internacional Review of Psycho-Analysis*. Special Nº 7, 1992.

chas expectativas en el mismo. Un panel fue dedicado a “La identificación en relación con el fenómeno nazi”.

Mortimer Ostow, en la discusión que hace de los trabajos presentados, señala que los panelistas han tratado *“las consecuencias y efectos del Apocalipsis nazi en ausencia, aparentemente completa, de material clínico relacionado con su iniciación y motivación, y enfocando la psicología de la participación individual a este problema masivo”*. Más adelante agrega que *“comprender, aunque sea brevemente, cómo los grupos se involucran en ese fenómeno es mucho más útil que comprender cómo los individuos responden a él o, inclusive, lo utilizan”*.⁵ “Psicodinámica de lo apocalíptico” es una de las aportaciones más valiosas al estudio del nazismo. La observación que hace el autor es clara: al nazismo sólo se lo trató tangencialmente.

Meses después del congreso apareció en la *Internacional Review of Psycho-Analysis* el trabajo “A form of group denial at the Hamburg Congress”, de Rafael y Rena Moses.⁶

Los autores opinan que no se discutieron las características del Holocausto nazi, sus causas, los aspectos cualitativos y cuantitativos que hacen que ese genocidio sea único y diferente a los otros, la planificación y el método de ejecución y el sistemático método de terror que lo acompañó.

Sostienen los autores que equiparar el Holocausto que cometieron los nazis con toda otra serie de actos de crueldad –desde torturas hasta masacres masivas ocurridas en otras épocas y lugares– es una forma de diluir, distorsionar y evitar tratar directamente con el Holocausto alemán. *“Pero quisiéramos también preguntar –continúan– cuál es la razón por la cual estas dos cuestiones no pudieron ser planteadas sistemáticamente: ¿cómo pudo haber ocurrido esto y como podría ser prevenida una recurrencia (de otro genocidio de tal naturaleza)?”*.⁷

Los autores llaman a los colegas a plantearse preguntas como: *“¿Qué hay en los humanos que pudo originar el Holocausto?”* y *“¿Qué se puede hacer para evitar que se repita?”*. *Quizá no sea demasiado tarde para continuar la búsqueda de respuestas”*.⁸

A raíz del llamamiento realizado por Rafael y Rena Moses se convocó, en el congreso de Montreal, de 1987, el panel “Continuación de las discusiones sobre las reacciones de los psicoanalistas ante la persecución nazi y qué se puede aprender de ello”, del cual fui invitado a participar.

Quiero, en forma resumida, repetir algo de lo que expuse sobre el nazismo,

⁵ Ostow, Mortimer. “The psychodynamics of apocalyptic”, en *Internacional Review of Psycho-Analysis*. Nº 67. 1986, pp. 277-285.

⁶ Moses, Rafael; Moses, Rena. “A form of group denial at the Hamburg Congress”, en *Internacional Review of Psycho-Analysis*. Nº 13. 1986, pp. 175-180.

⁷ Idem.

⁸ Idem.

ya que lo considero importante para poder entender los efectos duraderos que dejó en las nuevas generaciones.

La persecución nazi

Existen muchos ejemplos de agresividad extrema llevada a cabo contra grandes grupos humanos, desde los albores de la civilización hasta las matanzas más recientes en países africanos y en los Balcanes

Todos los genocidios nos llenan de horror, poseen elementos en común y –en última instancia– son consecuencia de la agresividad humana. Esto nos tienta a calificarlos en forma similar. Pero el genocidio alemán contra los judíos posee elementos únicos que lo hacen diferente a todos los otros, actuales o pasados. Estas diferencias hacen que el Holocausto no sólo sea un hecho cuantitativamente distinto. La Alemania nazi dio un salto cualitativo en lo que a persecuciones respecta, y es este cambio el que es imprescindible reconocer y estudiar.

Enumeraré algunos signos distintivos del genocidio perpetrado por los alemanes y me centraré sólo en la persecución contra los judíos, aunque también fueron víctimas millones de seres pertenecientes a otros pueblos y grupos humanos:⁹

1. Toda la ideología racista nazi estaba centrada en la necesidad de aniquilar a los judíos para salvar a la raza aria. No estaba dirigida sólo a los judíos de Alemania, sino a los de toda Europa y, en última instancia, el mundo.
2. Jamás un genocidio contó con una organización tan eficiente. Era una gigantesca planta industrial, perfectamente organizada, en la que nada fue dejado a la improvisación. Nada de las víctimas que podía ser aprovechado se perdía: bienes, capacidad de trabajo como esclavos (había filiales de las fábricas I. G. Farben y Krupp junto a las cámaras de gas) y, después de asesinadas, ropa, calzado, aparatos ortopédicos, dientes de oro, cabello. Todo era rigurosamente contabilizado y distribuido. Jamás existió, en la ejecución de un genocidio, una conjunción tan perfecta entre los jefes políticos, militares y espirituales y sus respectivos subordinados.
3. Todo el proceso genocida contó con un apoyo legal absoluto. Desde las primeras leyes antijudías, en 1933, y las Leyes de Núremberg, en 1935, hasta cada uno de los pasos dados hacia la “Solución Final”, a partir de 1942, todo era realizado dentro de las normas legales establecidas.

⁹ Kijak, Moisés. “Further discussions of reactions of psychoanalysis to the Nazi persecution, and lessons to be learnt”, en *Internacional Review of Psycho-Analysis*. Nº 16. 1989, pág. 213.

4. Jamás un movimiento genocida contó con semejante cantidad y calidad de ideólogos, ni con una ideología como el nazismo. Es un enorme error considerar a los nazis como “locos” y al nazismo como una “psicosis colectiva” (en el sentido habitual de ese término), y –más aún– describirlo como un fenómeno de masas en una situación de extrema regresión, dominados por un líder psicótico. Después de la Primera Guerra Mundial, científicos alemanes comenzaron a brindar las herramientas ideológicas que luego utilizaría el nazismo.

He aquí un fragmento de una declaración aparecida el 12 de mayo de 1924, después del encarcelamiento de Hitler a raíz del *putch* de Múnich: *“queremos tener personalidades puras e íntegras (...) como la de Hitler. El y sus amigos en la lucha nos parecen un regalo del Dios de una época ya pasada, cuando las razas todavía eran puras, los hombres eran más grandes, las mentes, menos engañadas”*.

Este manifiesto fue firmado por Philipp Lenard y Johannes Stark, ambos Premio Nobel de Física en 1905 y 1919, respectivamente. No fueron la excepción: cientos de renombrados antropólogos, etnólogos, filósofos, historiadores, juristas, economistas, geógrafos, demógrafos, teólogos, lingüistas y médicos se adhirieron espontáneamente al nazismo y –en forma individual o a través de institutos creados al efecto– brindaron las “bases científicas” para la preparación, justificación y ejecución del genocidio.

Sus nombres quedaron registrados. *“Sólo quedan sin conocer los nombres de los ingenieros que construyeron con tanta eficacia las cámaras de gas, pero los hechos demuestran que conocían el oficio.”*¹⁰

Estos mismos científicos se ocuparon de difundir la doctrina nazi a nivel mundial. La “ciencia antijudía” que desarrollaron formó una parte orgánica de toda la ciencia puesta al servicio del Tercer *Reich*.

Quiero también citar unas líneas escritas en 1933: *“el saber significa para nosotros: tener poder sobre las ideas y estar preparados para los hechos (...). La revolución nacionalsocialista no significa sólo que un partido con suficiente fuerza tome el poder; esta revolución significa una revolución total de nuestra existencia alemana (...). ¡Heil Hitler!”*. Quien firma esto es el filósofo Martin Heidegger.¹¹

5. Jamás se llegó a tal deshumanización de las víctimas. Ello quedó demostrado por el más cruel de los sadismos desatados contra los judíos durante las deportaciones; los confinamientos en los *ghettos*; la reducción a un número y un objeto en los campos de concentración, quitándoles la identidad; los tor-

¹⁰ Weinreich, M. *Hitler's profesorn*. New York, Yivo, 1947, en ídish.

¹¹ Idem.

mentos gratuitos, el terror, la humillación, la degradación y la tortura destinados a destruir el espíritu antes de la aniquilación total.¹²

El exterminio ideológicamente justificado era un fin en sí. La prioridad era matarlos, aunque todavía se podía aprovechar su trabajo como esclavos. La orden era enviar los trenes a los campos de exterminio, aun cuando las vías eran necesarias prioritariamente para fines bélicos. Esa es la razón por la cual el exterminio de los judíos de Hungría, Italia, Grecia y Eslovaquia continuó hasta el último momento, a pesar de que la guerra estaba irremediabilmente perdida. *“El genocidio de los judíos fue la más completa realización de la aniquilación de un pueblo como tal.”*¹³

6. Jamás otro genocidio en la historia se caracterizó por el establecimiento de eficientes centros de exterminio. Basados en esa ideología, millones de alemanes y sus aliados tomaron activamente en sus propias manos la masacre de cuantos judíos pudieron, a pesar de que igualmente habrían muerto con sólo exponerlos al hambre y las epidemias.

7. Aunque se infiere de lo anteriormente expuesto, creo importante recalcar las diferencias con otros genocidios. Tomaré como referencia el realizado por los turcos contra los armenios. Ambos tienen muchos elementos en común, pero el alemán fue más radical, ya que su ideología racista no permitía excepciones, mientras que los turcos —a través de la conversión forzada— les daban a las víctimas cierta posibilidad de sobrevivir. Fue infinitamente más sistemático, no dejando —como los turcos— lugar a la espontaneidad en los planes y ejecución de sus crímenes. En ambos genocidios se crearon condiciones de privación, como para que las víctimas perecieran espontáneamente, pero los alemanes prefirieron tomar la ejecución de los asesinatos en sus propias manos. Reitero lo ya dicho: en ningún genocidio anterior fueron asesinados tantos millones de seres humanos, en centros altamente especializados creados para ese fin.

8. Jamás se había usado la propaganda en la forma y con la eficiencia que lo hicieron los nazis. Utilizaron el gran bagaje de material antisemita preexistente y aprovecharon el terreno fértil que el mismo había dejado en casi todo el mundo, pero modificaron el contenido para hacerlo más apropiado a sus fines.
El aparato de propaganda nazi logró ampliamente sus metas en todos los frentes: a) pudo cohesionar a la enorme mayoría de los alemanes; b) facilitó la ad-

¹² Kuper, L. *Genocide*. New Haven, Yale University Press, 1982.

¹³ Idem.

hesión de países aliados y satélites; c) vio facilitada la conquista de otros países y la colaboración de gran número de sus habitantes, estimulando el antisemitismo preexistente; d) logró mantener la neutralidad –generalmente, colaboración pasiva– de muchos países no involucrados en la guerra; y e) pudo, usando la propaganda antisemita en forma de quinta columna, infiltrarse en los países enemigos, captando gran cantidad de simpatizantes que colaboraron con ellos.

Como resultado de esta propaganda, los judíos de la Europa ocupada se vieron en una situación de total aislamiento, perseguidos por los alemanes y sus colaboradores ucranios, polacos, croatas, lituanos, letones y estonios, sin ayuda de sus vecinos y ante la casi total indiferencia del mundo.

Sólo traeré dos ejemplos de los efectos de este aislamiento, que hacían imposible la ayuda que los judíos del resto del mundo intentaban brindar. Cuando aún podrían haberse salvado muchos judíos de Europa, los burócratas de los países libres, amparándose en leyes inmigratorias severas y haciendo oídos sordos a los ruegos, los arrojaron al final conocido. Cuando las instituciones judías, tratando de salvar a sus hermanos húngaros, suplicaban a los Aliados que bombardeasen las vías férreas que conducían a los campos de exterminio, la respuesta fue que no se podían arriesgar aviones y personal en misiones no prioritarias.

Justo es reconocer la noble actitud de los 20.205 “Justos entre las Naciones”, gentiles que –arriesgando o inmolando sus vidas– tanto hicieron para salvar a sus vecinos judíos.¹⁴

La humanidad después de Auschwitz

Cada catástrofe social marca un antes y un después para el grupo humano que la padece. La Argentina no es ni será la misma después de la terrible represión sufrida durante el gobierno militar (1976/83) y su secuela de 30.000 desaparecidos. Y lo mismo podríamos decir de todo otro genocidio. Elaborar un duelo semejante es imposible, tanto para el individuo como para la sociedad.¹⁵ La mente humana está preparada para sobrellevar pérdidas habituales, pero no catástrofes, y los efectos de éstas dejan sus huellas en las generaciones siguientes.

Los efectos traumáticos de la persecución nazi dieron lugar –además de a los que aparecen en toda otra catástrofe social– a otro fenómeno que afecta no sólo a los pueblos y grupos que fueron víctimas de la misma, sino a toda la humanidad. El Holocausto puso al descubierto una característica del ser humano que

¹⁴ *The righteous among the nations*. Jerusalem, Yad Vashem, 2004.

¹⁵ Kijak, M.; Pelento, M. L. “Mourning in certain situations of social catastrophe”, en *International Review of Psycho-Analysis*. Nº 13. 1986, pág. 463.

cambió por completo la visión que éste tenía de sí mismo. Como dicen Kren y Rappoport, “*El Holocausto es el equivalente, en lo moral, de la revolución copernicana*”.¹⁶ Y es a este efecto traumático al que quiero referirme.

En los años 1648/49, durante el levantamiento contra los polacos, los cosacos liderados por Bogdan Chmelnicki masacraron a 100.000 judíos. A dicha catástrofe, por su magnitud y consecuencias, se la equiparó con las destrucciones del Primero y Segundo Templo de Jerusalén.

Un cronista de la época, Nosn Note Hanover, escribe en el Prólogo de *Abismo de desesperación* que, para no avergonzar al género humano, no relatará todo lo que ha visto. Para dicho autor, el narrar las atrocidades de los cosacos mostraría una imagen del hombre que él prefería no poner en evidencia.¹⁷

En 1946, después de la hecatombe nazi, el poeta y dramaturgo Leivick, citando las palabras de este cronista, se preguntó si “*hoy, por el contrario, ¿no sería necesario relatar todo, todo, todo, para avergonzar al ser humano por toda la eternidad, para que deje –de una vez por todas– de mentir con las hermosas palabras ‘mañana’, ‘futuro’?*”. Recuerda este autor que los nazis también pertenecen al género humano y que –por lo tanto– fueron hombres los que cometieron esos horrendos crímenes.¹⁸

No creo que se haya relatado todo –suponiendo que ello fuera posible– a la mayor parte de la gente. Es difícil saber, además, cuál es el grado de conciencia que se tiene de esa realidad, ya que toda la información respecto a la misma es emitida y recibida a través de filtros defensivos. Pero lo que sí a todos llega y todos saben es suficiente para conmocionar hasta sus cimientos lo que se entiende por “condición humana”, para llegar a comprender que en Auschwitz se modificó la imagen del ser humano que hasta ese momento se creía auténtica. El Holocausto mostró cruelmente lo que el hombre puede hacer, más lo que puede presenciar sin inmutarse. La maldad desplegada por los nazis y sus colaboradores, agravada por la enorme indiferencia de quienes podrían haber ayudado a las víctimas y no lo hicieron, terminó derribando la imagen ética preexistente.

La imagen que el ser humano tenía de sí mismo distaba de ser ideal. Su capacidad destructiva había sido descrita y denunciada desde los albores de la historia, y la Primera Guerra Mundial fue considerada su máxima expresión. Existía el temor de que dicha destructividad llegase a ser mayor aún.

En 1930, Sigmund Freud manifestó: “*A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si –y hasta qué punto– el desarrollo*

¹⁶ Kren, G.; Rappoport, L. *The Holocaust and the crisis of human behavior*. New York, Holmes & Meier, 1980. Citado en Luel, S. A.; Markus, P. (eds.). *Ktav*. New York, Ktav, 1984.

¹⁷ Hanover, Nosn Note. *Yeven Mezulah*. Citado en Leivick, H. *Di khasene in Fernwald*. New York, Cyco, 1949.

¹⁸ Leivick, H., *op. cit.*, New York, Cyco, 1949, pág. 10.

cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y autodestrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal punto en el dominio de las fuerzas elementales que –con su ayuda– le sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas ‘potencias celestes’, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas, ¿quién podría augurar el desenlace final?”¹⁹ Strachey nos recuerda que la última frase la agregó Freud en 1931, frente a la amenaza del nazismo.

Evidentemente, no se llegó al exterminio del género humano. Pero en otro sentido, sucedió lo que Freud intuía: el “eterno Eros” no llegó a cumplir su cometido. No quiero reiterar las características del nazismo, pero jamás en la historia se produjo tal grado de defusión pulsional en la conducta colectiva.

A las palabras de Freud recién citadas habría que agregar que el hombre no sólo posee la capacidad física para destruirse, sino también la habilidad psíquica para realizarlo. Que puede derribar las barreras de la ambivalencia y desembocar en una orgía tanática. Y esto último lo comprobó con el nazismo. (Wangh, 1984.)

Se aceptaba –siguiendo el pensamiento de Blas Pascal– que el ser humano no es ni ángel ni animal. Aunque perfectible, siempre están presentes sus atributos éticos. De hecho, el vocablo “humano” es usado como sinónimo de “el poseedor de cualidades éticas”. Cuando ellas faltan, se lo califica como inhumano, salvaje, bárbaro o animal.

A los actos de agresividad descontrolada se los consideraba propios de una regresión a estadios previos a la adquisición de su condición de civilizado, equiparable a la vuelta a la condición animal. Probablemente esto sea aplicable a los actos de barbarie individual o colectiva, cuando la regresión masiva hace que aparezcan conductas aberrantes. En lo colectivo, es la agresividad desenfrenada de la turba o la soldadesca; la de los *pogroms* o las orgías de muerte desatadas por las tropas invasoras sobre las poblaciones civiles o los prisioneros.

En cambio, la destructividad desplegada por el nazismo no es equiparable a las recién mencionadas. No es animal, sino humana. Es también de fundamental importancia no confundir ese despliegue con el que se observa en algunos cuadros psicopatológicos, ni compararlo con actos aislados de aberración de la conducta.²⁰

¹⁹ Freud, Sigmund. *Civilization and its discontents*. S.E. XXI. 1930, pág. 145.

²⁰ Mansell Pattison, E. “The Holocaust as sin. Requirements in psychoanalytic theory for human evil and mature morality”, en Luel, Steven A.; Markus, Paul (eds.). *Psychoanalytic reflections on the Holocaust*. New York, Ktav, 1984.

Y es el reconocimiento de este grado de agresividad lo que modifica de raíz la visión de sí mismo que tiene el hombre en la dimensión ética. “Ese” es el ser humano; el que, a partir de Auschwitz, descubrió que tiene en sí los componentes capaces de cometer esos horrendos crímenes. En los campos de exterminio desapareció para siempre lo que el hombre creía que era.

Este ser humano –en el cual, como espejo y por más que nos horrorice, nos vemos reflejados– es el que pasó a ocupar el lugar del anterior. “*Para los occidentales, el horror del Holocausto reside en reconocer que los crímenes fueron cometidos por nuestros dobles y que las monstruosidades se cometieron por europeos en nombre de la Kultur.*”²¹

Creo que pocas palabras pueden ser más claras y elocuentes que las que incluiré a continuación:

Enterrada en las cenizas del crematorio de Auschwitz se encontró una lata conteniendo las crónicas de Zalmen Gradovski, un judío polaco obligado a formar parte del *Sonderkommando*, que se encargaba de las víctimas en las cámaras de gas. Sabiendo cuál sería su fin, se propuso dejar un testimonio de lo que había visto y vivido. Sus anotaciones se encuentran en el Museo de Medicina Militar, en San Petersburgo, bajo el número 21.429. Quiero transcribir algunos fragmentos del comienzo de su escrito:

Ven, amigo mío. Levántate y abandona tus cálidos y seguros palacios. Junta coraje y ven conmigo a hacer un paseo por el continente europeo, donde el demonio tomó posesión, y te relataré y demostraré con hechos de qué manera la raza altamente civilizada aniquiló al débil, indefenso e inocente Pueblo de Israel.

Que no te asuste el trágico camino. No te aterrorices por los horrores que tendrás que presenciar. Te mostraré las cosas paulatinamente, y poco a poco tus ojos se nublarán, se endurecerá tu corazón y tu oído ensordecera.

*¿Ya estás listo para la travesía? Sólo una condición más te exigiré: despídete de tu mujer y de tu hijo porque después de ver estos cuadros horribles no has de querer vivir más en un mundo en el cual pueden realizarse estos hechos diabólicos. Despídete de tus amigos y conocidos porque, con certeza, después de ver los horribles actos sádicos cometidos por el aparentemente culto pueblo satánico querrás borrar tu nombre de la familia humana y te lamentarás del día de tu nacimiento.*²²

Soy de la opinión, siguiendo a Laub y Auerhahn, que “*la realidad del Holocausto es un principio organizador inconsciente para las futuras generaciones.*”

²¹ Hanson, J. “Nazi culture. The social uses of fantasy as repression”, en Luel, S. A.; Markus, P., op. cit., pág. 35.

²² Mark, B. *Megillas Auschwitz*. Tel Aviv, Israel-book, 1977. La traducción es propia.

*Este hecho histórico configura la representación interna de la realidad, incluyendo las relaciones interpersonales. Esto es válido no sólo para los sobrevivientes y sus hijos, sino para todos. La realidad del Holocausto sensibilizó al ser humano ante la potencialidad de la agresión ajena y propia. El Holocausto dejó una impronta psíquica permanente”.*²³

Si queremos entender el mecanismo por el cual se produce esa impronta psíquica permanente, debemos tener en cuenta la magnitud traumática de la percepción de ese grado de agresividad del ser humano.

Para las generaciones siguientes al Holocausto, la realidad pasada y las marcas que la misma dejó en sus padres y en la sociedad en general, por su enorme intensidad traumática, actúan como un estímulo que sobrepasa la posibilidad del Yo de enfrentarlo en forma adecuada. La magnitud de lo que se fantasea respecto de estos hechos, que se conocen predominantemente por la información, es tanta que produce resultados similares a los que se generan por la acción de los traumas, ya sean reales o psíquicos. Como resultado, se produce una modificación del aparato psíquico, una desestructuración parcial, generándose como resultado una identificación normógena. La misma es el producto de la internalización de lo traumático a nivel del Yo o el Superyo, y tiende a emerger del inconsciente cuando –por razones internas o externas– ello se ve facilitado.²⁴

De diferentes maneras se expresa el impacto de tal traumatización.

Relataba en la introducción la manera en que mis padres y los residentes de su pueblo lloraban por sus seres queridos y su mundo aniquilado. También en esa época se elevó otro llanto desgarrador, que se sumó a los anteriores. Este fragmento de un poema es una expresión del mismo:²⁵

*Yo había tenido un mundo,
un enorme, infinito mundo de sueños;
sueños sin fronteras, sin guardianes ni barreras.
Yo había tenido un mundo,
un enorme, hermoso, floreciente mundo de sueños,
y se lo quemó,
se lo arrojó al infierno, a los abismos
de oscuridad, lamento y desgracia;
se lo hundió
en lágrimas, se lo ahogó en sangre.*

²³ Laub, D.; Auerhahan, N. “Reverberations of genocide. Its expression in the conscious and unconscious of post-Holocaust generations”, en Luel, S. A.; Markus, P., op. cit.

²⁴ Aslan, C. M. “Traumas patógenos y traumas normógenos”, disertación en el “XLII Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina”. Buenos Aires, APA, 2004.

²⁵ Kliger, Kehos. *Khvel mir koyfn a gelekhter. Ior-bukh fun idishn ishuv in Argentine*. Buenos Aires, Ed. Idish, 1946.

*Yo había tenido un mundo de soleados espacios,
luminoso, enorme,
entonces apagaron el Sol, y sembraron al mundo con semillas
de plomo y munición,
de dolor y de muerte,
y se lo inundó con ardiente metralla
de acero y de hierro,
con mortíferos gases,
con hogueras calcinantes,
con muerte y con sangre.*

*Yo había tenido un mundo radiante, enorme.
Un mundo infinito de sueños.*

El poeta judeoargentino Kehos Kliger escribió, en 1946, estos versos, pertenecientes al poema *Me compraré una risa*. Llora la pérdida de aquella visión de la condición humana en la que el sueño de lograr la perfección ética ocupaba un lugar prominente. Aquélla en la cual está presente el anhelo profético de “transformar las espadas en arados”, sustentada en la certeza de la existencia –a pesar de todo– de una bondad básica en el ser humano y en la posibilidad de que la agresividad se vaya atenuando hasta desaparecer.

“No alzaré pueblo contra pueblo la espada y no se enseñará más a guerrear.”²⁶ Esta es una ilusión que se sostiene sobre la imagen del hombre que, pese a su parte “animal”, es capaz de la perfección. La destructividad desplegada por el nazismo echó por tierra con esa idea, instaurando una nueva, con características siniestras. El nazismo puso en evidencia no la “potencialidad” destructiva del ser humano, sino la que efectivamente desplegó. “Ese” ser humano no es un fantasma, sino un ser real en el cual pueden convivir armónicamente dos facetas: la habitual, junto con la que es capaz de cometer las crueldades jamás imaginables. El eficiente ejecutor de la “Solución Final” es un padre amoroso para con sus hijos y se conmueve hasta las lágrimas escuchando Mozart.

El “*eterno Eros*” sigue funcionando –como deseaba Freud en *El malestar en la cultura*–, pero de una manera distinta a la imaginada hasta ese momento. La nueva defusión no llevó –como temía Freud– a una destrucción total de unos a otros, sino a una forma de destrucción inédita. Esta se desplegó en toda su magnitud y conmocionó a la humanidad.

¿Cómo es la reacción frente a este descubrimiento, esta evidencia, y cómo se duela por la imagen perdida?

El llanto desgarrador, desconsolado, del cual el poema citado es un ejemplo, se sigue expresando en múltiples formas. Las creaciones artísticas son uno de

²⁶ *Isaías*, 2:4.

los medios más frecuentes en los cuales se exterioriza dicho horror. Los monumentos recordatorios, los actos de homenaje, el estudio sistemático del Holocausto, tratando de conocerlo en toda su magnitud, son diferentes formas de tomar conciencia de lo que el nazismo significa, de intentar hacer el duelo por todo lo perdido y de bregar para que esa potencialidad destructiva del ser humano no vuelva a desplegarse. El incremento de la lucha por los derechos humanos, después del final de la Segunda Guerra Mundial, también es producto de esto último.

Probablemente no exista modalidad defensiva que no se haya movilizad para atenuar o alejar la percepción de lo que ocasionó el nazismo. Es más fácil atribuir lo inhumano a un grupo –los nazis–, localizable en un tiempo y espacio especial, y pensar que es obra de un líder psicótico que arrastró a grupos marginales con tendencias sádicas preexistentes, o tratar de explicarlo acudiendo a teorías conocidas, que reconocerlo como algo que hicieron seres humanos: el Holocausto es obra del ser humano. Es lo que expresa Leivick en el párrafo anteriormente citado.

Otro tanto puede decirse respecto de las múltiples opiniones que intentan explicar el Holocausto como provocado o favorecido por la complicidad masoquista de las víctimas; modificada esta última, no hay posibilidades de que se repita. Más allá del error de querer explicar fenómenos sociales tan complejos equiparándolos al comportamiento de una pareja sadomasoquista, creo que éstas son racionalizaciones que intentan mitigar el horror frente a la nueva realidad.

Formas burdas de defensa son la negación total o parcial de los hechos; a menudo, al servicio de fines propagandísticos pro nazis y antisemitas. Lifton describe la utilización de un agrupamiento de defensas –como la negación, la supresión y la represión–, que caracterizó como “*pérdida de sentido*” (“*numbing*”).²⁷

Tal vez la modalidad defensiva que masivamente predomina sea la que Zac y Grinfeld denominan “*superficialización*”,²⁸ resultado de una conjunción de diversos mecanismos. Estas modalidades defensivas explican el modo en que es posible recibir un grado tan grande de información (la enorme cantidad de películas y escritos que muestran los horrores de la persecución nazi son un ejemplo de ello) y –al mismo tiempo y en forma manifiesta– continuar, casi sin inmutarnos, con lo cotidiano. De más está decir que los psicoanalistas no estamos exentos de caer en estas distorsiones que nos llevan a perder nuestra objetividad, tanto en nuestra labor terapéutica como en el estudio teórico, ya que esta-

²⁷ Lifton, R. Y. “Beyond psychic numbing. A call to awareness”, en *American Journal of Orthopsychiatry*. Vol. 52, Nº 4. 1982, pp. 619-629.

²⁸ Zac, J.; Grinfeld, P. “El futuro del psicoanálisis en América Latina”, disertación en el “XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina”. Buenos Aires, 1982.

mos involucrados y somos víctimas de este extremado incremento del “*malestar en la cultura*”.²⁹

¿De qué manera retorna de lo reprimido el horror que causa el conocer a ese ser humano nuevo, dotado de tales características destructivas, y la imposibilidad de hacer un duelo por la imagen previa perdida?

Caemos, inevitablemente, en el terreno de las conjeturas si queremos responder esos interrogantes.

Un ejemplo muy frecuente es el uso indiscriminado de términos como “nazi”, “Holocausto”, “Auschwitz”, “Gestapo”, etc., aplicándolos indiscriminadamente a personas y circunstancias triviales. Un padre que castiga a su hijo es calificado de “nazi”, y a una Policía que reprime una manifestación se la iguala a la Gestapo.

Es cierto que el uso de las generalizaciones es habitual, pero en estos casos, no creo que se las emplee sólo como metáforas o comparaciones. Pienso que están relacionadas con la necesidad inconsciente de expresar algo siniestro instalado en el imaginario colectivo, pero que –al mismo tiempo– está al servicio de su distorsión. Y ello conlleva un riesgo: si un padre o la Policía son calificados de esa manera, automáticamente el nazismo pasa a ser sólo un régimen autoritario y represor, desconociendo lo esencial del mismo y la impronta imborrable que dejó.

En qué medida la realidad del Holocausto se preste sólo a su uso metafórico o también ayude a darle forma e intensifique los conflictos psíquicos en las generaciones no directamente involucradas es un tema que merece ser estudiado con detenimiento y que –por el límite de tiempo del cual dispongo– dejo para otra oportunidad.

¿La repetición permanente de genocidios y la ambivalente –generalmente, indiferente– forma de reaccionar de individuos, grupos y gobiernos frente a ellos están relacionadas con ese duelo no elaborado? ¿El profundo malestar generado por el terrorismo organizado, desplegado por los movimientos fundamentalistas, está también incrementado por la certeza –que el nazismo puso en evidencia– de que la destructividad humana puede ser ilimitada? No son preguntas fáciles de responder, pero lo que sí me parece inevitable es que la nueva imagen de lo que es el ser humano, que el nazismo puso en evidencia, se instaló definitivamente y agravó el preexistente malestar en la cultura. Y para nosotros, los psicoanalistas, es imprescindible saber que no se puede estudiar en forma integral al ser humano sin tener en cuenta el Holocausto y lo que éste puso al descubierto.

Dejo para el final un par de preguntas difíciles de responder: ¿Cómo se verá el ser humano en un futuro? ¿Tendrá recursos para balancear sanamente esta visión de sí mismo, alterada a partir del Holocausto?

La predicción no ha sido el fuerte del psicoanálisis. Suponer que se puede

²⁹ Kijak, M.; Pelento, M. L. “La labor analítica en época de crisis”, en *Revista de Psicoanálisis*. Año XL, N° 2. Buenos Aires, 1983.

llegar a una situación ideal en la cual Tánatos quede totalmente supeditado y al servicio de Eros es caer en una fantasía mesiánica. Pero, ¿es posible volver a una situación en la que predomine, en la relación entre los seres humanos, al menos una ambivalencia tolerable? ¿Habrán caminos para poder lograrlo? ¿Podemos tener fe en la fuerza del “eterno Eros”?

Elie Wiesel, sobreviviente de Buchenwald, relata –diez años después de la liberación– su terrible experiencia en el libro *...un di velt hot geshvign* (...y el mundo callaba). Como cierre de mi presentación quiero transcribir dos pasajes del mismo. Comienza su crónica con estas palabras:³⁰

En el principio estaba la creencia, la tonta creencia; y la confianza, la vana confianza; y la ilusión, la peligrosa ilusión. Creíamos en Dios, teníamos confianza en el hombre y vivíamos con la ilusión de que en cada uno de nosotros existe una chispa del resplandor divino, de que cada uno de nosotros posee en sí mismo, en sus ojos y en su alma, la imagen divina. Esa fue la fuente –si no la causa– de todas nuestras desgracias.

Después del largo y pormenorizado relato de su horrible experiencia en Buchenwald, finaliza su libro en el momento de la liberación. Estaba gravemente enfermo, y en el hospital donde fue internado lo consideraban desahuciado. En un momento, y con sus últimas fuerzas, se incorporó y quiso ver su imagen en un espejo.

Vi mi propia imagen después de mi muerte. En ese instante se despertó en mí el deseo de vivir. Levanté –sin saber por qué– mi desfalleciente puño y rompí el espejo. Destruí la figura que en él se reflejaba.

Paulatinamente comenzó a mejorar, y durante su convalecencia se propuso escribir sus crónicas. En el momento de su publicación estaba terriblemente decepcionado por el derrumbe moral de la humanidad, posterior al Holocausto.

Termina su libro afirmando que, por más que denuncie lo sucedido, “no soy tan ingenuo como para creer que este libro modificará el curso de la historia y sacudirá la conciencia de la Humanidad (...). Los que callaban ayer, seguirán callando mañana. Me pregunto con frecuencia, ahora, diez años después de Buchenwald: ¿Valió la pena romper el espejo? ¿Valió la pena?”.

Si nos guiamos por todo lo que este luchador por los derechos humanos ha realizado hasta el momento, y que le valió el Premio Nobel de la Paz, pensamos que –a pesar de su gran decepción– la respuesta es afirmativa.

Tal vez, como psicoanalistas y desde nuestro modesto lugar de trabajo, también tengamos que seguir ese ejemplo y tratar de ayudar a recuperar, en lo posible, una mejor imagen del ser humano.

³⁰ Wiesel, Elie. *...un di velt hot geshvign*. Buenos Aires, Unión Central Israelita Polaca en la Argentina, 1956.

**Dr. José
Itzigsohn**

Cofundador y director
de la carrera de
Psicología en la
Universidad de
Buenos Aires.

Psicología del racismo y el Holocausto*

Presentación a cargo de la Decana de la Carrera de Humanidades de la Universidad de Belgrano, doctora Susana Seidmann:

El doctor José Alberto Itzigsohn fue uno de los fundadores de la Carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires y director de la misma.

El 1° de octubre recibió el título de doctor honorario de la Universidad de Buenos Aires, acto en el cual se conmemoraban los veinte años de la Facultad de Psicología como independiente de la Facultad de Filosofía y Letras.

En la actualidad, el doctor reside en Jerusalem, donde ha sido cofundador de la Asociación de Trabajadores de la Salud Mental de Lengua Hispana de Israel.

Es autor de varios libros entre otros: *Las marcas de Abel* y *Una experiencia judía contemporánea*.

La presencia del doctor Itzigsohn es auspiciada por la Universidad Hebrea de Jerusalem y por el Centro Internacional para la Enseñanza de la Cultura Judía”.

El tema del Holocausto nos preocupa mucho a todos: judíos y no judíos, a cualquier persona que tenga sensibilidad humana porque es una catástrofe singular en un siglo, el siglo XX que fue pródigo en ellas, como la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Cuando se analiza el fenómeno del Holocausto hay personas que tienden a considerarlo como una de las tragedias mayores del siglo XX, como un fenómeno totalmente diferente de los demás.

* **Conferencia** organizada por la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá y la Facultad de Humanidades de la Universidad de Belgrano, dictada en esta última. Buenos Aires, 21/10/05.

Comenzaré esta exposición hablando del racismo en general, para ver cuáles son los elementos comunes que puede tener con el Holocausto, y después pondré el acento en aquellos aspectos que lo diferencian.

El racismo es una forma de la xenofobia.

La xenofobia es un comportamiento del ser humano registrado desde el mismo comienzo de la historia.

No nos debe sorprender la xenofobia. Nos debe llamar la atención cómo emergemos y en circunstancias especiales volvemos a ella. Avances y recaídas en la percepción de la humanidad, como una humanidad única y total.

Lo primero que vemos cuando estudiamos la psicología de la historia y la comunidad social es que los seres humanos se organizaron como entidades humanas numéricamente pequeñas, con una gran disociación: con el afecto puesto adentro y la hostilidad, afuera. Es comprensible, ya que no había otra manera de subsistir: esos grupos correspondían a la realidad inmediata en la cual se iba desarrollando el ser humano. Tenemos muchos ejemplos que no tienen que ver con el nazismo, pero sí con la xenofobia.

Muchos pueblos designaron a sus vecinos con epítetos denigratorios. Los esclavos designaron a los germanos con una raíz: “*nemetz*”, que quiere decir mudo, vale decir que no era solamente gente que hablaba un idioma diferente, sino seres incapaces de hablar.

Otros ejemplos más cercanos: El nombre que sus vecinos dieron a los “*yamanes*” (indígenas extinguidos de Tierra del Fuego), significa: “los que comen caracoles” o “esquimal” que significa “comedor de carne cruda”.

La xenofobia persistió en la historia. A partir de un proceso de ampliación de las relaciones interhumanas a veces, por conquistas; a veces, por negociaciones; otras, por intercambio de bienes, o de mujeres vamos ampliando nuestro pequeño marco –como dijo Levi-Strauss– e incluyendo al otro con una gran disociación: con el afecto puesto adentro y la hostilidad, afuera.

Es un proceso lento y contradictorio, sujeto a continuos retrocesos. Una de las formas de retroceso es el racismo. La xenofobia no es forzosamente racista. Por ejemplo, en la época del imperio romano había esclavos de todo color y origen.

Vale decir que el otro podría ser sometido, oprimido, muerto, sin necesidad de diferenciar su color de piel. Más adelante comienza a haber una elaboración psicosocial del otro en función de su aspecto, su piel.

Un paso enorme en ese sentido fue el descubrimiento de América, cuando –de pronto– ante los ojos del europeo apareció el indio, que era alguien completamente diferente en su aspecto.

Otro momento fue el comienzo de la esclavitud africana, en el siglo XV, a partir del cual el negro comenzó a ser objeto de una utilización que se basaba –sobre todo– en su aspecto físico.

Esto no quiere decir que antes no había diferencia racial. Una es su percepción y otra, su institucionalización como una escala de valoración humana que nos permita comportarnos con el otro de una manera que no aceptaríamos con nuestro propio grupo.

En el templo de Abusimbel, en Egipto, hay una entrada en la cual se ve una hilera de prisioneros asiáticos, y del otro lado, una fila de prisioneros africanos. Ambos prototipos son inmediatamente reconocibles. Vale decir que la percepción del otro ya estaba instalada.

Si agregamos el estigma que –a través de la praxis– transforma al otro no sólo en un ser físicamente diferente, sino en uno carente de derechos, surge lo que llamamos el “racismo contemporáneo”, que tiene diversas formas.

Una es la que se da frente al individuo que se explota y a quien no se le conceden derechos. Por ejemplo: los esclavos africanos o los indios del altiplano, explotados por los conquistadores y de quienes se decía –para justificar la explotación– que se trataba de seres que no podían acceder a una cultura superior por contar con una inferioridad genética y que su lugar en una estructura social era estar al servicio de otros. Es decir, el grupo explotador se justifica y les asigna una desigualdad genética para llegar a las formas superiores de cultura.

Una forma aun más destructiva que el racismo es cuando se le concede a ese grupo no sólo la incapacidad de acceder a la “cultura superior”, sino la de convivir culturalmente.

En general, en este tipo de racismo, se trata de eliminar físicamente al otro, cuya ocupación de la tierra es un obstáculo. El ejemplo típico en nuestra región son los Onas, de Tierra del Fuego y los Tehuelches patagónicos. Se decía que eran incapaces de evolucionar y no eran aptos para cualquier forma elemental y mínima de convivencia.

Así vemos cuál es el tipo de praxis que configura el racismo.

Es interesante que la gente que comete estas atrocidades necesite justificarse. Veremos que la noción de humanidad se venía desarrollando desde mucho antes, y únicamente cuando ésta da un paso hacia atrás, se necesita explicarlo.

Tenemos que diferenciar muy bien entre las etapas de comprensión del otro ser humano. Muchas veces esa comprensión ya existe, pero es dejada de lado por intereses de otra naturaleza (porque quiero ocupar el territorio con ovejas, porque quiero que trabajen hasta la muerte por mí, porque quiero que ocupen el lugar que necesito o que desaparezcan).

Nadie tenía intenciones de matar a los esclavos, sino que murieran trabajando.

Aparece otro tipo de contextualización con respecto a pueblos que corresponden a esa categoría que los griegos en su tiempo llamaron “metecos”. ¿Qué eran

los “metecos”? Para los griegos o los romanos eran extranjeros que cumplían determinadas misiones que no entraban en su escala de valores.

Esto se aplica a todo un grupo de pueblos que podemos llamar “intermediarios”, en el sentido que cumplen la función de comercio, en relación con otras naciones. Una función necesaria, pero que –a veces– es vista con recelo, miedo y desprecio por parte del pueblo huésped.

Dentro de estos “pueblos intermediarios” hemos tenido –a lo largo de la historia del mundo occidental– a los judíos, a los sirios y los distintos grupos árabes, en la actualidad; y en el mundo oriental, sobre todo, a los chinos. Estos son –básicamente– intermediarios en toda el Asia oriental. Y para este grupo de pueblos se elabora una teoría racista específica.

Nadie puede decir que los judíos, los hindúes o los chinos son tontos. Hay un viejo proverbio chino que viene al caso y dice que la gente que va a la montaña es afable, y la que va al mar es inteligente. Vale decir que quien construye su vida en el aislamiento es afable y quien lo hace en relación con el otro puede no serlo, pero se supone que es inteligente.

¿Cómo se configura una teoría racista respecto de estos grupos? Se los ve como pérfidos, corruptores, inadaptables, corruptores sexuales, y moralmente inferiores. Esto los transforma –de alguna manera– en pueblos completamente ajenos, provocando reacciones muy parecidas: por ejemplo, han habido *pogroms* contra los judíos en Europa y contra chinos e hindúes en diferentes países de Asia y África.

Si tuviese que definir “antisemitismo” dentro de una forma particular de racismo, ésta comportaría la idea de extrañeza, de perfidia, de confabulación junto con temor, porque siempre –dentro del racismo– cualquiera sea su forma, hay temor en el grupo opresor con respecto al oprimido. Los propietarios de esclavos tenían miedo de que éstos se rebelaran, y a veces estaba justificado, como en el caso de Haití, donde pasaron por las armas a todos los esclavistas. El indio también era temido porque podía reaccionar de una manera cruel. El judío el chino o el hindú son aún más temibles, porque pueden afectar de maneras más sutiles y más difíciles de percibir. Para el racista se introducen en su sociedad y dañan sus valores y su identidad sexual.

Configuran básicamente el miedo al extraño en el que se supone que hay una fantasía de sed de revancha destructiva, y de dominio, como puede leerse en los famosos *Protocolos de los Sabios de Sión*.

Cuando hablamos de antisemitismo u otra forma de racismo no dejamos ver la intensidad del miedo hacia esos pueblos. Es una actitud de perseguido-perseguidor. Hay un gran temor.

Aquí llego a la especificidad del antisemitismo.

Debe diferenciarse el racismo “judío” de otros similares.

Hay equivalencias entre un *pogrom* antijudío y uno antichino. Hasta aquí vamos juntos.

Pero hay un momento histórico en el que se pasó del odio antijudío de base religiosa y de larga data, al antisemitismo moderno, de base puramente racial. Ese tipo de antisemitismo nace en Alemania y en Austria en la década del 70 del siglo XIX y se extendió muy rápidamente a Rusia, Francia y otros países.

El rechazo al judío ya no se basaba en su religión o su cultura, de la cual podría “escaparse”, sino en la existencia de genes (no se usaba ese término), un elemento racial que el judío no puede eludir.

Supongamos que el judío sea una persona absolutamente honorable, aún para el antisemita. Pero ese judío tiene la maldición de ser portador de genes que –tarde o temprano– darán lugar a un individuo corruptor, conspirador, que dañará la sociedad.

¿Y cuáles son las alternativas? Las únicas que aparecen son aislarlo por completo, castrarlo o eliminarlo. Y surge con el nazismo la idea hitleriana de que la solución para el “problema judío” debe ser de una vez y para siempre: la “Solución Final”.

Los *ghettos* eran considerados “porosos”; es decir, la gente podía salir de ellos. Convertirse era una ficción porque la estructura genética no variaba.

Surgió la idea de que al pueblo judío había que exterminarlo.

No era una concepción simple del problema. Incluso entre los propios nazis hubo planteos previos y diferentes. Uno fue cuando se ocupó el imperio colonial francés: querían llevar a todos los judíos del mundo a Madagascar y rodear esa isla con barcos de guerra, para que ninguno pudiera escapar. Aquí está la idea de la exclusión, un gran ghetto. Pero deja vivir a esa gente.

Hubo otra idea, la de colonizar zonas más atrasadas de Polonia, con la idea de que la mayoría moriría, pero llevaría –de alguna manera– a la regeneración de esa raza, para que un grupo se liberara de esa maldición genética.

Pero finalmente esto fue dejado de lado por impracticable y predominó la idea de la exterminación total. Una idea terrible, no sólo para las víctimas, sino difícilísima de concebir para los propios planificadores y promotores. No nos olvidemos de que éstos vivían en una sociedad en la cual la idea de la comunidad del género humano ya existía. Hubo que retroceder milenios para decir que la única solución posible era el exterminio, e incluso muchos formularon esto de la siguiente manera: “hoy en día, los liberales nos critican, pero más adelante nos justificarán”. Vale decir: la humanidad terminaría por comprender que este sacrificio de ciertos aspectos de la humanidad, de una población genéticamente inferior, estaba justificado por una ideología derivada del darwinismo social, y de allí al Holocausto.

Esto es lo que el Holocausto tiene de diferente.

Conocemos otros genocidios históricos previos; por ejemplo: el de los armenios, en el cual un millón y medio de personas perecieron en manos de los turcos. Pero una vez realizado ese genocidio, nadie promovía la idea de que el armenio que había vivido no merecía hacerlo, y habría que seguirlo hasta el último rincón y matarlo.

Lo desplazaron, realizaron una limpieza étnica, pero a quienes vivían en otros lugares no se los persiguió.

Podemos pensar en genocidios más recientes, pero —una vez que se los desplazó— aquellos sobrevivientes que están por el mundo viven tranquilos. Como éstos hay muchos otros ejemplos de limpieza étnica.

No así en el caso del Holocausto. No bastaba con desplazar al judío, había que perseguirlo hasta el último rincón, eliminarlo, porque un solo judío podía —dentro de esa concepción racista— ser la fuente del mal, así que había que buscarlo hasta el último extremo de la Tierra.

Los nazis crearon un ministerio de difusión de propaganda antisemita en todo el mundo, incluso la Argentina. Como contemporáneo de aquella época, puedo dar fe de que había grupos, no mayoritarios que adherían a esa ideología.

Tengo ejemplos en algunos de mis trabajos.

Leros es una isla del Dodecaneso que pertenecía a Italia. Cuando se produjo la guerra mundial, los italianos no perseguían con saña a los judíos, los dejaban vivir. En un momento dado, el gobierno cayó y fue reemplazado por una República fascista.

Todas las posesiones italianas, incluida Leros pasaron a manos de los nazis, quienes mandaron barcos a un mar infestado de submarinos aliados. Ya en la última época de la guerra, cuando el Eje estaba perdido, fueron hasta allí para llevar a Auschwitz al único judío de la isla.

Para mí es el símbolo máximo del Holocausto: exterminar a un pueblo hasta su última persona.

Si hubiese alguna persona que tenía que quedar viva porque su oficio lo hacía indispensable, a ese señor le habrían dado, como ocurrió muchas veces, la opción entre morir o someterse a la castración para neutralizarlo como amenaza genética.

Esto es el Holocausto.

Lo que pasó ya lo conocemos: millones de personas sacadas de sus casas, millones de personas hacinadas, millones de personas muertas. Vivieron en las condiciones más inhumanas que podemos concebir.

Como psiquiatra, he tratado con muchos sobrevivientes del Holocausto, tanto en la Argentina como en Israel. De las muchas historias que he escuchado, las que más me han impresionado son aquellas que tenían que ver con la etapa final de la guerra, cuando el único escape posible era refugiarse bajo tierra.

En una época en que un grupo de personas ya no tenía dónde esconderse, ca-

vaban un refugio bajo la tierra. Allí vivían grupos de cinco o seis personas, en la oscuridad e inmovilidad, esperando que algún campesino –por compasión o por dinero–, les bajase algo de comida día a día y se llevase los excrementos. Es que los nazis usaban perros para detectar si había algún judío escondido.

Reducir a un grupo humano a esa condición es quizá tan drástico como matarlo.

Hay mucha gente, en otros países, que son testigos del Holocausto. En España he podido hablar con oficiales de la Legión Azul, que fueron parte del ejército alemán y me relataron simplemente lo que habían visto. Del relato de la gente de esa ideología podemos sacar nuestra conclusión.

Estamos acostumbrados a pensar que de cada catástrofe se puede deducir: “pasó algo terrible y nos dejó una enseñanza”. Pero no sé si podremos sacar alguna conclusión de esto.

Me animaría a decir que la regresión a las formas más primitivas y destructivas de la xenofobia, como el racismo, es una amenaza para todos los grupos humanos y para la humanidad.

El Holocausto lo llevó a cabo un grupo al que conocemos como “los nazis alemanes” con cómplices en toda Europa, sobre la base de una larga historia de exclusión y odio a los judíos. Pero el genocidio es como una regresión para todo grupo humano. Y no estamos hablando de historia, sino del presente. Recordemos el destino trágico, muy reciente, de los Tutsis en Ruanda.

Y si es que hay una conclusión, ésta tiene que ser la permanente vigilancia de nosotros sobre nosotros mismos, en cuanto individuos y en cuanto grupo, para evitar este tipo de situaciones.

**Dr. Arnoldo
Liberman**

Psicoanalista, escritor.

Los cuatro profetas del Apocalipsis

*El pasado es un recuerdo que siempre se encuentra a la misma distancia. Por eso es posible vivir la experiencia de un pasado del que no he tenido experiencia directa. Como ha escrito Franz Rosenzweig en *La estrella de la redención*, el judío considera que el recuerdo histórico no es un punto fijo en el pasado que vaya estando cada año un año más pasado, sino que es un recuerdo siempre igual de cercano, que propiamente no ha pasado sino que es un recuerdo eternamente presente. Cada uno en particular ha de ver la salida de Egipto como si él mismo hubiera participado de ella.*

JOAN-CARLES MÉLICH.¹

En Wansee, en las afueras de Berlín y en enero de 1942, los jefes nazis decidieron acabar definitivamente con el pueblo judío. La llamada “Solución Final” se puso en movimiento, y todo aquello que había sido un tenebroso preparativo de años de persecución y muerte se transformó en un programa sistemático de aniquilación en las cámaras de gases y los hornos crematorios. En ese mismo mes, yo (que nací el año en que Hitler se encaramó en el poder) cumplía nueve años y medio, en un pueblo lejano de la provincia de Entre Ríos, en la Argentina, rodeado de caminos que sentía tan míos como si allí se aposentaran las más sólidas justificaciones del vivir. Porque justamente entre esos caminos, en aquel verde inigualable de la campiña entrerriana, en las aguas de aquel río que por algo llamábamos *el río azul* y entre los árboles de aquella ciudad que por algo llamábamos *la ciudad del río azul*, nacieron mis primeras aproximaciones al mundo de los interrogantes, de las respuestas inaccesibles, de la nostalgia, de la decisión de Wansee. En ese verde salvaje que enmarcaba el azul de mi río, en esas calles de mis padres que diariamente me conducían a mi colegio y mi plaza, en esos árboles que acogían eternamente aquellos ruidosos gorriones de

¹ Mélich, Joan-Carles. *La lección de Auschwitz*.

mi pueblo, comencé lo que alguna vez Jorge Luis Borges llamaría el *prolongado comercio* con los colores de la vida y los estremecimientos de una identidad que comenzaba a crecer en mí para siempre: la inocencia de un niño feliz a quien, desde Europa, en esos mismos momentos, destinaban a aquellas respuestas inaccesibles, a aquellas nostalgias, a aquellas neblinas, por el simple expediente de ser judío. Yo, que comenzaba a intuir que la alegría lejos del resto de los hombres es una alegría contra ellos, comenzaba a saber también que Wansee era el lejano cuestionamiento de dicha alegría. Mi infancia no era un edificio abandonado y soñado —como en aquella canción de Schubert—, sino el testimonio rocoso de mi legítima pertenencia a la vida. La canción de la tierra, la terca serenidad de aquellos crepúsculos provincianos, la mirada protectora de mis padres y esos juegos secretos y festivos en los cuales Dios era mi interlocutor privilegiado. La felicidad estaba presente con sólo evocarla entusiastamente. Pero en Wansee, a una distancia de millones de calles y ríos, de gorriones y árboles, mi destino era otro. Jerarcas de un totalitarismo genocida decidían mi futuro súbitamente. Yo no tenía derecho a esas calles, esos árboles, ese río, esos gorriones; en fin, a ese asombro. Sólo tenía derecho, con mis nueve años y medio, a esa mínima conciencia de lo que en Europa estaban decidiendo, y yo quedaba adherido a esa conciencia con una intensidad que sólo hoy puedo ponderar realmente.

De una manera turbadora, desasosegada, mi pequeña conciencia recién nacida aprehendía los primeros indicios de mi identidad, la cual —por siempre, ya— se instalaría en un espacio de interrogantes, conflictos sangrantes, sonambulismo, arduas fidelidades. Comenzaba a ser un apátrida por decreto, o como diría Hannah Arendt: un individuo sin Estado. Habitaba dos espacios a la vez (cosa que marcaría para siempre mi mundo interno): uno, en mi pueblo, rodeado de aparentes seguridades y de un clima liberal de convivencia; otro, en algún secreto lugar de mi mundo fantasmático, recorriendo Europa en el vagón de un tren de Ferrocarriles del Tercer *Reich*, oprimido y aterrorizado, camino a Auschwitz. Una rata, codo a codo con miles de ratas, llevada al matadero por el simple hecho de ser judío.

Una infancia en la cual el amor me ha rozado y todo parece bien escrito en ese cielo que la candidez me regala se transforma repentinamente en “Zyklon B”, en cientos de cuerpos machacados, en estrellas amarillas devoradas por un fuego diabólico, en tortura y destrucción apocalípticas. Ya no tenía derecho a reivindicar la legitimidad de mi existencia en un mundo en el cual era yo quien ya no tenía sitio. Fue allí, en aquellos momentos de mis nueve años y medio, que aprendí, por primera vez, lo que quería decir “Apocalipsis”. Hasta un minuto antes, estaba inserto en un orden absoluto, fiel a los colores de mi pueblo, a los árboles de mis calles, a mis amigos entrañables. Un gran teatro de engaños, en el cual protagonizaba el papel del portador de la felicidad eterna, un mensajero de la bienaventuranza. Mi reino era de este mundo, y coincidía con Dios en

la plegaria de una fiesta secreta. Y de pronto, la tormenta recóndita, el cielo transformado en una enorme llamarada, un incendio ebrio y alucinante transformaban mis seguridades en puro escombros, pura arena movediza, desazón esencial, trágica opereta (no puedo dejar de pensar en aquella definición de Walter Benjamin en la cual señalaba que la historia no es un largo camino de la humanidad hacia el progreso, sino una montaña de escombros que sube hacia el cielo). En la sinagoga del amor, lo esencial es permanecer fieles a la maravilla de la tierra. Pero un campo de batalla –el de mi mundo interior– comenzaba a cruzar los anhelos del amor con la impía desconfianza que Wansee introducía en mis temores. Yo me transformaba –como dice Wordsworth– *en un viajero entre la vida y la muerte*. Habíamos de morir, claro, pero yo ya no tenía el derecho de dejar la tierra por una muerte biológica: la irrupción de una vasculopatía o un infarto, por una artrosis senil o una diabetes hereditaria; sino que sólo tenía un destino de muerte imprevista, apenas pasados los nueve años de edad, en medio del horror, la humillación, la impotencia y la cólera. La vida de mis amigos cristianos comenzaba por la vida; la mía, por la muerte. ¿Qué de extraño podía tener que un judío –en estas circunstancias– se definiera por la única definición y el único valor que le dejaban, por el único espacio permitido? Sólo era un judío, y se trataba de asumir la historia que me había marcado. Años más tarde me haría sonreír irónicamente aquella definición de Althusser: “La historia es un proceso sin sujeto”. Un desacato narcisista se me instalaba en la piel. Yo era el *sujeto* de esa historia, y a mí me condenaban desde Wansee a dejar mi prometeico empecinamiento de creer en la vida y la alegría. “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”, había escrito el poeta. De eso se trataba: del Apocalipsis al cual me sentenciaban cuando aún creía en el tranquilizador sonido del *río azul* y el rumor de las calles de mis padres.

No insistiré en esta memoria, pero años más tarde, ya lector empecinado e interrogador sistemático de todo cuanto sucedía, me encontré con seres –auténticos profetas de dicho Apocalipsis– que muchos años antes dibujaron en sus páginas el vaticinio feroz que Wansee anunciaba. En dichas lecturas aprendí a amarlos como si fueran mis hermanos, como si ellos también hubieran tenido nueve años y medio en el cielo azul de un pueblo provinciano. Max Weber, Franz Kafka, Walter Benjamin, Gustav Mahler, eran esa sangre fraterna que recorría mis venas a través de la lectura de sus intuiciones, de ese arte de mil centinelas (como habría dicho Forster), de ese eco de mil laberintos que ellos habían recorrido cuando el mundo aún nada sabía de Hitler, ni yo de Wansee. Mi sabiduría iniciaba un singular tránsito: no se desarrollaba sólo gracias a lo que aprendía, sino en cuanto a todo lo que perdía. El Apocalipsis era una amenaza real, y la vida plena de un niño se hacía pedazos temiendo morir a los veinte años de un balazo en el corazón disparado cuando tenía nueve años y medio. Luego de ese disparo, mis fidelidades se hicieron arduas y susceptibles –*las pa-*

labras son revólveres cargados, escribió alguna vez Brice Parain—, y ya no llegaría a extrañarme ni siquiera que los guardianes de Auschwitz leyeran a Goethe y escucharan a Schubert. Todo el sentido mismo de la vida, la mirada aprendida en la serenidad de un hogar entrerriano, se disolvía ante un vaticinio siniestro: uno de los pueblos más antiguos y civilizados debía desaparecer —reitero— por el simple hecho de ser el judío. Mis padres me habían enseñado que veníamos de ese pueblo, que me había dado a Einstein, Freud, Marx, Spinoza, Mahler, Schönberg y tantos otros, que el mismo Proust (de quien mi madre leía *A la búsqueda del tiempo perdido*) era judío. Que una enorme cantidad de judíos científicos, economistas y escritores eran premiados en los distintos rincones del mundo. Que el cincuenta por ciento de los Premios Nobel eran judíos. Todo ello —decían mis padres— me señalaba hasta qué límites la pertenencia a este pueblo debía ser un orgullo porque esa tradición judía, enormemente grávida y creativa, *había cambiado el mundo* (como diría George Steiner: *uno se sentía orgulloso de ser miembro de ese club*). Pero un día, súbitamente, esa identidad histórica era cuestionada. Ya no podía ejercer mi transparencia de argentino, mi densidad de argentino, mi absoluto de argentino (aunque en mi país todo era paz para los judíos) porque la historia se escribía en lugares lejanos, muy allende las fronteras de mi pueblo y de mi patria. Aprendía desde ese momento que —como dice Santiago Kovadloff— el judío no se define como judío en virtud del lugar que ocupa, sino de la espera en que consiste. Y no se trataba de esa espera que tiene que ver con un devenir mesiánico (al fin de cuentas, pacífica y plena de religiosidad o de teofanía), sino con algo mucho más brutal e inmediato: la espera de la muerte, el cumplimiento del decreto de Wansee, mi existencia dependiente de lo que pasara en Europa, mi seguridad hecha añicos. Aquellos cuatro profetas del Apocalipsis me habían dado la voz de alarma, pero no los había oído. Jack-Alain Léger, el notable autor de *Wanderweg*, dice a través de uno de sus personajes: “Aquellos años que él había añorado tanto en su vejez, aquellos años vividos con el sordo presentimiento de una catástrofe, aquellos años en que se inventó la modernidad. Si entonces se hubiera sabido oír las cosas inauditas que decían los creadores y los pensadores, todo podría haberse evitado aún: la matanza de 1914-1918, la revolución de 1917, Hitler, Stalin, Auschwitz, Hiroshima, los Campos Soviéticos. Al menos, eso era lo que pensaba en el crepúsculo de su vida: ‘No nos escucharon. No escucharon nuestra música. No escucharon lo que canta la contralto de la Tercera Sinfonía de Mahler (‘¡Oh, hombres, tened cuidado!’). No escucharon las palabras de Nietzsche. Ni las de Freud tampoco. ¡Ay, nadie supo entendernos entonces!’. Justamente son estas palabras las que me incitaron a pensar en ellos, en aquellos cuatro jinetes del Apocalipsis, aquellos profetas que Enzo Traverso (que menciona sólo a tres) estudia en su *La historia desgarrada*, uno de los ensayos más lúcidos nacidos de pensar Auschwitz.

Como es hoy frecuente observar, Auschwitz se ha transformado en una palabra única, en el símbolo mismo de la perversidad y la tragedia que asoló el siglo pasado, en un referente obligado de toda meditación sobre el destino del hombre, en una metáfora imprescindible para dar cuenta de los aspectos más inhumanos e irracionales de la gestación del mundo moderno. Pero vayamos, respetando la prioridad que registra Traverso, hacia aquellos profetas de lo infausto que desde el corazón de Alemania alertaron al mundo (“¡Oh, hombres, tened cuidado!”) sobre lo que sucedería pocos años más tarde.

El primero de ellos fue Max Weber, el conflictivo pensador que murió en 1920, que no vivió los horrores del nazismo ni de Auschwitz, pero —a la manera de Hugo von Hofmannsthal— añoró un pasado imperial (“Avancen hacia atrás”, como dicen los carteles de los autobuses, progresar hacia atrás, regresar a las fuentes) que debía impedir el advenimiento de las fuerzas destructivas. El fue uno de los primeros en ocuparse del tema del antisemitismo, y aunque algunos señalan que su pensamiento “ayudó” a la gestación del monstruo otorgándole una especie de modelo de *Solución Final* al hablar de “la revolución carismática” (“el pueblo judío es un pueblo paria”), lo cierto es que se trata de una interpretación injusta y arbitraria. Weber fue el primero en lanzar un grito de alerta frente a lo que él intuía como un emergente siniestro de un mundo en el cual la racionalización y la barbarie comenzaban a juntarse, despojando a la ética de su lugar privilegiado. Este “desencanto del mundo” —así lo llamaba— centraba sus famosas conferencias de 1919 sobre ciencia y política, y transformaba en vaticinio apocalíptico su crítica de la civilización occidental. “Lo que nos espera no es la floración del verano, sino ante todo una noche polar, glacial, sombría y ruda”, decía. Recordaba en todo momento aquella frase —luego tantas veces repetida— del Infierno del Dante: “lasciate ogni speranza” (“abandonad toda esperanza”). Muchos años antes del advenimiento franco del nazismo y la Segunda Guerra Mundial, Weber veía con mirada de profeta.

Cuenta Traverso que Detlev Peukert esbozó un retrato intelectual de Weber con una sorprendente alegoría: la imagen de un condenado que aparece en el *Juicio universal*, de Miguel Ángel. Aunque le hayan agarrado por las piernas y el Infierno le esté devorando, mantiene la postura clásica del pensador occidental. Reflexiona con la cabeza apoyada en el brazo; la mano le oculta un ojo, mientras el otro mira aterrado el paisaje apocalíptico que le rodea. Su tesis era desesperada: todo intento de cambiar el curso de los acontecimientos era vano, estéril. Un romántico resignado al devenir de una historia inexorablemente absurda y horrible. Traverso señala, con incisiva agudeza, que esta visión —mediatizada por el hermano de Max Weber, Alfred, profesor de Kafka en la Facultad de Derecho de Praga— influyó significativamente en el joven escritor judeochecho. El análisis comparado de un artículo de Alfred Weber titulado *El funcionario* (*Neue Rundschau*, 1910) y de *Una colonia penitenciaria*, el famoso cuento

de Kafka (1914), revela sorprendentes afinidades entre el sociólogo alemán y el escritor de Praga. Alfred recuperaba pensamientos de su hermano Max sobre el destino ineludible de Europa. “La burocracia es un estado social despojado de alma”, decía. ¿Y qué fue el nazismo sino una espantosa máquina burocrática al servicio del asesinato colectivo, una “máquina productora de muerte”, como diría el esposo de Hannah Arendt, Günther Anders? Otra de las significativas influencias de este pensador profético (Max Weber) fue su presencia en la obra de Walter Benjamin a través del discipulado de éste en la escuela de Francfort, escuela que marcó al escritor berlinés. Ya volveremos a él. De una manera indirecta y sutil, Max Weber coloreó con su melancolía racional, con sus predicciones siniestras, con su augur lúcido, el comienzo de la hecatombe que el nacionalsocialismo traería a Europa.

El segundo de los profetas que quiero mencionar es Franz Kafka. Theodor Adorno, en *Reflexiones sobre Kafka*, ya anticipaba esta mirada que sería refrendada por Steiner en *La larga vida de la metáfora. Una aproximación a la Shoah*, en la que el notable investigador y pensador dice que Kafka prevé “con exactitud el vocabulario, la tecnología y la política” del sistema de aniquilamiento nazi. El personaje kafkiano es el centro (descentrado) de un universo enloquecido, absurdo, opresor, inaccesible, que finalizaría en las cámaras de gases. Un personaje sometido al arbitrio de otros personajes siempre siniestros y triviales que conforman el código secreto de un *orden infernal* y víctima de instituciones siempre secundarias y siempre impenetrables que configuran una pirámide jerárquica con un último juez siempre penúltimo. Los héroes de las novelas de Kafka –dice Traverso– no tienen lugar en este mundo (“Usted no es del castillo, no es del pueblo, no es nada”), donde están condenados a vivir en una condición de “parias” (existencias totalmente contingentes y gratuitas que no encuentran sentido al cual pertenecer). Lukács llamó a esta literatura “realismo profético”. Hannah Arendt describiría minuciosamente en *Eichmann en Jerusalén* el funcionamiento de esa máquina de destrucción donde el ser humano dejaba primeramente de serlo para luego ser desaparecido como si nunca hubiera existido (“cavamos unas tumbas en los aires allí hay lugar de sobra”, dirá Paul Celan en su conmovedor poema *Todestango - El tango de la muerte*, llamado luego *Todesfuge - Huída de la muerte*). Kafka, en *El Proceso* –refiriéndose a los funcionarios de aquella máquina; en este caso, guardianes del tribunal– escribió: “Sólo somos empleados subalternos; nos conocemos apenas por el documento de identidad y no tenemos otra cosa que hacer que vigilarle diez horas al día y cobrar nuestro sueldo por ese trabajo. Eso es todo; no por ello ignoramos que las autoridades que nos emplean investigan muy minuciosamente los motivos del arresto antes de entregar la orden. En eso no cabe error”. Como se ve, los empleados sólo cumplen una función neutra, asignada por autoridades mayores, sin jamás preguntarse por la finalidad de su trabajo. Si les ordenan matar, lo

hacen sin odio ni pasión, como un emergente lógico del deber y de la obediencia a la autoridad. En este aspecto, se puede matar como se puede atornillar un clavo, sin ningún sentimiento de origen moral, ni ninguna implicación de conciencia. Adolf Eichmann defendería, en el juicio de Jerusalén, esta “obediencia debida”, como lo harían años más tarde, los torturadores argentinos. Como dice otro personaje de *El Proceso*: “Mi oficio es zurrar, por lo tanto zurro”. En *La colonia penitenciaria* el oficial que pone en acción la máquina de tortura –que graba en la carne de la víctima la condena– es insensible al dolor del condenado porque toda su mentalidad está puesta en la concentración que le exige el deber y la fascinación que ejerce el funcionamiento del engranaje. El carácter profético de estas secuencias kafkianas reside –como dice Traverso– en un proceso de destrucción *sin sujeto*, en el cual la ejecución de la pena es confiada a una máquina, sin que la víctima pueda mirar a su verdugo. El asesinato es sólo un derivado tecnócrata –exento de culpabilidad, naturalmente– que dibuja con exactitud lo que años más tarde serían los campos de exterminio. Primo Levi señala que el tatuaje de los *Häftlinge* en Auschwitz era ese número indeleble que le hacía sentir “su condena escrita en la carne”. Walter Benjamin señalaría el carácter profético de la literatura kafkiana, y ya en 1938 decía que prefiguraba las matanzas nazis. Lo que en Kafka eran las vicisitudes de un individuo, serían luego las de millones de seres humanos, singularmente judíos, víctimas de un terror único en la historia.

El tercer profeta es el mismo Walter Benjamin, que se suicidó en Port Bou en 1940, antes de la decisión de Wansee. Sin embargo sus escritos son como faros de luz arrojados a un porvenir oscuro y tenebroso. Si las premoniciones de Weber y Kafka eran fantasmáticas porque aún la *Solución Final* no se había decidido, las de Benjamin eran ya la anunciación de la *Shoah* (Jacques Derrida dice que en 1921 el escritor berlinés ya era “víctima” del nazismo y anunciador del Apocalipsis). “Todo lo que es terrestre se transformará en un campo en ruinas”, dirá en 1925. En alguna oportunidad he hablado del cuadro de Paul Klee *Angelus Novus*, que Benjamin compró en Munich en 1921, que tanta influencia tuvo en su pensamiento y que sería un ingrediente principal en su epistolario con Gershom Scholem. Es curioso que este cuadro es recuperado por Benjamin en su exilio en París, en 1940 es confiado a Georges Bataille, después de la guerra pasa a las manos de Theodor Adorno en New York y hoy en día es expuesto en el Museo de Jerusalén. Mientras Klee quiso hacer de ese ángel un mensajero de la Resurrección, Benjamin lo convertiría en testimonio de la catástrofe que asolaría a Europa. En su tesis, el *Ángelus Novus* aparece como un auténtico Ángel de la Historia, alegoría de la inmensa catástrofe del nazismo como expresión última del “progreso” histórico. En un marxista como Benjamin, esta premonición tiene toda la fuerza de una verdad desesperada. En dicha tesis, dice que –empujado por una tempestad que sopla desde el Paraíso– el ángel de la

historia da la espalda al porvenir y contempla el pasado que se presenta ante él como un incesante amontonamiento de escombros. En *Angelus Novus*, Klee muestra al ángel con los ojos desorbitados, la boca abierta, las alas desplegadas y el rostro vuelto hacia atrás. El *sólo ve una sola y única catástrofe* –escribe Traverso–: que no deja de amontonar ruinas sobre ruinas. El quisiera despertar a los muertos y reunir a los vencidos, pero la tempestad que se ha enredado en sus alas es tan intensa que el ángel ya no puede cerrarlas. “A esta tempestad es lo que llamamos el progreso”, escribirá Benjamin a su amigo Scholem. Pocos años más tarde, este dibujo de una previsible realidad se transformó en una fiel descripción de un infierno en la tierra. En esa unión creativa de judaísmo, marxismo y sensibilidad romántica, Benjamin creó un sentido de la historia desesperado y trágico. Dice Traverso: “La fusión de la dimensión apocalíptica heredada del judaísmo con el impulso revolucionario propio del marxismo constituye la singularidad de las *Tesis*, donde el *Anticristo* se identifica con el nazismo, la última encarnación de la civilización moderna”. Como referencia anecdótica pero altamente significativa y metafórica quiero señalar que desde 1920, Benjamin tenía una intensa neurosis manifestada como “obsesión por el gas” que marca sus escritos (*Sentido único*, 1928).

El cuarto profeta es Gustav Mahler, a quien he dedicado numerosos ensayos y que cierra con pentagramas dolidos y premonitorios este artículo. Como dice Léger y el mismo Mahler en su programa del concierto inicial de su *Tercera Sinfonía*, Nietzsche señalaba “¡Oh, hombres, tened cuidado!”, y ya en sus pentagramas anteriores, *Segunda Sinfonía Resurrección*, la colectividad de los muertos salía de sus tumbas a juzgar a los seres humanos. Perseguido como judío en los primeros años del siglo XX –tuvo que convertirse al cristianismo para acceder a la dirección de la Opera de Viena, a la que convirtió en el centro iluminado de la música en Europa por espacio de diez años– su música, desde un primer momento, tuvo para mí esencial semejanza con la literatura kafkiana. En mi libro *Previamente, la alegría*, he recorrido este tema en extensión. “El arte es un espejo que a veces adelanta, como los relojes”, escribió Kafka. Gustav Mahler vivió ese arte, ese anticipo y esa Europa amenazante de tempestades ya en 1905 (moriría en 1911), y pocos años más tarde, lanzaría ese grito de plegaria y SOS que marca a fuego su *Octava Sinfonía*, o el lamento último y desgarrador de su *Novena Sinfonía*, aquella que es “la muerte en persona”, como dice Alban Berg. “En todas partes sopla el mismo clima. Se está haciendo insoportable ser judío”, exclama antes de su exilio en los Estados Unidos, virtualmente expulsado por los nazis austríacos. Que hoy su música sea una de las expresiones más auténticas del pueblo de Israel no es una mera casualidad. Como su alumno Arnold Schönberg –que culminaría estas admoniciones proféticas con su testimonio de *El sobreviviente en Varsovia*, uno de los gritos judíos más desgarradores que ha dado la historia del arte–, ellos conforman ese eje musical que es otra de las ma-

neras de la identidad verdadera. Escribe Celan: *ich bin du, wenn ich ich bin* (“yo soy tú cuando yo soy yo”). De esa autenticidad judía ante la historia (estar condenados a ser ratas para que sus verdugos tengan la sensación de que no están asesinando a personas) nace esa otra autenticidad honda y definitiva: pertenecer al milagro que comienza, a la cartografía de la vida, a ser siempre la palabra que será.

Profetas judíos que han habitado todos los tiempos: éste ha sido un breve tránsito por algunos de ellos y sus iluminaciones.

Testimonial

**Arq. Miguel
Sztul**

“*Janek*, el partisano”... Mi padre

Testimonio desde los escritos dejados por Juan *Janek* Sztul, con aportes en vida de su esposa y compañera de lucha, Mala “Male” Abel, transcritos por su hijo, Miguel “Misha” Sztul (Mijael ben Johanan).

Antecedentes y llegada de los nazis a Polonia

Nació el 24 de octubre de 1919 en Radomsko, provincia de Kelce, en Polonia, con el nombre de Johanan, pero siempre fue conocido por los suyos como *Janek*... y así es recordado. Sus padres, Moisés Sztul e Ide Aizen, se radicaron a unos 40 kilómetros de allí, en Czentechowa –conocida en el mundo por su Virgen Negra–, cuando *Janek* tenía tres meses.

En esa ciudad creció, se educó y trabajó hasta 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y Polonia fue invadida por la Alemania nazi.

Su padre, laico, fundó con sus dos hermanos –un comunista, acorde al nuevo pensamiento imperante, y un religioso, acorde a la ascendencia *Cohén*¹ de la familia– una próspera sociedad, que se dedicaba a fabricar juguetes de chapa en la calle Poniatowka y les brindaba un buen pasar a sus familias, a pesar de sus obvias divergencias ideológicas.

Una de las actividades que solía realizar en sus frecuentes viajes de comercio era adquirir las matrices y equipamiento necesarios para la fábrica, generalmente desde la vecina Alemania. Allí nacieron también sus hermanos Hela y Abraham.

Concluyó la escuela primaria polaca y, luego, el colegio técnico “Szkota Pzemustova”, adquiriendo amplios conocimientos de mecánica y del uso de las

¹ *Cohén*: Sacerdote judío descendiente de Aharón, hereditariamente consagrado a los oficios religiosos.

máquinas y herramientas. La formación impartida incluía un entrenamiento militar, el cual le permitió también familiarizarse con el manejo de las armas. Todo este aprendizaje le serviría a lo largo de su vida, y tendría que ponerlo en práctica mucho antes de lo que pudo imaginar.

Como un rayo del cielo cayó entre los judíos la noticia de la invasión alemana a Polonia. Corría el mes de setiembre de 1939.

La ocupación trajo mucha tristeza y dolor al pueblo judío. Comenzaron a ocurrir cosas imposibles de imaginar; torturas y barbaries de todo tipo pasaron a ser hechos cotidianos. Miles de inocentes perecían a la vista de todos, y muchos seres queridos quedarían allí para siempre.²

La sangre judía brotaba por las calles clamando venganza, y sus jóvenes sentían la impotencia de no poder tomar alguna acción reivindicatoria, castrados en sus sentimientos de tomar revancha contra el invasor nazi que mataba a su gente y sus afectos. Ese espíritu de lucha sin armas ni equipo alguno fue ganando el corazón de muchos jóvenes para vengar a sus muertos.

Estos sentimientos y el haber escuchado y, luego, visto con sus incrédulos ojos las atrocidades que allí se desarrollaban con total impunidad fueron los que llevaron a *Janek* a levantar su temprano vuelo, abandonando la seguridad de su hogar sin saber si alguna vez volvería a ver a su familia.

Contaba con tan sólo 19 años cuando voló de su nido de Czestechowa, con el tronar del ejército nazi en sus talones. Cuando alcanzó su supervivencia, al final de la guerra, contaba con 25 años... y una nueva familia.

En los intensos años transcurridos entre 1939 y 1945 supo de la miseria humana de propios y ajenos, conoció de cerca el heroísmo, vio morir y matar, llorar y reír... y otras mil veces llorar. Enseñó el uso de las armas, enseñó a sobrevivir, luchó, se refugió... conoció el amor.

En 1939, al irrumpir el ejército alemán desde el sur, escapó a la ciudad polaca de Lemberg, ocupada por entonces por la Unión Soviética. Desde ese lugar y junto a otros jóvenes judíos –muchos de ellos, con la vista puesta en alcanzar las costas de Palestina, bajo el mandato británico; más tarde serían las del Estado de Israel– se organizaron para partir hacia el norte, esperando poner distancia al avance nazi.

² Huberman, Abraham. *Los ghettos bajo el dominio nazi*. Ediciones Tarbut. “Entre las dos guerras comenzó a difundirse entre los judíos el uso del idioma polaco, que era hablado por una importante proporción de la población judía. Pero para Polonia los judíos eran considerados ajenos, extraños, no merecedores de gozar de todos los derechos. Un fuerte sentimiento anti-semita se hacía sentir cada vez con mayor fuerza, dando origen a sangrientos pogroms en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. El ejemplo de lo que estaba sucediendo en Alemania constituía un modelo a seguir para los polacos y una amenaza para los judíos, que abrigan sentimientos ambivalentes. Amaban ese país, sus paisajes, su naturaleza, pero no eran correspondidos.”

Así atravesaron las tierras polacas bajo el dominio nazi hasta alcanzar la ciudad de Vilna, en la parte del territorio polaco dominada por la Unión Soviética y lindante con Lituania por el norte. Allí se asentaron para desarrollar sus actividades futuras.

Lituania –Estado que históricamente alternaba su condición de soberana y dominada por el invasor de turno– era por entonces un país libre, bajo la presidencia de Smetana. Vilna no escapaba a esa situación, pasando de manos de Polonia a Lituania en innumerables ocasiones hasta que, terminada la guerra, quedó reconocida como la capital de esta última.

En Lituania se desarrollaba y florecía una de las tantas comunidades judías dispersas por Europa. Y Vilna era particularmente fértil en su intenso desarrollo cultural y comunitario. Escuelas, hospitales, centros juveniles y comunitarios y hasta las mayores bibliotecas judías conocidas en toda Europa le valieron, con justicia, el mote de “La Jerusalem de Lituania”.

*... la importancia que adquirieron las instituciones culturales en una época como ésta. Estaba, por ejemplo, el YIVO, el Instituto Científico Idish de Vilna, donde actuaba Abba Kovner y el poeta Abraham Sutzkever en la conservación de materiales, organización de una biblioteca y estímulo a la producción literaria, en un esfuerzo por mantener la moral. No fue casual que el grupo del YIVO constituyese un territorio para el reclutamiento de la FPO, el movimiento de la resistencia en Vilna.*³

A esta ciudad llegó Janek con sus compañeros, esperando que la pesadilla terminara en poco tiempo, para poder, luego, retomar su vida y sus proyectos personales.

Entonces nadie conocía el real poderío que sigilosamente había alcanzado el ejército alemán bajo el mando de Adolf Hitler, el cual mantuvo en absoluto secreto ante el mundo entero.

En Vilna siguió estudiando técnica y mecánica bajo el patrocinio de la Escuela ORT, perfeccionando su habilidad en el uso de las máquinas y herramientas. Entre 1940 y 1941 Lituania fue ocupada, sucesivamente, por la Unión Soviética y –poco tiempo después– por los alemanes que avanzaban desde el sur polaco. Eran los tiempos previos a la creación y encierro de los judíos en los ghettos.

Existía una norma básica en el plan de la ‘Solución Final’: quebrantar el espíritu de los judíos antes de matarlos, deteriorando las condiciones de vida en los ghettos, acrecentando el terror y creando la ilusión de que aquellos que se sometiesen tendrían la oportunidad de salvarse. Heydrich habló de los 11 millones de judíos previstos por el plan nazi para la ‘solución final del problema judío’. Se refería también a los territorios que, en el futuro, caerían en manos nazis. (Prof. Abraham Zylberman)

³ Bauer, Yehuda. *Holocausto. Formas de la resistencia judía*, en español Biblioteca Nuestra Memoria, Buenos Aires, 2004.

Como a tantos otros, se le asignó un trabajo acorde a su aptitud: en los talleres metalúrgicos Fahrsad Samuelstlung, en Zeligowskiego 4, tomados por los invasores, que habían ocupado la ciudad dos días atrás. Allí se agrupaban todas las bicicletas civiles de la comarca, que –como tantas otras cosas que podían ser de alguna utilidad– eran confiscadas por los alemanes.

El trabajo impuesto consistía en revisarlas, repararlas y entregarlas en perfectas condiciones de uso. En esos talleres, con dos muchachos de su edad, Fric y Max –judíos de Alemania que también se las arreglaron para llegar a Vilna–, y su amigo Haim Ratzer de la ciudad polaca de Pecynizyn, **Janek inició sus primeras tareas de sabotaje.**

Su tarea fue asegurarse de que las bicicletas en cuestión estuvieran en condiciones de uso... muy limitado. Con la rapidez necesaria para no ser descubiertos, se trataba de tomar el eje de una de las ruedas, practicarle el corte adecuado con la sierra apropiada o rectificarlo a espesores mínimos y volver a armar el conjunto. El obvio objetivo era que, en algún momento, éste se partiera en dos sin despertar sospechas. Este grupo de cuatro jóvenes organizados por su cuenta “acondicionó” así unas quinientas bicicletas.

Pero este período de relativa tranquilidad duró muy poco tiempo.

Por esa época, muchos judíos fueron llevados, para no volver, a la cárcel de Lukishki. La gran mayoría era llevada a la muerte en los bosques de Ponar. Los viejos y chicos estaban en la primera selección de ese fatal destino. Lo macabro era –si todavía cabía– que, antes de la invasión nazi, esos bosques eran muy apreciados por su belleza y la de sus paisajes montañosos y muy frecuentados en los descansos veraniegos.

Ese lugar fue utilizado por los nazis para ejecuciones masivas de quienes eran trasladados desde Vilna y sus alrededores. No existen registros de las miles de personas que allí murieron fusiladas y enterradas en las mismas fosas que habían sido obligadas a cavar.

Los nazis, en la Segunda Guerra Mundial, cuando llevaron a cabo la ‘Solución Final’, asesinaron a los judíos, en una primera etapa, en fosas, y después, en un sistema más sofisticado de asesinato en masa de seres humanos en cámaras de gas y quemaron los cuerpos, así que no solamente asesinaron a los judíos: este asesinato tenía otro sentido, querían borrar su memoria, no dejar ningún vestigio; es decir, además del gran crimen de asesinar a seres humanos, trataron de borrar su memoria. (Prof. Avraham Milgram)

El Ghetto de Vilna

Mientras tanto, el *Ghetto* de Vilna estaba siendo preparado para encerrar a los judíos sobrevivientes. En tres ocasiones fue llevado *Janek* a Lukishki, y de todas ellas salió gracias a la documentación del colegio que lo acreditaba como técni-

co mecánico. Por esa condición de "persona útil" a los fines del invasor era dejado libre una y otra vez y enviado nuevamente al ghetto. En una de esas ocasiones encontró a Niusia Kartuz, esposa de un amigo asesinado, y juntos tuvieron la suerte de salir vivos de allí.

Para todas las acciones de este tipo, los nazis contaban con la invalorable ayuda de las "patingas" lituanas, especie de policía cuya finalidad era localizar y entregar a los judíos ocultos. Así fueron encerrados los judíos sobrevivientes tras las murallas del ghetto, para no tener contacto con el mundo exterior y disponer de sus vidas a su antojo.

En Vilna, al momento de su ocupación, vivía una población judía cercana a las 100.000 personas. Al ghetto llegan escasamente unos 20.000, número que iría decreciendo dramáticamente. Quienes lograron sobrevivir conocieron el hacinamiento, el hambre, el terror y la enfermedad. La muerte por inanición gradual era una de las formas de exterminio elegida por los nazis en los *ghettos*.⁴ **Pero allí nació también el germen de la resistencia**, con la profunda convicción de morir luchando, cuando las esperanzas de sobrevivir eran muy remotas.

Janek había conocido a Mala Abel, de 16 años, en 1939, a su llegada a Vilna. Se casaría con ella el 11 de noviembre de 1941, en el ghetto. Juntos se vincularían al movimiento de la Resistencia. No sabían entonces cuánto duraría su vida en común, en un lugar y una circunstancia en que los jóvenes, ya en las vísperas de la liquidación del ghetto, llegarían a escribir sus propios testamentos, pues no sabían cuál sería su suerte al día siguiente. Testamentos que, en realidad, eran despedidas dirigidas a seres queridos... que ni siquiera sabían si aún vivían.

Así relataría *Male* su experiencia de esos días:

Soy una sobreviviente del ghetto y partisana de Vilna. Nací en Vilna, Polonia, el 16 de setiembre de 1923. Allí vivió mi familia. Eramos once cuando empezó la guerra; quedé sola cuando terminó.

Allí estudié. Allí conocí a 'Janek', quien luego sería mi esposo. Allí me casé, a los 17 años, en el ghetto impuesto por el invasor. Allí luché y allí nació mi primer hijo, cuando la guerra llegaba a su fin. Tenía entonces apenas 22 años, y era como si hubiera vivido cien.

Teníamos nuestras ieshivot, con sus rabinos, y escuelas donde los maestros nos inculcaban el amor a nuestro pasado, amor por nuestros escritores. Nos enseñaban a ser y crecer como judíos orgullosos de serlo. Jóvenes de todas las comarcas eran enviados allí para estudiar y aprender nuestra cultura. Todas las materias se estu-

⁴ Huberman, A., op. cit. *La muerte por hambre era uno de los objetivos del régimen nazi hacia los judíos... Podía hablarse, tal vez, de una exterminación provocada por la acción combinada del hambre, las enfermedades endémicas y epidémicas, la deportación y las durísimas condiciones en los campos de trabajo. La tasa de mortalidad entre los judíos aumentó veinte veces, en comparación con la existente en agosto de 1939. La razón principal era la desastrosa situación imperante en materia de alimentación.*

diaban en ídish y hebreo, y el idioma polaco era una asignatura más. También teníamos escuelas en que se enseñaba todo en idioma polaco, para atender a los hijos de las familias asimiladas o gentiles que buscaban la excelencia que brindaban a quienes quisieran acudir.

Pero Vilna, como el resto de Polonia, anidaba también un antisemitismo tristemente célebre. Jamás pensamos que, por ser judíos, tendríamos tan trágico destino.

Es muy difícil ponerse en el lugar de quien pasó por aquel infierno.

No tuvimos la suerte de nacer en un país libre, con armas en la mano para poder resistir o morir luchando. Y quienes tuvimos la suerte de poder hacerlo, sólo lo vivimos como un privilegio para poder sobrevivir y narrar lo inenarrable, honrando así a nuestros muertos, asesinados por el sólo hecho de ser judíos.

Cada acción exitosa, cada arma capturada, eran tan sólo un paso más en un largo camino que no sabíamos dónde ni cuándo terminaría.

Hay que entender muy bien esto: no éramos militares, ni una fuerza de choque con entrenamiento profesional. Así eran nuestros enemigos.

La lucha por la supervivencia fue nuestra principal instructora. Por eso, ¡cómo duele cuando todavía nos preguntan: ‘¿Por qué se dejaron matar?’!

¿Cómo podíamos saber que nuestro enemigo era una bestia con rostro humano? Entonces no sabíamos que la mente del ser humano era capaz de producir, con frialdad absoluta, campos de exterminio con cámaras de gas, calculando cuántos cuerpos de otros seres humanos podían quemarse por hora, día, semana, mes. Tan simple como eso.

Una persona normal jamás podría entenderlo. Nosotros, los que sobrevivimos a esa matanza, aún no podemos creerlo.

Los alemanes armaron, junto a la industria bélica, la industria de la acción psicológica. Mintiendo y engañando con falsas promesas mataron a millones. Prometían la vida, pero daban la muerte.

Columnas de hombres y mujeres eran llevados a trabajar. No sabían que los llevaban a morir.

El que recibía en mano un jabón antes de entrar a las duchas ni remotamente podía imaginar que estaba a punto de morir gaseado. Por eso, nunca más debe pensarse que los judíos fueron llevados como corderos al matadero. Nunca más. Por respeto a nuestros muertos.⁵

⁵ Raquel Hodara, en la conferencia “Las preguntas que debemos y no debemos hacer sobre la Shoá”, dictada en ocasión de la inauguración de la primera sede de la Fundación Memoria del Holocausto, expresó: ... A través de los sobrevivientes entendemos cuáles son las preguntas que debemos dejar de hacernos: 1) ¿Cómo no sabían que esto iba a pasar? ¿Cómo no lo previeron? ¿Cómo no se fueron a tiempo? cuando uno estudia y entiende, empieza a comprender que la Shoá fue un acto único en la historia hasta el momento. Tenemos entonces que preguntarnos cómo podía gente en la Europa culta, avanzada, vencer la barrera de la lógica, anular todo lo que había aprendido hasta ese momento o intuir o adivinar que un gobierno iba a poner toda una maquinaria tecnológica al servicio de un objetivo, que consistía en borrar a todo un pueblo de la faz de la tierra. No se trataba de lograr un objetivo territorial, económico o político, sino tomar un pueblo entero, desde el mayor de los hombres hasta el más pequeño, y borrarlo de la tierra. Es el único caso en la historia en que el asesinato sistemático

Ya instalado en el ghetto, junto a un grupo de diversos profesionales *Janek* organizó los talleres del *Judenrat*, que no tardaría en usarlos secretamente para su actividad clandestina. Mecánicos, torneros, carpinteros, ingenieros y arquitectos trabajaban produciendo los encargos más diversos y caprichosos que allí llegaban. De los talleres de carpintería salieron modernos muebles que muchos oficiales alemanes mandaban a sus propias familias o los vendían. Había hornos para fundición de bronce y talleres de hojalata, chapas zincadas y electricidad.

Janek estaba a cargo de un torno recientemente instalado para las tareas de mecánica, y al poco tiempo tuvo como aprendiz a una joven de 15 años, hija de uno de los ingenieros del taller, quien demostró bastante rapidez en su aprendizaje.

En proyectos de diversa índole se destacó la arquitecta Roona. Uno de los encargos recibidos fue realizar una maqueta de Vilna y algunas de sus construcciones más destacadas.

Fue una verdadera maravilla lo que allí se hizo para satisfacer el antojo de los nazis. El ingeniero Marcos se destacó por inventar un horno redondo para el taller, pero que secretamente servía para calefaccionar las viviendas del ghetto en el durísimo invierno polaco. En su honor, las estufas llevaban el nombre de Markosuwski.

A esa fuerza clandestina, conocida como "FPO" (*Fareinikte Partizaner Organizatzie*), un comando colegiado formado por militantes provenientes de distintas agrupaciones políticas de jóvenes judíos, se integró *Janek* en el ghetto, presentado por Nisan Resnik, quien representaba a la agrupación juvenil y sionista *Hanoar Hatzioni*.

La estrategia a seguir fue variando con el correr de los acontecimientos. Al principio, la idea dominante era organizar la resistencia teniendo como centro operativo al mismo ghetto, y de ser posible, enviar operativos de sabotaje al otro lado. A medida que fue transcurriendo el tiempo, especialmente con los sucesos que sobrevinieron a la delación y posterior captura de su máximo líder,

fue tanto el medio como el objetivo en sí... ¿Cómo lo iban a adivinar? Entonces, la pregunta señala una paradoja difícil de superar: nosotros hoy no podemos creer que entonces no se podía creer lo que no se podía creer, es decir: antes de la *Shoá* nadie podía creer que algo así sucedería y hoy nosotros no podemos creer que entonces nadie lo sabía. 2) ¿Por qué no salieron a tiempo? Si entendemos que no podían saber, tenemos parte de la respuesta de por qué no salieron a tiempo. Debemos estudiar adónde podían salir, y entonces es cuando aprendemos acerca de la historia de la imposible emigración de Europa, de las puertas cerradas del mundo entero. Y aquí muere la pregunta. 3) ¿Por qué fueron a las cámaras como ovejas al matadero? Si sabemos que no podían saber lo que iba a pasar, porque la información no existía y era casi imposible llegar a ella o intuirlo; si sabemos que no era gente que pudiera organizarse de antemano para una situación así, no podemos hacernos esta pregunta. 4) ¿Fue la armada la única resistencia posible? La historia nos enseña que nuestros datos estaban equivocados. El Ghetto de Varsovia no es el único ejemplo de heroísmo judío: hubo subversiones e intentos de subversiones en decenas y quizá centenares de ghettos grandes y pequeños. Hubo quienes lucharon en los bosques como partisanos, en los campos de concentración. ...

Itzjak Wittemberg, en los amargos días de julio de 1943 —que anticiparon la decisión de la liquidación definitiva del *ghetto*—, se les hizo clara la necesidad de proseguir la lucha desde los bosques.

Se formaron, en absoluto secreto, grupos-comando integrados por no más de cinco personas, que desconocían la composición o actividad de los otros equipos. Sólo un miembro de cada grupo hacía de contacto con la organización, para recibir órdenes. Este accionar hermético, con células tan reducidas, tenía el obvio motivo de la autoprotección contra las delaciones promovidas desde la Jefatura del *ghetto*, presionada —a su vez— por las exigencias de los alemanes, o aquellas que, bajo tortura, solían conseguir los nazis. Se procuraba, así, minimizar las consecuencias nefastas que podían depararles a los integrantes de la organización clandestina que alguno de sus miembros cayera vivo en manos de la Gestapo.

En palabras de *Male*:

Quando los alemanes entraron en Vilna, en 1941, comenzaron días muy difíciles para nosotros, los judíos. Mientras iban preparando el ghetto —el espacio donde luego fuimos confinados a vivir en un reducido número de manzanas amuralladas y alambradas— cada día nos deparaba nuevas humillaciones. Teníamos que llevar las estrellas amarillas en nuestras ropas; caminar por las calles junto a los caballos, y no por las veredas. Cerraban los comercios judíos, y también las escuelas. Pero lo más triste era las razzias que, de día o de noche, llevaban a hombres y mujeres a destinos inciertos, con la consiguiente desesperación de sus familias.

En medio de esa realidad, el obligado traslado al hacinamiento del ghetto parecía la mejor opción de supervivencia, si no la única, para muchos. Por esos días pensábamos que allí, entre los nuestros, estaríamos mejor, sin verles la cara a los alemanes. Pero no fue así.

Empujados a vivir dentro de un reducido espacio de siete callecitas angostas, apenas veíamos la luz del sol. Las edificaciones nos tapaban el cielo, y bajo los nuevos colores de aquellos días grises tuvimos que aprender a convivir con la miseria, la enfermedad y el hambre.

El comandante del ghetto era un militar judío de Lituania llamado Gens. Su función era hacer cumplir las órdenes alemanas. Los nazis entraban y salían del ghetto a su antojo. ¡Eran los dueños del ghetto y de nuestras vidas! Con las promesas de trabajo a cambio de los certificados que los acreditaban como mano de obra útil, muchos se fueron para jamás regresar, creyendo en las mentiras de nuestros verdugos.

La resistencia comenzó desde nosotros mismos. Todos, sin excepción, queríamos sobrevivir. Eran tiempos difíciles, momentos límites en los cuales conservar la condición humana ya era un acto de heroísmo... y ése fue el primer objetivo de la resistencia.

En el ghetto tuvimos que luchar para no caer en el estado depresivo que el medio imponía. Los médicos mostraban su excelente labor evitando, en cuanto podían, las enfermedades y epidemias. ¡Nuestros maestros abrieron colegios, para que los chicos aprendieran a leer, escribir, bailar y cantar!

También teníamos un teatro para mayores, donde se dramatizaban nuestros pesares cotidianos con tanto humor que era posible arrancar una sonrisa entre tantas lágrimas.

Buscábamos olvidar por momentos la gravedad de nuestro presente y resistir el incierto y oscuro mañana.

Así fueron pasando los días y los meses en el ghetto. Cada día éramos menos.

Al principio nadie sabía adónde llevaban a tanta gente. A diario faltaba alguien de cada familia. Más tarde supimos la triste verdad... Poner, los campos de exterminio, las cámaras de gas y otros lugares en que eran matados nuestros hermanos.

En el ghetto nacía el FPO, Organización Clandestina para la Resistencia Activa. Sólo podían pertenecer a ella jóvenes judíos con alguna ideología, sin importar a qué movimiento o corriente política respondieran. El carácter secreto del movimiento conspirativo era cuidado con mucho celo. La razón era que no todos los nuestros creían en ella y otros la rechazaban abiertamente, como amargamente pudimos comprobar más adelante.

Teníamos un Estado Mayor compuesto por cinco miembros, uno por cada movimiento político. Nos fijamos nuestras propias leyes, las que juramentamos cumplir.

Nadie debía saber de nuestra existencia ni de nuestras actividades. Ningún familiar, ni amigo. Operábamos en grupos de cinco personas que reportaban sólo a una, y ninguno sabía algo del otro grupo. Ni quiénes eran, ni qué hacían. Nada. Ni siquiera se nos permitía saber quién era nuestro comandante de Estado Mayor.

Para organizar la resistencia del ghetto era prioritario conseguir armas, crear un arsenal, dar entrenamientos básicos. Los compañeros que trabajaban del otro lado del ghetto negociaban con los polacos, y muchos de ellos, que trabajaban donde estaban los alemanes, las robaban. ¡Cada arma ponía en peligro una vida!

Janek fue designado comandante de su grupo, y el sagrado objetivo de ese comando era conseguir armas para la resistencia armada. En los últimos tiempos del ghetto, y a medida que crecía la certeza de su inminente liquidación, aumentaba también el número de voluntarios de la mano de la credibilidad del FPO.

Pero no había armas para todos. Estas se conseguían comprándolas a los polacos, con quienes trababan contacto los compañeros que trabajaban fuera del ghetto, o robándolas donde fuera, inclusive a los mismos alemanes.

La otra cuestión, igualmente peligrosa, era introducir las al ghetto sin ser sorprendidos en las requisas a que eran habitualmente sometidos por la policía del ghetto al regresar. Lo habitual era traerlas desarmadas entre las ropas, con el grave peligro consiguiente. Revólveres, granadas, proyectiles, fusiles... Hubo respuestas muy creativas, como la introducción de un mortero dentro del estuche de un violonchelo.

Janek fue el responsable del arsenal de las armas que iban ingresando clandestinamente, tarea que mantendría hasta el final del ghetto. En un lugar seguro y fuertemente protegido, debajo de los depósitos de la biblioteca de la calle Strashuna, se dedicó a instruir a los voluntarios en el uso y mantenimiento de



Janek, el partisano.



La calle Rodnicki, en el ghetto, Vilna.

las armas. Un sótano acondicionado para aislar los ruidos hacía de lugar de práctica de tiro.

La organización los unía muy fuertemente. En varias ocasiones participó en la liberación de compañeros del FPO de la cárcel del ghetto. Una noche, con Kaplinski y otros liberaron de ser entregado a la Gestapo a su comandante, Josef Glasman, cortando a último momento las cadenas que lo sujetaban al carro a caballo en que lo había dejado la policía judía del ghetto para entregarlo prisionero.

Una frase muy fuerte fue acuñada por su camarada en aquellos terribles días del ghetto, el escritor Abraham Sutzkever: “Huele tu cuerpo y sentirás el olor de la muerte” (“*Ven du vest a szmek gueibn zu dain laib, vest du merder filn*”).

En los ghettos, la población judía estaba hambreada y diezmada por las enfermedades y los trabajos forzados. Además, estaba rodeada de una población gentil cuyas reacciones frente a los sufrimientos judíos variaban entre la indiferencia, mayormente hostil, y una enemistad desembozada para con las víctimas. El movimiento clandestino gubernamental polaco, el Armia Krajowa (AK), no fundó destacamentos guerrilleros de importancia antes de 1943, y de cualquier modo, los judíos no sólo no eran aceptados en las filas del AK sino que había un número de destacamentos para darles caza y asesinarlos. Por consiguiente, cuando los judíos comprendieron, en 1942, que los amenazaba el asesinato masivo, no había destacamentos del AK a los cuales unirse. Cuando éstos surgieron, la mayor parte de los judíos ya había sido asesinada y esos destacamentos, de cualquier modo, seguían negándose a aceptar a los sobrevivientes. La Guardia Ludowa comunista, luego Armia Ludowa (AL), fue fundada en la primavera de 1942. Era muy débil entonces, tenía

muy pocas armas y alrededor de la mitad de sus fuerzas guerrilleras la constituían, de hecho, los destacamentos judíos en los bosques. Cuando se fortaleció, en 1943, ya no quedaba con vida gran número de judíos, pero los sobrevivientes se unieron al AL. Sus armas fueron compradas o capturadas a campesinos o lanzadas en paracaídas por la Fuerza Aérea soviética.

Los judíos encerrados en los ghettos generalmente no tenían modo de procurarse armas. El Armia Krajowa (AK) no se las proporcionaría; los comunistas de la Armia Ludowa (AL) aún no las tenían. Los controles de ingreso eran tan estrictos que resultaba virtualmente imposible introducir en el ghetto cualquier arma que pudiera conseguirse. La excepción más conocida a la regla fue la del Ghetto de Vilna, en el cual los judíos trabajaban en diversos establecimientos alemanes, incluyendo sus arsenales. Allí, y a pesar de las estrictísimas medidas de seguridad, se hacían entrar al ghetto, de contrabando, armas desde la ciudad.⁶

En palabras de Janek:

"La canción", que se convirtió en el Himno de los Partisanos⁷

Vilna. De ser una comunidad activa, en una ciudad pujante y de amplia vida cultural, que albergaba a una población judía cercana a los 100.000 miembros y generadora de lo que dio en llamarse 'La Jerusalem de Lituania', pasamos a integrarla los 17.000 sobrevivientes que llegamos al ghetto, al que fuimos obligados a confinarnos, con sus siete callecitas en las cuales el hacinamiento, el hambre y la enfermedad eran compañeras permanentes.

Nuestra actividad clandestina en el Ghetto de Vilna llevaba ya varios meses.

De allí partían diariamente aquellos que tenían el permiso para trabajar afuera, entre los gentiles de la ciudad, y era a través de algunos de ellos que se trataba de conseguir, como fuera, las armas para la futura resistencia.

La idea de trasladarnos a los bosques para continuar desde allí la lucha era cada vez más fuerte. Los días del ghetto estaban contados. Esta vez me referiré a la fuerza tan potente que impactó en mí y me acompañó el resto de mi vida. Estoy hablando de una canción... "la canción".

Ocurrió en el Ghetto de Vilna. La noche era cálida y estrellada. El cielo, aquél que era nuestra única belleza natural, estaba parcialmente oculto por las edificaciones de unos dos pisos de altura que delimitaban el paisaje del ghetto, adonde estábamos

⁶ Bauer, Y., op. cit.

⁷ *Himno de los Partisanos*. Fue escrito después del primer acto de sabotaje realizado por los partisanos judíos del Ghetto de Vilna, contra las vías de comunicación alemanas, en 1942. Se cantaba en los encuentros del movimiento clandestino de resistencia. En las reuniones de los partisanos se acostumbraba entonar esta canción, que así se convirtió en himno. Su autor, Hirsch Glick, había nacido en 1920, en Vilna. Comenzó su carrera literaria escribiendo en hebreo, y luego pasó al ídich, bajo la influencia del grupo artístico-literario *Iung Vilne* (Joven Vilna). En un campo de concentración cercano a Vilna escribió una serie de poemas de mayor aliento, que hizo llegar al ghetto. En 1943 fue trasladado allí, junto con los demás prisioneros. Allí escribió *Nunca digas*. Luchó como partisano en los bosques. Los nazis lo capturaron y fusilaron en 1944.

confinados dentro de unas pocas callecitas que pasaron a ser nuestro mundo cotidiano. Cuando queríamos soñar con un mundo mejor, siempre elevábamos la vista al cielo, y cuando podíamos, nos trepábamos a lo alto para verlo y apreciarlo un poquito más. En el patio se encontraban apilados los troncos que usábamos de combustible para producir el vapor en los baños, para higienizarnos y desinfectar nuestras ropas. Una rara mezcla de olores a leña cortada, ropa desinfectada y vapores flotaba en el aire aquella noche clara.

En ese lugar, una joven pareja, invisible para todos, monta guardia. Ver todo y no ser visto. Vestían ropa liviana, botas y cinturones de cuero, y camisas con el cuello abierto. Pantalón, uno, y pollera, la otra, era lo único que los diferenciaba en la oscuridad. Ambos llevaban revólver al cinto, bien sujeto al cuerpo, y la culata del ‘Nagan’ asomaba presta para ser empuñada. La pareja estaba cubriendo su turno en la shmirá (guardia) de aquella noche (...).

Al lado del patio de los baños se encontraba una biblioteca (...) que no sólo guardaba libros. Una estantería repleta de diversos ejemplares escondía una puerta de entrada al sótano secreto, cuyo acceso era absolutamente restringido.

Una gran habitación, debidamente acondicionada, hacía las veces de arsenal y lugar de entrenamiento en el uso de armas. Ese era mi mundo secreto. En una oportunidad, tratando de reemplazar un resorte del mecanismo de una “P. P. Sha”⁸ rusa automática, se me ocurrió hacerlo con una cuerda de piano... y me salió bien: “Cuando Dios quiere... ¡hasta un piano dispara!”; bromearía luego con mis compañeros y camaradas de armas.

Allí, bajo la biblioteca de la calle Strashuna, estaban reunidos nuestros máximos líderes en la FPO para tomar una decisión nada fácil en aquellos momentos desesperados: organizar la resistencia dentro del ghetto o abandonarlo y tratar de alcanzar los bosques para sumarnos a la guerrilla contra el común enemigo nazi.

La primera alternativa era cada vez menos promisoria. No se trataba sólo de resistir al enemigo hasta una liberación en fecha incierta por el “Ejército Rojo”, sino que tendríamos que enfrentarnos a nuestros propios hermanos de sangre, que en gran número seguían creyendo en las falsas promesas y obedeciendo al opresor, como el camino más seguro para sobrevivir. Pero las últimas noticias recibidas –dando cuenta de que el primer grupo enviado por la organización hacia los bosques, comandado por Glasman, había caído en las manos de la Gestapo– hacían que quienes estábamos a favor de la otra alternativa, la de la resistencia activa y armada, nos viéramos sumergidos en un sombrío panorama.

En el fondo, se estaba discutiendo ya no cómo salvar la vida, sino cómo, dónde y cuándo morir luchando. Las discusiones seguían hora tras hora, aquella noche en el Ghetto de Vilna, y cuando en algún momento cesaron... dieron lugar a un profundo silencio.

De repente, un murmullo –apenas audible al principio– comenzó a elevarse al cielo como un coro de ángeles, marcando una rítmica letanía que va creciendo... creando un clima que no puedo describir de otra manera que sobrenatural.

⁸ “Nagan” y “P. P. Sha” eran armas utilizadas por los guerrilleros.

"Zog nisht kein mol az du gueist dem letztn veg..." ("Nunca digas que emprendes tu último camino...") se iba transformando en una marcha de esperanza, en las palabras de Hirshke Glick, quien con sus 15 jóvenes y maduros años supo plasmar en palabras el sentimiento de luchar, luchar, aun vencidos... "Mir zainen do!" ("¡Estamos aquí!").

"La canción" tomaba más cuerpo a medida que se sumaban las voces. Como una oración de nuevas esperanzas que entraban en nuestros cuerpos, dándole a nuestras almas un verdadero bálsamo en aquellas horas difíciles. Luchar para vivir... O por lo menos, ¡que paguen caro nuestro morir!

Se escuchaba como un himno de gloria, y el aire se hizo inexplicablemente más puro. **"La canción"** alcanzaba nuestras más profundas entrañas y nos transportaba hacia las alturas, acercándonos a las estrellas. **"La canción"** tomaba cada vez más y más fuerza. Sentí como si me crecieran alas en el cuerpo y que de pronto podría volar... ¡Volar! Y mirar desde las alturas hacia abajo. Pensaba y reflexionaba sobre el Hombre, la lucha entre los hombres... y todo se resumía en las preguntas "¿Por qué?" y "¿Para qué?". ¿Hasta cuándo la lucha del hombre contra el hombre? Y todos estos pensamientos con preguntas sin respuestas me pusieron nuevamente con los pies sobre la tierra. Tierra tan bella, y tantas cosas hermosas en ella... ¿Por qué te hacen esto? Si todos somos tus hijos... ¡Danos la sabiduría para comprender y, algún día, tomarnos de las manos para disfrutar de ti, Madre Tierra! No nos dejen encerrados en estas siete callecitas del Ghetto de Vilna, donde nadie es dueño de sí mismo. Estoy seguro de que muchos de los superhombres que hoy dominan nuestras vidas no saben lo que hacen. Ninguna guerra se gana por completo. En todas se pierde, pues todos pagan su precio de una u otra manera. ¿No es estúpidamente inútil esta guerra?

"La canción", nuestro **himno** a partir de aquella noche, nos empujaba por nuevos caminos. 'Aún vendrá la hora ansiada y nuestro paso marcará: ¡Estamos aquí!', uniéndonos a todos los que allí estábamos bajo un solo sentimiento: ¡Luchar para vivir, o cobrar caro nuestro morir!

En tanto, observando todo alrededor –mirando sin ser visto–, el tiempo se detuvo aquella noche en la mirada profunda de aquellos jóvenes que se entendían sin palabras. '¿Existirá un mañana para nosotros, o seremos parte de la historia?' '¿Quedará alguien para contarlo?' Y así, mientras brotaban los pensamientos en este diálogo de silencios, seguían cavilando sobre su destino en la noche de shmirá." (Jane Sztul –Johanan ben Moshé–, partisano del Ghetto de Vilna.)

"¡Cómo me gusta escuchar, en silencio, el nombre de mi padre, que a los 43 años fue arrancado de nuestro lado y asesinado en los campos de Treblinka!" (Janek.)

Hasta ese entonces, la tarea era realizar actos de sabotaje a comandos alemanes apostados en Vilna y retornar al *ghetto*, que era su base y refugio, cuidando las ausencias injustificadas, que comprometían al resto de los judíos sobrevivientes, verdaderos rehenes del verdugo nazi.

La dirigencia del FPO no tardó en tomar conciencia de que la vida en el *ghetto* era sólo una cuestión de tiempo. Pero no podían manifestarse abiertamente todavía, a menos que la existencia del *ghetto* se encontrase fehacientemente comprometida.

La alternativa del triunfo ante la maquinaria alemana estaba descartada de antemano. Se organizaron en una estructura clandestina que tenía entre sus principales objetivos constituirse en la fuerza que liderara la rebelión contra el opresor nazi, y ante la inminencia de perecer en una lucha a todas luces desigual, vender cara la vida y morir con honor... tratando de llevarse consigo la mayor cantidad posible de asesinos.

Ante la inminencia de la liquidación del ghetto, que sobrevino a los tristes episodios que culminaron con el inútil sacrificio del máximo líder de la organización del Ghetto de Vilna, Itzjak Wittemberg, quedó claramente de manifiesto el peligro que aparejaba el hábil manejo del que hacían gala los alemanes a través del *Judenrat* –sus prisioneros en el ghetto–, quienes, mediante falsas promesas, manipulaban el enfrentamiento y la delación entre hermanos.

Se tomó la decisión de proseguir la lucha desde afuera del ghetto, unirse a los guerrilleros de los bosques como partisanos judíos y tomar la tan anhelada venganza junto a ellos.

El Judenrat no estaba para satisfacer las necesidades de los judíos, sino las de los alemanes. Debía ser el transmisor de sus órdenes y personalmente responsable por su cumplimiento. Dichas órdenes implicaban severas restricciones y sacrificios para los pobladores del ghetto. El Judenrat actuaba bajo una incesante presión, que debía forzosamente transmitir a los habitantes del ghetto. Estos pensaban que el Judenrat era el responsable directo por sus privaciones. Por lo tanto, dirigían contra él sus quejas y también su ira. Los líderes de los ghettos, bajo el dominio nazi, trataron desesperadamente de que éstos perduraran, de que sobrevivieran la mayor cantidad de tiempo posible. Tal vez, la guerra se terminaría, Hitler sería derrotado y lo vivido sería recordado como una terrible pesadilla. Pero no pudo ser. El Ghetto de Varsovia no duró siquiera dos años.⁹

En lo que creyeron sería el asalto final al Ghetto de Vilna, Janek fue designado –junto con Kaplinski, Szmerke Kaczerginski¹⁰ y dos compañeros más– para defender una de las posiciones previamente establecidas. En el balcón del primer piso de Strashuna 8, cerca del *Judenrat* –donde habían recibido la orden de resistir hasta morir–, les llegó finalmente la contraorden por el primer repliegue nazi, producido a pocos metros de allí, ante la bravura de la resistencia de sus compañeros del N° 12 de la misma calle, que terminaron sucumbiendo ante los morteros.

⁹ Huberman, A., op. cit.

¹⁰ Szmerke Kaczerginski, llamado con toda justicia “El poeta guerrillero”, en sus escritos plasma con precisión y pasión dignas de una novela e inusual poesía toda la epopeya de los partisanos de Vilna en el período aquí narrado. Ver Kaczerginski, Szmerke. *Diario de un guerrillero*. Ed. Milá-AMIA.

Pero era cuestión de tiempo. La decisión de abandonar el ghetto estaba tomada.

Los nazis mataron a muchísimos judíos en represalia por actos de rebeldía o por sospechas de sedición por parte de unos pocos, en lo que dio en llamarse "responsabilidad colectiva". Sin embargo, el principal problema interno para los judíos era el de la responsabilidad familiar. Para pertenecer a un grupo de resistencia había que dejar liberada a la muerte a la propia familia (...). El joven judío debía tomar la nítida decisión de abandonar a sus padres, hermanos, hermanas, parientes y seres queridos y contemplar cómo se los llevaban hacia la muerte, mientras él permanecía impotente, aunque se cubriese con la capa de luchador de la resistencia. Abba Kovner, siendo jefe de la FPO, el movimiento de resistencia del Ghetto de Vilna, cuenta cómo impartió a su gente la orden de reunirse a una hora convenida para abandonar el ghetto por las alcantarillas, para proseguir la lucha en los bosques. Llegada la hora y hallándose él mismo junto a la entrada a las alcantarillas, apareció su anciana madre y le preguntó qué hacer. Tuvo que responderle que no sabía. Y, según afirma Kovner, a partir de ese momento ya no supo si merecía la gloria de un guerrillero que combatía a los nazis o el estigma del hijo infiel.¹¹

La salida del ghetto

*Janek y Abba Kovner fueron los encargados de distribuir las siempre insuficientes armas entre los miembros del FPO. Varios grupos ya habían salido anteriormente en dirección a los bosques que rodean el lago Naroch, y no todas las noticias eran buenas. Empezaron a salir del ghetto por el portón de la calle Jatkowa, en grupos pequeños. Contaban con duplicados de las llaves, que realizaron fácilmente en los talleres, y con la complicidad de algunos policías leales, que avisaban cuando cedía la vigilancia. Se elegían las noches más oscuras para salir, en grupos armados de no más de veinticinco personas. Los grupos mayores debían salir utilizando los canales cloacales, que los llevaban hasta un punto de encuentro en las afueras de Vilna, y desde allí –guías mediante– debían alcanzar la protección de los lejanos bosques de Rudniki. En un grupo así salió *Janek*. Su esposa estaba en otro grupo, haciendo el mismo camino subterráneo.*

El guía erró inicialmente el camino, debiendo retroceder hasta dar con la tapa de la toma de aire de la calle convenida. La salida de los canales daba a un lugar totalmente en ruinas. Allí se mantuvieron escondidos, y formando parejas continuaron la marcha atravesando la ciudad, procurando no llamar la atención de donde provenían ni hacia donde iban. Así se fueron desplazando al lugar convenido, en la periferia de Vilna, donde los estaban esperando. Al oscurecer se trasladaron a un edificio abandonado, que pudo haber sido un colegio, donde finalmente pasarían su primera noche fuera del ghetto. Allí, por intermedio de

¹¹ Bauer, Y., op. cit.

Sonia, el nuevo contacto del grupo, tuvo la alegría de recibir noticias del grupo de Kraulis y *Male*, su mujer.

A lo largo de la segunda noche empezaron a abandonar el lugar, en pequeños grupos y en dirección a los bosques. El camino lo encabezaba el grupo de Abba Kovner, que se desplazaba en formación de defensa, como los habían adiestrado; esto era: mientras dos cubrían las espaldas del grupo, el resto avanzaba, y así sucesivamente. Había que cuidarse muy especialmente de las guerrillas polacas, antisemitas en su mayoría.

Toda precaución era poca. Los caminos elegidos no eran los más fáciles de recorrer. La seguridad exigía atravesar espacios poco poblados y obligaba a dar grandes rodeos por zonas pantanosas o áridos pedregales. La travesía hacia los bosques de Rudniki, en los alrededores del lago Naroch, insumió varios días. Varios puentes de madera fueron quemados para evitar ser perseguidos. Transcurría octubre de 1943.

En palabras de *Male*:

La salida a los bosques, a través de los canales cloacales, fue una tarea muy difícil. Nos guiaba nuestro compañero Kaplinski, quien había trabajado en la construcción de los canales. Cuando salimos al exterior, en pleno centro de Vilna, el ghetto había quedado atrás. Una nueva etapa comenzaba: la marcha a los bosques.

Nos desplazábamos en parejas, manteniendo prudente distancia entre nosotros y siguiendo a nuestros contactos, guías que nos habían aguardado. Sin documentos ni la estrella amarilla, emprendimos la marcha. Buscar los caminos más seguros, avanzar de noche, descansar de día, no perder de vista a los guías, señales para parar, ocultarse y continuar. Dos noches enteras avanzando, evitando cruzar los lugares peligrosos, vigilancias, puentes, hasta alcanzar la región boscosa ocupada por la guerrilla.

Teníamos los pies destrozados, inflamados, sangrantes. Nuestro calzado no estaba preparado para hacer tantos kilómetros sobre las piedras, los pozos y el barro de los caminos seguros, después de haber atravesado las hediondas cloacas... ¡Pero no sentíamos el dolor! Vengar a nuestros muertos, luchar hasta ver la derrota de Hitler, nos daba la fuerza para ser libres y seguir vivos. ¡Por ellos! Eso era lo más importante.

En los bosques

El grupo se fue sumando a las bases guerrilleras en los bosques de Rudniki, donde lograron completar cuatro batallones de judíos que serían reconocidos como grupos de lucha a medida que pasara el tiempo. Los batallones de partisanos judíos asumían tareas cada vez más peligrosas y se iban ganando el respeto de sus pares gentiles, no siempre amistosos con ellos.

Grande era el deseo de vengar la sangre derramada. Al principio, la situación era muy difícil. A la escasez de las armas largas que requería el nuevo medio selvático se sumaban las dificultades para acostumbrarse a la nueva vida, impues-

tas por la naturaleza agreste del bosque, hasta alcanzar a vivirlo como el nuevo hogar que los protegería del enemigo.

La siguiente anécdota pinta el doloroso proceso de adaptación sufrido en los bosques. En un breve descanso, ya cerca de un destino asignado, *Jane* se dio cuenta de que sus botas estaban pegadas a las plantas de sus pies. Con mucho esfuerzo y los dolores consiguientes lograron cortarles las botas y quitárselas.

Ver el estado miserable en que se hallaban sus pies y permanecer varios días vendado con trapos sobre la carne viva le hizo comprender, duramente, que un buen calzado era tan importante como las armas.

Al principio sentía que la naturaleza del bosque era muy cruel. Le costaba acostumbrarse a las lluvias, las nevadas, los mosquitos en las noches oscuras, o las noches claras con luna llena. Todo ayudaba a crear un clima de amenaza y mucho peligro.

Hasta ese momento, su vida había transcurrido en la ciudad. El bosque llegaría a ser su nuevo hogar. El refugio seguro después de cada incursión contra el ejército alemán, que llegó a respetar –y hasta temer– a esta tierra de partisanos.

Así, con todas esas dificultades a cuestas, comenzó para estos flamantes partisanos, sobrevivientes del Ghetto de Vilna, la posibilidad de luchar en libertad por la sangre derramada de sus padres y hermanos, pero ahora sin la carga que suponían las restricciones impuestas en el ghetto, donde –entre otras cosas– la vida de los más débiles dependía de las represalias a que se los sometía por el accionar de los jóvenes activistas. Ya no más rehenes del ghetto. **¡A luchar como partisanos judíos contra el bárbaro nazi!**

Empezaron a organizarse y prepararse para la lucha. El máximo jefe era un maestro de la ciudad lituana de Kovno, de apellido Jurgis. Se procedió a crear grupos de sesenta personas, con un jefe con jerarquía de comandante, que reportaba al jefe principal, y por su intermedio recibían las instrucciones de las actividades a ejecutar. Cada grupo tenía autonomía y órdenes propias a cumplir. Ningún grupo conocía qué pasaba fuera del suyo. Hasta el propio espacio de alojamiento en los bosques era secreto. El comando que integraba *Janek* adoptó el sugestivo nombre de "Muerte al fascismo".

Pero prepararse para vivir en el bosque requería de algunas tareas. Cavaron un corredor totalmente forrado en madera –material disponible en abundancia–, de un ancho suficiente para alojar –a ambos lados– cuquetas de madera a 20 centímetros del suelo, y salidas en ambos extremos. Este espacio estaba cubierto con troncos y ramas, a su vez camuflados por follajes que hacían prácticamente invisible su existencia. Construyeron un comedor y, a su lado, un espacio que hacía de cocina, donde podían colgar hasta tres grandes recipientes a una altura tal que permitía encender fuego con maderos de árboles secos que juntaban entre todos.

¡Construyeron también un "baño turco" en el bosque! Era un verdadero alar-

de. De unas cercanas vías de trocha angosta obtuvieron una vagoneta de transporte de forma triangular, que acondicionaron para llenarla de piedras, sobre un fuego de leños. Una vez que las piedras alcanzaban la temperatura adecuada, le arrojaban agua, produciendo una gran cantidad de vapor e inundando el ambiente como un verdadero y muy buen “baño turco”. *Janek* tuvo una participación muy activa, y fueron puestos a prueba su formación técnica y su ingenio. Estas tareas fueron compartidas con el ingeniero *Kagganovich*, esposo de *Simka*.

Estos espacios también servían para el adiestramiento en el uso de armas y para probar las nuevas armas automáticas que iban consiguiendo.

En palabras de *Male*:

Al principio nos costó acostumbrarnos a la vida en plena naturaleza. Frío, lluvias, nieve. ¿Qué importaba? ¡Eramos libres y podíamos luchar!

Construimos búnkeres bajo tierra. Ese fue nuestro hogar. Los techos eran troncos de árbol, camuflados con tierra y pasto para no ser vistos. Era necesario que nadie imaginara que allí, bajo tierra, había vida. Tenían las dimensiones necesarias para que 150 personas pudieran moverse con relativa comodidad. Sobre los costados construimos nuestras camas, con el mismo material que abundaba en los bosques: troncos de árbol.

Cada batallón tenía su propio búnker y objetivos a cumplir. Ninguno sabía dónde estaban los otros batallones, ni sus búnkeres.

Nuestro comandante se llamaba Kraulis. Era un militar lituano, un paracaidista enviado por el ejército soviético como parte del apoyo aliado de hombres y armamento con que contaba la guerrilla.

Llegamos a levantar, en el medio del bosque, un aeropuerto clandestino, que abastecía las necesidades de todos los batallones diseminados en los bosques de Rudniki. Al poco tiempo, nuestra gente demostró su sed por luchar. El guerrillero judío no quería descansar un sólo día. Se ofrecía permanentemente como voluntario para las misiones de más alto riesgo. Teníamos hambre de venganza.

*Nuestros motivos eran mucho más fuertes que los de los guerrilleros que integraban los otros batallones. Sólo sabíamos que nuestros seres queridos no estaban más. No sabíamos dónde ni cómo los mataron. **¿Qué más podíamos perder?***

Nunca nos poníamos a pensar que podíamos perder la vida en esas peligrosas misiones. Todo cuanto hacíamos nos parecía poco. Castigamos al enemigo. Demoramos el accionar de los nazis, ayudando al avance de las fuerzas rusas aliadas.

*Nuestras emboscadas llegaron a ser temibles para el enemigo. Impedimos y aniquilamos cuanto pudimos. Con cargas de explosivos bajo los trenes y convoyes, volábamos por los aires ejércitos, pertrechos y armamentos que iban al frente de batalla. **¡Y todo nos parecía poco!***

*Entonces soñábamos con ver la derrota de Hitler. Sobrevivir para verla. Contarle al mundo, a todos ustedes, de nuestra lucha en nombre de todos ellos. Sobrevivir para **dar testimonio** de lo que allí pasó. No permitir que la muerte de nuestros padres, hermanos y niños inocentes quedara en el olvido, ¡y morir así por segunda vez!*

Entonces soñábamos con un mundo que, al precio de tanta sangre, aprendiera a nunca más repetir esto.

Nosotros, los sobrevivientes del terrible Holocausto, logramos ver la derrota de Hitler. Seis millones de hermanos judíos no pudieron.

La vida en el bosque duraría aproximadamente un año. Las tareas específicas asignadas al grupo estaban vinculadas al sabotaje para dificultar el accionar de las fuerzas alemanas y facilitar, así, la llegada de las tropas aliadas rusas. Cortar postes telegráficos, inutilizar vías férreas, volar trenes o locomotoras, inutilizar o sacar de circulación trenes con equipos o tropas con destino al frente de batalla ruso y todo aquello que pudiera debilitar o poner fuera de acción al enemigo.

El grupo se destacó por las acciones heroicas que produjo, generando sentimientos de profundo orgullo ante propios, respeto ante ajenos y creciente temor de los enemigos. Ello se vería luego reflejado en el sitio de honor que les cabe a los partisanos judíos en la entrada triunfal para recuperar Vilna de las manos alemanas.

Entre noviembre de 1943 y mayo de 1944, por su formación técnica y las condiciones de liderazgo alcanzadas a sus maduros 24 años, *Janek* fue puesto a cargo de la dirección de la brigada de explosivos, que intervino en más de veinte operativos de sabotaje.

Uno de los explosivos más utilizados eran las pastillas de trotyl. Semejantes a panes de jabón, de color amarillento, con un orificio en el centro en el cual se colocaba el detonador, con una mecha bicolor. Cada centímetro de largo representaba un segundo para activar el detonador.

Resultado de estas tareas fueron los trenes volados mientras buscaban llegar a Vilna desde Grodno, Lida o Kovno, causando verdaderos estragos en las filas enemigas. Las noticias que llegaban por radio a la base daban cuenta de que, como resultado de estas acciones de sabotaje, habían perdido la vida unos 250 soldados italianos, con todos sus pertrechos bélicos. Tres locomotoras habían quedado totalmente inutilizadas, al igual que varios transportes llevando soldados alemanes al frente ruso, cuyo número de bajas jamás se dio a conocer. La línea telegráfica Vilna-Grodno fue literalmente volada en un radio de cuatro kilómetros, impidiendo las comunicaciones enemigas desde y hacia Vilna. Minaaron las rutas y caminos que transitaban los autos y camiones alemanes transportando tropas y equipos, volándolos por los aires.

El bosque, verdadero territorio de guerrilleros partisanos, era evitado por las tropas alemanas de las comarcas fronterizas entre Polonia y Lituania, en tanto y en cuanto les fuera posible. Hacia allí avanzaba el ejército ruso, encontrando un apoyo invaluable en estas acciones clandestinas de los guerrilleros del bosque, a quienes —a su vez— proveían de armas y pertrechos desde el aire, lanzados con paracaídas.

Pero los resultados no siempre eran brillantes. El precio pagado resultaba a menudo demasiado alto. Muchos de los camaradas de *Janek* quedaron allí para siempre, y era doloroso comprobar que volvían a su base menos de los que habían salido.

Una dolorosa anécdota que le dejó a *Janek* una marca literalmente inolvidable comienza cuando, junto con tres compañeros, salieron a cumplir una tarea de reconocimiento, para tomar contacto con otro grupo y volar un tren de la línea Grodno-Vilna.

Un grupo enemigo, anticipando estos movimientos de los guerrilleros, los sorprendió, acorralándolos y dejándoles como única vía de escape una zona de terreno húmedo, muy blando y difícil para huir rápidamente hacia la escasa arboleda que se encontraba a unos interminables quinientos metros de distancia.

Comenzó el nutrido fuego enemigo. Con el consabido movimiento de retirada, dos devolviendo el fuego y dos avanzando buscando refugio y luego alternando, uno de los jóvenes, *Motke* Gopstein, fue alcanzado de lleno por varios proyectiles en el estómago. *Janek*, herido en la pierna derecha con un profundo raspón que lo acompañaría de por vida, se acercó al herido, que se encontraba muy dolorido y sin posibilidades de escapar.

Motke alcanzó a pedirle que lo ayudara a morir –esto era rematarlo de un tiro–, pero imposibilitado de hacerlo, tan sólo lo acompañó mientras éste llevaba el revólver a su cabeza y, con un último adiós, apretó el gatillo. *Janek* vio dibujada en su rostro una leve sonrisa de alivio mientras moría. Calzó sobre su hombro esa arma y otras dos automáticas “P. P. Sha”, y así prosiguió la retirada, devolviendo fuego con fuego. En ese encuentro, otro miembro del grupo, Bloch, recibió un balazo que le atravesó la mano. En medio de gritos de dolor alcanzaron el refugio buscado, salvando milagrosamente sus vidas.

De regreso a la base pasaron por el hospital de campaña, donde les cosieron las heridas.

Atrás quedaban cuatro alemanes muertos y, por lo menos, dos más heridos... y *Motke*. Su recuerdo lo llevaría por siempre en las cicatrices dejadas en su pierna y en el alma.

En palabras de *Janek*:

Jugando con la muerte

Verano de 1990, frente a las costas de Brasil.

Hasta donde alcanza a verse en el horizonte, todo el mar se junta en un abrazo infinito con el cielo, sólo interrumpido por alguna que otra isla en este cálido Atlántico, donde la naturaleza nos hace saber –una vez más– que el Paraíso es un lugar posible.

Han pasado ya 47 años. Este mismo cielo que vio erguirse al Hombre cuando dejó de ser un animal más sobre la Tierra debió, sin embargo, contemplar aquello y pre-

guntarse si en verdad el Hombre había dejado realmente su condición de bestia... Y no puedo creer que, aun así, siga siendo tan hermoso.

Era un cielo como el de hoy, en otro tiempo, en otro lugar, pero tan vívido como éste dentro de mí, una y otra vez.

Verano europeo de 1943, en algún lugar en los bosques de Vilna.

La madrugada de aquel día de julio de 1943 nos encontró desplazándonos entre los bosques. Atrás había quedado la seguridad de nuestra base guerrillera, adonde dos horas antes había llegado Abraham Szabrinski, integrante de otro grupo partisano que operaba sobre el frente oriental, por donde se acercaban las fuerzas aliadas rusas.

Cuando terminó su informe, sin prisa ni vacilaciones solicité tres o cuatro voluntarios para una tarea especial. La misión era simple. Consistía en desplazarnos unos cinco kilómetros al este de nuestra base –instalada en el corazón de los bosques de Rudniki, en las afueras de Vilna–, localizar una bomba de cemento sin detonar arrojada por los alemanes, desactivarla y tomar los panes de trotyl de su interior para llevar adelante el objetivo de nuestro grupo: utilizar los explosivos en las tareas de sabotaje que teníamos asignadas, procurando infligir el mayor daño posible a las fuerzas regulares alemanas, trabar sus comunicaciones y ganar tiempo para permitir el avance del ‘Ejército Rojo’.

Diez minutos más tarde, un silencioso grupo de cuatro personas se alejó de la base en la dirección indicada. Hacía apenas cinco semanas que habíamos abandonado el Ghetto de Vilna. Hacía tiempo que sabíamos que los alemanes entrarían a aniquilarlo definitivamente. Nuestras instrucciones fueron resistir dentro del ghetto hasta donde fuera posible, y luego –siempre dentro del marco de las organizaciones juveniles judías, entre la que estaba Hanoar Hatzioní, organización a la que pertenecía–, sumarnos a la guerrilla que operaba en los bosques para combatir o morir en la lucha.

Ante nosotros despuntaba la mañana, tornando el azul oscuro del cielo en manchas rojas y naranjas. Los primeros rayos del sol nos revelaban el espectáculo siempre sorprendente del día que sigue a la noche, descorriendo las últimas sombras del alba. Era la estación más hermosa del año. El verano en la Europa oriental era un verdadero bálsamo entre tanto sufrimiento. Ya conocíamos la muerte por una gangrena no tratada a tiempo, producida por congelamiento en el crudo invierno europeo, como si no tuviésemos suficiente en nuestra lucha desigual contra el enemigo nazi. Nuestra mejor protección, el camino boscoso, iba presentando claros cada vez más amplios de arenas blandas.

Todo lo aprendido desde la escuela técnica de Czentechowa, mi ciudad natal, me ayudó a montar verdaderos talleres clandestinos en el Ghetto de Vilna, donde acondicionar y reparar armas, reciclando piezas dañadas. Era parte de un entrenamiento que nos permitía manipular y desarmar, con los ojos vendados, las armas livianas, utilizadas por los alemanes, que caían en nuestro poder. Adiestramiento que luego nos serviría para sobrevivir como partisanos en el bosque. Toda mi experiencia sería puesta a prueba.

Las formas, ahora más nítidas, iban adquiriendo su verdadero color a medida que

la nueva luz los alcanzaba. Allí, detrás de un pequeño bosquecillo y en medio de grandes médanos, estaba la bomba. Se asemejaba a un gran pez grisáceo cuya nariz estaba casi a ras del suelo, a escasos centímetros de la arena. Era increíble que no se hubiese destruido por su propio peso, pero así ocurría a veces, para nuestra suerte.

Parados frente al monstruo, imaginamos qué pudo haber pasado. Los alemanes estaban sumamente exigidos en todos sus frentes, tal como no dejaban de informarnos por radio casi a diario nuestros camaradas en la frecuencia de onda corta que utilizábamos para comunicarnos.

Los talleres donde se fabricaban las bombas habían hecho gala, una vez más, del ingenio al servicio de la destrucción: el acero, al igual que los combustibles, son vitales en períodos bélicos, y el esfuerzo por preservarlos justificaba cualquier alternativa. Con finas mallas de acero revestidas en cemento se reemplazaba la costosa carcasa de la bomba, en cuyo interior se disponían los explosivos, los buscados panes de trotyl.

Era probable que las aletas encargadas de dirigir la trayectoria del artefacto se hubiesen desprendido en algún punto de su transporte y posterior lanzamiento, como consecuencia del apuro en el montaje, y que al caer de costado, sobre la superficie blanda de los médanos, no se accionara el mecanismo detonante alojado en su nariz.

Ahora faltaba lo principal: desarmar la bomba. Ninguno de nosotros –especialmente yo, que era el especialista en explosivos del grupo– conocía de cerca este tipo de artefactos. Habíamos adquirido adiestramiento y práctica en un sinnúmero de armas, granadas y explosivos, pero esta bomba era realmente nueva para nosotros.

Pedí a mis compañeros que buscaran rápidamente refugio, y completamente solo me acerqué al monstruo dormido. Dejé de lado todos mis pensamientos, todos los proyectos y sueños que tan sólo horas antes habíamos repasado por milésima vez con ‘Male’ si salíamos con vida de esta sucia guerra. Dejé incluso de ver los tres aterradores metros de largo que tenía la bomba, que –recostada sobre su vientre en la arena– sobrepasaba mi estatura en cuanto me puse de cuclillas.

Dejé de pensar en absolutamente todo y me concentré en su nariz. El mecanismo del detonador era de bronce, armado en vuelo durante el trayecto al punto de destino, mediante un perfecto juego de piezas enroscadas que sujetaba al conjunto a la única pieza enroscada, fija y fundida en la carcasa de cemento. Esta operación de armado se completaba pocos minutos antes de ser arrojada al vacío, asegurando que no se activase la bomba antes de ser descargada, y era ejecutada a mano por tensos soldados... Tan tensos como yo lo estaba en ese momento.

Mi cabeza trabajaba a ritmo febril, obligando a mis manos a obrar con precisión y lentitud. Tomé fuertemente la punta de la nariz y empecé a realizar movimientos de giro lento, pero con firmeza, en el sentido contrario a su montaje... y nada.

Durante minutos, o tal vez fueron horas, no logré mover un solo milímetro. De pronto, el mecanismo empezó a ceder. Sabía que entonces comenzaba lo más delicado de este juego con la muerte. Respirando apenas y sin soltar ni por un instante la nariz exterior, completé los giros necesarios para superar la rosca que lo unía a la bomba y, una vez libre, la retiré en línea recta, con mucho cuidado de no tocar el

borde interior, retirando el fulminante fijado en su cara interna, donde cualquier movimiento brusco hace detonar su mortífera carga.

Tenía en mis manos una bella pieza de bronce, con los hilos de la rosca desnuda brillando al sol y el fulminante en su centro, que tiene unos treinta centímetros de largo. Todo el mecanismo, recién arrancado de las entrañas de la bomba, no pesaba más de 1,5 kilos. Calculaba que, adentro, nos encontraríamos, por lo menos, con unos 100 ó 120 kilos de panes de trotyl. Habíamos levantado por los aires una locomotora alemana, con soldados y armas, con sólo unos diez kilos de ese poderoso explosivo...

Sólo cuando el conjunto detonante estuvo totalmente separado de la bomba y depositado en la arena me di cuenta de que estaba totalmente bañado en sudor, con mis pulmones a punto de estallar y el corazón latiendo furiosamente, a un ritmo alucinante.

El grito de alegría de mis compañeros me hizo volver a la realidad y les pedí que se ocuparan del resto del desarme, ya neutralizado el peligro de explosión.

Encendimos una fogata. Era nuestra manera de acompañar el descanso en los momentos de desamparo o alegría... como ése. Tiré allí el detonador de la bomba. Un estallido seco y una voluta blancuzca que se desvaneció en el aire, dejando un olor ácido y dulzón, dieron por terminada la operación, en este hermoso día que nos dejó un regalo del Cielo, sin bajas que lamentar." (Janek Sztul –Johanen ben Moshé–, partisano del Ghetto de Vilna.)

Muchísimas tareas de sabotaje fueron realizadas. Cada paso fue pagado bastante caro, pero también lo pagó el enemigo. Los partisanos judíos de Vilna estaban escribiendo, sin saberlo, uno de los tantos capítulos anónimos de la resistencia armada judía de aquellos que tuvieron la suerte de poder empuñar un arma contra la barbarie nazi y organizarse para la lucha. Pero muchísimos más no tuvieron esa oportunidad.

Esta etapa culminó con la llegada definitiva del "Ejército Rojo" y el consiguiente desbande de los sobrevivientes alemanes, que procuraban huir. La entrada triunfal a la recuperada Vilna fue realizada por las fuerzas regulares del ejército ruso, conjuntamente con los guerrilleros. Esto suponía el merecido reconocimiento al valor y el heroísmo demostrado en los campos de batalla por estos últimos, entre los cuales los partisanos judíos que tuvieron la suerte de empuñar un arma se habían destacado especialmente, con un rol importante en las actividades clandestinas contra la bestia nazi. Reducidos los últimos focos de francotiradores adictos a los alemanes, se inició la etapa de la reconstrucción, en la cual a los luchadores de los bosques se les asignaron cargos de relevancia.

En palabras de *Male*:

En 1945 terminó la guerra y recibimos la orden de ocupar Vilna, y compartir el honor con las fuerzas aliadas rusas de recuperar nuestra ciudad, que todavía albergaba a un número indeterminado de francotiradores. Allí nos encontramos con el horror de la muerte diseminado en todas partes, entre escombros y ventanas sin vidrios.

Si a lo largo de toda la historia, el hombre no termina de aprender que en la guerra no hay ganadores, aquí teníamos –delante de nuestros azorados ojos– la más acabada muestra: cuerpos de combatientes rusos, polacos y tantísimos guerrilleros, junto a los cadáveres de los soldados alemanes, por todos lados. Centenares de rostros sin vida. Era el reino de la muerte.

¿Dónde estaba nuestra alegría? No era la Vilna que tanto amaba.

Vilna, Polonia toda sin judíos. ¿Cómo podía reconocerla? No podíamos gozar de nuestro retorno victorioso. La tristeza y los recuerdos que nos invadían transformaban la alegría del triunfo en un profundo y doloroso luto que jamás cesó.

A partir de ese momento comenzaba una nueva etapa: recomponer los pedazos de afectos, buscando a familiares sobrevivientes, y empezar de nuevo con una nueva familia, en un mundo libre pero todavía hostil que –como nos iríamos dando cuenta más tarde– no quiso o no supo minimizar las atrocidades cometidas por los nazis.¹²

De los bosques a Vilna

Con la recuperación de Vilna, la mayoría de los partisanos cambió los bosques por la ciudad y se fue incorporando a su reconstrucción, ocupando –en algunos casos– funciones públicas y administrativas de relevancia.

Mala había culminado su vida guerrillera en los bosques desconociendo que llevaba un embarazo de cuatro meses, y en Vilna nacería su hijo, Miguel. La ausencia de menstruaciones y espejos durante su vida a la intemperie no le hizo sospechar de su estado de gravidez.

Mientras tanto, *Janek* consiguió un importante cargo en el Ministerio de Obras Públicas (*Usrozdov*) para la reconstrucción de puentes y caminos.

Al momento del parto se encontraba lejos, habiendo dejado a su mujer al cui-

¹² La directora del Museo del Holocausto de Washington, Estados Unidos, Lic. Sara Bloomfield, expresó: “Cuando pensamos cómo murieron, tenemos que tener en cuenta la forma sistemática, burocrática, de alta tecnología aplicada por los nazis para exterminar a los judíos y por qué murieron tiene que ver con una nueva forma de antisemitismo que tenía el respaldo de la pseudociencia. (...) Y en esto se diferencia de todo período anterior de la historia: los judíos no podían convertirse para salvar sus vidas porque este antisemitismo tenía que ver con la así llamada ‘raza judía’. Otro motivo por el cual la gente fue asesinada tiene que ver con la indiferencia de la gente, que veía que esto sucedía (...) Y también es importante considerar quién concretó esto: **fue llevado a cabo por un gobierno**, no por un grupo de gente insatisfecha y desorganizada, sino por un gobierno legítimo que llegó al poder a través de un proceso democrático en la nación que era la más altamente educada del mundo en ese momento, así que hemos aprendido que los valores democráticos y la educación no son suficientes. Hubo muchos asesinatos masivos en la historia, pero nunca antes o después ha sucedido algo parecido al Holocausto, con este nivel de intención y motivación profunda, con este alcance y metodología. (...) el silencio del observador, el silencio del testigo es la más grande ayuda que puede tener un asesino. Si podemos hacer que los observadores y los testigos sean gente que hable en público, que denuncie, tendremos una oportunidad para cambiar la vida de los vivos”.

dado de una pareja amiga, compañeros en el ministerio. Estaba asignado a la tarea de recuperar dos vagones cisterna de combustible desaparecidos en algún punto de la ruta que unía Vilna con Kovno. Sabían dónde buscar. En un pueblito pequeño y sin control alguno, donde era muy fácil desenganchar un par de vagones del convoy principal, había un oficial ruso que se los había apropiado para vender su preciosa carga en el mercado negro. Pistola visible al cinto y con flamante cargo oficial, le hizo saber que disponía de un minuto para abandonar el lugar y olvidarse del asunto.

Janek no necesitaba nuevas complicaciones, pues estaba muy ocupado con sus trabajos en la "*Brijá*"... y no sabía a quiénes podía conocer el oficial corrupto. Levantó un acta, que firmó conjuntamente con el jefe de la estación, que daba cuenta de la aparición del cargamento perdido... abandonado por error, en una vía muerta. Al notificar por radio a su oficina las buenas nuevas, se enteró del nacimiento de su hijo.

Con los papeles en orden y los vagones enganchados, volvió rápidamente a Vilna, en escasas horas. Allí envolvieron a su hijo con mantas calientes, y todos juntos se trasladaron al lugar que tenían asignado para alojarse, el edificio del hotel de la calle Mickievicha.

Todos los camaradas del bosque se acercaron para felicitar a la pareja y conocer a *Misha*, el tercer niño judío nacido en la Vilna recientemente liberada, a fines de diciembre de 1944. El primero fue el hijo de Heinke; el segundo, el de Penousow; y el tercero, Miguel, hijo de Mala Abel y *Janek Sztul*, casados en el Ghetto de Vilna y partisanos judíos en las fuerzas irregulares contra los nazis.

Cuando preparaban la documentación personal para la salida de Vilna a Lublin, en el documento de Miguel registraron "1-1-45" como su fecha de nacimiento.

Cada uno traía su regalo al flamante bebé. Siempre recordaría con una sonrisa el presente del "tontito" del grupo, a quien apodaban cariñosamente "Shloime, de *beheime*". Este se apareció con un hermoso paquete de masas para el recién nacido, arrancando las carcajadas de todos los presentes.

Al poco tiempo, *Mala* tuvo la suerte de conseguir trabajo en una cocina, puesto verdaderamente importante en un momento de escasez de alimentos y distribución todavía desorganizada. Gracias a ello, nunca faltó el alimento.

Janek sólo tenía un superior en el ministerio, un capitán retirado del ejército ruso enviado desde Moscú, inválido de guerra y con una visible renguera. Había sido afectado a las tareas de reconstrucción, alejándolo de la comodidad de su retiro, pero no de su afición al vodka. Poco a poco, *Janek* logró ganar su confianza, y así, le fue delegando mayores responsabilidades y acceso a información restringida y a los preciosos sellos de goma que le confiaba en medio de sus continuas borracheras.

Sus responsabilidades abarcaban las tareas de limpieza y acondicionamiento

de rutas y el retiro de los tanques, camiones y armamento en general que quedaron abandonados tras los enfrentamientos. Contaban con un grupo bastante numeroso de gente, incluyendo un cuerpo de ingenieros, y sus tareas incluían la reparación de los puentes alcanzados por los bombardeos y reconstruir o construir puentes más chicos, todo tendiendo al principal objetivo que era permitir el libre movimiento de las tropas del “Ejército Rojo” en la ciudad recientemente recuperada.

Como las herramientas y equipos escaseaban, estaban autorizados a secuestrar los vehículos enemigos que quedaron detrás del frente y llevarlos donde fueran útiles a las tareas de reconstrucción, cerca de las líneas del frente. Muchos vehículos fueron reacondicionados por los mecánicos movilizados para estas tareas.

La estructura de la organización fue creciendo en gente y recursos, alcanzando a formar una base de operaciones, en las afueras de Vilna, con treinta camiones, grúas, aplanadoras, equipos y herramientas diversas. Conforme crecía la responsabilidad de *Janek*, se le asignó un automóvil Opel, con chofer.

Actividades de la “Brijá”

Por esos días, *Janek* incrementó su tarea clandestina en la organización sionista que operaba en el marco de la “Brijá”. Su vínculo era a través de Nisan Reznik y Abba Kovner, ex compañeros de armas en el ghetto y, luego, en los bosques.

Aprovechó los camiones para trasladar gente de Kovno a Vilna, con vistas a llevarlos a Polonia y, de allí, organizar la *aliá*. Tal vez fueron éstos los primeros trabajos de la “Brijá” en Vilna.

Por sus manos pasaban los traslados de camiones y personas a los fines de cumplimentar los trabajos de reconstrucción, y tenía acceso a transportes, documentos... y sellos. Todo ello fue utilizado para moverse por toda Lituania en sus actividades clandestinas con la “Brijá”.

La necesidad de trasladar a los judíos lituanos a lo largo y ancho del país, pero más aún, la necesidad de cruzarlos por sus fronteras especialmente hacia Polonia, fuera del alcance de las autoridades soviéticas –como paso intermedio a la “*Aliá Bet*”–, exigía la tenencia de una variada y adecuada documentación, como certificados escolares, formularios diversos, actas de nacimiento y, por supuesto, pasaportes para poder demostrar el supuesto origen polaco y la necesidad del “retorno para la reconstrucción de la arrasada tierra natal”.

La creación de documentos falsos fue una de las actividades delicadas a las que tuvo que hacer frente la gente de la “Brijá” para poder sacar a los sobrevivientes lituanos hacia su libertad. Feiguele Kerperberg, Nisan Resnik, Abba Kovner y *Janek* fueron responsables de muchas vidas rescatadas por este medio. La nueva especialidad de *Janek* fue la falsificación de firmas y sellos.

Los materiales utilizados debían desaparecer fácilmente, sin dejar huella alguna. Debía contarse con alcohol, un buen compás, tintas para sellos, plumines, papel para dibujo técnico, una lupa, un vidrio y una lámpara para calcar a trasluz, un buen pulso y una muy buena vista para poder copiar y no dejar anomalías que llamaran la atención. Estos trabajos clandestinos ya se hacían anteriormente durante la ocupación alemana.

Los sellos no eran como los comunes de goma. Estaban dibujados sobre papel técnico, con tinta de sello, y trasladados al papel original humedecido con alcohol. Llegó a adquirir una técnica buena y eficiente, que difícilmente podía diferenciarse del original. A propósito ejercía una presión de manera desigual sobre los sellos, lo que confería al documento resultante un aspecto absolutamente convincente. Ese era el detalle final, su marca de fábrica.

El objetivo final consistía en sacar a los judíos de Lituania, ahora bajo el poder ruso; trasladarlos transitoriamente a Polonia, y de allí, al mundo libre o procurar la *aliá*: trasladarlos a la todavía Palestina, la milenaria tierra judía que aún tendría que esperar unos años más –hasta 1948– para ser reconocida como Estado (Israel).

El antisemitismo seguía enseñoreándose libremente entre rusos, lituanos y polacos. Muchos judíos sobrevivientes del horror de la maquinaria nazi encontraron la muerte entre las bandas polacas o lituanas aun después de la liberación.

Más de quinientas personas salieron de Vilna con documentos que pasaron por las manos de *Janek*, entre quienes se contaba el matemático Berenstein. La ida apresurada de Vilna, en tren hacia Lublin, hacía que delegara en Feiguele todas esas tareas.

No existen registros de cuántos judíos fueron rescatados del territorio lituano ocupado por los rusos, pero fueron los suficientes como para que los organismos soviéticos empezaran a buscar a los activistas sionistas responsables.

Los tiempos se tornaban difíciles. Nisan Resnik debió dejar Vilna y le delegó el trabajo a *Janek*. Muchos de sus compañeros debieron buscar refugio en Polonia y abandonar Lituania, al ser descubiertas sus tareas clandestinas. También a él le llegó el turno de integrar esas "listas negras" para ser arrestado y deportado con destino incierto.

Una noche fue avisado de que era buscado y debía abandonar la ciudad cuanto antes, preferentemente con documentación católica, que debía proveerse con rapidez, con la invalorable ayuda de sus camaradas. Gracias a sus contactos y preparación, partió en tren junto a su esposa y su hijo de tres meses hacia Varsovia, como un devoto supervisor de civiles que, junto con un grupo de religiosas, "retornaban a su tierra polaca natal para su reconstrucción".

Llevaba vagones completos de refugiados judíos de Lituania a Polonia. En el grupo se encontraba Berenstein, quien se destacaría –más tarde– como matemático en la Universidad de Jerusalem. No sabía una palabra de polaco, al igual

que el resto del contingente, y portaba toda la documentación que lo acreditaba para su “retorno” a Polonia... provista por *Janek* y sus camaradas.

En la frontera lituano-polaca, la policía rusa detuvo el convoy e indagó por el responsable del contingente... y allí estaba *Janek*. Recabaron, de viva voz, información sobre la presencia de judíos en el tren, y como tantas veces hubo visto o vivido, el estar vivo resultó el producto de una serie de factores ignotos, cuyas coordenadas debían coincidir en el momento y lugar adecuado... y a veces, la suerte ayudaba.

La arrogante soberbia de sus 26 años le permitió gritarles, a su vez, en un perfecto y pulcro polaco: “¿Cómo os atrevéis a insinuar siquiera la presencia de judíos? ¿No veis a todos estos cristianos, regocijados de poder retornar a su tierra para reconstruirla?”. Esto y la documentación presentada permitieron la prosecución de este viaje increíble.

Una vez alcanzada la tierra polaca, la que –en algún momento– ya no esperaban ver, la alegría estalló entre todos los presentes. ¡Hasta entonaron con júbilo el Himno Nacional polaco! La emoción allí vivida nunca se le borraría.

El viaje en tren de los “repatriados” desde Vilna demoraría unas dos semanas en alcanzar Lublin, su destino final, con sus obligadas paradas, a veces de un par de días, y cambios de locomotora. Estas detenciones en pequeños pueblitos eran aprovechadas para conseguir alimento, leña seca y abrigo entre los campesinos.

Janek había conseguido una jarra metálica, de unos diez litros, con la cual se aseguraba de que no le faltara leche a su hijo. En verdad, casi nada les faltaba. La solidaridad entre los viajeros era muy grande. Llegaron a improvisar una especie de horno a leña en un recipiente metálico que les daba calor durante las noches frías, en los vagones casi descubiertos.

El regreso a Polonia, después de los años y las experiencias transcurridos, le depararía más sorpresas. En Czentechowa, su ciudad, se reencontró con su madre y su hermana Hela. A su hermano Abraham volvería a verlo más tarde, en Alemania. La mala noticia fue que su padre había sido asesinado en Treblinka, cerca de Varsovia, en una de las tantas acciones alemanas.

De Czentechowa viajó a München, Alemania, eludiendo a los rusos. Pero antes, en Lublin, siguió trabajando en la “*Brijá*”, en cuya organización intervenían todos los partidos, en una unión a la que llamaron “*Ihud*”.

Con dos nuevos compañeros, “David, el grande” y “David, el chico”, trabajaron coordinadamente en lo que sería un archivo histórico del tiempo del nazismo, clasificando y archivando todo tipo de documentación que encontraban. Los centros operativos estaban en Lublin y Lodz. Una compañera, Hana, fue como oficial polaco –con documentación provista por la “*Brijá*”–, en compañía de “David, el grande”, a rescatar a su hermano encarcelado. El operativo culminó con resultado positivo, y no fue el único caso.

Dejar Polonia cuanto antes fue el próximo paso. Se instalaron como pudieron,



Partisanos de Vilna



Ruinas en la ciudad de Vilna, después de la guerra.

a medida que el grupo familiar crecía. Al principio pensaron en llegar al puerto de Bari, en Italia, y luego –“*Aliá Bet*” mediante–, alcanzar la Tierra Prometida.

De Polonia sacaron a cientos de niños judíos huérfanos, alojados transitoriamente en casas polacas, y los enviaron por tren vía Praga a la zona norteamericana de Alemania. En esta acción participó Abba Kovner, su viejo amigo de armas, y una compañera de nombre Viela.

En ese mismo tren trasladó a su mujer e hijo hacia München, donde fue alojado en el sanatorio “Santo Tilien”. Desde esa ciudad continuó con su trabajo de trasladar gente de los países bajo influencia rusa hacia Alemania, donde la “*Brijá*” tenía mayor libertad de movimiento. Logró reunirse con su madre y hermana, y al poco tiempo recibiría las primeras noticias de su hermano menor, Abramek, quien había sobrevivido a la guerra y con quien se reuniría poco tiempo después.

Todos juntos fueron transitoriamente alojados en Fraiman, en las cercanías de München. Era un centro residencial de buenas viviendas, tipo chalet, donde iban alojando a las familias que se estaban reencontrando, mientras preparaban la documentación para partir al destino que fijaran para su futuro. Toda la gente que pasaba por ese centro llevaba la denominación oficial de “*Disperse personal*” (DP) y recibía todos los cuidados y protección necesarios con vistas a su próxima emigración.

En Alemania, a medida que se producían los reencuentros, la familia de *Janek* alcanzó las ocho personas. De la familia de “Male” no hubo otro sobreviviente.

Los servicios de *Janek* dentro de la “*Brijá*” fueron reconocidos con el ofrecimiento de tres preciosas visas para ingresar a Palestina por la vía legal (“*Aliá Alef*”) para él, su esposa e hijo. El resto de su familia tendría que intentar llegar allí mediante la vía ilegal (“*Aliá Bet*”), con todo el riesgo que ello significaba. Como una nueva separación del grupo familiar recientemente reencontrado estaba fuera de toda consideración, decidieron no aceptarlas. El destino final lo

definió su madre, que contaba con cuatro hermanos en una lejana y todavía ignota tierra en América del Sur llamada República Argentina.

El grupo pasó de Alemania a París, donde esperó tres meses más para abordar el barco que los llevaría finalmente al destino elegido. A la Argentina ingresaron por el norte, vía Paraguay, en abril de 1948, y un año más tarde salió el decreto que legalizaba a todos los que habían entrado por esa vía en busca del nuevo hogar que sus tierras de origen no les pudieron dar.

Como tantos otros sobrevivientes de la *Shoá*, *Janek* y su familia habían dejado atrás la dolorosa experiencia de la guerra, que los tuvo como protagonistas de su más horrendo costado. La más grande expresión de odio y discriminación jamás perpetrada, con el aval jurídico de una nación que la enarbó como una cuestión de Estado y el de un mundo hostil que la seguía con indiferencia.¹³

Palabras finales

Sesenta años más tarde de los sucesos aquí relatados, mis padres, que siguen vivos dentro de mí, ya no están entre nosotros. Sus restos descansan juntos en el Cementerio de la Tablada, en Buenos Aires, en el sector que la comunidad local ha asignado para honrar a sus muertos sobrevivientes del Holocausto.

Debo decir que a lo largo de los años que compartí con ellos he recibido permanentemente el mensaje de **honrar la vida**, que me legaron con su propio ejemplo. En realidad, eso es lo que han venido haciendo desde que tomaron la decisión de sobrevivir y ayudar a otros, a pesar de todo.

Releo una y otra vez lo escrito, llevado de la mano por mis padres a través de sus escritos, relatos y canciones.

Vuelvo a vivir esa sensación del niño al que su madre le cuenta una historia una y otra vez, para llamar al sueño. Pero, ¿qué clase de historia es ésta? ¿Qué clase de sueño es éste que convoca tan vívidas imágenes? Sin duda no es una historia para niños, aunque millones de ellos la sufrieron y muchos pagaron con sus vidas. Tampoco debería ser una historia para adultos, a pesar de que fue escrita por algunos que se creyeron superhombres, padecida por otros millones de hombres y mujeres... y tolerada por tantos otros.

Releo la epopeya de los dramáticos años vividos por mis padres y otros que ya no están. Leo los escritos de nuestros estudiosos, que intentan explicar lo que pasó, a veces sin éxito. Es difícil explicar lo inexplicable. Y surge, inevitable, la pregunta: ¿Todo esto nos enseñó algo?¹⁴

Quisiera terminar con estas palabras de mi madre, las cuales –como el resto de sus escritos aquí entrelazados con los relatos de mi padre– fueron transcrip-

¹³ En *Los vecinos de Jedwabne*, la sobreviviente de Auschwitz Hanka Grzmot.

¹⁴ El director del Centro de Investigaciones Históricas de Yad Vashem, Prof. Avraham Milgram,

tas entre marzo y diciembre de 1998 para ser leídas en distintos encuentros con jóvenes judíos de Buenos Aires y el interior del país, en el marco de su formación como futuros líderes de la comunidad judía en la Argentina.

*(...) Pero hoy, como ayer, debemos **combatir el olvido**.*

No es necesario vivir holocaustos para ser judíos. Pero sí es preciso, imperioso, recuperar y mantener la memoria. Hoy y aquí tenemos nuevos muertos, nuevos sobrevivientes. La estremecedora impunidad que soporta el país nos está empezando a mostrar, con toda crudeza, quiénes nos arrojaron los atentados de la Embajada de Israel y la AMIA. Ambos crímenes, amparados por la voluntad manifiesta de nada esclarecer.

*En Israel, los muertos sin fin nos dicen que el odio existe y que la bestia aún está viva... Y mientras ella viva, todos nosotros no seremos más que **sobrevivientes**.*

En nombre de nuestros muertos –los 6.000.000 que se llevó la Shoá– el deber, la obligación de cada uno de nosotros, los sobrevivientes de entonces y los sobrevivientes de ahora, es evitar que esto se repita. Nunca más dejar que se riegue la tierra con sangre inocente.

Tratar de lograr ese objetivo será nuestro mejor legado.

Mis padres han cumplido ampliamente con el sagrado precepto "...y le contarás a tus hijos". Espero haber estado a la altura de sus vivencias y anhelos en este relato y haber hecho mi parte, aunque sea poco... para así colaborar a que nunca más debamos conmemorar a nuevos mártires ni sobrevivientes.

expresó: "La pregunta que me hago es: ¿Qué es lo que se puede aprender del Holocausto para el futuro, para el presente y el futuro, se puede aprender algo? ¿Se puede sacar una lección del Holocausto? (...) Y una de las lecciones que se pueden sacar está en el hecho que el Holocausto ocurrió, y desde el momento que un fenómeno de este tipo ocurrió, significa que algo similar puede volver a ocurrir, (...) ésa es una lección universal que uno tiene que aprender del fenómeno del Holocausto: esto puede volver a ocurrir. Los nazis nos aportaron dos cosas terribles: primero, hicieron lo que hicieron, y segundo, aportaron la idea, la sugerencia, de que eso es posible y puede volver a ocurrir, si es que se crean las condiciones básicas como las que hubo en la Segunda Guerra Mundial. (...) Otro aspecto (...) es que no siempre logros intelectuales y científicos van juntos con la moral, con la integridad y les puedo dar ejemplos: en la ciudad de Kielce, en el centro de Polonia, el comandante nazi de la SS que comandó las acciones, el asesinato de la comunidad judía en la ciudad de Kielce era un oficial de 60 años y con el título de doctor en Filosofía. (...) Y un tercer aspecto y quizá sea el menos negativo dentro de este mar de inmoralidad, de maldad: en el ser humano también hay un potencial positivo, y el Holocausto también vino a probar que el ser humano, con mucho coraje, no se dejó llevar por la corriente, por el odio, me refiero a los 'Justos entre las Naciones', aquellos pocos, miles en los distintos países de la ocupación nazi, que tuvieron la integridad, el coraje moral de salvar judíos, y éstos fueron reconocidos, así que eso también es un aspecto que debe ser tratado en la educación, destacar las figuras antagónicas del bien absoluto y del mal absoluto. (...) Algo se aprendió del Holocausto. Esta es una de las funciones del estudio y la difusión de la historia del Holocausto, que nosotros los judíos aportamos a un precio carísimo. Este es el aporte a la humanidad: aprender de esta lección y una de las cosas que hay que decirles a los jóvenes y a todos es: jamás encontrarnos en uno de los tres grupos activos en el Holocausto, jamás llegar a ser victimarios, cuidarse para no ser víctimas... y no ser indiferentes".

Documentación y reseñas bibliográficas

Dr. Daniel Rafecas
 Profesor de Derecho
 Penal (UBA). Juez federal.

La destrucción de los judíos europeos*

Hilberg, Raul

Madrid, Ediciones Akal, 2005, 1.455 pp.

Primera parte

Son muchas las expectativas que el lector puede depositar en una obra como la que aquí comentamos.

En un número anterior de esta misma revista subrayaba la rara homogeneidad puesta de manifiesto por parte de los principales pensadores del Holocausto al señalar a este autor –Raul Hilberg– y esta obra –*The destruction of the European Jews*– como ineludibles en toda investigación sobre el tema.

Ello también viene sugerido por la conocida circunstancia que Hilberg –tras haber sido, él mismo, un niño judeo-europeo perseguido, y luego, un soldado aliado en el frente occidental– se convertiría, en la temprana posguerra –con apenas 22 años y una incipiente carrera en Ciencias Políticas–, en el más dedicado e implacable escrutador de los archivos estadounidenses y europeos referentes a la *Shoá*.

Fue en ese entonces que dedicó

trece años continuos de investigación y escritura para finalmente concebir, en 1961, los tres tomos de aquella primera edición de ochocientas páginas –a doble columna– de *The destruction...*

Si a estas circunstancias le sumamos que Hilberg no ha abandonado la cuestión hasta nuestros días, desde su vitalicia cátedra en la Vermont University de los Estados Unidos, y que en 2002 entregó una nueva edición revisada, en la que buceó hasta en los archivos recientemente abiertos del Este europeo, queda claro que nos encontramos frente a un hombre y una obra dignos de conocer más de cerca.

Pues bien, casi medio siglo después, la publicación en castellano de dicha obra viene a ocupar un vacío fenomenal no sólo para el investigador –que se las arreglaba, hasta ahora, con las anteriores ediciones, ya sea en inglés, alemán, francés o italiano–, sino especialmente para estudiantes, docentes y público en general.

* Traducción: Cristina Piña Aldao. Primera edición en inglés: 1961. Primera edición en castellano: 2005. (De la edición 2002 revisada, publicada por Yale University Press.)

Ya en el Prólogo a la primera edición, Hilberg nos anticipa qué vamos a encontrar en esta obra y qué no.

Y es que *The destruction...* no es un *Aleph*: es un libro que trata acerca de aquellos que destruyeron a los judíos, es decir que se ocupa de los perpetradores y de la gigantesca maquinaria estatal –y también privada– puesta al servicio del exterminio físico de hombres, mujeres y niños inermes por parte de la Alemania nazi.

Está claro que lo que obsesiona a Hilberg es cómo pudo realizarse semejante empresa, cuando las barreras morales y fácticas parecían imposibles de superar.

Esa es la historia que se cuenta en este libro.

El texto va creciendo en intensidad. Comienza, naturalmente, con algunas breves referencias al antisemitismo en Europa, enquistado desde el mismísimo siglo IV; esto es, allí cuando se asentó el cristianismo. (Capítulo I: “Precedentes”).

Ya en estas primeras páginas, Hilberg dispara un pensamiento que ya es patrimonio del saber universal: “*han habido tres políticas antijudías: la conversión, la expulsión y la aniquilación. La segunda apareció como alternativa a la primera, y la tercera surgió como alternativa a la segunda*”. Ello relacionado con que, en un primer momento, se les dijo a los judíos: “*no tienen derecho a vivir en Europa siendo judíos*” (conversión), para luego abreviar a: “*no tienen derecho a vivir en Europa*” (expulsión) y finalmente: “*no tienen derecho a vivir*” (aniquilación).

A continuación, Hilberg es convincente al sostener que Hitler, al asumir el poder en 1933, tenía por delante un camino mucho más allanado de lo que se suele pensar respecto de la opresión del pueblo judío: para ese entonces ya estaban latentes los sentimientos antijudíos, así como también los mitos, los discursos “científicos” racistas y criminológicos, el impuesto a la emigración judía (¿de 1931!), el proceso de industrialización y, especialmente, la poderosa burocracia estatal, desapasionada, omnipresente y –como se vio en la década siguiente– terroríficamente eficiente. (Capítulo II: “Antecedentes”).

De este modo, ya en abril de 1933 se publica el primer decreto antijudío (que establecía que los funcionarios “no arios” debían dimitir), coincidente con la primera oleada de propaganda, boicot y violencia del partido.

Sin embargo –relata Hilberg–, los nazis se dieron cuenta de que a través de la agitación y los pogromos no iban a llegar muy lejos, de modo que, a fines de los años '30, cambiaron de estrategia: poco antes de entrar en la conflagración mundial, el hitlerismo se convenció de que se debían tomar medidas sistemáticas contra los judíos. “*A partir de ese momento –dice Hilberg– la cuestión judía se trataría de modo jurídico*”; esto es, de forma ordenada y planificada centralmente.

Para Hilberg, aquí comienza realmente su objeto de estudio.

En efecto, transpuesta la *Kristallnacht* (10 de noviembre de 1938) y su repercusión negativa, tanto en Alemania

como en el extranjero, su costo económico, etc., los nazis viraron el rumbo de su empresa criminal y la pusieron en manos del artefacto moderno que hizo posible la evaporación de seis millones de almas en un breve lapso: la burocracia.

En palabras del propio autor, fue éste el momento en que *“la burocracia había asumido el poder. Fue el proceso burocrático de destrucción el que, paso a paso, condujo finalmente a la aniquilación”*.

Acto seguido, Hilberg se adentra en esa maquinaria compleja puesta al servicio del nazismo, no sin antes dejar aclarado que el proceso de destrucción se asentó sobre dos políticas: la emigración (1933-1940) y la aniquilación (1941-1945). (Capítulo III: “La estructura de la destrucción”.)

Señala también que, en el devenir de los acontecimientos, el régimen nazi fue degradando la calidad de su producción legislativa a medida que se pronunciaba el carácter genocida de sus políticas, con un comienzo sembrado de leyes y decretos, pasando luego a directivas escritas, pero no publicadas, para terminar con directivas y autorizaciones simplemente orales.

Es en este apartado donde el autor toma partido para describir los enormes aparatos de poder puestos al servicio de Hitler, que condensa en cuatro: el gobierno, que desde sus ministerios redactó leyes antijudías, etc.; las fuerzas armadas, con su rol activo en los fusilamientos y la deportación al Este; la industria, que expropió em-

presas judías, explotó mano de obra esclava y hasta proveyó el “Zyklon B”; y el partido, cuyo brazo militar eran las SS, proveedoras principales del discurso y la praxis del exterminio.

Según el *scholar* de Vermont, todos ellos estaban de acuerdo en la empresa criminal e interactuaron de modo tal que se fundieron en una única maquinaria de destrucción. Hay cuadros esclarecedores respecto de las máximas jerarquías.

Seguidamente, Hilberg comienza a desandar el camino recorrido por la burocracia nazi tendiente a lograr el objetivo final. (Capítulo IV: “La definición por decreto”.)

Este camino está jalonado de pasos sucesivos, a esta altura célebres: “definición”-“expropiación”-“concentración”-“deportación”-“aniquilación”-“confiscación”.

En este primer paso, el de la “definición” de quiénes serían considerados judíos y quiénes no, hay una exploración sin concesiones de la usina ideológica desde la cual se emitieron las leyes y los decretos determinantes para la suerte de los perseguidos, el Ministerio del Interior del *Reich*, y se detiene especialmente en un burócrata de carrera, experto en “asuntos judíos”, autor o coautor de nada menos que veintisiete normas antijudías —entre ellas, las leyes de Núremberg, de 1935—: el doctor Bernhard Lösener.

No será ésta una cuestión menor, puesto que el basamento normativo creado por éste y otros burócratas ministeriales durante los ‘30 se mantendrá vigente, casi sin variantes, hasta

el final de la guerra, condenando a millones y, asombrosamente, excluyendo a algunos pocos miles (cierta clase de *mischlinge* y de judíos en matrimonios “mixtos”).

En el apartado siguiente, Hilberg se aboca a un proceso que tuvo lugar en los años siguientes, durante los cuales la maquinaria de destrucción apuntó a los bienes judíos. *“Se les privó de sus profesiones, sus empresas, sus reservas financieras, sus salarios, su derecho a alimentos y refugio y, finalmente, de sus últimas pertenencias personales”*, un proceso que define como “expropiación”. (Capítulo V: “La expropiación”).

Allí explica cómo, a partir de la purga en la administración pública (decreto del 7 de abril de 1933), ésta continuó en la Justicia y la universidad, alcanzando incluso a las becas de estudiantes universitarios, mediante una interpretación extensiva que –Hilberg denuncia puntualmente– fue pergeñada por quien fuera, en aquel entonces, rector de la Universidad de Friburgo: Martin Heidegger.

Se obligó también a “arianizar” los periódicos y todas las áreas artísticas. Y hubo decretos para definir la “empresa judía” y para obligar a despedir a directivos judíos de empresas arias.

También llegó, en 1938, la orden de registro de todas las propiedades. Y ese mismo año se obligó el cierre de comercios judíos, así como la cancelación de actividades de médicos y abogados judíos y el depósito estatal de todas las tenencias financieras en manos judías.

Se propició el despido de trabajadores judíos y su degradación salarial, a la vez que se les prohibió todo acceso a la asistencia social y se puso en marcha la legislación sobre trabajos forzados.

Así, la comunidad judeoalemana ya había sido golpeada duramente en su desenvolvimiento económico, y aún la guerra no había comenzado.

Hilberg termina este capítulo señalando: *“Y de esa manera, de unos cuantos plumazos, la burocracia había reducido una comunidad en otro tiempo próspera (...) a una banda de famélicos trabajadores forzados que suplicaban su magra comida al final del día”*.

Ya estamos en otro apartado (Capítulo VI: “La concentración”), pero el hilo conductor del relato parece no percatarse.

Es aquí donde Hilberg se ocupa de las leyes raciales de Nüremberg, sus definiciones, sus contradicciones y vacíos legales, cubiertos obedientemente por los tribunales –crecientemente “nazificados”– siempre en perjuicio del acusado.

Por supuesto, aquí está el “caso Katzenberger”. Se ocupa también de las marcas en los pasaportes (“J”) y los nombres obligatorios.

Las cosas no pudieron menos que empeorar para el pueblo judío con el advenimiento de la guerra, a fines del ’39, a partir de la cual la dictadura nazi se reveló abiertamente totalitaria (Arendt).

Se fijaron horarios de veda, se redujeron las raciones de alimentos, se les

prohibió el uso de teléfonos, se obligó al uso de la estrella de David, se los trasladó a residencias especiales y se constituyeron los “consejos de autoridades” para hacer más dócil a la población judía frente a las medidas más drásticas que estaban por venir.

Acerca de los consejos judíos, Hilberg anota: “*Fue un sistema que permitió a los alemanes ahorrar personal y fondos, y al mismo tiempo, aumentar su dominio sobre las víctimas. Una vez dominados los dirigentes judíos, estaban en posición de controlar a toda la comunidad*”.

En este sexto apartado, Hilberg abre el espectro de su análisis y dirige su mirada al Este, a Polonia.

Es que desde su anexión, a fines del '39, la maquinaria de destrucción que operó en Polonia alcanzó y superó a la burocracia que se ocupaba de Alemania, se manejó sin mayores rodeos y fue mucho más punzante y decidida.

Paradójicamente, el universo de perseguidos era mucho mayor, tanto en cantidad como en proporción: 3.300.000 personas, un 10% de la población. Sólo Varsovia tenía una cantidad equivalente a la comunidad judeoalemana del '33: 400.000 personas.

Aquí, el autor efectúa un profundo estudio de la maquinaria destructiva instaurada en Polonia, y en especial, nos presenta un perfil acabado de uno de sus jerarcas, Hans Frank.

Pero Frank –un jurista nazi– no manejaba todos los resortes del aparato, que en modo creciente fueron concentrados, sin moverse de Berlín, por otro líder nazi más poderoso: Heinrich

Himmler, *Reichsführer*, líder de las SS y, a partir de 1943, también ministro del Interior.

La genealogía de este personaje clave de la dictadura nazi y del proceso de exterminio, como así también el aparato partidario que le respondía ciegamente (con doce áreas SS, una de las cuales era conocida como Dirección General de Seguridad del Reich, RSHA, a cargo de Heydrich, de la cual dependía la Gestapo, de Müller y Eichmann), están en este apartado.

Luego de estas incursiones indispensables, se retoma el relato del proceso de destrucción.

Estamos en 1940, año en el cual comenzaron las deportaciones en masa desde el Reich a suelo polaco, para dejar el territorio alemán *judenfrei* (“libre de judíos”).

Para esta época, en los circuitos del poder político y militar nazi se debaten distintas ideas acerca de adónde hacer emigrar definitivamente a los judíos europeos.

Aquí, Hilberg sigue la pista –y aumenta las pruebas con documentos hallados recientemente– del “Proyecto Madagascar”, el cual parece que fue tomado en serio por buena parte de la burocracia, Eichmann incluido, hasta que se convencieron de su inviabilidad, a mediados de 1941.

También comienza la descripción de otra aberrante institución medieval, desenterrada por los nazis: el gueto, que irrumpe en escena durante el invierno de 1939/40; en especial, el de Lodz, en abril de 1940 (activo durante más de cuatro años), y el de

Varsovia, en octubre de ese año. El otro importante, en la ciudad de Lvov, se erigió recién en diciembre de 1941.

Tal fue la importancia de los guetos en Polonia que –según Hilberg– a finales de 1941 casi todos los judíos vivían en ellos. Se justifica, pues, el desmenuzamiento de la administración y la vida cotidiana en ellos que efectúa el autor.

Es conocida la descripción negativa que hace Hilberg del papel cumplido por los líderes judíos de los guetos, su burocracia y su policía, teniendo en cuenta las enormes cifras de asesinados y, a la vez, las raquítics de salvados.

Se aborda también con detenimiento la explotación del trabajo ridículamente asalariado o directamente esclavo, el cada vez peor racionamiento, las deplorables condiciones higiénicas y las elevadas tasas de mortalidad, no obstante lo cual –remata Hilberg sobre el final del apartado– *“a los alemanes, el ritmo no les parecía suficientemente rápido. No podían esperar dos o tres décadas”*.

La emergencia de la *Endlösung*, la “Solución Final”, era inminente.

A continuación (Capítulo VII: “Las operaciones móviles de exterminio”), el autor nos prepara para lo que parece –ya a esta altura– inevitable.

Para ello, en primer lugar, radiografía la columna vertebral de la maquinaria de destrucción, desde la cual se centralizaban y coordinaban los esfuerzos genocidas: la ya mencionada RSHA, una de las direcciones generales de las SS.

Es que esta primera etapa, con fusilamientos masivos de judíos en el Este mientras se concebían y levantaban los campos de exterminio, estuvo a cargo de esta dirección.

(Recorriendo el espinal de detallados cuadros que nos presenta aquí el libro descubrimos la doble lejanía del teniente coronel Adolf Eichmann, tanto de la cúspide como de la base del aparato de poder que integraba, remarcada por Arendt. Veamos: Hitler-Himmler (SS) - Heydrich (RSHA) - Müller (IV Gestapo) - Hartl (IV-B Sectas) - Eichmann (IV-B-4 Judíos), y de allí en más, la cadena prosigue en Berlín, para ramificarse luego en los territorios ocupados.)

En mayo de 1941, el autor nos ilustra acerca de un acuerdo entre Heydrich (RSHA) y Wagner (OKH, el Estado Mayor Conjunto) por el cual los *Einsatzgruppen* o unidades móviles (de exterminio) podrían desplazarse libremente por todo el frente ruso. El ejército no se mostró pasivo en el acuerdo: les proveería toda la logística para que los ejecutores pudiesen llevar adelante óptimamente su cometido. Sólo cabía esperar el comienzo de la invasión, un mes después.

Luego analiza la conformación de los cuatro batallones (letras “A” a “D”) y el perfil terroríficamente “civilizado” de sus líderes (uno de ellos, Otto Ohlendorf, era doctor en Leyes).

Allí cuando la línea del frente comenzó a moverse empujando a los rusos al Este, comenzaron –sin más– las ejecuciones.

A partir de aquí, Hilberg es Virgilio, y llevados por su pluma, el descenso siniestro por los anillos del Infierno quita la respiración.

En un primer momento, la cuestión estaba rodeada de ciertos discursos limitadores (“partisanos”, “agitadores”, “sólo hombres”), pero pronto –antes de terminar el verano, estamos en agosto/septiembre del ’41– la maquinaria destructiva desatada fue liberada de toda restricción en punto a los judíos, señal clara de que en la Cancillería del *Reich* se había ordenado la “Solución Final de la cuestión judía”. Se agregaron cuerpos de alistados letones, estonios, lituanos y ucranianos, que muchas veces se encargaron de las tareas más crueles.

Hilberg da cuenta de los métodos empleados: si bien hubo casos de encierro de víctimas en recintos que luego eran incendiados o ametrallados, la regla eran los fusilamientos masivos a campo abierto y frente a fosas comunes. Los hubo de cientos, de miles y de decenas de miles (Minsk, 25.000; Riga, 28.000; Kiev, 34.000).

Reconstruye el fervor con el que se sumaron a la empresa criminal algunos aliados del *Reich*, especialmente los rumanos.

Se detiene en la parálisis con la que fue recibida la estrategia del terror asesino por parte de los pobladores invadidos no judíos y la nula resistencia de las propias víctimas.

Hilberg describe dos barridos sucesivos. Durante el primero, de junio a diciembre de 1941, fueron masacrados medio millón de judíos. El segun-

do comenzó inmediatamente después y perduró todo el año siguiente. En total, según los cálculos del autor, las operaciones móviles de exterminio acabaron con la vida de casi un millón y medio de víctimas (cfr. cuadro de pág. 1.367).

A fines de 1942, los fusilamientos, que no se habían detenido incluso frente a demandas estratégicas impostergables –tanto bélicas como económicas–, repentinamente cesaron.

Y no es que no quedaran víctimas por alcanzar.

Es que en un enclave ferroviario cerca de Cracovia, y en algunos otros puntos de la Polonia oriental, había comenzado –rodeada del máximo secreto– la fase final, culminación de un frío y planificado proceso de maximización de la producción y minimización de los costos que se estaba desarrollando con éxito, verificado en el incesante fulgor de las chimeneas de unos establecimientos industriales allí levantados.

¿La producción? Era de cadáveres. ¿Los costos ahorrados? En munición, en dispersión de rumores por todo el *Reich* y en deterioro psicológico de los perpetradores. ¿Las chimeneas? Escupían cenizas humanas provenientes de los hornos crematorios. ¿La industria? No era otra que la de la muerte. ¿El éxito? El fijado por la burocracia nazi en la Conferencia de Wansee, el 20 de enero de 1942: la desaparición física de los judíos europeos al mayor ritmo imaginable.

La página más negra de la historia de la modernidad había sido inaugurada.

Arq. Andrea Poretti

Integrante de la
Comunidad de
Sant'Egidio.

Memoria, voces de sabiduría y esperanza*

*Historias de sobrevivientes de la Shoá en
Argentina.*

Buenos Aires, Ed. Paulinas, 2005, 204 pp.

En su contacto directo con los sobrevivientes de la *Shoá* que viven en la Argentina, la Comunidad de Sant'Egidio ha querido hacerse eco de sus voces, y por eso ha reunido en un volumen las historias de diez de ellos. Sin embargo, más que una cronología de acontecimientos del pasado, este libro tiene la pretensión de ser un homenaje a la **memoria**.

De hecho, la memoria es el único medio que puede ayudar a los hombres a detener la repetición de los crímenes del pasado. Para la Comunidad de Sant'Egidio, los sobrevivientes son —ante todo— amigos y personas con una gran carga de sufrimiento. Acercarse a ellos ha significado descubrir no sólo el dolor de un pasado dramático, sino también una gran voluntad de vivir el futuro, transmitiendo esperanza y confianza.

“Hay que recordar —expresó el profesor Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de Sant'Egidio, en Roma, hacia 1968, en su reflexión con motivo del 60º aniversario de la *razzia* de los judíos romanos— cómo fue que se llegó a aquel dolor: primero, con la

muerte de la libertad; luego, con la discriminación y el aislamiento de la comunidad judía en una gran soledad.”

Fueron justamente la soledad, la discriminación y el atropello algunas de las situaciones vividas por los sobrevivientes que sobresalen con claridad en los relatos, demostrando que —en la mayoría de los casos— la indiferencia ha sido el cómplice más fiel de aquel mal transformado en la “máquina de muerte”. Por eso, la memoria no es una elección: tanto para quien ha sufrido, como para quien no se ha visto involucrado en aquellas circunstancias, tener memoria del pasado es no querer repetirlo.

En la década de los noventa ha nacido, en muchos sobrevivientes de la *Shoá* de distintas partes de mundo, la conciencia de dar su “**testimonio**”, brindar abiertamente los “encumbrados destinos” de la guerra, madre de todas las pobreza, los enfrentamientos y —especialmente— la absurdidad de los odios raciales.

De hecho, para cada uno de ellos el ejercitar la memoria es cada vez más enriquecedor, no sólo por la incorpo-

ración de nuevos detalles a sus historias, sino por la voluntad manifiesta de que se comprenda bien a qué nivel de bestialidad, barbarie y locura puede llegar la naturaleza humana.

Esta memoria es como una compañera de camino que nos ayuda a no repetir los errores del pasado. Y es una deuda que tenemos hacia quienes jamás han vuelto.

Por lo demás, frente al devenir de los acontecimientos históricos se debe ejercitar fielmente la memoria, sobre todo cuando el tiempo transcurre y los acontecimientos se diluyen hasta perderse y caer en el olvido. Porque éste es la antecámara de la cancelación del pasado y, por ende, su repetición en el futuro. Desde esta perspectiva, recordar no es meramente el ejercicio de una retórica, sino que constituye –fundamentalmente– una barrera que ponga fin a aquella idea de la vida en la cual el dolor y el sufrimiento nada significan, como sucede muchas veces entre los jóvenes.

Los sobrevivientes también sienten la urgente necesidad de que su testimonio sea como un legado para las nuevas generaciones y de que no se repitan –ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana; es decir, nunca más– situaciones similares a la *Shoá*.

Esta inquietud los une entrañablemente a una elección de la Comunidad de Sant'Egidio, empeñada desde hace tiempo en hablarles a los jóvenes y depositar en ellos también esta herencia. Quien ha vivido la *Shoá* tiene –muchas veces– la angustia de cómo transmitir aquel horror, ya que no se

trata de una pesadilla lejana, correspondiente al pasado remoto, sino que –más bien– es un fantasma que siempre puede aparecer de nuevo.

Se quiere, entonces, brindar la posibilidad de darles a conocer, a las nuevas generaciones, el testimonio de los sobrevivientes. Son dos mundos que parecerían virtualmente paralelos, pero que –en cambio– sabemos hasta qué punto hoy, con tantos signos, van encontrando puntos de contacto.

Por eso, este volumen tiene también la importancia de ser un material que habla por sí mismo, para enriquecer los conocimientos y valores que se pretende transmitir a los estudiantes.

Recordamos las palabras que Juan Pablo II ha expresado durante la histórica visita al Mausoleo de Yad Vashem, en Jerusalén, en marzo de 2000: “He venido a Yad Vashem para rendirles homenaje a los millones de judíos que –privados de todo, en particular de su dignidad humana– fueron matados en el Holocausto. Más de medio siglo ha pasado, pero los recuerdos permanecen (...). Nosotros queremos recordar. Pero queremos recordar con un objetivo; es decir, para asegurar que nunca más el mal prevalecerá, como sucedió con millones de víctimas inocentes del nazismo”.

Refiriéndose a la experiencia del campo de concentración, el psicoterapeuta Victor Frankl se interrogaba diciendo: “La pregunta que, personalmente, me angustiaba era ésta otra: ‘¿Tiene algún sentido todo este sufrimiento, todas estas muertes?’. Si carecen de sentido, entonces tampoco lo

tiene sobrevivir al internamiento. Una vida cuyo último y único sentido consistiera en superarla o sucumbir, una vida –por tanto– cuyo sentido dependiera –en última instancia– de la casualidad, en absoluto merecería la pena ser vivida”.

Pero en una suerte de contrapunto, las historias aquí relatadas son testimonios del dolor humano que –quizá paradójicamente– muestran una mirada hacia la esperanza. En efecto, el presente trabajo apunta hacia dos direcciones: por un lado, la posibilidad de internalizar –por parte del lector– el testimonio de los “testigos del dolor”, que en sus propias vidas, sus cuerpos y hasta en lo más profundo de sus existencias han pasado por humillaciones y vejaciones, despojos como los que se propusiera un aparato precisamente ideado como “máquina de muerte”.

De hecho, leyendo sus relatos, los de los sobrevivientes, surgen las preguntas de unas vidas en búsqueda de un sentido, cuya experiencia “concentracionaria” quería borrar rápidamente. Junto al dolor sobresale el anhelo, el deseo de transmitir sus experiencias, que durante muchos años habían ocultado también a sus propios familiares. Las perspectivas de comenzar una vida en la Argentina han representado, para la totalidad de ellos, una página nueva, en la cual el dolor pasado debía ser autocensurado.

Nosotros, en nuestra Argentina actual, hemos vivido –y quizás estamos viviendo– momentos en los cuales parece difícil hablar de esperanza, en

los cuales todo habla de incertidumbre, crisis, problemas de difícil solución. Los testimonios que transcribimos pueden y deben indicarnos los valores fundamentales de la convivencia civil, del respeto por la diversidad, del bien común, de la conciencia de que la felicidad no está en construirse –cada uno por su cuenta– un espacio sin problemas, del propio bienestar. Mi felicidad está –sin dudas– en la felicidad del otro.

Justamente hoy se debate –y se cuestiona mucho– la búsqueda del bien común, que es el bien de todos, el bien de los otros. Es claro que ya no existe la posibilidad de salvarse “solo” o “sola”, sin mirar a los costados. Es evidente ya que nadie tiene garantizado su futuro si no lo construye desde la perspectiva del bien común. Debemos asumir una responsabilidad a pleno, como sociedad civil. Es la responsabilidad de dejar de perseguir intereses individuales, de grupo o corporativos, que producen la fragmentación tan dañina que vivimos y que va invadiendo todos los estratos de la sociedad.

La historia misma de nuestro país es también la de una convivencia y una cohabitación pacífica entre grupos distintos de inmigrantes, que paulatinamente han poblado estas tierras. Gente distinta desde un punto de vista étnico, religioso y cultural, con valores diferentes, ha sabido vivir junta y construir ésta, nuestra Patria.

Nuestro trabajo deberá tender también a hacer esto cada vez más verdadero, sin permitir –en consecuencia–

que surjan o resurjan los mínimos atisbos de discriminación o violencia hacia algún grupo social.

Curiosamente, en una lectura transversal, la Argentina aparece en los relatos de los sobrevivientes como la nueva tierra, el lugar en donde formar una nueva familia. Un lugar que —a pesar de las dificultades para llegar (muchos de ellos se vieron obligados a entrar clandestinamente)— es considerado una tierra hospitalaria y que favorece la integración entre quienes son distintos.

Estas historias nos recuerdan cómo sólo con la solidaridad es posible resistir a las fuerzas del mal. Aquellas que se han manifestado en la terrible máquina de muerte del nazismo. Aquellas fuerzas que permanecen sin rostro, y sin embargo, son tan cotidianas como la pobreza, la violencia, el prejuicio.

Dietrich Bonhoeffer, teólogo protestante y mártir de un campo de concentración nazi, escribía: *“Todo es oscuro dentro de mí, pero cerca de ti está la luz; estoy solo, pero tú no me abandonas; estoy asustado, pero cerca de ti encuentro la ayuda; estoy inquieto, pero cerca de ti está la paz”*. Concluye con las palabras de un salmo (56:9), que quizá muchos judíos recordaban cuando se encontraban arrastrados por el mal, junto a los gitanos y muchos opositores que fueron asociados a la misma locura: *“Tú has anotado los pasos de mi destierro. ¡Recoge mis lágrimas en tu odre! ¡Acaso no está todo registrado en tu libro?”*.

Las lágrimas de muchos hombres y

mujeres, como los sobrevivientes en sus historias, nos testimonian que debemos conservarlas también nosotros como algo precioso, que nos vuelve más atentos a la vida y al hombre. Son lágrimas de hombre, pero se hacen lágrimas de Dios, del Dios que no olvida y a nadie abandona.

Las historias de vida recopiladas surgen de una serie de encuentros y entrevistas que se remontan a 1997. De hecho, dos espacios organizados por la Comunidad de Sant'Egidio son la base de la publicación: el primero fue un encuentro muy familiar en el que sobrevivientes de la Shoá han relatado los acontecimientos de sus vidas a jóvenes de la Comunidad de Sant'Egidio de Buenos Aires, quedando significativamente marcados por el hecho que se trataba de un auditorio católico, una de sus primeras experiencias en ese sentido. Posteriormente, en agosto de 2002, un seminario de similares características, llevado a cabo en la Universidad Católica Argentina, en colaboración con la Fundación Memoria del Holocausto.

Con Elie Wiesel, sobreviviente de Auschwitz y Premio Nobel de la Paz, encontramos el valor de la palabra escrita, que es justamente el objetivo de la publicación, cuando él mismo expresa: *“Hay que respetar las palabras, pues. No son sombras que se cabalgan mutuamente. Cada una posee su propia razón de ser, cada una alberga su propio secreto. La palabra no debe ser aprisionada ni yugulada, ni siquiera en el silencio de la página; es preciso liberarla para captarla.*

Luego, se trata de sujetarla con firmeza. Para que la cuerda del violín vibre, es necesario tensarla aun a riesgo de romperla; floja es solo un cordel. Lo mismo ocurre con la frase escrita. Debe contener una página, y la página un capítulo, y el capítulo una vida. Tras cada palabra hay otras palabras, y tras ellas, otras palabras aún, y otras, todas intangibles, invisibles, pero cargadas de expectativa y de anticipación. Cada palabra es

asombro y, en los instantes de gracia, descubrimiento y maravilla. Para escribir se desciende a las insondables profundidades del ser. Escribir participa del misterio. Entre dos palabras, el espacio es mayor que entre el Cielo y la Tierra. Para cruzarlo se cierran los ojos y se salta. En la Torah, dice una tradición hadísica: también los espacios en blanco proceden de Dios. En último término, escribir es un acto de fe, tanto como de fervor”.

**Lic. Eduardo Alberto
Chernizki**

Sociólogo y periodista.

...Y elegirás la vida

Schettini, Adriana.

Buenos Aires, Eds. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara,
2005, 467 pp.

Adriana Schettini, eximia periodista argentina, encaró una tarea ciclópea, que gran cantidad de miembros de la comunidad judía –ella no lo es– no tienen la fuerza interior de realizar: recoger el testimonio de sobrevivientes de la Shoá.

Luego de afirmar, en la Introducción del libro, que ni en los ghettos ni en los campos de exterminio hubo una cantidad significativa de suicidios, pues “*contra todo lo esperado, quienes sobrevivieron, de milagro, a ese universo endemoniado [el exterminio sistematizado] volvieron a elegir la vida. Sacando fuerzas de flaqueza, juntaron migajas de sus cuerpos torturados, cosieron las hilachas de sus almas descuartizadas por el espanto, se cargaron el peso de los muertos al hombro y continuaron (...). Así se comportó la inmensa mayoría de los salvados: tras la destrucción, se dedicaron a reconstruir la vida*”. De este modo, Adriana Schettini explica los motivos que la llevaron a realizar la labor, condensada en las siguientes 440 páginas.

Su interés era saber cómo lo hicieron, y se los preguntó. Pero para ello, aclara: “*No me alcanzaba con entrevistarlos; precisaba vivir con los sobrevivientes de la Shoah. Y ellos – los que podrían haberse desencantado, de una vez y para siempre, de la humanidad toda– me abrieron las puertas de sus biografías, me otorgaron un lugar de privilegio y compartieron conmigo su pan de cada día: las heridas que el tiempo no cicatrizará; la memoria del horror, omnipresente; los ojos de los muertos sin tumba, que aún siguen velando; pero también la celebración de la vida aquí y ahora; el gusto por los días y las noches que se les ofrecen, tal y como esos soles y esas lunas sean*”.

Sin lugar a dudas que Adriana Schettini logró el cometido que se propuso, y al dejar constancia de los testimonios de diez sobrevivientes de la Shoá, con sus vivencias y emociones, ofrece a los lectores de *...Y elegirás la vida* un material incomparable para conocer lo ocurrido en los años nefastos del nazismo, en los de la pos-

guerra e inicios de la “Guerra Fría” y también las vicisitudes de quienes decidieron radicarse en la Argentina.

Un detalle no menor es la identificación de la autora con cada uno de los sobrevivientes, ante quienes no se comporta como una periodista inquisidora, sino como una “amiga” a la cual le pueden contar los aspectos más sombríos, al igual que aquellos que les permitieron reconstruir sus vidas.

Adriana Schettini se identifica con los sobrevivientes, pero no solamente con los que entrevistó, sino con todos, y es por ellos que asume posturas críticas para con aquellos que – de alguna manera– quieren evitar conocer la tragedia sufrida por los judíos en la quinta década del siglo XX.

Un ejemplo lo encontramos en la página 433, cuando escribe: *“Tengo para mí que D’s debería estar implorando el perdón de la que se quedó en Birkenau, ardiendo con los muertos. Pero enseguida me arrepiento. Sólo quienes han padecido el infierno tienen derecho a sentar a D’s en el banquillo. Los demás deberíamos pedirnos cuentas a nosotros mismos, en tanto miembros de la humanidad que perpetró lo indecible. Además, ¿cómo podríamos exigirle a El que se disculpe con los muertos si los sobrevivientes están entre nosotros y casi nadie quiere oír el horror que destilan sus corazones? ¿Cómo reclamarle a D’s si hemos construido un mundo que – en el mejor de los casos– enciende velas y pronuncia discursos por los seis millones de muertos*

cuando se lo reclama el calendario, pero les exige a los sobrevivientes que se abstengan de importunar con el relato del espanto fuera de los actos de recordación? ¿Quién de nosotros puede demandar a D’s por los aniquilados si a los que se salvaron los condenamos a llorar en un gueto invisible, entre pares?”.

Quizá posturas como la mencionada puedan resultar molestas para quienes –desde hace años– están trabajando activamente en instituciones como la Fundación Memoria del Holocausto, sin ser sobrevivientes o descendientes de ellos, pero se debe reconocer que son el resultado de la detenida observación de una periodista profesional que se acercó a este tema, lo investigó y se compenetró tanto que donó las regalías que le corresponden como autora de este texto al Instituto Yad Vashem de Jerusalem y colabora en forma voluntaria, organizando y coordinando actividades en la asociación de sobrevivientes Sherit Hapleita, de la Argentina.

Los testimonios reflejados en *...Y elegirás la vida* corresponden a José Rajchenberg, Salomón Feldberg, Isak Lempert, Elizabeth Szatmari de Marchak, Moniek Taub, Moisés Borowicz, Stella Knyszynska de Feigin, Sarita Chakim de Rosenberg, Julio Pitluk y Regina Kenigstein de Hubel. Cada uno de ellos debe ser considerado como un ejemplo de los miles de sobrevivientes de la Shoá, algunos de los cuales pueden contar lo que vivieron, mientras que otros no pueden hacerlo.

...Y elegirás la vida no es un libro

de fácil lectura, pues –aunque en cada uno de sus capítulos la prosa mantiene un ritmo que incita a conocer el final de cada testimonio– la temática abordada obliga al lector –además de enfrentarlo a sus propias vivencias– a adentrarse en un aspecto doloroso de la humanidad que muchas veces no se desea conocer, pero

que –para evitar que se repita– es necesario recordar.

Adriana Schettini intenta romper ese “*gueto invisible, entre pares*” que tan bien describe en el párrafo citado, y lo logra poniendo a disposición de los lectores hispanoparlantes testimonios de sobrevivientes de la Shoá que eligieron la vida.

Lic. Eduardo Alberto
Chernizki

Oswald Menghin: ciencia y nazismo

El antisemitismo como imperativo moral

Fontan, Marcelino

Buenos Aires, Biblioteca Nuestra Memoria, 2005, 93 pp.

El 10 de noviembre, coincidente con la fecha en que en 1938 se produjo el pogrom nazi conocido como *Kristallnacht* (La noche de los cristales rotos), en el Salón del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la Fundación Memoria del Holocausto presentó su reciente publicación de *Biblioteca Nuestra Memoria*, de Marcelino Fontán: *Oswald Menghin: ciencia y nazismo*, que lleva como subtítulo “El antisemitismo como imperativo moral”.

El autor, Marcelino Fontán, es licenciado en Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, con una vasta carrera de docente e investigador en temas de discriminación y derechos humanos, con diversos trabajos publicados en el país y el exterior.

Dedica este texto a demostrar cómo una figura que, en su momento, fue considerada en el país como un científico destacado, había sido un difusor de ideas racistas aquí y en su anterior actuación académico-política en Austria, pese a lo cual se retiró de la do-

encia universitaria en la Argentina, con el título de “Profesor Honorario” de la Universidad de Buenos Aires, luego de haber dictado clases y ocupado cargos de responsabilidad docente en las universidades nacionales de Buenos Aires y La Plata desde 1948, año en que llegó al país con pasaporte oficial del gobierno argentino, hasta 1970.

Oswald Menghin fue un austríaco nacido en el siglo XIX, formado en la Universidad de Viena y especializado en los estudios de la Prehistoria, que en 1927 fue designado miembro de la Academia Austríaca de Ciencias; un año después decano de la Facultad de Filosofía de Viena y en 1936 rector de dicha universidad, cargo en el que permaneció hasta la caída del nazismo.

En 1938, Menghin ocupó, por pocos meses, el cargo de Ministro de Educación austríaco, en el gobierno presidido por Arthur Seyss Inquart, que es el que decretó el *Anchluss*, la desaparición de Austria como Estado independiente para convertirse en provincia de la Alemania nazi.

Menghin, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, fue detenido y procesado como criminal de guerra, pero logró huir y en 1948 llegó a la Argentina al igual que otros cientos de nazis que tenían cierto prestigio como científicos, siendo contratado como profesor de la Universidad de Buenos Aires apenas dos semanas luego de su arribo.

El trabajo de Marcelino Fontán, que la licenciada María Rosa Neufeld muy bien definió como un “libro de tamaño pequeño, pero de importante contenido”, se basa en documentación traducida del alemán, en muchos casos desconocida en nuestro medio, como también en dos libros publicados por Menghin, uno de ellos una novela, en los cuales resulta clara y evidente su adhesión ideológica al nazismo.

Además, en muy pocas páginas describe la manera en que esos personajes eran traídos a la Argentina luego de finalizada la contienda bélica y cómo, aquí, eran ubicados en puestos de responsabilidad académica.

Durante el acto, el presidente de la Fundación Memoria del Holocausto, doctor Mario Feferbaum, gracias a cuyo apoyo la publicación fue posible, destacó que la institución que preside apoyó la publicación de este trabajo como una manera de instalar la revisión de prácticas académicas que ocurrieron en la Argentina, así como en otros lugares del mundo, que no deben ser olvidadas.

Marcelino Fontán a su vez, luego de agradecer a la Fundación Memoria

del Holocausto y a su presidente el apoyo recibido, expresó que su trabajo se refiere a la memoria, a la amnesia, a la impunidad y al “mirar para otro lado”, que permitió no sólo que personajes como Menghin pudieran enseñar en la Argentina y formar a profesionales con su cosmovisión racista, sino que –además– eludieran tratar el pedido de expulsión de Menghin por sus antecedentes nazis, que la representación estudiantil en el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras planteó hace exactamente cuarenta años. En ese ámbito del Consejo donde se presentó el libro, la mayoría había decidido “pasar su tratamiento para otra sesión, dado lo avanzado de la hora”.

Manifestó que cuarenta años de postergación ya es un tiempo suficiente y que la Universidad de Buenos Aires debe saldar su deuda hacia sus docentes y estudiantes y también hacia la cultura de este país, e instó a que se adoptara una resolución al respecto.

También habló Alberto Rex González, una figura medular en los estudios antropológicos del país y Latinoamérica, aclarando que no deseaba excusarse por haber realizado una investigación de campo con Menghin. Explicó que, en aquellos años, a principios de los cincuenta del siglo pasado, lo que se conocía era su prestigio académico, que velaba otros aspectos de su historia, pues aunque se sabía que había sido ministro de Educación de un gobierno austríaco pro nazi, no se conocían los detalles de su actuación; por ejemplo, que durante ese período se

eliminó de los claustros a los profesores judíos y a los opositores al nazismo.

La presentación del libro en el prestigioso marco académico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires contó, además, con la presencia de su decano, Prof. Félix Schuster; el vicedecano Prof. Hugo Trincheró, y destacados profesores y alumnos de la casa.

Esta actividad es sólo una de las tantas que realiza la Fundación Me-

moria del Holocausto en ámbitos académicos del país, destinados a mantener vigente la memoria de la *Shoá* y a esclarecer cómo, pese a la derrota del nazismo, los criminales nazis encontraron refugio o protección en países que quisieron aprovechar sus presuntos “conocimientos científicos”, gracias al amparo y gestiones realizadas por funcionarios gubernamentales o políticos ideológicamente afines a esos personajes.

Biblioteca y Centro de Documentación del Museo del Holocausto-Shoá

Textos correspondientes a la sección “Educación y Shoá”.

- EyS 1.** *The Holocaust In university teaching.* Holocaust Series. Editor: Gideon Shimoni. 1991.
- EyS 2.** *L'enseignement de la Shoa.* Paris, Centre de Documentation Juive Contemporaine, 1982.
- EyS 3.** Justman, Stuart. *Holocaust for beginners.* New York, Writers and Readers Publishing Inc., 1995.
- EyS 4.** *El Holocausto (Testimonios poéticos).* Buenos Aires, Vaad Hajinuj Hamerkazi, 1979.
- EyS 5** (2 ejemplares). *Ser testigo.* Cuaderno didáctico. Jerusalem, Yad Vashem, 1992.
- EyS 6** (2 ejemplares). *Cuadernos de educación judía. Shoá: Enseñar a pensar.* Buenos Aires, Vaad Hajinuj Hamerkazi, 1993.
- EyS 7.** Huberman, Abraham. *El Holocausto.* Buenos Aires, 2000.
- EyS 8.** *El Holocausto. Lucha y Redención.* Antología. FUSLA.
- EyS 9.** *The Holocaust. Classroom Conections. Guidelines for Holocaust education. Grades K-12.*
- EyS 10.** *Teaching about the Holocaust. Resource book for educators.* Washington D.C.
- EyS 11.** *How was it humany possible? Pedagogical guide.* Jerusalem, 2002.
- EyS 12.** Steinfeld, Irena. *How was it humany possible? A study of perpetrators and bystanders during the Holocaust.* Jerusalem, Yad Vashem, 2002.
- EyS 13.** *Para saber y recordar.* Varsovia, March of Living, 1990.
- EyS 14.** Klarsfeld, Serge. *Les Juifs en France.* Preludio a la Solución Final. International conference. Jerusalem, Yad Vashem, 1991.
- EyS 15.** *The Holocaust and education.* 1996.
- EyS 16** (2 ejemplares). *La vida cotidiana en el Ghetto de Varsovia.* Jerusalem, Yad Vashem, 1941.
- EyS 17** (4 ejemplares). *El Holocausto.* Un estudio histórico.
- EyS 18.** *El Holocausto.* Propuesta de estudio y materiales para su comprensión.
- EyS 19.** *History teaching in Austria.*

- EyS 20.** *The memory of the Holocaust in the 21st century.* The challenge for education. Jerusalem, Yad Vashem, 1999.
- EyS 21** (3 ejemplares). *Teaching about the Holocaust.* Washington, United States Holocaust Memorial Museum.
- EyS 22** (3 ejemplares). *El Holocausto.* Instituto de Conmemoración de los Mártires y de los Héroes.
- EyS 23.** Salmons, Paul. *How to teach the Holocaust in schools?* Imperial War Museum.
- EyS 24** (2 ejemplares). *Teaching the Holocaust and National Socialism.* Approaches and suggestions, 2001.
- EyS 25.** *L'univers concentrationnaire.* Paris, de Documentation Juive Contemporaine, 1996.
- EyS 26.** *Teaching about the Holocaust. A resource book for educators.* 2001.
- EyS 27.** Bresheeth, Haim; Hood, Stuart. *The Holocaust for beginners.* 1994.
- EyS 28.** *Institute Mens.* International Institute for Holocaust Research, 2005.
- EyS 29.** Shulman, William L. *Educational resource guide on the Holocaust 1997-1998.* Queensborough Community College.
- EyS 30.** Thanassellos, Yam; Timperman, Sarah. *Enquete pedagogique II.* Bruselas, 2002.
- EyS 31.** *I wanted to fly like a butterfly.* Guía pedagógica. Jerusalem, Yad Vashem, 2000.
- EyS 32.** *I wanted to fly like a butterfly.* Teacher's guide. Jerusalem, Yad Vashem, 2000.
- EyS 33.** *Holocaust and genocide studies.* Oxford University Press, 2005.
- EyS 34.** *Hand book for teachers.* Varsovia, Holocaust Education Remembrance and Research-Polish Chairmanship, 2005.
- EyS 35.** *Why should me teach about the Holocaust?* Cracovia, The Jagiellmonian University, 2005.
- EyS 36.** *Holocaust education.* Toronto, Holocaust Education and Memorial Centre of Toronto, 2005.
- EyS 37.** Bauer, Yehuda. *El lugar del Holocausto en la Historia Contemporánea.* Ed. Biblioteca Nuestra Memoria, Buenos Aires, 2002.
- EyS 38.** Zuroff, Efraim. *Worldwide investigation and prosecution of Nazi war criminals.* Israel, Simon Wiesenthal Center, 2004-2005.
- EyS 39.** Barton, Dan; Chautin, Julia. *Parenthood and the Holocaust.* Jerusalem, Yad Vashem, 2001.
- EyS 40.** *Project for the study of anti-Semitism.* Tel Aviv University.
- EyS 41.** *The International School for Holocaust Studies.* Yad Vashem, 1999.
- EyS 42.** *Holocaust Education Week.* Holocaust Centre of Toronto, 2004.
- EyS 43.** *The Holocaust. 1933-1945.* Educational resources kit. Los Angeles, Simon Wiesenthal Center, 2000.

Institucionales

La noche de los museos

En el marco de una política de jerarquización de la cultura y afirmación de una nueva concepción sobre la museología, la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires convocó a los museos de esta urbe a participar de “La noche de los museos”.

“La larga noche de los museos” es una idea que nació en Berlín, en 1977, con el propósito de ampliar la convocatoria de público, abriendo las puertas de los mismos un sábado a la noche. Desde entonces, esta iniciativa ha sido adoptada en más de 130 ciudades europeas.

De modo análogo, el sábado 1º de octubre, Buenos Aires adoptó ese modelo, convirtiéndose en la primera capital de América que desarrolló “La noche de los museos”.

A través de la Dirección General de Museos y en una gestión orientada a la formación de nuevos públicos para la difusión del patrimonio y las actividades de los mismos, se invitó a museos públicos y privados a participar del emprendimiento.

Unas 53 instituciones se integraron al diagrama proyectado, por proximidad, de cinco circuitos por los barrios de la ciudad.

El gobierno metropolitano proveyó un servicio gratuito de minibuses y líneas de transporte colectivo que comunicaban a la mayor parte de los museos intervinientes.

Asimismo, distribuyó folletería de programación de los museos participantes, pasantes de la carrera de Museología, a fin de colaborar con la coordinación de las actividades, y un refuerzo de agentes de seguridad en las calles próximas a esas entidades.

La Fundación Memoria del Holocausto - Museo de la Shoá

Participamos en este evento con la convicción que cumplimos con una doble finalidad:

- a) Difundir y mantener viva la conciencia testimonial del Holocausto, generando una apertura educativa dirigida a todo el público que deseara descubrir, en una noche, un museo que se abre generosamente como un espacio vivo.
- b) Fortalecer la pertenencia del museo a la comunidad y reforzar su vinculación con los otros existentes en la ciudad como un espacio cultural alternativo.

A raíz de la preparación para esa jornada, ampliamos el área expositiva: contamos con cuatro muestras que son patrimonio propio, de las colecciones del museo, y agregamos a los valores visuales expuestos la narración viva de sobrevivientes y la puesta en pantalla de documentales y películas alusivas.

Durante las siete horas de apertura tuvimos la visita de 1.202 personas, que fueron rotando por las secuencias programadas.

A cada visitante le entregamos una postal, que incluía una poesía y un dibujo realizados por niños en el campo de concentración de Terezin. Ella aporta una dimensión humana y un lugar para la reflexión y el recogimiento.

Esperamos haber logrado que los participantes de esta visita hayan experimentado una fuerte vivencia emotiva y racional y que los contenidos transmitidos estimulen e incrementen su deseo de conocer y pro-

fundizar en el tema de la *Shoá*, que es la línea en que trabaja la institución.

Nuestro desafío es que el Museo de la *Shoá* se convierta en un centro educativo-cultural dinámico y participativo, en el cual se integren las áreas expositivas y de documentación especializada, la investigación histórica y los encuentros de intercambio con los diversos públicos, guardando el nivel de excelencia que el tema que nos ocupa merece y destacando –desde la singularidad de la *Shoá*– el mensaje universal que aporta.

Susana Rochwerger

El Museo del Holocausto en la International Task Force - ITF

Argentina es la única delegación latinoamericana de la ITF (Grupo de Trabajo para la Cooperación Internacional en Educación, Rememoración e Investigación del Holocausto) y participa como miembro pleno.

La ITF está compuesta por representantes de veinte países, entre los que se encuentran Estados Unidos, Israel, Alemania, Polonia, Austria, Italia, Hungría, Francia, Inglaterra, y Argentina.

Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la *Shoá* ha tenido una importante e ininterrumpida presencia en los encuentros programados por la ITF desde el primer momento en el que se invitó a participar a la República Argentina, en Estocolmo en enero de 2000.

En los encuentros de la ITF que se han llevado a cabo en los últimos años, la representación argentina fue encabezada por el Embajador Alejandro Dosoretz, quien es Vicepresidente de la Fundación Memoria del Holocausto - Museo de la *Shoá*. Acompañaron al Embajador Dosoretz re-

presentantes de las Embajadas Argentinas en los distintos países en que tuvieron lugar los encuentros, la CEANA, miembros de Comisiones Directivas y profesionales de ONGs como AMIA, DAIA, B'nai B'rith, Centro Wallenberg de Bahía Blanca, Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la *Shoá*, Nuevos Derechos del Hombre.

En el 2005, el país anfitrión es Polonia.

Entre el 26 y el 30 de junio se realizó la reunión en Varsovia.

La representación argentina, que fue encabezada por el Embajador Dosoretz, estuvo integrada por el Consejero de la Embajada Argentina en Polonia, Bernardo Juan Ochoa; Graciela Jinich, directora ejecutiva de la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la *Shoá*; el representante de la AMIA, Julio Schlosser; el Director Ejecutivo de la DAIA, Claudio Avruj y la Secretaria Ejecutiva de la ONG Nuevos Derechos del Hombre, Marta Vidal Young.

La delegación fue acompañada, en distintos momentos, por el Embajador Argentino en Polonia, Alberto Passalacqua.

En esta ocasión, se aprobó la incorporación de la Dra. Dina Porat, como Consejera Académica, en reemplazo del Dr. Yehuda Bauer.

En materia de educación se recomendó la formulación de cursos de entrenamiento a docentes, la traducción de manuales y guías y la realización de foros académicos.

El Grupo de Trabajo sugiere a cada país informar en forma regular de su accionar a través de un *link* dentro de la *Web* de la *Task Force*.

Con relación a los memoriales, el objetivo trazado por la *Task Force* consiste en fortalecer la tarea de los museos y memoriales y crear una base de datos con el detalle de los diferentes recordatorios que existen en el mundo. Entre las conclusio-

nes, se pone énfasis en promover la enseñanza del Holocausto.

El motivo de estos encuentros es trabajar sobre el Holocausto –con el compromiso de los Estados en la inclusión de esta temática en las currículas– desde la educación, los ámbitos académicos, los museos y la información.

Cada uno de los países miembros de la ITF, muestran su involucramiento con la presencia, con las delegaciones conformadas por funcionarios de distintos Ministerios –en especial, del Ministerio de Educación– y de ONGs, mostrando materiales, compartiendo experiencias y brindando la posibilidad de desarrollo de actividades conjuntas y mancomunadas.

Prof. Graciela N. de Jinich

Seminarios de capacitación en Israel y los Estados Unidos

El **Museo del Holocausto de Houston** confió nuevamente en el Museo del Holocausto-*Shoá* de Buenos Aires para la elección de cuatro docentes de escuelas medias que habrán de recibir becas de estudio y capacitación en la temática del Holocausto en esa Institución, en un viaje a realizarse entre el 21 y el 16 de enero de 2006. Los postulantes debían estar en actividad en el área de las Ciencias Sociales, con posibilidad de acreditarlo. Con gran orgullo informamos que se han recibido más de 150 propuestas de todo el país.

Asimismo, la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la *Shoá* de Buenos Aires, colaboró con la tarea de difundir y convocar a participar del concurso de becas de estudio que otorga **Yad Vashem** a realizarse entre el 13 y el 27 de enero de 2006.

El perfil de los aspirantes contempla a

educadores o profesionales de instituciones educativas o académicas, en actividad.

Este Seminario de Capacitación para Docentes lleva por título “Memoria de la Shoá y los dilemas de su transmisión” y será dictado en español, en Yad Vashem, en la Universidad Hebrea –Campus Mount Scopus– y otros sitios relacionados con la temática del Holocausto, en Israel. La confección y el diseño académico del programa general, fueron realizados, en forma mancomunada y coordinada, por la Escuela de Enseñanza de la Shoá de Yad Vashem y el Centro Internacional para la Enseñanza Universitaria de la Cultura Judía, de la Universidad Hebrea de Jerusalem.

Julia Juhasz Heymann

Eventos educativos (Julio-diciembre 2005)

Entre julio y diciembre hemos recibido la visita de 3193 alumnos provenientes de escuelas de Capital y Gran Buenos Aires, 246 jóvenes de instituciones de educación no formal, turistas del interior y del exterior así como visitantes de la Ciudad de Buenos Aires, quienes recorrieron el Museo acompañados siempre por un profesional en las visitas guiadas, así como por un sobreviviente.

El promedio mensual de visitantes en este semestre a nuestra página *Web* (www.fmh.org.ar) es de 15.028 personas.

Visitaron también el Museo, 230 estudiantes universitarios, de la Facultad de Derecho y de Ciencias Sociales de la U.B.A. y de la Universidad de Palermo.

Asimismo se han realizado actividades –en muchos casos con testimonios de sobrevivientes– para estudiantes de escuelas y universidades de Capital, Gran Buenos Aires

y del interior del país: Universidad de la Matanza, de Mendoza, escuelas medias, el Museo de Arte Contemporáneo de Mendoza, Universidad del Comahue, Corrientes, Universidad de San Luis, de Rosario, Liceo Militar de Córdoba, Escuelas de la Policía

Federal Argentina, Universidad Nacional de Mar del Plata, Universidad de Belgrano, los Servicios Penitenciarios de Santa Fe, Escuelas Rurales de Córdoba y Santa Fe, entre otras.

Prof. Nejama Schneid

Si usted está interesado en recibir
esta publicación periódicamente
contáctese a través de nuestro mail:
secretaria@fmh.org.ar